DEL BUEN SALVAJE AL BUEN REVOLUCIONARIO

CARLOS RANGEL



Monte Avila Editores

El presente libro ha sido transcrito del original PDF escaneado con OCR.

Para ser fieles con el libro impreso (Monte Ávila Editores, Ed. 1982, Caracas), no se han corregido las erratas; solo se han cambiado las numeraciones de los llamados de página y del índice para adaptarlas al nuevo formato.

Al final se incluye como extra el epílogo de Carlos Alberto Montaner (disponible en internet) escrito para la edición de 2006 con motivo del 30 aniversario de la aparición de *"Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario"*.

Caracas, 2009

CARLOS RANGEL

DEL BUEN SALVAJE AL BUEN REVOLUCIONARIO

MONTE AVILA EDITORES C. A.

DECIMA EDICION

Caracas / Venezuela

Portada / Víctor Viano
Impreso en Venezuela por Litografía Melvin

POR Y PARA SOFIA

Todo el que en política y *en historia se rija por lo que se dice, errará lamentablemente.*

ORTEGA Y GASSET

La (verdadera) revolución -que bajo nombres diversos se agita e impulsa al hombre desde el alba histórica- quiere liberar al hombre de los mitos que lo oprimen, para que sea con toda plenitud...; mientras que la propaganda busca adueñarse de la criatura..., alterar al hombre, alienarlo de sí. Afirma que es con el fin de promover la Revolución o de defender la libertad, pero su cumplimiento consiste en paralizar la hombre, en poseerlo y *esclavizarlo.*

HECTOR A. MURENA

Me parece gravísimo el que las ideas dominantes sobre los Estados Unidos en el resto del mundo sean en tan gran proporción falsas; esto introduce un elemento de error en la vida entera del planeta, el cual vive, ya sólo por eso, aunque no sólo por eso, en estado de error.

JULIAN MARIAS

La mentira se instaló en nuestros pueblos casi constitucionalmente. El daño ha sido incalculable y *alcanza zonas muy profundas de nuestro ser. Nos movemos en la mentira con naturalidad... De ahí que la lucha contra la mentira oficial* y *constitucional sea el primer paso de toda tentativa seria de reforma.*

OCTAVIO PAZ

PROLOGO

EL PRESENTE *libro es el primer ensayo contemporáneo sobre la civilización latinoamericana que aporta una interpretación verdaderamente nueva y probablemente exacta. Es decir (primera condición de una interpretación exacta) que el autor comienza por disipar las interpretaciones falsas, las descripciones mentirosas y las excusas complacientes. Por lo mismo,* Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario *es un libro indispensable no sólo para la comprensión de Latinoamérica, sino de una buena parte del mundo contemporáneo, donde se reproducen los mismos fracasos, las mismas impotencias, las mismas ilusiones. Más allá de su objeto inmediato y de su caso específico, la obra de Carlos Rangel constituye una reflexión general sobre la discrepancia entre lo que una sociedad es y la imagen que esa sociedad tiene de sí misma. ¿A partir de qué punto esa separación se hace demasiado grande para que sea compatible con el control de la realidad? Esta es la cuestión a cuya determinación nos aproximamos a través de la historia de la América española y por la confrontación de sus "mitos" con sus "realidades".*

Los extranjeros, y particularmente los europeos, son en gran parte responsables de los mitos de Latinoamérica. En este campo, Europa ha sido la más prolífica fabulista, lo cual es natural, puesto que fue la potencia colonizadora y forjadora de la sociedad latinoamericana, y a falta, en nuestros días, de sus soldados y sus sacerdotes, persiste en expedirle hoy como ayer sus propios fantasmas.

Porque los europeos se han servido persistentemente de las dos Américas para satisfacer sus propias necesidades, mucho más de lo que han intentado conocerlas. *Necesidades económicas, imperiales, ideológicas, necesidades de aventura, de ensueño, de exotismo; necesidades de convertir, de estimular* o *de odiar… ¡Cuántas imágenes falaces no ha fomentado así nuestro narcisimo!*

Imágenes de nosotros mismos proyectadas sobre nosotros mismos, de hecho, puesto que fue Europa quien pobló el continente americano, lo gobernó y administró directamente por siglos, deportó a América esclavos africanos, exterminó, apartó y dominó (según que fueran más o *menos densas) a las poblaciones indígenas. Pretendemos olvidar que las civilizaciones americanas, tales como existen hoy, son fruto del imperialismo europeo, bien el de la conquista, bien el que podríamos calificar de imperialismo por la fuga: el de millones de emigrantes expulsados de Europa hacia América por la miseria* o *por las persecuciones.*

Sea cual sea la mezcla de culpabilidad desviada y espíritu de rivalidad, de sentimiento de inferioridad o de paternalismo beato que preside nuestros conceptos sobre las dos Américas, preciso es constatar que esa mezcla engendra sobre todo mitos, y que una censura poderosa impide la percepción de la mayor parte de las informaciones, aun las más elementales, que nos provienen de esos países. En el siglo XX *esos mitos han cristalizado (para simplificar) en torno a dos grandes ejes: Norteamérica es reaccionaria; Latinoamérica es revolucionaria.*

Ahora bien, mientras que los "mitos" y las "realidades" de Norteamérica son, a pesar de todo, objeto de un debate constante, al favor del cual una pequeña parte de las realidades logra salir a la superficie, nuestra percepción de Latinoamérica es en cambio dominio casi exclusivo de la leyenda. Desde el principio, la inclinación a conocer estas sociedades, a "comprenderlas o sencillamente a describirlas, fue aplastada por la necesidad de usarlas como apoyo de fábulas. El daño no sería tan grande si nuestras leyendas no se hubieran convertido, a través de los años, en los venenos con que se alimentan los mismos latinoamericanos. No que éstos sean inocentes, precisémoslo, de la fabricación y la propagación de sus mitos. Pero encuentran para ello un estímulo prodigioso en el hecho que los espejismos de su imaginación, las excusas que se forjan les son devueltas del extranjero, estampados con un certificado de autenticidad de la conciencia universal.

Mi dificultad, al escribir este prólogo que el autor tuvo la amistad de pedirme, es que debo a su libro la mayor parte de lo que ahora pienso sobre Latinoamérica. Lo usual es que los prólogos sean hechos por los maestros y no por los discípulos. De manera que, más esclarecedores que mis propios comentarios de europeo, he aquí algunos extractos y paráfrasis de cartas que Carlos Rangel me escribió mientras trabajaba en su libro, del cual, en esta forma, el lector percibirá vivamente algunos temas fundamentales:

"Como dije a usted en la oportunidad de nuestro encuentro en Caracas, está por hacer una labor de des-

mitologización. No que todo cuanto se dice sobre Latinoamérica sea falso, pero el conjunto da una idea falsa. En parte eso se debe a que durante siglos, imágenes deformantes de la realidad de este continente han sido empleadas como ingredientes de las controversias, las angustias y los ensueños de la civilización europea. Colón mismo puso la primera piedra de ese edificio de mitos, tanto por las motivaciones de su aventura como por las reseñas que hizo a los Reyes Católicos, en las cuales sostuvo haber tal vez descubierto el Paraíso Terrenal. Más tarde el padre Las Casas y otros frailes terminaron de elaborar la figura del "buen salvaje", viva todavía hoy, y lanzaron la "leyenda negra" sobre los supuestos males absolutos de la colonización española, leyenda que fue amplificada por Inglaterra, Francia y Holanda -potencias rivales- para abrumar a España tanto más fácilmente cuanto que esta última hizo todo lo posible por mantener sus provincias americanas aisladas del resto del mundo".

En realidad, sean cuales hayan sido sus abusos y sus crímenes, la colonización española no fue y no podía ser exclusivamente una acumulación de atropellos durante tres siglos seguidos. En su viaje por varias regiones del Imperio Español de América en vísperas de su disolución, el barón Humboldt quedó sorprendido por el grado de progreso, de cultura y de información que encontró en una ciudad tan insignificante como la Caracas de entonces. Esto explica que en Caracas, como en otros sitios del continente, hayan surgido tan grandes espíritus como un Bolívar o un Miranda, de quienes

Carlos Rangel nos demuestra, al analizar su pensamiento, que estaban a la altura de los teóricos y de los hombres de Estado más notables del mismo momento en Europa o en América del Norte. Sin embargo, y al contrario de lo que ocurrió en forma natural en Norteamérica y mal que bien en Europa, las ideas de estos hombres no lograron, en la América española, insertarse en las instituciones, las costumbres o los métodos de gobierno.[1]

¿Cómo se explica ese fracaso? Porque no hay que engañarse: la historia de Latinoamérica desde comienzos del siglo XIX, en contraste con la historia de Norteamérica, es la historia de un fracaso. ¿Por qué? Tal es la pregunta a la cual este libro responde, ya que ese fracaso y sus causas se han perpetuado hasta el presente, aunque los mitos que los enmascaran evolucionen, y que por ejemplo el mito del Buen Salvaje se haya transformado en el mito del Buen Revolucionario.

Varias causas, lejanas o próximas, pueden ser consideradas. Los norteamericanos no tuvieron que integrar a los escasos indios que encontraron: los apartaron o los exterminaron. En cambio, la necesidad de integrar a los indígenas mucho más numerosos y mejor organizados de las civilizaciones meridionales fue el hecho central y persiste en ser el cáncer de la "América-que-ha-fracasado", es decir Latinoamérica. En Norteamérica el indio fue marginalizado. En Hispanoamérica se convirtió, al contrario, en el grueso de la población activa y el motor de la economía.

En otra carta, Rangel apunta, en efecto:

"El colonizador venido de la Europa Española creó una sociedad de la cual los indios reducidos a la servidumbre formaban parte orgánica e indispensable, los hombres por su trabajo, las mujeres por su sexo. De manera que los hispanoamericanos somos a la vez los descendientes de los conquistadores y del pueblo conquistado, de los amos y de los esclavos, de los raptores y de las mujeres violadas. Para nosotros, el mito del Buen Salvaje es una mezcla de orgullo y de vergüenza. En nuestra extremidad, no nos reconoceremos sino en él, y aun hijos o nietos de inmigrantes europeos recientes, seremos "Tupamaros", (de Túpac Amaru, descendiente de los Incas quien en el siglo XVIII sublevó a los indios contra el Virrey del Perú). De esta manera el Buen Salvaje se transforma en el Buen Revolucionario, el redentor, aquél por quien el Nuevo Mundo debe dar a luz al "Hombre Nuevo" que esta Tierra Prometida lleva en su vientre: Che".

Contrariamente a la Revolución de la cual resultaron en 1776 los EE.UU., y por la cual los norteamericanos no por rechazar la tutela política de Inglaterra dejaron de reconocerse como beneficiarios y continuadores de la civilización inglesa, Latinoamérica quiso míticamente eliminar por completo una herencia española que constituía, sin embargo, su única cultura:

"En Latinoamérica, la guerra de Independencia fue una llamarada de odio antiespañol, una cólera violenta de hijos demasiado largo tiempo sometidos, un sacrificio ritual del padre. Fue, además, una guerra civil (muy pocos españoles peninsulares participaron en los

combates), como si las dos mitades del alma latinoamericana hubieran salido a enfrentarse en los campos de batalla",

Pero esta sociedad "revolucionaria" no ha encontrado su camino. Ni con la descolonización ni más tarde ha logrado ser una comunidad moderna, dinámica, racional. Habiendo rechazado y destruido las estructuras del Imperio Español, no supo darse otras que fueran a la vez estables y más o menos humanas. La historia del siglo XX *prolonga la contradicción original de Latinoamérica. Sigue rebotando entre las falsas revoluciones y las dictaduras anárquicas, entre la corrupción y la miseria, entre la ineficacia y el nacionalismo exacerbado.*

Entretanto, el éxito insolente de los EE.UU., se convirtió en un factor adicional de amargura, y no sólo por los resultados concretos de la hiperpotencia norteamericana, ya que

"es un escándalo insoportable que un puñado de anglosajones, llegados al Hemisferio mucho más tarde que los españoles, desprovistos de todo, y en un clima tan severo que sobrevivieron por poco los primeros inviernos, se hayan convertido en la primera potencia del mundo".

Si la historia de Latinoamérica es la historia de un fracaso, haría falta, prosigue Rangel, al desarrollar el tema,

"un inconcebible psicoanálisis colectivo de los latinoamericanos para que Latinoamérica pueda mirar de frente las verdaderas causas del contraste entre las dos Américas. Es por esto que, aunque sabiéndolo falso, todo dirigente político latinoamericano está obligado a sostener que nuestros males encuentran su explicación suficiente en el imperialismo norteamericano, el cual claro que ha existido y existe todavía, pero se produjo como una consecuencia y no una causa de nuestra impotencia. Como dice Schumpeter, hasta el robo, por moralmente odioso que sea, plantea el problema del origen de la fuerza del ladrón y de la debilidad de su víctima".

A pesar de su atraso económico, no ha sido jamás justa la clasificación de Latinoamérica en lo que desde hace treinta años llamamos Tercer Mundo. En primer lugar porque Latinoamérica es esencialmente occidental, a pesar del pasado precolombino, por sus lenguas, su visión del mundo, su cultura y su población. En seguida - y esta es la lección que yo personalmente he sacado del libro de Carlos Rangel- porque el subdesarrollo latinoamericano es político antes de ser económico. Más exactamente, me parece que en Latinoamérica el subdesarrollo económico es consecuencia del subdesarrollo político, y no lo contrario, como sucede en el verdadero Tercer Mundo.

Sea como sea, ese doble subdesarrollo ha precipitado la vocación "revolucionaria" de Latinoamérica, ya que la "revolución" parece el atajo para superar una situación marcada por la incapacidad de construir Estados democráticos modernos y economías prósperas

aptas, por lo mismo, para reducir la dominación extranjera. Pero las "revoluciones" latinoamericanas han sido o bien de una tal virulencia que han arruinado lo que pretendían salvar (como la Revolución Mexicana de 1911, que duró diez años y terminó por mantener en la pobreza a los campesinos que fueron su razón de ser); o bien de un verbalismo que disimula bajo un "lenguaje social" una incompetencia generadora de súbito desastre, como el "socialismo" peruano de 1969-74, o como el "justicialismo" de Perón, quien hace veinte años arruinó a una velocidad asombrosa y, según parece, irremediable, la economía más própera de Latinoamérica; o bien, como la Revolución Cubana, que no ha hecho más que trasladar un país de la dominación norteamericana a la satelización soviética. En otra nota de trabajo, Rangel me escribía:

"La Revolución Cubana ha dado nueva virulencia a todos los equívocos sobre Latinoamérica. Fidel Castro llenó de júbilo el corazón de todos quienes se sienten humillados por la fuerza norteamericana. Como en el tiempo cuando estuvo de moda el "buen salvaje", los ojos de Europa se han fijado en nosotros, pero no para descubrir verdades científicas, sino para encontrar puntos de apoyo a prejuicios, mitos y frustraciones enteramente europeos. Asqueada por el estalinismo, y víctima de un complejo de inferioridad ante Norteamérica, Europa descubrió encantada en Fidel, y continúa viendo en el 'Che', el 'buen revolucionario'. Los latinoamericanos recibimos esa inundación retórica con un cierto placer, pero a la vez con irritación. La atención que se nos prestaba era halagadora, pero estaba hecha

de una gran frivolidad, de una gran presunción y de una gran condescendencia".

Hubiera sido presuntuoso intentar resumir en este prólogo las conclusiones de un libro cuyo mérito reside, precisamente, en sensibilizamos a la complejidad de un tema sobre el cual habían reinado, hasta el presente, sobre todo simplezas. He preferido, con la ayuda de algunos textos preparatorios que no figuran en la obra, ayudar al lector a seguir, como yo mismo lo hice, a medida que progresaba (y, espero, con el mismo profundo interés) el desarrollo de la reflexión de Carlos Rangel; y enunciar las grandes preguntas a las cuales

Rangel responde brillantemente con Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario.

Subrayo de nuevo, para terminar, que el alcance de este libro va más allá de Latinoamérica. Puesto que si Latinoamérica es en sí misma un tema interesante e importante, sus problemas y sus fantasmas son los mismos de otros continentes. Sus resentimientos y sus temores frente a los EE.UU. son la versión exacerbada de pasiones que también Europa conoce. Sus dificultades para aclimatar la democracia liberal, el fracaso del "socialismo democrático" chileno y el auge de un "socialismo nacional-militarista" que sirve para enmascarar y hacer aceptables nuevas formas de caudillismo, corresponden a datos que se encuentran también en otras partes del mundo. Si con su herencia cultural occidental y con su situación relativamente favorable, Latinoamérica no logra encontrar su camino sin renunciar a los ideales y a las conquistas de la Revolución Liberal, eso sería de muy mal augurio para

el resto del planeta, puesto que significaría que la mayor parte de la humanidad no puede ser gobernada sino por el autoritarismo y el terror.

JEAN-FRANCOIS REVEL

NOTA.

1. Repetidamente, Carlos Rangel emplea la noción de América *Española,* y no *Latinoamericana,* puesto que esta última incluye al Brasil, cuya historia es diferente, mientras que todos los países herederos del antiguo Imperio Español comparten rasgos fundamentales.

INTRODUCCION

ESPAÑOLA Y NO LATINA

LOS LATINOAMERICANOS *no estamos satisfechos con lo que somos, pero a la vez no hemos podido ponernos de acuerdo sobre qué somos, ni sobre lo que queremos ser. ¿En qué consiste, exactamente, ese* ser latinoamericano *que compartimos desde el Río Bravo hasta la Patagonia? Una respuesta posible consiste en decir, que no hay una América Latina, sino veinte (título del libro bastante conocido de Marcel Niedergang) e inclusive echar en el saco a Brasil (y hasta a Haití). Pero todo* hispanoamericano *sabe, al encontrarse con un brasilero, que está* frente *a él, no* junto *a él, que uno y otro miran el mundo desde perspectivas diferentes y eventualmente conflictivas.*

En cambio, los diez mil kilómetros que separan el norte de México del sur de Chile y Argentina son una distancia geográfica, pero no espiritual.

Hay desde luego en Hispanoamérica grupos humanos marginales que habitan uno u otro de estos países sin participar en la cultura hispánica dominante. El hecho de que esos grupos sean residuos de los habitantes precolombinos, de los "dueños legítimos" del territorio, que hayan sido sus antepasados (y ellos mismos sigan siendo) víctimas de una conquista y una dominación para ellos *extranjera; y el hecho adicional de que la sangre de estos esclavos corra, mezclada por las venas de una*

enorme proporción de hispano-americanos, son factores que tienden a confundir la conciencia del continente, inyectándole elementos de indefinición, mitología, racismo, complejos de culpa y de inferioridad, etc.

Pero simplificando, por el momento, uno de los debates más angustiosos y fundamentales entre los muchos que han torturado a la América Latina, diré que justamente es la América Española *la que desde la Conquista hasta hoy se ha planteado como sujeto activo un problema en el cual las culturas aborígenes y los seres humanos protagonistas de esas culturas han sido objetos pasivos. Los llamados* indios, *por su presencia en América en el momento del descubrimiento; por lo que de su cultura mal que bien no pudo dejar de adherirse a las sociedades hispánicas forjadas en la conquista, la colonización y la evangelización; por la inmensa tragedia de su derrota, masacre y esclavización; por su participación en el proceso de mestizaje, y por su persistente* presencia, *han contribuido a formar una parte muy importante de la conciencia (y también de la* mala conciencia) *latinoamericana. Pero a pesar del indigenismo de moda, Argentina, Bolivia, Cuba, Colombia, Costa Rica, Chile, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Puerto Rico, Santo Domingo, Uruguay y Venezuela suman una sola cultura, la cultura hispanoamericana, implantada en 18 naciones independientes y una nación sometida políticamente a los Estados Unidos.*

Los españoles encontraron una variedad de culturas y hasta civilizaciones aborígenes en esos territorios. Luego, importaron negros africanos. Posteriormente inmigrantes de diversas procedencias se integraron en

proporciones variables a cada país. La hegemonía anglosajona, hemisférica y mundial, ha tenido un impacto profundo, más pronunciado en algunos países, pero general. Sin embargo, un poco sorpresivamente, si se quiere, pero en forma palpable, la América Española existe y se puede discurrir sobre ella sin necesidad de dividirla en veinte, o *ni siquiera en tres o en cinco.*

En cambio sería claramente abusivo generalizar sobre una "América Latina" donde el Brasil estaría incluido como un componente más. Brasil es diferente a la América Española por su origen lusitano y su lengua portuguesa, pero además por el modo como fue conquistado y colonizado el territorio, y por haber sido metrópoli del Imperio Portugués durante largos años, tras los cuales, en lugar de sufrir una ruptura traumática con Lisboa, logró su independencia por un acto de gobierno, por un decreto, conservando intactas las estructuras políticas y administrativas del Imperio.

En resumen, hay puntos de contacto, semejanzas, parentescos entre Brasil y la América Española, pero la suma de las diferencias es más importante que la de las semejanzas, puesto que incluye además la espectacular consolidación del Brasil en una sola nación gigantesca, fronteriza con todos los demás países de América del Sur menos Ecuador y Chile; y esto en contraste con la fragmentación de la América Española en 19 pedazos.

De más está decir que esa dimensión continental tiene en sí misma una importancia determinante, y siendo sin duda consecuencia de antecedentes distintos, lleva en sí la semilla de divergencias cada vez más pronunciadas, y hasta de enfrentamientos. Al intentar comprender la América Latina, no se puede ignorar Brasil (lo mismo

que no se puede ignorar los EE.UU.); pero para la América Española, Brasil aparece romo un vecino potencial o actualmente peligroso, potencial o actualmente amistoso, pero en todo caso diferente, *otro.*

La América Española en cambio, a pesar de su inmensidad geográfica y su aparente heterogeneidad, es un conjunto identificable, con suficientes rasgos comunes como para que sea útil generalizar sobre él, una subdivisión "clara y distinta" del mundo en que vivimos.

Esa diferenciación de la América Española procede, evidentemente, del sello que le dieron sus conquistadores, colonizadores y evangelizadores. Se trata de uno de los prodigios más asombrosos de la historia, pero está a la vista, irrefutable. Hay controversia sobre el número exacto de los "Viajeros de Indias", pero en todo caso fueron apenas un puñado de hombres, entre marinos, guerreros y frailes. Y esos pocos hombres, en menos de sesenta años, antes de 1550, habían explorado el territorio, habían vencido dos imperios, habían fundado casi todos los sitios urbanos que hoy todavía existen (más otros que luego desaparecieron), habían propagado la fe católica y la lengua y la cultura de Castilla en forma no sólo perdurable sino, para bien o para mal, indeleble.

Española, pues, y no "Latina" es la América cuyos mitos y realidades me propongo exponer; pero el nombre "América Latina" o "Latinoamérica", invención de franceses o de anglosajones, se ha impuesto de tal manera, que renunciar a él, o insistir a cada paso en que al usarlo se excluye metodológicamente al Brasil, sería una complicación engorrosa y hasta pedante. Entienda, pues, el lector que a menos de advertencia expresa en

sentido contrario, la América Latina de este libro es la América que habla español.

DEL FRACASO A LA MITOLOGIA COMPENSATORIA

Entre 1492 y 1975 han transcurrido casi quinientos años, medio milenio de historia.

Si nos proponemos calificar esos casi cinco siglos de historia latinoamericana en la forma más sucinta, pasando por encima de toda anécdota, de toda controversia, de toda distracción, yendo al fondo de la cuestión antes de desmenuzarla, lo más certero, veraz y general que se pueda decir sobre Latinoamerica es que hasta hoy ha sido un fracaso.

Esta afirmación puede parecer escandalosa, pero es una verdad que los latinoamericanos llevamos prendida en la conciencia, que callamos usualmente por dolorosa, pero que traspasa y sale a la luz cada vez que tenemos momentos de sinceridad. Es decir que somos los mismos latinoamericanos quienes calificamos nuestra historia como una frustración. El mayor héroe de América Latina, Bolívar, escribió en 1830: "He mandado veinte años, y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: 1. La América (Latina) es ingobernable para nosotros; 2. el que sirve una revolución ara en el mar; 3. la única cosa que se puede hacer en América (Latina) es emigrar; 4. este país (la Gran Colombia luego fragmentada entre Colombia, Venezuela y Ecuador), caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos, casi imperceptibles de todos los colores y razas; 5. devorados

por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos; 6. si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de la América (Latina)".

En esos seis puntos de Bolívar está condensado en su forma extrema el pesimismo latinoamericano, el extremo juicio adverso de los latinoamericanos sobre nuestra propia sociedad. Pero vale la pena subrayar que por lo menos algunas de las profecías desesperadas de Bolívar se cumplieron al pie de la letra, por lo cual no se las puede atribuir únicamente al estado depresivo de un hombre envejecido, decepcionado y amargado, sino que son apreciaciones en las cuales están presentes toda la agudeza sociológica y toda la visión política del Libertador.

Desde 1830 hasta hoy se acumulan otros datos y otros puntos de referencia, adicionales a los disponibles para Bolívar al formular su juicio sobre el futuro de Latinoamérica:

1. El éxito desmesurado de los EE.UU., en el mismo "Nuevo Mundo" y en el mismo tiempo histórico.

2. La incapacidad de la América Latina para la integración de su población en nacionalidades razonablemente coherentes y cohesivas, de donde esté, si no ausente, por lo menos mitigada la marginalidad social y económica.

3. La impotencia de la América Latina para la acción externa, bélica, económica, política, cultural, etc.; y su correspondiente vulnerabilidad a acciones o *influencias extranjeras en cada una de esas áreas.*

4. La notoria falta de estabilidad de las formas de gobierno latinoamericanas, salvo las fundadas en el caudillismo y la represión.

5. La ausencia de contribuciones latinoamericanas notables en las ciencias, las letras o las artes (por más que se pueden citar excepciones, que no son sino eso).

6. *El crecimiento demográfico desenfrenado, mayor que el de cualquier otra área del planeta.*

7. El no sentirse Latinoamérica indispensable, o ni siquiera demasiado necesaria, de manera que en momentos de depresión (o *de sinceridad) llegamos a creer que si se llegara a hundir en el océano sin dejar rastro, el resto del mundo no sería más que marginalmente afectado.*

Casi siglo y medio después de Bolívar, uno de los primeros intelectuales hispanoamericanos (Carlos Fuentes) podía escribir: "Existe (para la América Latina) una perspectiva mucho más grave: a medida que se agiganta el foso entre el desarrollo geométrico del mundo tecnocrático y el desarrollo aritmético de nuestras sociedades ancilares, Latinoamérica se convierte en un mundo prescindible *para el imperialismo. Tradicionalmente hemos sido países explotados. Pronto ni esto seremos: no será necesario explotarnos, porque la tecnología habrá podido -en gran medida lo puede ya- sustituir industrialmente nuestros ofrecimientos mono-productivos. ¿Seremos, entonces, un vasto continente de mendigos? ¿Será la nuestra una mano tendida en espera de los mendrugos de la caridad norteamericana, europea y soviética? ¿Seremos la India del Hemisferio occidental? ¿Será nuestra economía una simple ficción mantenida por pura filantropía?".*[1]

Como el de Bolívar, el pesimismo de Fuentes es insoportable para el amor propio latinoamericano. El mismo Fuentes pasa de esas reflexiones pavorosas al postulado de una acción revolucionaria, una ruptura indispensable para rescatar o crear una identidad latinoamericana menos lamentable, un proyecto modesto, pero propio y viable, que nos permita ser dentro del mundo, si no indispensables o distinguidos por lo menos independientes.

En todo caso, desde Bolívar hasta Carlos Fuentes, todo latinoamericano profundo y sincero ha reconocido, al menos por momentos, el fracaso -hasta ahora- de la América Latina.

Las colectividades humanas, enfrentadas con la realización de que otros formulan proyectos envidiables y los cumplen con éxito, pueden intentar la emulación, o *bien el rechazo de los valores implícitos en los proyectos y los éxitos envidiados. También es posible (y este es el caso de América Latina) intentar la emulación, y al no tener el éxito esperado, refugiarse en la mitología como explicación para el fracaso e invocación mágica de un desquite futuro.*

NOTAS

1. Carlos Fuentes: *La Nueva Novela Hispanoamericana,* México, Cuadernos de Joaquín Morriz, 1969.

CAPÍTULO I
DEL BUEN SALVAJE AL BUEN REVOLUCIONARIO

De las Indias al paraíso terrenal

LOS MITOS fundamentales de América no son en absoluto americanos. Son mitos creados por la imaginación europea, o que vienen de más lejos aún, de la antigüedad judeo-helénica y asiática, y van a ser reformulados por los europeos maravillados de haber descubierto un "Nuevo Mundo".

Cuando los latinoamericanos despiertan (en el siglo XIX) a la conciencia nacional, van a encontrar hecha una base mítica que les servirá para intentar reivindicar como propio el pasado pre-colombino de América; y más recientemente, hoy mismo, para intentar excusar o enmascarar el fracaso relativo de Latinoamérica, hija del Buen Salvaje, esposa del Buen Revolucionario, madre predestinada del Hombre Nuevo.

Desde que los pueblos del Mediterráneo terminaron de conocer las costas de ese mar interior, y descubrieron más allá de Gibraltar, el Océano, tuvieron la sensación de que algo tenía que haber del otro lado de esas aguas de apariencia infinita. Célebre es la referencia platónica a la Atlántida, "isla más grande que Libia y Asia juntas". Célebre también la profecía de Séneca (en su "Medea"): "En edades tardías han de venir unos siglos en que el Océano relajará las cadenas del mundo y se abrirá una

tierra inmensa. Tetis revelará un nuevo mundo, y Tulé ya no será la postrera de las tierras”.

De que las Indias, es decir el Extremo Oriente, China, Japón, Malaca, Java, Sumatra estaban del otro lado del Océano, el siglo XV no podía tener duda. La redondez de la tierra había sido comprendida ya por los griegos, quienes dos mil años antes del descubrimiento de América habían observado que los barcos que se alejan de la costa desaparecen más allá del horizonte, al tiempo que desde ellos la tierra parece irse hundiendo en el mar; y que en los eclipses de luna, la sombra de la tierra se ve redonda sobre su satélite.

Luego tanto se podía ir a Oriente en la dirección de donde nace el sol como en sentido inverso. Sólo que la distancia se estimaba, acertadamente, mucho mayor en el segundo caso, y en el supuesto de que no hubiera sino agua entre la costa más occidental de Europa y la más oriental de Asia, la aventura de atravesar en barquichuelos tan inmenso Océano se juzgaba, con razón, insensata.

Colón tuvo la terquedad extraña y predestinada de sostener, contra la mejor ilustración de su época, que la tierra era no sólo redonda, cosa que no se discutía seriamente, sino además mucho más pequeña de lo que en realidad es. Salió hacia una muerte segura, y se topó con América.

El Nuevo Mundo, Utopía

La equivocación de creer los europeos haber llegado al Asia por occidente duró muy poco. El mismo Almirante, de no haber invertido tanta fe en ello, tuvo en sus manos

y en sus ojos de qué deducir que su hazaña había sido mucho más extraordinaria que la de llegar, por otra vía, al extremo opuesto del Viejo Mundo. Creyendo estar en las cercanías de Japón, entendió como prodigiosas y sobrenaturales, señas que interpretadas con una imaginación menos medieval le hubieran hecho deducir que se hallaba cerca de una vasta tierra firme: "Al llegar a las bocas del Orinoco, creyó haber encontrado el Paraíso Terrenal... El ímpetu de las aguas dulces, que casi desbarataron sus carabelas, en el Golfo de la Ballena, con su Boca de la Sierpe y su Boca del Dragón, no le hicieron inferir la existencia de vastas selvas y montañas... sino la proximidad de la fuente de agua del Paraíso Terrenal... Los Teólogos afirmaban efectivamente que Dios no había destruido el Paraíso, y lo situaban... en una tierra o isla feliz sin enfermedades, sin vejez, sin muerte, sin temor" [2].

En esa bisagra entre la Edad Media y el Renacimiento, hombres de espíritu medieval como Colón podían buscar y encontrar y *ver de hecho ante sí* cosas *predichas* por autoridades, en libros.

Pero la potencia perenne de los mitos ancestrales se manifiesta también en el pensamiento de contemporáneos que habían tramontado la cota medieval y miraban hacia el futuro desde la vertiente renacentista.

Del tópico o mito de la isla feliz, reactivado por el descubrimiento, se inspiró Tomás Moro para componer su Utopía. La ficción de Moro funde el sueño de Platón en *La República* con la excitación del descubrimiento de un Nuevo Mundo no corrompido por la civilización. Allí podría existir, por fin, o ser hallada en plenitud de existencia, la sociedad perfecta, gozosa de paz, igualdad,

abundancia, libertad, seguridad. El título del libro indica a las claras el escepticismo moderno del Canciller de Enrique VIII, pero el contenido manifiesta la fuerza de ilusiones antiguas y tenaces, sobre todo al ser removidas y reactivadas por el catalizador del Nuevo Mundo.

La fuente de la juventud, las Amazonas, El Dorado

Es significativo que muy temprano los Conquistadores hayan invertido esfuerzos sobrehumanos y patéticos en buscar la Fuente de la Juventud. Se trata de un viejo mito, asociado al del Paraíso Terrenal, por identificación del Arbol de la Vida con la Fuente de la Vida, con la inmortalidad y la beatitud. Tópico además de implantación subconsciente, por la identificación simbólica de fuentes y manantiales con la vida misma, con "el eterno anhelo humano de placer, juventud y felicidad, como una realización visionaria del poder del hombre contra la muerte y el destino" [3]. Como en el caso más conocido del mito de El Dorado, los aborígenes americanos, al entender que los invasores blancos andaban afanados en búsqueda de una fuente mágica, alentaron esa ilusión para hacer que los intrusos siguieran adelante, más lejos.

De igual manera, con ojos igualmente nublados por el mito, buscaron los conquistadores a las Amazonas, y dejaron dos nombres de lugar como rastro de su empeño en hallar en estas Indias Occidentales lo que tradiciones medievales suponían situado en las Indias verdaderas, en el Extremo Oriente. Uno de los libros de Amadís de Gaula habla de cómo se encuentra "a la diestra mano de las Indias" una isla llamada *California,* cercana al Paraíso

Terrenal, poblada de mujeres negras, sin hombres, “que casi como las amazonas era su estilo de vivir... de valientes cuerpos y esforzados y ardientes corazones y grandes fuerzas... Las armas todas de oro, y también las guarniciones de las bestias... que en toda la isla no había otro metal...”

Las descubridores y conquistadores, desde Colón, anduvieron atentos a encontrar estas Amazonas que por sabido habitaban en las Indias, y cuyo mito está ligado al de un país donde no había más metal que el oro, y éste abundante; lo cual subraya, de paso, lo que por otra parte está harto documentado: que el mito de El Dorado está en su esencia ligado a leyendas ancestrales; y que en éste, como en tantos otros casos, el descubrimiento de América no aportó nada a la mitología europea que ya no estuviera allí presente, no hizo sino remover y potenciar antiquísimos sueños sobre la Edad de Oro y el Estado de Inocencia, antes de la Caída; y anhelos igualmente antiguos de que a pesar de todo, el Paraíso no hubiera sido abolido, sino sólo puesto entre paréntesis en alguna parte, en el reino del Preste Juan, fabuloso emperador cristiano de un remoto reino oriental; o más vagamente en “Las Indias”; junto con la esperanza de que siguieran viviendo allí hombres libres de pecado original, cuyo eventual contacto redimiría a quienes tuvieran la fortuna de establecerlo, mucho más segura y prontamente que la remota y angustiosa, por incierta, resurrección prometida por Cristo.

El Buen Salvaje

Buscando lo que pre-existía en su deseo, los descubridores crearon el mito más potente de los tiempos modernos: El Buen Salvaje, versión "americanizada" o "americanista" del mito de la inocencia humana antes de la caída, fábula destinada a tener inmensa fortuna en la historia de las ideas, y desde luego igualmente inmensas consecuencias.

En forma mucho más vívida e inmediata que sus antecedentes, el mito del Buen Salvaje responde a las angustias características de la civilización europea, occidental, cristiana, historicista. Si el hombre fue bueno y es la civilización la que lo ha corrompido, si hubo una Edad de Oro y estamos en una Edad de Hierro o de Bronce, no puede haber mayor maravilla que encontrar ese tiempo primitivo coexistiendo con nuestro tiempo, y constatar que en efecto hombres incontaminados por la civilización, han permanecido inocentes.

Así vio Colón a los nativos de las Islas del Mar Caribe, y así los describió en sus cartas a los Reyes Católicos: "Certifico a sus Altezas que no existe mejor tierra ni mejor gente: aman a su prójimo como a ellos mismos y hablan la lengua más suave del mundo".

A uno de ellos, al ofrecerle Colón su espada, no supo qué cosa era, y tomándola por la hoja, se cortó con ella, de lo que dedujo el Descubridor que estos hombres no conocían las armas ni la guerra. La facilidad con que se desprendían de chucherías de oro, le hizo pensar que ignoraban igualmente la codicia [4].

Y como los hombres, la tierra. Poco después de 1500, un clérigo sevillano, usando como guía los informes del

Almirante, y hasta sus propias palabras, asegura que la naturaleza del Nuevo Mundo corresponde a la bondad de sus habitantes. Las abruptas montañas, que todavía hoy ponen en algunos lugares obstáculo insalvable a las comunicaciones, son correctamente descritas como altísimas, pero en el sentido de "hermosas" (lo cual también son, es cierto), y agregándoles el fantasioso calificativo de "todas andables". Los árboles también son tan altos "que parecen llegar al cielo", y como nunca pierden sus hojas, deduce el sevillano que el clima del Caribe debe ser siempre como el del mes de mayo en Europa. "En la isla (Hispaniola) hay pinares, vegas y campiñas... hay minas de metales de oro". Y todo esto de una región tan inhóspita o más entonces que ahora, de tal manera que quienes en lugar de imaginarla desde Sevilla la habían venido a conocer directamente y sufrían del calor, de la maleza cortante y de los insectos agresivos, inventaron para Colón el mote de "Almirante de los Mosquitos".

La civilización corruptora

Pero Europa quería creer en el Buen Salvaje habitante de un "Nuevo Mundo". A mediados del siglo XVI ya el mito ha cuajado y ha comenzado a infectar a los europeos mucho más malignamente que la sífilis, de la cual se asegura que fue trasladada también de América al Viejo Continente. Montaigne lo recoge insuperablemente y le presta toda su credulidad, todo su entusiasmo, toda su futura autoridad: "Son salvajes esos pueblos [5] como los frutos a que aplicamos igual nombre por germinar y desarrollarse espontáneamente (en los cuales) se guardan

vigorosas y vivas las propiedades y virtudes naturales, que son las verdaderas y útiles... Las leyes naturales dirigen su existencia... (y) se me figura que lo que por experiencia vemos en esas naciones (americanas) sobrepasa no sólo las pinturas con que la poesía ha embellecido la edad de oro de la humanidad, sino que todas las invenciones que los hombres han podido imaginar para fingir una vida dichosa, juntas con las condiciones mismas de la filosofía, no han logrado representarse una ingenuidad tan pura y sencilla, comparable a la que vemos en esos países, ni han podido creer tampoco que una sociedad pudiera sostenerse con artificio tan escaso y, como si dijéramos, sin soldadura humana. Es un pueblo (diría yo a Platón) [6] en el cual no existe ninguna especie de tráfico, ningún conocimiento de la ciencia de los números, ningún nombre de magistrado ni de otra suerte, que se aplique a ninguna superioridad política. Tampoco hay ricos, ni pobres, ni contratos, ni sucesiones, ni participaciones, ni más relaciones de parentesco que las comunes; las gentes van desnudas, no tienen agricultura ni metales, ni beben vino ni cultivan los cereales. Las palabras mismas que significan la mentira, la traición, el disimulo, la avaricia, la envidia, la detractación, el perdón, les son desconocidas... Viven en un lugar... tan sano que... es muy raro encontrar (entre ellos) un hombre enfermo, lagañoso, desdentado o encorvado por la vejez... El idioma... es dulce y agradable y las palabras terminan de un modo semejante a las de la lengua griega. (Desconocen por su inocencia) lo costoso que será un día a su tranquilidad y dicha el conocimiento de la

corrupción (europea) y que su comercio con nosotros engendrará su ruina. *(Los Ensayos, "De los Caníbales) ".*

¿Qué hay de novedoso o de más terrible que estas palabras de Montaigne, en Rousseau, doscientos años más tarde? Pero más impresionante todavía es encontrar en el mismo texto de Montaigne la proposición de que la sociedad europea merecía una revolución sangrienta, que la devolviera a su estado primitivo de bondad natural, a la Edad de Oro; o que por lo menos desquitara a la mayoría, desfavorecida por la desigualdad "antinatural" en que la civilización había sumido a Europa: "Observaron (tres indios americanos traídos a la corte de Carlos IX, en Ruán) que había entre nosotros muchas personas llenas y ahítas de toda suerte de comodidades y riquezas; (y) que (otros iguales a ellos, sus "mitades") mendigaban a sus puertas, descarnados de hambre y miseria, y que le parecía (a los buenos salvajes americanos) también singular que los segundos pudieran soportar injusticia semejante y no estrangularan a los primeros, o no pusieran fuego a sus casas".

Por causa del mito del Buen Salvaje, Occidente sufre hoy de un absurdo complejo de culpa, íntimamente convencido de haber corrompido con su civilización a los demás pueblos de la tierra, agrupados genéricamente bajo el calificativo de "Tercer Mundo", los cuales sin la influencia occidental habrían supuestamente permanecido tan felices como Adán y tan puros como el diamante.

Pero lo que nos interesa es el camino hecho por el mito en América, y adónde ha venido a desembocar más particularmente en América *Latina.*

El Buen Revolucionario

Para entender la transmutación del Buen Salvaje en el Buen Revolucionario, notemos que hay no sólo relación, sino *identidad* entre el estado del hombre antes de la caída y después de la salvación. El intermedio es un paréntesis en la beatitud *natural.* Los últimos días, serán como los primeros; el fin de la historia será el regreso a la Edad de Oro.

Algunos cristianos primitivos tuvieron la convicción de que tras su segundo advenimiento, Cristo establecería en la tierra un reino perfecto, de mil años. Desde entonces el "milenarismo" ha sido una fiebre recurrente de la humanidad, y en un tiempo de degradación y superficia1ización de los grandes mitos profundos y eternos, ese milenarismo se ha hecho "revolucionismo" secular. La caída habría sido el establecimiento de la propiedad privada. Antes de existir esa institución "antinatural", los hombres habrían sido todos iguales y dichosos, y volverán a serlo automáticamente al quedar ella abolida.

Las sectas milenaristas (o revolucionarias) invariab1emente han concebido la salvación como total, en el sentido de que mediante una transformación súbita, la vida en la tierra quedará transformada, devuelta a la perfección que tuvo antes de la caída (o antes de la propiedad privada).

A la vez, las explosiones de fe milenarista (o revolucionaria) han estado invariablemente acompañadas por el ascenso fulgurante de profetas y mártires, dotados de cualidades especiales: elocuencia, valor, magnetismo personal, *carisma.*

Sin duda el milenarismo y el revolucionismo están reñidos con el espíritu racionalista que hizo la grandeza de Occidente; pero en cambio son supremamente tentadores para quienes se sienten preteridos, marginados, frustrados, fracasados, despojados de su derecho *natural* al goce igual de los bienes de la tierra de que supuestamente disfrutaban los Buenos Salvajes de América antes de la llegada de las fatídicas carabelas.

Eso explica que la América triunfadora, los EE.UU., haya hecho un uso muy moderado del mito del Buen Salvaje, y tenga una resistencia sana (mayor que la de Europa) al mito del Buen Revolucionario. Y explica también que la América fracasada, la América Latina, sea especialmente vulnerable a ambos mitos.

El Buen Salvaje tiene en la siquis de los norteamericanos un sitio tan reducido como en la historia de ese país. "El último de los mohicanos" es noble, sin duda, pero es *otro,* y está a punto de desaparecer para siempre. Los colonizadores anglosajones vinieron en busca de tierra y libertad, no de oro y esclavos. Al indígena, habiéndolo expulsado del territorio, o exterminado, no tuvieron necesidad ni de rechazarlo ni de integrarlo social o psicológicamente.

En contraste, esa necesidad ha sido el hecho central y sigue siendo el cáncer de Latinoamérica, donde el conquistador español creó una sociedad de la cual los indios, reducidos a la servidumbre, formaban parte orgánica e indispensable, los hombres por su trabajo, las mujeres por su sexo. En consecuencia, los latinoamericanos somos a la vez descendientes de los conquistadores y del pueblo conquistado, de los amos y de los esclavos, de los raptores y de las mujeres violadas.

El mito del Buen Salvaje nos concierne personalmente, es a la vez nuestro orgullo y nuestra vergüenza.

En la extremidad de nuestra frustración y de nuestra irracionalidad, llegaremos a no admitir otra filiación, y aun hijos o nietos de inmigrantes europeos muy recientes, seremos *tupamaros,* (de Túpac Amaru, líder en el siglo XVIII de una sublevación indígena en el Virreinato del Perú).

De este modo, el Buen Salvaje se convierte en el Buen Revolucionario, "aventurero romántico, Robin Hood rojo, Don Quijote del comunismo, nuevo Garibaldi, Saint-Just marxista, Cid Campeador de los condenados de la tierra, Sir Galahad de los miserables, Cristo laico, San Ernesto de la Higuera", *Che*[7].

El reverso de los mitos

El Túpac Amaru histórico fue un descendiente en línea directa de los Incas, Emperadores del Perú precolombiano. Al rebelarse en 1780, cambió su nombre españolizado por el de un Inca ejecutado en 1569 por Francisco de Toledo, el Virrey que entre ese año y 1582 consolidó definitivamente el dominio español sobre el territorio peruano.

Derrotado y preso, Túpac Amaru II fue vejado y muerto cruelmente, con lo cual pasó a la historia como mártir y precursor de la independencia latinoamericana.

Esto es típico de los equívocos y los mitos de la América Latina. Túpac Amaru se rebeló en nombre del Rey español, Carlos III (1759-88) y contra los abusos de los criollos peruanos. Fueron éstos quienes le hicieron frente, lo derrotaron y lo supliciaron, sobre todo para

defender sus privilegios de descendientes de los conquistadores, y sólo accidentalmente para sostener los derechos de un lejano rey afrancesado, quien desde 1765 había comenzado a molestarlos y a inquietarlos con la extensión a América de ideas *modernas* sobre una mejor administración y supervisión imperiales, basadas en el sistema francés de delegados (intendentes) de la corona.

En este ocaso del Imperio Español de América, los criollos americanos, cepa de la estructura de poder de todas las futuras repúblicas independientes, viven emociones y sentimientos contradictorios. La rebeldía exitosa de los colonos ingleses de América del Norte los fascina. Aspiran a ejercer todo el poder, a tener todos los honores, en lugar de tener que admitir la tutela de España, ejercida por funcionarios peninsulares. Pero a la vez, como amos en una sociedad esclavista, se saben rodeados de enemigos. No sólo los indios en apariencia sumisos, pero que de vez en cuando estallan en rebelión, como en el Perú en 1780; o como en México en 1624 y 1692[8]; sino además los negros bárbaros y violentos y los pardos humillados y resentidos. En el motín de 1692 los esclavos negros, los pardos[9] y hasta los blancos pobres, llamados en México *saramullos,* para distinguirlos de los orgullosos *criollos,* habían terminado por hacer causa común con los indios en una explosión de cólera contra toda autoridad y toda riqueza.

Por si todo esto fuera poco, la revolución de Haití les ofreció a los criollos hispanoamericanos, desde 1791, una demostración práctica de lo que podía ser la guerra social en las sociedades esclavistas de América, una vez disueltos los vínculos con la metrópoli y resquebrajados los hábitos de autoridad y sumisión.

Frente a la masa oscura y enemiga de los esclavos, los siervos y las castas libres inferiores, los criollos se sienten ansiosamente españoles, fieles súbditos del Rey. Criollos pueden haber sido (y fueron probablemente) los verdugos de Túpac Amaru. Criolla también la pluma redactora del bando proclamado en Cuzco tras haber sido ahogada la sublevación: "Por causa del rebelde, mándase que los naturales se deshagan o entreguen a sus corregidores cuantas vestiduras tuvieren, como igualmente las pinturas o retratos de sus Incas, los cuales se borrarán indefectiblemente como que no merecen la dignidad de estar pintados en tales sitios.

Por causa del rebelde, celarán los mismos corregidores que no se representen en ningún pueblo de sus respectivas provincias comedias u otras funciones públicas de las que suelen usar los indios para memoria de sus hechos antiguos.

Por causa del rebelde, prohíbense las trompetas o clarines que usan los indios en sus funciones, a las que llaman potutos, y que son unos caracoles marinos de un sonido extraño y lúgubre.

Por causa del rebelde, mándase a los naturales que sigan los trajes que les señalan las leyes, se vistan de nuestras costumbres y hablen la lengua castellana, bajo las penas más rigurosas y justas contra los desobedientes".

Pero los mismos criollos que lanzan (o suscriben) en 1781 esa proclama de ocupantes, van, a partir de 1810, a declararse "indios honorarios", herederos y vengadores del Buen Salvaje. El himno del Perú independiente designa a Lima (la más española, junto con México, de las ciudades hispanoamericanas) heredera del odio y la

venganza del Inca, su legítimo señor, y libre de *nuevo* después de tres siglos de opresión *extranjera.* El himno de Argentina asegura que con la guerra de emancipación, los Incas se conmovieron en sus tumbas por la emoción de ver "a sus hijos" renovar "el antiguo esplendor de la Patria". En Ecuador, José Joaquín Olmedo, suerte de poeta laureado de la Gran Colombia, imagina (en 1825) al Inca Huaina Capac, montado en una nube, jubiloso de que, tras haber tenido la desdicha de ver desde ultratumba.

"correr las tres centurias
de maldición, de sangre y servidumbre"

esté ahora despuntando la hora feliz en la que empieza

"la nueva edad al Inca prometida".

Entretanto, la situación de los indios no míticos, o muertos y enterrados desde antes del descubrimiento, sino vivos y de carne y hueso, siguió donde quiera siendo igual o peor que antes de la ruptura con España. La administración colonial española estaba a cargo de peninsulares sin intereses privados en América, ni nexos de sangre o prolongada familiaridad con la oligarquía criolla. Para estos funcionarios, Virreyes, Intendentes o Capitanes Generales, las castas americanas eran un hecho político, a manejarse con el expediente de una prudente mediación entre unas y otras. Además, si bien no había en ese gobierno preocupación alguna de equidad social, tal como hoy la entendemos, y es obvio que en el arbitraje entre las castas los criollos llevaban de lejos la mejor parte, sí había alguna preocupación de justicia, y rastros de la controversia (vivida por la España cristiana

del siglo XVI, sobre la humanidad y los derechos de los aborígenes de América) que había dado lugar a la promulgación de las llamadas “Leyes de Indias” donde figuraban numerosas disposiciones destinadas a proteger a los indios.

En contraste, los gobiernos republicanos de Hispanoamérica van a ser todos representativos exclusivamente de implacables hacendados criollos o (en el caso de países removidos socialmente por la guerra) de aún más implacables hacendados *pardos;* oligarquías que no tendrán otra preocupación ni otra meta que mantener intactas las estructuras sociales basadas en el latifundio y el peonaje. Los frecuentes cambios de gobierno, las llamadas “revoluciones” latinoamericanas, no van a ser sino perturbaciones superficiales en un agua estancada.

Para colmo de injusticia, cuando hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX las clases dirigentes latinoamericanas comiencen a formular explicaciones o excusas por el fracaso de sus sociedades en comparación con la sociedad norteamericana, es al indio, al negro y a la mezcla de razas a quienes van a culpar; y esa explicación va a preceder primero, y luego a coexistir durante algún tiempo con la que hoy está de moda y que atribuye exclusivamente al imperialismo norteamericano el atraso y la frustración de América Latina.

NOTAS

1. Angel Rosenblat, *La primera visión de América y otros estudios,* Caracas, Ministerio de Educación, 1965.
2. *Ibid.*

3. ¿Por qué no encontraron los europeos el Buen Salvaje en Africa? Obviamente porque los salvajes africanos eran conocidos desde la antigüedad, no eran exóticos. Europa no encontró buenos salvajes en Africa porque no los andaba buscando allí. De ese modo, el negro aparece desde siempre a la conciencia europea como simple salvaje, sin adjetivación, en el sentido exacto y peyorativo de la palabra.

4. Los indios americanos, a quienes llama "caníbales", sin espantarse de ello, sino excusando más bien con muy buenas razones el comer ocasionalmente carne humana, y encontrándolo en todo caso menos condenable que el hábito europeo de suplicar a los condenados a muerte.

5. Presumiblemente para evidenciarle el error de suponer necesarios o convenientes los artificios políticos de *La República* y *Las Leyes.*

6. MicheJ Lowy, *La Pensée de Che Guevara,* París, Petite Collection Maspero, 1970.

7. El 7 de junio de 1692, el pueblo indio de la Ciudad de México, hambriento y exasperado por el rumor de que una mujer india había sido azotada a muerte, asaltó e incendió el palacio virreinal, dando vivas al Rey de España y mueras al Virrey de México.

8. "En las Indias Occidentales se distinguían siete castas, a saber: 1ª los españoles nacidos en Europa; 2ª los españoles nacidos en América, llamados *criollos;* 3ª los mestizos, descendientes de blanco e indio; 4ª los mulatos, descendientes de blanco y negro; 5ª los zambos, descendientes de indio y negro; 6ª los indios; y 7ª los negros, con las subdivisiones de: zambos prietos, producto de negro y zamba; cuarterones, de blanco y mulata; quinterones, de blanco y cuarterona, y salto-atrás, la mezcla en que el color es más oscuro que el de la madre. En Venezuela, a todas las personas que no eran de raza pura (es decir que no eran blancos, indios o negros, sino una de las mezclas indicadas) se les llamaba habitualmente pardos, casta que a fines de la colonia componían la mitad de la población total". José Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela.*

CAPÍTULO II
LATINOAMERICA Y LOS ESTADOS UNIDOS

Cuando los dados parecían no estar echados

TODAVÍA en 1700 el Imperio Español de América aparecía a los contemporáneos incomparablemente más rico (lo cual era) y además más potente y prometedor que las colonias inglesas de Norteamérica.[1] En ese año, precisamente, la guerra parecía inminente entre Inglaterra, por un lado, y España y Francia, por otro. Esa rivalidad entre las tres principales potencias europeas del Renacimiento, la ventaja de tenerla condensada y resuelta en nuestros manuales de historia nos hace factible interpretada como un desarrollo inexorable del poder anglosajón, desde la derrota de la Armada Invencible hasta la Segunda Guerra Mundial pasando por Trafalgar y la Guerra Hispanoamericana de 1898.

Pero tal futuro no estaba escrito en 1700, cuando más bien cualquier residente de los precarios caseríos que entonces eran Boston o Nueva York hubiera podido cavilar que el siglo que comenzaba vería tal vez una extensión de las posesiones francesas y españolas de Norteamérica, ya bastante extensas, a costa del estrecho territorio colonizado por los ingleses desde apenas 1607 entre Canadá, la Florida, los montes Apa1aches y el Océano Atlántico.

En cambio, la imaginación más desenfrenada no hubiera podido prever que esas precarias colonias inglesas serían, antes de mucho tiempo, un país independiente, poderoso y expansionista, destinado a

comprar Luisiana a Francia, Florida a España y Alaska a Rusia; a desalojar a los herederos del Imperio Español de extensos territorios, y a abrirse paso hasta el Pacífico, donde arrebataría Oregón a Inglaterra.

La misma confederación nacida en 1776 no aparecía nada formidable. Cualquier hombre de Estado europeo sensato ha debido ver con escepticismo el futuro de un experimento político tan extravagante, tan poco apropiado, según el sentido común prevaleciente, para asegurar un gobierno estable y eficaz, mantener la paz y aun la cohesión interna, y mucho menos conducir una eventual guerra exterior.

De hecho, bastante más tarde, cuando la guerra contra México, en Europa se pensó seria y generalmente que los EE.UU. iban a llevarse un chasco, y que probablemente la aventura les saldría muy cara. Los mejicanos algo conservarían de las cualidades marciales que en el siglo XVI hicieron a la infantería española el terror de Europa; los esclavos negros de los estados sureños y los indios de la frontera aprovecharían la coyuntura para sublevarse; los ingleses no desperdiciarían la ocasión de establecer con firmeza la soberanía británica en la costa del Pacífico al norte de California.

Entre 1860 y 1865 los EE.UU. sufrieron una contienda civil terrible y sangrienta, más destructiva y total que ningún otro conflicto armado que el mundo hubiera conocido hasta entonces.

De esa guerra, el Norte vencedor salió con un impresionante aparato bélico, pero lo desmanteló con tanta rapidez y desenvoltura, que en 1879 la marina de guerra norteamericana era inferior a la de Chile, país que ese año demostró su potencia naval “europea” al ganar

con facilidad la llamada Guerra del Pacífico, contra Perú y Bolivia.

En ese momento los EE.UU. eran un país productor sobre todo de materias primas, minerales y agropecuarias, y en todo caso prácticamente no participaba en el comercio internacional salvo como exportador de esos productos e importador de manufacturas y capital; las mismas condiciones de las cuales se asegura hoy que son causa suficiente del atraso de Latinoamérica.

Pero en 1898 los norteamericanos, con barcos flamantes construidos a toda prisa, desbarataron la Armada española en Cuba y Filipinas. Entre 1904 y 1914 terminaron el Canal de Panamá, abandonado como imposible por Ferdinand de Lesseps. En 1917 decidieron con su intervención la derrota de las Potencias Centrales en la Primera Guerra Mundial.

Hasta 1923 ningún Premio Nóbel en física o medicina había sido adjudicado en los EE.UU., pero desde entonces norteamericanos o europeos residentes en los EE.UU. han merecido uno de cada tres Premios Nóbel en física, uno de cada cinco en química, uno de cada cuatro en medicina. Lo cual unido a la potencia industrial y financiera norteamericana, dio como resultado, entre otros, que los norteamericanos construyeran la primera bomba atómica, el primer reactor nuclear, y pusieran el primer hombre en la luna.

Pero lo más notable (y seguramente lo más importante dentro de las perspectivas de nuestra época), es que la productividad agropecuaria norteamericana sea de tal modo espectacular, que con sólo seis por ciento de la población activa empleada en el campo, los EE.UU.

logren autoabastecerse ampliamente y ser además grandes exportadores de alimentos.

No es mi propósito intentar explicar, o ni siquiera hacer una relación exhaustiva de los éxitos norteamericanos; pero sí subrayar algo que no es inmediatamente evidente a quienes observan esos éxitos desde una perspectiva europea, africana o asiática: su carácter de escándalo humillante para la *otra América,* que no puede darse, ni dar al resto del mundo, una explicación aceptable de su fracaso relativo (el cual, por la comparación, aparece como mayor de lo que en realidad es) con relación a los colonizadores de América del Norte.

Una revolución conservadora

Los antecedentes de tan prodigioso destino no pasaron enteramente inadvertidas en el siglo XVIII, aunque pueda sospecharse que hubo en el comienzo, entre los europeos y los hispanoamericanos ilustrados, un prejuicio favorable a la "patria de la revolución liberal y republicana", comparable, *mutatis mutandi,* al prejuicio favorable de que gozó en su primer cuarto de siglo la URSS, "patria de la revolución socialista". Observadores y analistas progresistas desearon ver triunfar la naciente República Norteamericana, y sin duda sus oponentes conservadores desearon verla sucumbir, o por lo menos regresar hacia formas de gobierno menos radicales, menos revolucionarias.

Pero se equivocaban quienes suponían que los EE.UU. proyectaban desquiciar el mundo. Es cierto que en el escudo norteamericano figura la divisa virgiliana *Novus Ordo Seculorum,* comienza un nuevo ciclo de siglos,

vuelve la edad de oro; pero el milenarismo norteamericano fue desde un comienzo sensato, racional, pragmático práctico; moderado en todo, salvo en la ambición. Es decir, que la nueva república nació por así decir *conservadora.*

Los norteamericanos van a tomar del mito del Mundo Nuevo el optimismo, la confianza en sí mismos como destinados para construir una sociedad mejor que la europea, donde deberá existir la igualdad social y de oportunidades, y donde tendrán vigencia los derechos humanos juzgados *naturales* por el liberalismo, tales como la vida, la libertad y la posibilidad de procurar cada cual la felicidad. Abrigan la esperanza, que ellos se van a comprometer a hacer certeza, de que América sea propicia a ese proyecto, no por predestinación mítica o providencial, sino por estar libre de la costra de costumbre y privilegio que mantenía a la sociedad europea presa de estructuras opresivas y rígidas en lo político, lo social y lo económico.

Al echar a andar la nueva nación, el criterio que va a prevalecer en su gobierno, contra el radicalismo excéntrico de un Samuel Adams, y contra las influencias jacobinas posteriores debidas a la Revolución Francesa, es el de que los EE.UU. deben proponerse a *mantener, desarrollar* y *mejorar* la sociedad que había existido hasta entonces en esos territorios, no a subvertirla. Algunos dirigentes de la Revolución Norteamericana llegaron a temer que el pueblo se inflamase con la retórica revolucionaria, al punto de poner en peligro las instituciones básicas. Pero tales temores resultaron infundados. El extremismo de París después de agosto de 1792 tuvo mucho más eco en algunos círculos dirigentes

que en la masa de los norteamericanos, quienes ya entonces mostraron una notable comprensión (originada sin duda en la práctica política inglesa) del valor de los procedimientos políticos surgidos de la experiencia y del acomodo espontáneo de las fuerzas sociales en presencia, y consagrados por la costumbre y la tradición; a la vez que una equivalente desconfianza y resistencia ante los proyectos políticos ideales propuestos en nombre de la Diosa Razón y fundamentados en el supuesto de que el hombre es bueno por naturaleza, y es la sociedad quien lo corrompe.

Encima de esto, prevalece desde el comienzo en la sociedad norteamericana la convicción de que el imperio de la ley es *en sí mismo* una conquista tan fundamental contra la tendencia a la arbitrariedad latente en todos los gobiernos, que más vale soportar una ley deficiente, y aun mala, hasta poderla modificar mediante un procedimiento regular, que admitir (y mucho menos solicitar) su enmienda o abolición por un acto de fuerza, sea autocrático, sea revolucionario.

Quienes supongan exagerado atribuir semejantes sentimientos colectivos a los norteamericanos del último cuarto del siglo XVIII, no se han enterado o se resisten a creer, contra la evidencia, de que en esas colonias inglesas de Norteamérica el pensamiento de Locke había llegado a ser tan sutilmente difundido, tan influyente, tan inmediato, tan “folklórico” como ha llegado a ser el pensamiento de Marx y Lenin en el llamado Tercer Mundo en la segunda mitad del siglo XX. Y fue Locke quien dijo que donde termina la ley comienza la tiranía.

El segundo descubrimiento de América del Norte. (Miranda en los EE.UU.)

El primer latinoamericano que va a visitar y a conocer directamente esa sociedad a la vez experimental y conservadora, rural y aun rústica, pero hasta en eso conforme a los ideales del siglo, es un hombre notable por su cultura, por sus ideas, por sus metas, por sus dotes de ávido y penetrante observador y por su costumbre de llevar un diario detallado de todo cuanto hacía y veía.

Francisco de Miranda había nacido en Caracas en 1750. Sirvió como oficial en el ejército español en Africa del Norte, y luego en las Antillas, en tiempo de guerra entre España e Inglaterra. Por esta última circunstancia estuvo con las tropas españolas que ayudaron en algunas acciones en la guerra de Independencia Norteamericana; y habiendo participado también en la Revolución Francesa [2] y desde luego en la Emancipación Hispanoamericana, es el único caso de protagonista activo en las tres grandes revoluciones que sucedieron entre 1776 y 1824. Para 1783 la situación de Miranda en el ejército español se había tornado insostenible, presumiblemente por sus ideas sobre la necesaria y deseable independencia de Hispanoamérica. El primero de junio de ese año zarpa clandestinamente de La Habana, abandonando sin regreso posible, salvo como rebelde, el territorio del Imperio Español.[3] Ocho días más tarde llega a los EE.UU., donde va a viajar extensamente desde Carolina del Sur hasta Nueva Inglaterra, y donde permanecerá año y medio, hasta diciembre de 1784.

El diario de Miranda durante ese tiempo es un documento de un interés insuperable. Desde la

Declaración de Independencia, el 4 de julio de 1776, los EE.UU. habían conmovido el imperio español de América [4] inspirando en la casta de los criollos las emociones y sentimientos contradictorios que hemos visto. Ahora, por una afortunadísima casualidad, quien era tal vez el criollo más apropiado para hacerla, nos va a dejar observaciones detalladas y pertinentes sobre prácticamente todos los aspectos de la vida en la joven república.

Desde su primer contacto con los norteamericanos, los encuentra "sumamente robustos y corpulentos", lo cual atribuye sin ambages a la buena alimentación.[5]

Al participar en su primer *barbecue,* observa que "comieron y bebieron los primeros magistrados y gentes del país con (el) pueblo, dándose las manos y bebiendo en un mismo vaso. Es imposible concebir una asamblea más puramente democrática, y que abone cuanto los poetas e historiadores... nos cuentan de otras semejantes entre los pueblos libres de la Grecia".

En Charleston, Carolina del Sur, asiste a las Cortes de Justicia, que son de audiencia pública, según el uso británico, "y no puedo ponderar el contento y gusto que tuve al ver practicar el admirable sistema de la constitución británica. Válgame Dios y qué contraste al sistema legislativo de la España". El gobierno del Estado de Carolina del Sur despierta igualmente su admiración por ser "puramente democrático, como lo son todos los de los demás Estados Unidos", con poderes ejecutivo, legislativo y judicial distintos y soberanos.

En Filadelfia se maravilla de desembarcar "sin ceremonia alguna ni registro", y reflexionando sobre el ingenio y la industria de los norteamericanos, evoca a

Benjamín Franklin, inventor "del nuevo sistema de chimeneas en que con una tercera parte de la leña o carbón de la que comúnmente se gasta, se consigue dar más calor"; del "jabón famoso para afeitarse que se vende con el nombre suyo"; del pararrayos, etc. Al llegar a la posada, la encuentra "la mejor que he conocido... en aseo, abundancia, regularidad y decencia". El mercado de la ciudad es "el mejor, más aseado y abundante que he visto en ninguna parte". Estima la absoluta libertad de cultos que distinguió a Pennsylvania desde la fundación de la colonia por William Penn; y en general encuentra Filadelfia "una de las más agradables y bien ordenadas poblaciones del mundo".

Las ventajas de un gobierno libre

Con tranquilo sentido común, Miranda atribuye las virtudes y prosperidad que observa en la sociedad norteamericana no a ningún todavía imposible e impensable abuso de poder con relación a otras naciones, sino sencillamente a "las ventajas de un gobierno libre (sobre) cualquier despotismo, cosa que "poquísimos franceses" o españoles familiarizados con los EE.UU. son "capaces de discernir", por no haber "penetrado el arcano maravilloso de la constitución británica".

Viajando de Filadelfia a Nueva York se admira del paisaje y la prosperidad de Nueva Jersey, "la complexión y robustez de sus habitantes... y la población y agricultura del país, pues apenas se descubre un rincón o quebrada donde no haya plantada una casa; ... (y) puedo asegurar que... jamás encontré un individuo que demostrara estar desnudo, hambriento, enfermo u

ocioso... El territorio, a lo que se ve, está dividido... en pequeñas porciones que llaman *farms,* de (lo) que resulta que la tierra está mucho más bien cultivada, y el número de casas es mucho mayor (bien que no de suntuosa apariencia) como en otros países.[6] Y eso que "el terreno más bien puede llamarse indiferente que bueno, y sobre las costas del mar es sumamente pobre y arenisco; pero la circunstancia de estar regado por todas partes, en las manos de un pueblo industrioso, y sobre todo bajo el influjo de un gobierno libre, le hacen prosperar a pesar de todos estos inconvenientes".

Desde Nueva York hace una excursión a la plaza fuerte de West Point, y llega allí y se aloja en una posada "sin que nadie investigase, ni se cuidara de saber quiénes eran los forasteros nuevamente llegados, una de las más agradables circunstancias de que se goza en un país libre. ¿Cuántas formalidades no hubieran sido necesarias en Francia, Alemania, etc., primero que nos hubieran dejado entrar (en un sitio militar comparable a West Point)?". Admira allí la famosa cadena que durante la guerra de independencia habían atravesado los norteamericanos en el río Hudson para estorbar la navegación, y cuyos eslabones eran "de la forma ordinaria, pero de un espesor tan considerable que no sé cómo podían mantenerla sobre (el) agua. . . y para que la marea al montar y descender no... la rompiese... No puede negarse que la máquina ésta es un esfuerzo del genio, industria y espíritu audaz del pueblo que la produjo. Dícese que su costo asciende a 70.000 libras, y no dudo que si el Rey de España la hubiese pagado hubiera costado más; pero a ellos no creo les costase la décima parte de esa suma".

En el camino de regreso a Nueva York se entera de una anécdota "digna de la inmortalidad", ocurrida durante la guerra cerca de King's Ferry, sobre el Hudson: "Un paisano amo del terreno en que estaba plantado el campamento francés (de Rochambeau), hizo aplicación para que le pagasen (el uso del) piso; (pero) los oficiales (franceses) no hicieron caso" de esta pretensión insólita del villano norteamericano. "Lo cual visto por el *Patán republicano,* se quitó de ruidos, y fue en busca del Sheriff para que arrestase al deudor; y vea vuestra merced venir a estos dos pobres labradores [7] sin una simple arma en la mano, pero sí con el Paladio y autoridad de las Leyes, resueltos con firmeza heroica a arrestar al General francés, M. de Rochambeau, al frente de todo su ejército... (Y) el General fue efectivamente retenido por el Sheriff y pagó al punto lo que se debía al pobre labrador (unos 10 ó 15 pesos era toda la suma) con lo cual terminó el procedimiento". Y comenta Miranda: "Cómo es posible que bajo semejantes auspicios no florezcan los países más áridos y desiertos, y que los hombres más pusilánimes e ínfimos sean dentro de poco tiempo honestos, justos, industriosos, sabios y valientes?" Y podría haber agregado: dentro de poco tiempo *poderosos.*

El carácter de dos naciones

Pasa más tarde Miranda a la Nueva Inglaterra, y en Providence (Rhode Island) hace una de las observaciones más cargadas de sentido de todo el diario. Lo llevan a ver, como cosa digna de admirarse y que lo era, una mina dotada de "una máquina para evacuar las aguas por

evaporación, que un tal Mr. Joseph Brown ha establecido y dirige por sí mismo. El cilindro tendrá como 24 pulgadas de diámetro y 10 pies de largo, es de hierro y está fundido por el mismo (Mr. Brown). Con esta máquina se puede evacuar las aguas de la mina a 300 pies de profundidad, a razón de 100 galones de agua por minuto. ¡Véase aquí el carácter de dos naciones! Cuando en México, ni en todos nuestros dominios de América (Española) aún no se conoce semejante máquina, ni alguna otra que merezca el nombre, para desaguar nuestras más ricas minas (de oro y plata) que por esta razón las consideramos arruinadas, aquí se (fabrican) estos aparatos para sacar el terrazo de que extraen el hierro"…

En Boston tiene una vez más la experiencia de una sociedad que permite todo lo que no está prohibido expresamente, y presume la buena fe de cada cual mientras no haya motivo de sospechar lo contrario. Llega su equipaje, y la aduana deja pasar los baúles sin el más leve inconveniente y sin abrirlos, "con mi palabra solamente de que no contenían efectos de mercancía".[8]

Cerca de Salem, en Massachussets, hace observaciones parecidas a las que había consignado cuando atravesó Nueva Jersey: "Las tierras parecen… y son efectivamente pobres. El producto general es pastos, maíz y centeno. Sin embargo, tal es la industria y el espíritu que la libertad inspira a estos pueblos, que de una pequeña proporción (de tierra) sacan (los hombres) con qué mantener sus crecidas familias, pagar fuertes tasas y vivir con comodidad y gusto, mil veces más felices que los propietarios (dueños de esclavos) de las ricas minas y

feraces tierras de México, Perú, Buenos Aires, Caracas y todo el Continente Américo-Español”.

Estas sencillas verdades sobre el origen de la prosperidad y el poder de los EE.UU. antes de toda relación con América Latina, han sido hoy sustituidas por entorchadas explicaciones sobre cómo el auge norteamericano estaría en relación directa con el atraso del resto del Hemisferio, cuya explotación por los yanquis sería la causa principal, y hasta única, tanto de la riqueza norteamericana como de la pobreza latinoamericana, del éxito de ellos y de nuestro fracaso. Y si alguien lee esa parte del diario de Miranda debe ser en secreto, porque nadie lo cita, nadie lo comenta. Es incómodo, cuando se vive de mitos, toparse con la verdad, dicha en forma tan simple, tan clara, tan irrefutable. Y para colmo por uno de los auténticos héroes y uno de los más grandes hombres de Hispanoamérica.

El imperialismo yanqui

El imperialismo norteamericano en América Latina no es, desde luego, ningún mito. Sólo que es una consecuencia y no una causa del poder norteamericano y de nuestra debilidad. Hasta el despojo más inicuo, por reprobable que sea, no excusa de buscar una explicación racional para la fuerza del ladrón y la debilidad de su víctima.

Hacia fines de 1822, la independencia de la América Española estaba prácticamente consumada. A la vez, la debilidad, vulnerabilidad y nula preparación para la vida autónoma de las nuevas repúblicas, eran perfectamente

aparentes para los contemporáneos, y preocuparon a los norteamericanos.

En EE.UU. había habido simpatía por una lucha emancipadora tan obviamente inspirada en su ejemplo, y conducida teóricamente en nombre de los mismos principios. Henry Clay expresó los sentimientos de sus conciudadanos cuando se emocionó con "el espectáculo glorioso de dieciocho millones de seres humanos luchando para romper sus cadenas y ser libres". Pero a la vez, los hombres de estado en Washington veían con inquietud el eclipse del Imperio Español, que había llegado a ser nada amenazante para ellos, y el vacío de poder que habría de producirse.

La potencia más preocupante para los norteamericanos en el primer momento fue Inglaterra, y por buena causa. Los EE.UU. acababan de tener una guerra contra los ingleses, quienes el 24 de agosto de 1814 capturaron e incendiaron Washington. El ministro inglés de Asuntos Exteriores, de 1822 en adelante, Canning, considerado hasta hoy un amigo histórico por los hispanoamericanos, por su vivo interés en la disolución del Imperio Español de América, y por haber sido Inglaterra, bajo su conducción, la primera gran potencia en reconocer diplomáticamente a las nuevas repúblicas (1825), reveló privadamente el fondo de su pensamiento con estas palabras: "Hispanoamérica es libre, y si nosotros no manejamos demasiado mal nuestros asuntos, será inglesa"…

El segundo descubrimiento de América del Sur
(La doctrina de Monroe)

Pero en 1823 Francia invadió España por cuenta de la Santa Alianza para invalidar la constitución liberal que Fernando VII había sido obligado a aceptar. Se supuso universalmente que el próximo paso de Francia sería poner pie en Hispanoamérica, bajo pretexto de restaurar allí la soberanía del Rey de España. Esto hizo coincidir los intereses estratégicos de los norteamericanos con los de los ingleses, y al sondear estos últimos a Washington (octubre de 1823) sobre la posibilidad de concertarse la gran potencia marítima del mundo y la única potencia del hemisferio occidental para Cerrar el paso a los franceses, el Presidente Monroe y su Secretario de Estado John Quincey Adams (en consulta con los ex-Presidentes Jefferson y Madison) astutamente esquivaron la proposición, pero no dejaron de tomar nota de la disposición inglesa de interponer la fuerza naval británica entre Francia y las repúblicas hispanoamericanas. El resultado fue la llamada "Doctrina de Monroe", inserta como una expresión unilateral de intención en el mensaje anual del Presidente al Congreso (2 de diciembre de 1823).

Las palabras sustantivas son las siguientes: "Los continentes americanos, en vista de la condición libre e independiente que han asumido y que mantienen, no podrán de ahora en adelante ser considerados objetos de una (re) colonización futura por ninguna potencia europea... El sistema político de las potencias coaligadas (la Santa Alianza) es esencialmente diferente del americano... Consideraremos cualquier intento (de la

Santa Alianza) de extender su sistema a cualquier parte del Hemisferio (Occidental) como peligroso para nuestra paz y nuestra seguridad... (A la vez) no interferiremos con las colonias o dependencias existentes”.

La reacción de los hispanoamericanos fue jubilosa. El Vice-Presidente de la Gran Colombia, Santander, expresó sentimientos prácticamente unánimes cuando dijo en 1824: “Semejante política (la Doctrina de Monroe), consoladora del género humano, puede valer a Colombia un aliado poderoso en el caso de que su independencia y libertad fuesen amenazadas por las potencias aliadas (la Santa Alianza)". Que se sepa, sólo Bolívar tuvo dudas, expresadas sibilinamente en las palabras: “Los Estados Unidos, que parecen destinados por la providencia a plagar América de miserias en nombre de la libertad”…

El panamericanismo

En la última década del siglo los norteamericanos habían logrado el control efectivo de todo su territorio, inclusive el arrebatado a México en 1846, y se encontraban con un excedente de energía y recursos que clamaba por derramarse por sobre sus fronteras.

Entretanto, Latinoamérica no había estado desatenta a los progresos extraordinarios de la nación anglosajona con la cual compartía el Hemisferio, pero las clases dirigentes latinoamericanas, salvo excepciones, no tenían todavía una prevención definida contra los “yanquis”, sino más bien lo que se llamó “Nordomanía”; una admiración acrítica y excesiva de todo lo norteamericano, traducida en una imitación puramente formal de la doctrina constitucional federalista norteamericana. En

1889 los gobiernos latinoamericanos habían acogido la iniciativa norteamericana de formar una "Unión Panamericana", con sede en Washington, basada doctrinariamente en el monroísmo, es decir en la supuesta comunidad de intereses entre todos los países americanos de sistema político republicano; y en el poder norteamericano como garante de la seguridad de esa comunidad de repúblicas hemisféricas.

Se admitía tácitamente, y aun abiertamente, la superioridad y la hegemonía de "la gran democracia del norte". Uno de los mayores poetas latinoamericanos, el nicaragüense Rubén Darío, pudo componer una especie de himno a este panamericanismo (muy distinto al que había imaginado Bolívar) en su "Salutación al Aguila" (1906):

"Bien vengas, mágica Aguila de alas enormes y fuerte,
a extender sobre el Sur tu gran sombra continental,
a traer en tus garras, anilladas de rojos brillantes,
una palma de gloria del color de la inmensa esperanza,
y en tu pico la oliva de una vasta y fecunda paz.
Ciertamente, has estado en las rudas conquistas del orbe.
Ciertamente, has tenido que llevar los antiguos rayos.
Si tus alas abiertas la visión de la paz perpetúan,
en tu pico y tus uñas está la necesaria guerra.
E pluribus unum! [9] ¡Gloria, victoria, trabajo!
Tráenos los secretos de las labores del Norte,
y que los hijos nuestros dejen de ser retores latinos,
y aprendan de los yanquis la constancia, el vigor, el carácter.
Dinos, Aguila ilustre, la manera de hacer multitudes.

Aguila, existe el Cóndor. Es tu hermano en las grandes alturas.
Los Andes le conocen y saben que, cual tú, mira al Sol.
May this grand Union have no end!, dice el poeta.
Puedan ambos juntarse en plenitud, concordia y esfuerzo.
¡Salud, Aguila!
¡Que la Latina América reciba tu mágica influencia...”

La guerra hispanoamericana y el Canal de Panamá

La guerra hispanoamericana de 1898 la ganaron los norteamericanos a España, el “coco” de la historiografía hispanoamericana y significó la independencia de Cuba y un cambio de régimen en Puerto Rico, de la administración española, anticuada, perezosa y corrompida, a la administración eficiente, escrupulosa y progresista de los norteamericanos.

Pero con la victoria en esa guerra, los EE.UU. terminaron de adquirir conciencia de gran potencia mundial y habiendo ganado en esa misma oportunidad las Islas Filipinas, y con ellas una base asiática, idearon terminar el proyecto de Ferdinand de Lesseps de abrir un canal entre el Atlántico y el Pacífico, en Panamá. De Lesseps había tenido que abandonar los trabajos (comenzados en 1881) derrotado por la fiebre amarilla y el paludismo. En 1903, Theodore Roosevelt decidió terminar el Canal a cualquier costo.

Panamá no era entonces una república independiente, sino una provincia de Colombia, de la cual estaba separada (aún lo está) por una jungla tropical malsana e impenetrable. Roosevelt comenzó a tratar con Colombia, pero el Congreso de ese país rechazó un arreglo en los

términos propuestos por los norteamericanos (esencialmente idénticos a los que convino luego Panamá). Apenas días más tarde, Panamá se declaró independiente, y barcos de guerra norteamericanos se encargaron de disuadir toda resistencia colombiana al hecho cumplido. En el acto Washington reconoció al nuevo gobierno, y dos semanas más tarde éste reciprocó la amabilidad con la concesión a los EE.UU. de la llamada "Zona del Canal", una franja de 10 millas (y no de 16 kilómetros; hasta en ese detalle hubo imposición) sobre la cual los EE.UU. tendrían no sólo control, sino *soberanía a perpetuidad.* En cambio, Panamá recibiría en el acto diez millones de dólares, y un pago anual de 250.000 dólares.

Los detalles sórdidos de todo el asunto han sido ampliamente documentados, y no hace falta repetirlos aquí. Como tampoco es éste el sitio para relatar la hazaña de primero sanear Panamá, extirpando enteramente la fiebre amarilla y casi completamente la malaria, y luego terminar el Canal para que el primer barco lo atravesara el 3 de agosto de 1914, casi el misma día que comenzó la Primera Guerra Mundial, cuando el mundo tendría ocasión de congratularse por el poder norteamericano.

El canal ha sido de inmenso beneficio para la comunidad internacional. En 1971, por ejemplo, lo atravesaron 14.617 barcos con 121.010.654 toneladas de carga. Pero no hay duda de que los norteamericanos han sido de lejos los principales beneficiarios, por lo cual un examen de este caso particular, arroja considerable luz y muy útiles precisiones sobre la relación imperialista, que es una cuestión normalmente difícil de aprehender con exactitud, tanto por ser esencialmente imprecisa, como

por la manera comprensiblemente emotiva, apasionada, pero además políticamente distorsionada con que se la suele tratar, exagerando las de por sí grandes y excesivas ventajas de la potencia imperialista, y omitiendo las ventajas (que también existen, aunque invariablemente inferiores a lo justo) para el país vasallo.

Las tasas del Canal, artificialmente bajas, han constituido en la práctica un subsidio sobre todo al comercio marítimo norteamericano, ya que 70 por ciento de todo el tráfico consiste en barcos con origen o destino en algún puerto de los EE.UU. Para el solo año 1970, el beneficio oculto para la economía norteamericana, fue calculado por la CEPAL (Comisión Económica de las Naciones Unidas para la América Latina) en varios centenares de millones de dólares. Encima de esto está el valor de lo que la Marina de guerra norteamericana se ha ahorrado con el Canal, y que ha sido estimado en más de once mil millones de dólares entre 1914 y 1970.

Luego, hay toda otra suerte de beneficios intangibles para los norteamericanos que se derivan del ejercicio de soberanía plena sobre la Zona del Canal, y que van desde la presencia de instalaciones del *Smithsonian Institute* en una isla en el centro de Lago Gatún, hasta la existencia en la Zona de un Centro de Estudios de tácticas militares anti-guerrilleras, donde han recibido adiestramiento oficiales de ejércitos latinoamericanos.

Pero a su vez la República de Panamá ha derivado del Canal beneficios que no por insuficientes, pueden ser ignorados. En primer lugar, y aunque sea de mal gusto decido, Panamá le debe al Canal su existencia nacional, sin la cual (y sin el Canal, si por ejemplo los EE.UU. lo hubieran hecho a través de Nicaragua, que era otra

posibilidad) sería, como era antes de 1903, la más remota, pobre, malsana, descuidada y desgraciada provincia de la República de Colombia. Si los latinoamericanos fuéramos enteramente coherentes y consecuentes en nuestros reproches a los EE.UU. por el asunto de Panamá, tendríamos que comenzar por proponer que Panamá volviera a estar bajo soberanía colombiana. Y si tal idea es impensable, y sería violentamente rechazada en primer lugar por los mismos panameños, algo le deben éstos a Teodoro Roosevelt, después de todo.

En segundo lugar, el beneficio económico para Panamá no ha sido sólo el pago anual mencionado antes, aumentando progresivamente a la todavía ridícula suma de dos millones de dólares anuales (que Panamá viene rechazando con toda razón desde 1972 y exigiendo un nuevo tratado, menos humillante) sino esencialmente el derivado de la actividad generada por la existencia del Canal y sus instalaciones accesorias, inclusive las militares. En 1971 Panamá tuvo un excedente de 150 millones de dólares en sus relaciones económicas con la Zona del Canal. Más generalmente, prácticamente todo lo que es Panamá, lo malo pero también lo bueno, tiene su origen en el cambio drástico ocurrido en el istmo desde 1903, en un proceso que los norteamericanos iniciaron y desarrollaron por sus propias razones y en su propio beneficio, pero que ha resultado en inmensas mejoras y oportunidades para Panamá.

A la vez, y aun sin contar con la intolerable e insostenible disposición del tratado de 1903, según la cual los EE.UU. guardarían "a perpetuidad" soberanía irrestricta sobre la Zona del Canal, lo que ha sucedido en

Panamá es una exacerbación, por yuxtaposición, de los contrastes de nivel y estilo de vida entre los EE.UU. y Latinoamérica. Otros pueblos latinoamericanos saben que los EE.UU. tienen un ingreso anual *per capita* de más de cinco mil dólares. Los panameños lo *ven;* y si ellos mismos tienen un nivel de vida relativamente elevado (correspondiente a un ingreso anual per cápita de unos $ 700, en lugar de los $ 150 o 200 que tendrían, si acaso, sin el Canal) eso no pueden sentirlo como una ventaja, cuando la Zona del Canal les da en cotidiano espectáculo su opulencia insolente, desmesurada aún con relación a los niveles norteamericanos, puesto que no hay pobres en la Zona del Canal, (salvo los panameños que acuden allí a realizar tareas subalternas), ni barrios bajos, ni sombras, como sí las hay en los EE.UU., sino que toda la Zona es una suerte de espléndido jardín zoológico para algunas pocas de las variedades humanas menos atractivas que se encuentran en la gran sociedad norteamericana.

El "corolario Roosevelt"

Desde el punto de vista ya no de Panamá, sino de Latinoamérica en general, lo más sensitivo en todo el asunto es que significa la inauguración del intervencionismo de los EE.UU. en el Caribe, y la razón de ser eficiente de repetidas injerencias norteamericanas, militares y otras, durante el siguiente medio siglo.

Fue con relación al Canal que Theodore Roosevelt dijo dos cosas que siguen ofendiendo a los latinoamericanos: "I took Panamá", y "Speak softly and carry a big stick". El *garrote* de Teddy Roosevelt sería de allí en adelante,

para siempre, el símbolo del abuso del poder norteamericano en América Latina.

Además, Roosevelt no se limitó a esas dos frases cortantes. En su mensaje al Congreso en 1904, enunció lo que sería conocido justamente como el "Corolario Roosevelt" (a la Doctrina de Monroe): "Una mala conducta crónica, o ausencia de orden (suele) causar la intervención (en esos sitios) de los Estados civilizados... En el Hemisferio Occidental, nuestra adhesión a la Doctrina de Monroe podría obligarnos, contra nuestras inclinaciones, en casos flagrantes de tal mala conducta o de impotencia (de los gobiernos), al ejercicio de un poder policial internacional".

Está claro. La Doctrina de Monroe estaba destinada a prevenir contra cualquier intento de alguna potencia europea de establecer nuevas bases en el Hemisferio, aprovechando la debilidad de las repúblicas hispanoamericanas. Ahora, con el Canal en juego, y con las repúblicas ribereñas del Caribe caídas en un estado de desorden crónico y de debilidad mucho peor de lo que se podía suponer en 1823, incapaces de garantizar razonablemente las vidas y las propiedades de los residentes extranjeros, y con deudas externas morosas que podían servir de pretexto a una intervención, los EE.UU. se comprometerían a no permitir más en el Caribe el desarrollo de una situación análoga a la que se produjo en Venezuela en 1902, cuando barcos de guerra alemanes, británicos e italianos acudieron a las costas de ese país con el pretexto de presionar el cobro de deudas; o, mirando más atrás, a la que ocurrió en México en 1862, cuando la suspensión del pago de la deuda externa por]uárez, dio lugar a la ocupación francesa y al

establecimiento de un estado-títere con el Emperador Maximiliano como pro-consul francés, sin que los EE.UU. pudieran reaccionar por estar atravesando la gran crisis de la Guerra Civil. El Corolario Roosevelt fue aplicado por primera vez en 1905. Naciones europeas, Alemania sobre todo, amenazaron con intervenir en República Dominicana para cobrar deudas morosas. Washington se interpuso y designó un interventor de las aduanas dominicanas, que distribuyera el 55 por ciento de lo recaudado entre los acreedores extranjeros y garantizara el ingreso al tesoro dominicano del 45 por ciento restante.

Los marines en el Caribe

Desde entonces hasta 1965 se produjeron no menos de 20 intervenciones de los marines en una u otra nación del Caribe, tras las cuales frecuentemente quedaron establecidos dictadores incubados al abrigo de la ocupación norteamericana. Santo Domingo sufrió una nueva intervención en 1916, que duró hasta 1924. Al retirarse los *marines* llegó al poder sin dificultad y se mantuvo treinta años Rafael Leonidas Trujillo, comandante de una Guardia Nacional que los norteamericanos habían creado y entrenado eficazmente.

En Nicaragua, los *marines* permanecieron casi ininterrumpidamente desde 1912 hasta 1933. El comandante de la Guardia Nacional nicaragüense, ancilar de la intervención norteamericana, se llamaba Anastasio Somoza. Gobernó dictatorialmente hasta 1956, cuando fue asesinado. Pero había establecido un aparato de

control tan eficaz, que un hijo suyo es todavía hoy Presidente.

Estos son los casos más conocidos y, por así decir, clásicos. Pero en general desde la decisión de terminar el Canal de Panamá, hasta la revolución estratégica implícita en los proyectiles balísticas intercontinentales (ICBM) y los submarinos Polaris y sus equivalentes soviéticos (innovaciones que hicieron el canal virtualmente indefendible) los EE.UU. adhirieron fielmente a la política de no tolerar en el Caribe situaciones que pudieran poner en peligro su control sobre las vías marítimas complementarias del Canal. Esta es la explicación *esencial* del intervencionismo norteamericano en el Caribe, pero no es generalmente mencionada, y en todo caso no es popular en Latinoamérica, donde se prefiere afirmar que la principal razón (si no la única) de las intervenciones de los *marines* habría sido la protección de intereses económicos supuestamente vitales para los EE.UU., a su vez supuesta causa suficiente de diversos rezagas (el *subdesarrollo)* en las repúblicas víctimas de las intervenciones. Nadie se molesta en rememorar la historia de la República Dominicana, de Nicaragua, etc., *antes* de las intervenciones.

En el mejor de los casos, se reprocha razonablemente a los norteamericanos su tolerancia o abierta protección a tiranos repulsivos como Trujillo o Somoza. Pero se traspasa la lógica cuando se va más allá y se insinúa la implicación de que tales personajes inspiraban simpatía a hombres como Woodrow Wilson o Franklin Roosevelt; o cuando se afirma que el sistema político y económico norteamericano tiene una afinidad necesaria y profunda

con gobiernos brutales en las naciones clientes de la metrópoli imperial. Tales interpretaciones son manifiestamente extravagantes, por no decir contrarias a la verdad. Para los EE.UU. el problema del Caribe era (hasta la revolución estratégica mencionada) una cuestión de seguridad nacional, materia en la cual las naciones, sea cual sea su sistema político y económico, usan pocos miramientos; y en todo caso ninguna potencia histórica más que la democracia norteamericana, por sus mismos mecanismos.[10]

La cosa está dicha con toda claridad por Henry Stimson, Embajador en Nicaragua en 1927, y más tarde Secretario de Estado y Secretario de Guerra de Hoover y Franklin Roosevelt: "Hay consideraciones geográficas que nos imponen un interés muy especial sobre la manera como ciertas naciones latinoamericanas cumplen las responsabilidades inherentes a la soberanía y la independencia. Me refiero a esas naciones cuyo territorio está adyacente y puede servir para controlar la gran ruta marítima que va de nuestra costa del Atlántico a nuestra costa del Pacífico, a través del Mar Caribe y el Canal de Panamá. La situación ni siquiera deriva de la Doctrina de Monroe, sino de ciertos principios amplios de defensa propia, siempre determinantes en la política de las naciones que de algún modo dependen del (control del) mar... (De allí) nuestro interés en la estabilidad de los gobiernos soberanos en el área del Caribe y del Pacífico. Si esos gobiernos soberanos no cumplen la responsabilidad inherente a su independencia; si son incapaces de garantizar las vidas de extranjeros residentes; si repudian deudas que en derecho han contraido con acreedores de otras naciones; si permiten la

confiscación de legítimas propiedades de extranjeros entonces, bajo los usos comunes de la vida internacional, potencias extranjeras podrían intervenir (con la excusa de que lo hacen) para la protección lícita de sus derechos. Eso conduciría a una situación claramente perjudicial y peligrosa para los intereses vitales de los EE.UU. en la ruta marítima a través del Canal de Panamá... Si los EE.UU. no estamos dispuestos a permitir que las naciones europeas protejan sus derechos consuetudinarios en esta zona, tenemos hasta cierto punto que hacernos responsables de esa protección. (Henry L. Stimson, *American Policy in Nicaragua,* New York, Scribner, 1927)".[11]

Stimson agrega que esta política de los EE.UU. en el Caribe "es la más delicada (pero) más generalmente mantenida que tengamos". De hecho, Fidel Castro, quien debió su degradación a vasallo de la URSS (en 1962) a los cohetes nucleares, también les debe su supervivencia; no porque los rusos los hubieran usado para defenderlo, sino porque existiendo ICBM, ni Cuba ni ningún otro país "adyacente a la gran ruta marítima a través del Mar Caribe y el Canal de Panamá" son ahora de interés estratégico vital para los EE.UU.; o en todo caso, el riesgo de guerra nuclear general es menos aceptable que el de tolerar, bajo ciertas condiciones (sin duda negociadas por Kennedy y Jruschov en octubre de 1962), la presencia en el Caribe de satélites de potencias extrahemisféricas.

La más reciente intervención de los *marines* en la zona, en 1965 en República Dominicana, fue motivada no por consideraciones estratégicas, sino políticas; para no permitir una "segunda Cuba". En perspectiva, fue además

una especie de reflejo pavloviano, y desde 1uego, en la frase de Tayllerand, peor que un crimen, un error. La URSS no tiene interés en otro país vasallo en el Caribe, y aún en el supuesto de que el coronel Caamaño hubiera de veras querido y podido implantar un régimen "castrista" en Santo Domingo, semejante aventura hubiera puesto en más aprietos a Fidel y a los rusos que a los norteamericanos.

El "Buen Vecino"

Quienes imaginan que los EE.UU. descubrieron los dilemas morales del ejercicio del poder internacional con la guerra de Viet Nam, ignoran la historia de ayer. Durante la década de los años veinte, *get the marines out of Nicaragua* fue una de las consignas de la conciencia liberal norteamericana. En 1928, apenas un año después de la publicación del razonamiento de Stimson transcrito arriba, el Departamento de Estado declaró que el Corolario Roosevelt era "injustificado a la luz de la Doctrina Monroe, tanto cuanto pueda ser justificado por la doctrina de la seguridad nacional y la defensa propia".

En 1933, en su discurso inaugural, Franklin Roosevelt enunció la "Política del Buen Vecino", según la cual los EE.UU se comprometían a "respetar los derechos de nuestros vecinos del Hemisferio". Semejante declaración en semejante contexto indica a las claras que la opinión pública norteamericana estaba asqueada de los resultados concretos del "Corolario", y que se mantenían en vigencia las convicciones pertinentes de los fundadores de la República Norteamericana, expresadas por Jefferson cuando dijo que los EE.UU. "no pueden negar a

otras naciones aquellos derechos sobre los cuales la nuestra está fundamentada: que cada país pueda gobernarse en la forma que le plazca, y cambiar de forma de gobierno soberanamente, y que pueda conducir sus asuntos con otras naciones por el órgano que disponga, sea rey, convención, asamblea, comité, presidente o cualquier otra cosa que determinare. Lo único esencial en cada caso es la voluntad de cada nación".

Wilson, en el espíritu que los europeos conocieron en Versalles, había sostenido una versión puritana del Corolario Roosevelt, según la cual hubiera sido inmoral reconocer gobiernos que hubiesen llegado al poder por vías no constitucionales. Pero en 1931 Stimson (el mismo Stimson que había razonado el Corolario) repudió, como Secretario de Estado de Hoover, semejante pretensión (justificando de paso el reconocimiento de regímenes como los de Trujillo y Somoza): "El actual gobierno norteamericano rechaza explícitamente la política de Wilson, y se refiere a los principios expresados por Jefferson. En los casos concretos de Bolivia, Perú, Argentina, Brasil y Panamá, tan pronto como nuestros representantes diplomáticos reportaron que los nuevos gobiernos habían logrado controlar la maquinaria administrativa del Estado, con el aparente consentimiento de los pueblos, y que tales gobiernos parecían dispuestos y capaces de cumplir con sus obligaciones internacionales, los hemos reconocido en el acto".

Pero ¿quién expresa adecuadamente "la voluntad de cada nación?" Como cuestión filosófica, es ésta una materia sobre la cual no ha sido ni será nunca posible ponerse los hombres de acuerdo. La respuesta más sencilla (que es la implícita en Stimson, aunque no en el

idealismo optimista de Jefferson) consiste en suponer que cualquier gobierno que llegue al poder, se mantenga y controle el Estado, representa de alguna manera "la voluntad de la nación", por lo menos en el sentido de que por fuerza las naciones se dan, si no los gobiernos que desean (¿qué desea quién?) sí los que merecen, sobre lo cual parecería no haber lugar a controversia. Lo malo es que las naciones no viven en un vacío, sino que sufren o disfrutan de la red de relaciones de fuerza tejida entre todos los centros de poder del mundo, de modo que la desaparición de un gobierno o su entronización, la estabilidad o el naufragio de un tirano, de un demagogo, de un demócrata pueden deberse a causas mucho menos obvias que la intervención armada.

La "Desestabilización"

Concretamente en Latinoamérica, y sobre todo (aunque no exclusivamente) en el Caribe, los EE.UU. han contado y siguen contando con los propios latinoamericanos para usar formas no ostensibles de intervención en contra de los regímenes que encuentran su reprobación. Por razones bien obvias, los defensores ardientes y tradicionales de la no intervención norteamericana en Lationamérica, son los gobiernos establecidos, sea cual sea su signo. Sobre esto hay una espléndida unanimidad *de gobiernos.* Pero en cada país latinoamericano ha habido siempre adversarios de los gobiernos (o traidores potenciales, en las propias filas de los gobiernos) dispuestos casi literalmente a cualquier cosa con tal de llegar al poder, o por lo menos derrocar al gobierno establecido; y listos por lo mismo a aceptar y aún a

solicitar activamente la intervención, la ayuda o por lo menos la neutralidad positiva de la potencia *protectora* del Hemisferio.

Nada menos que el legendario Santa-Ana, héroe y presidente cuasi-permanente de México en el primer cuarto de siglo de la existencia independiente de ese país, no vaciló en 1846 en atravesar, con la tolerancia interesada del ejército norteamericano que sitiaba Ciudad de México, las líneas de batalla, para aprovechar la desgracia de su país y contribuir a derrocar el gobierno mexicano que se negaba a aceptar las condiciones de capitulación propuestas por el comandante norteamericano, Winfield Scott.

En este caso, la presencia de tropas norteamericanas en el terreno da al asunto características especialmente dramáticas y chocantes. Pero hay muchísimos otros ejemplos documentados de comportamientos esencialmente semejantes. Y más generalmente, no hay duda alguna de que el procedimiento que ha venido a llamarse ahora eufemísticamente "desestabilización", la desaprobación de Washington, simplemente manifiesta, pero también eventualmente activa, con actuaciones de las Embajadas norteamericanas, de las Misiones Militares y de la CIA o sus antecesores (servicios secretos menos célebres, pero seguramente "operativos") ha sido sufrido eficazmente en Latinoamérica por personajes tan diversos como Allende, Perón, Trujillo, Goulart, Batista, Arbenz, Cipriano Castro (dictador de Venezue!a entre 1899 y 1908); y ha sido por lo mismo *aprovechado* por un abanico de sucesores igualmente variado, que incluye, respectivamente, a Pinochet, a los gobiernos argentinos entre 1956 y 1972, á Juan Bosch *(desestabilizado* a su

vez posteriormente), a Joaquín Balaguer (primer personaje civil de la dictadura de Trujillo, rehabilitado por la ineptitud de Bosch, y por su propia habilidad política; tres veces electo Presidente de la República Dominicana desde 1966), a la "Revolución" militar brasileña de 1964, a Fidel Castro, al coronel Castillo Armas (monigote que la CIA ayudó a instalar en Guatemala en 1954, en lugar del sospechoso de pro-comunismo Presidente Arbenz) y a Juan Vicente Gómez (vice-Presidente de Cipriano Castro, dictador de Venezuela desde 1908 hasta 1935).

Ambigüedades del principio de no intervención

La heterogeneidad disparatada de estos ejemplos subraya el dilema norteamericano (y latinoamericano). Hasta la neutralidad escrupulosa de Washington, en una crisis se convierte forzosamente en un factor de fuerza o debilidad de un gobierno latinoamericano. Los demócratas del Hemisferio aplaudieron la desaparición de Trujillo y no se han preocupado nunca seriamente sobre la casi segura participación de la CIA en su asesinato. Tampoco recibieron nunca los norteamericanos crédito (pero mucho menos censura) por haber cortado amarras con el desacreditado Batista. En cambio es de buen tono enternecernos por el no menos desacreditado Goulart, y ponernos francamente trágicos con relación al "pobre" Allende, quien sin embargo tenía bien adelantado, contra la oposición de una clara mayoría de los chilenos, un proyecto para liquidar la democracia en Chile.

Aun si logramos trabajosamente, para intentar entender estas contradicciones, desenredamos de la sujeción amímica en que vivimos con relación a la hipótesis marxistas sobre cómo funciona y hacia dónde debe ir y va de hecho la historia, el problema persiste, porque las contradicciones y los dilemas permanecen, a cierto nivel muy profundo, irreductibles. Escaldadas por las consecuencias del Corolario Roosevelt, las naciones latinoamericanas lograron en 1948 que los EE.UU. suscribieran solemnemente, en e! contexto de la Carta de la Organización de Estados Americanos (aprobada ese año en Bogotá), el principio de no intervención, declarando *inviolable* el territorio de cada Estado soberano, y proscribiendo su ocupación u otras medidas de fuerza, por otro Estado, directa o indirectamente, por razón alguna. Sin embargo, durante la crisis dominicana de 1965, dos tercios de las naciones latinoamericanas estuvieron de acuerdo con los EE.UU. en que el principio de no intervención debía ser interpretado en forma flexible cuando algún país hemisférico estuviera amenazado por una "agresión interna" (es decir, estuviera en peligro de caer bajo control comunista).

Es fácil, pero también superficial, descartar ese voto (en la Organización de Estados Americanos) como resultado de presiones norteamericanas, lo mismo que la doctrina de las "fronteras ideológicas", propuesta por la misma época por el Brasil (para justificar una eventual intervención brasilera en Uruguay o Bolivia, en caso de peligro de colapso en favor de tendencias castro-comunistas de los gobiernos -por otra parte bien distintos- de esos dos países), pero la verdad es que ninguna estructura de poder, en ninguna parte del mundo,

desdeñaría la ayuda de una potencia amistosa en caso de verse en dificultades graves y al borde de un colapso irreversible. Los comunistas húngaros y checoslovacos saben algo de esto.

Imperialismo y Subdesarrollo

De acuerdo con las ideas prevalecientes en nuestro tiempo, originadas en el cristianismo, el liberalismo y el marxismo, todos en Latinoamérica estamos formalmente de acuerdo con la aspiración a establecer una sociedad más libre, más justa, más igualitaria. A la vez, nos desesperamos de ver que permanecen no resueltos en nuestras naciones problemas políticos perennes de viabilidad, estabilidad e institucionalidad de los sistemas de gobierno. Por último, Latinoamérica comparte la universal ambición contemporánea de alcanzar un grado satisfactorio de desarrollo económico.

En cada una de estas áreas los latinoamericanos nos sentimos frustrados, insatisfechos; y en cada caso tenemos una inclinación irresistible a culpar a los Estados Unidos por nuestros fracasos.

En el momento latinoamericano actual, nadie se arriesga a ser contradicho si afirma que es el imperialismo norteamericano quien ha obstaculizado las transformaciones necesarias, económicas y políticas, en los otros países del Hemisferio; y esto para empobrecerlos, succionándoles la riqueza, que ha servido al auge económico de los Estados Unidos y que sin esa transferencia hubiera asegurado nuestra felicidad y prosperidad, etc. Ellos son ricos porque nosotros somos pobres, y viceversa. Sin el desarrollo norteamericano, no

habría subdesarrollo latinoamericano. Sin el subdesarrollo latinoamericano, no había desarrollo norteamericano, etc.

Pero la misma unanimidad en el planteamiento “anti-imperialista” lo hace sospechoso. Son palabras “revolucionarias”, pero ya no se las encuentra sólo en las consignas de los guerrilleros, en hojas clandestinas o pintadas de noche en las paredes, sino además en boca de los militares que gobiernan el Perú, del Presidente autocrático de México, del Presidente oligárquico de Colombia, del Presidente social-demócrata de Venezuela, del dictador de Cuba, de la Presidenta heredera de Perón, del caudillejo de Panamá, etc. Han devenido -esas palabras- la “verdad oficial”. De modo que hay lugar de temer que con esto los latinoamericanos estamos entrando, o hayamos entrado, en un nuevo ciclo de tergiversaciones con relación a las verdaderas causas de nuestras frustraciones. Nuevo ciclo que, como los anteriores, tiene su raíz profunda en la imposibilidad en que nos encontramos de admitir como justificada por las virtudes de ellos y por nuestros defectos, la diferencia entre el éxito de los norteamericanos y nuestro fracaso.

Si procediéramos con método científico, cabría preguntarnos si los EE.UU. con su existencia y sus actos (y al hacer un balance no truncado, sino completo; con su debe, pero sin omitir el haber) no han contribuido por otra parte también en forma positiva al destino global de América Latina, y si más bien los efectos benéficos de la influencia norteamericana, que son muy grandes, no los hemos podido y sabido aprovechar y sacarles todo el partido posible por fallas inherentes a la sociedad

latinoamericana, y que preceden por mucho toda relación entre nosotros y los Estados Unidos.

Fue de ellos que recibimos las doctrinas y las aspiraciones políticas y sociales de las cuales estamos por otra parte tan orgullosos. Alguien se ha maravillado de que a través de tantos reveses, Latinoamérica haya permanecido fiel a los ideales y a las formas de la revolución liberal, al punto que las peores tiranías se han creído obligadas a mantener teóricamente vigentes constituciones modelo, y que las formas de la democracia persisten en salir a flote tras todos los naufragios. La explicación es que admitimos tácitamente el modelo político y social norteamericano como la realización de la *utopía americana.* Un ejemplo: la Constitución Argentina de 1853, orgullo y monumento político de ese país, está a tal punto calcada de la Constitución Norteamericana, que los jueces argentinos han podido referirse a la jurisprudencia norteamericana a la hora de interpretada. En cuanto a nuestra reprobación por los aspectos negativos de la sociedad norteamericana, como la discriminación racial, el excesivo consumismo, el poder inquietante del "complejo militar-industrial" ¿de dónde la hemos aprendido sino de las críticas que los norteamericanos se hacen a sí mismos? ¿Y no es tristemente obvio que al repetidas con aire de justos, estamos evadiendo hacernos a nuestra vez las críticas que nosotros merecemos?

Más recientemente, ha sido sobre todo de los norteamericanos que hemos recibido la ambición y los estímulos hacía la modernización y el desarrollo.

¿Y quién puede dudar que de no haber existido esta potencia democrática, guardián del Hemisferio (en su

propio interés, pero ese es otro problema) Latinoamérica hubiera sido víctima en el siglo XIX del colonialismo europeo que conocieron Asia y Africa; y más tarde, en nuestro propio tiempo, de los imperialismos peores que ha conocido el siglo XX?

Pero nada de esto se toma en consideración a la hora de formular las hipótesis de moda sobre las causas del atraso latinoamericano (y del avance norteamericano), sino que se afirma sin matices y sin contradicción que la influencia política, económica y cultural norteamericana ha causado nuestro subdesarrollo.

Cabría por lo menos la observación de que hasta la primera guerra mundial, los principales agentes económicos y culturales extranjeros en América Latina, importadores de sus productos y exportadores de manufacturas, tecnología y cultura, fueron primero los españoles, y luego, en el siglo XIX, los ingleses y los franceses. Pero el adelanto y la superioridad de los europeos molesta muy poco a los latinoamericanos. Ignoramos a España, desde luego, y no nos sentimos en competencia con Inglaterra, Francia, Alemania, etc. Al contrario, una vertiente del pensamiento compensatorio latinoamericano se halaga de ser nosotros los *herederos* y *continuadores* de la civilización greco-latina en América. En cambio el adelanto y la superioridad nacional de los norteamericanos los sentimos como una ofensa, la cual se mitiga si podemos persuadimos de que los EE.UU. han triunfado a costa de nosotros.

Una versión un poco más astuta y redondeada de la misma hipótesis, sostendrá que el subdesarrollo latinoamericano ha sido producido por el imperialismo desde 1492 en adelante, y que simplemente españoles,

ingleses, franceses y norteamericanos se han ido relevando en el papel de protagonistas principales de un mismo proceso *subdesarrollante.* Pero esta afirmación "buensalvajista" ignora con desenvoltura la situación uniformemente lamentable de las regiones hoy clasificadas como Tercer Mundo antes de su inserción en el ordenamiento europeo, cristiano, occidental.

Releyendo a Marx

El filósofo, sociólogo y economista a quien reconocen como maestro y guía los mismos que esquivan esa cuestión un tanto incómoda, tenía por cierto ideas muy precisas al respecto. Marx no escribió gran cosa sobre Latinoamérica, la cual simplemente no le interesaba, pero en cambio dejó textos sobre otras zonas del llamado Tercer Mundo que vienen exactamente al caso. Por ejemplo, afirma (en 1853) que la presencia y dominación británicas en la *India* (no, por cierto, el más atrasado de los territorios ajenos al ordenamiento europeo) había interferido en forma decisiva la sociedad hindú tradicional, desarticulando el sistema patriarcal y la organización en aldeas, así como el régimen artesanal; e iniciado problemas, desafíos, tensiones y desequilibrios desconocidos hasta entonces por esa antigua civilización. Pero ¿debía esto ser interpretado como una "caída" desde un estado de gracia y beatitud que sin ello hubiera continuado impoluto? Ni por asomo. Esas comunidades aldeanas idílicas, observa Marx, no eran tan inofensivas como podría suponerse, sino que "inmemorialmente habían sido las células y el fundamento del despotismo oriental, restringían al ser humano en el más estrecho

círculo haciéndolo instrumento inerme de la superstición, esclavizándolo bajo el peso de costumbres tradicionales, privándolo de toda grandeza y toda energía histórica. No debemos olvidar... la barbarie... la perpetración cotidiana y normal de las crueldades más indescriptibles... No debemos olvidar que esa existencia vegetativa, sin dignidad, sin dinamismo, tenía por contrapartida y como por compensación una aceptación del asesinato ritual como forma de devoción religiosa... No debemos olvidar que estas pequeñas comunidades estaban podridas por distinciones de casta y por la esclavitud; que subyugaban al hombre a las circunstancias externas en lugar de elevado y hacerla soberano de las circunstancias; que hacían considerar un estado social transitorio y contingente como un destino natural e invariable... Los árabes, los tártaros y los mongoles habían conquistado sucesivamente a la India, pero se habían adaptado a estas costumbres, puesto que la ley de la historia es que los conquistadores bárbaros son conquistados a su vez por la civilización superior de los vencidos. Los ingleses fueron los primeros conquistadores de la India superiores, y por lo tanto invulnerables a la civilización hindú”[1].

Marx enumera en seguida las diversas maneras mediante las cuales una civilización *superior,* la occidental, no podría dejar de producir en la India toda clase de transformaciones deseables y progresistas, de causar toda clase de avances en una región del globo cuya situación anterior al contacto con Occidente había sido manifiestamente deplorable, y desde luego muy inferior a lo que devendría al ser, 'anexada al mundo occidental'.

Entre los beneficios inminentes o ya causados en ese momento por el impacto occidental en la India, Marx cuenta la unidad política; el reclutamiento y entrenamiento de un ejército nativo; la imprenta y la libertad de expresión "introducidas por primera vez en la historia en la sociedad asiática"; la posibilidad de que ciudadanos comunes y corrientes tuvieran plena posesión de tierras (cuya antítesis, el monopolio de la tierra por los príncipes, es calificada por Marx como el peor flagelo de la sociedad asiática); la educación en el estilo y con los métodos occidentales, cuya consecuencia ya visible en 1853 era el surgimiento "de una nueva clase nativa dotada para el gobierno e imbuida de ciencia europea"; el telégrafo; la navegación a vapor, "que ha favorecido a la India con una comunicación rápida y regular con Europa, ha vinculado los puertos hindúes con todos los demás del océano suroriental, y ha rescatado el país del aislamiento que era una de las causas de su estancamiento"; la irrigación; y por último un sistema de ferrocarriles que sería la base de un desarrollo industrial moderno, puesto que "es imposible mantener una red ferroviaria que cruce en todas direcciones un inmenso país sin introducir a la vez todos aquellos procesos industriales necesarios para suplir las diversas necesidades de la locomoción ferroviaria, de los cuales no dejarán de derivarse actividades industriales manufacturas distintas a las vinculadas directamente a los ferrocarriles".

Ahora bien, si por analogía trasladamos el razonamiento de Marx no siquiera a la América Precolombina, patria del Buen Salvaje (que es adonde en rigor cuadra) sino incluso a la Hispanoamérica de, digamos, 1830, (antes de toda influencia económica

norteamericana) encontraremos un rosario de repúblicas oligárquicas, paupérrimas, estancadas, desorientadas y martirizadas por tiranos y guerras civiles. Ni a Marx ni a nadie se le hubiera ocurrido poner en duda que el progreso de esas naciones (significativo sin embargo, en comparación con el estado en que las encontraron los españoles; y si no ¿cómo habían producido a Bolívar, a Miranda, a Andrés Bello, a Sucre, a San Martín?) sería no frenado, sino acelerado por cualquier incremento en sus relaciones económicas y culturales con Europa y los EE.UU., *como en efecto ha sucedido.*

La versión según la cual los países de América Latina deben su atraso social y económico, y su inestabilidad política (su *subdesarrollo)* a su dependencia del imperialismo (sobre todo norteamericano) está contradicha por los hechos. La tasa de crecimiento económico de América Latina, por ejemplo, es en este momento y ha sido por mucho tiempo *superior* a la tasa de crecimiento en el siglo XIX de los países hoy capitalistas avanzados, que fue de aproximadamente 2 por ciento al año; mientras que Latinoamérica creció entre 1935 a 1953 a una rata de 4,2 anual y de 1945 a 1955 a la tasa de 4,9 por año[1]. Con el nuevo ingreso petrolero de Venezuela, Ecuador y México, esas tasas de crecimiento económico latinoamericano han dado un nuevo salto. Y el hecho de que ese crecimiento sea sentido como insuficiente, por comparación con las economías industriales avanzadas, o por la mala distribución del ingreso, o por la deficiente administración de los recursos disponibles, o por no saber estos países enfrentar la explosión demográfica que marginaliza vastos sectores de su población y derrota el

crecimiento del producto económico, no nos autoriza a culpar del mal aprovechamiento de nuestras oportunidades a las relaciones políticas, económicas y culturales con los Estados Unidos y otros países industrializados.

El caso de Puerto Rico

De hecho, Argentina, Chile y Uruguay fueron durante el siglo XIX y hasta 1914 los países latinoamericanos con mayores contactos con Europa, comerciales y de otra índole, y están obviamente entre los países latinoamericanos más adelantados. Lo mismo México, cuyo desarrollo relativamente muy satisfactorio está obviamente vinculado a su proximidad y complementaridad con la economía de los EE.UU. Lo mismo Venezuela, la cual sin el petróleo, descubierto y comercializado por los norteamericanos, los ingleses y los holandeses, estaría hoy por hoy más o menos en el nivel de Honduras, y que en cambio sorprende por su desarrollo económico, político y social, fue promotora de la Organización de Países Exportadores de Petróleo, y está hoy mismo intentando usar sus altos ingresos petroleros para ayudar a otros países latinoamericanos a retener sus excedentes, de manera de lograr mejores precios para sus productos en el mercado internacional.

Y está desde luego el caso de Puerto Rico, que traspasa todos los demás, puesto que no sólo su economía está estrechamente vinculada a la de los EE.UU. sino que desde 1898 ha sido administrado por los norteamericanos, primero directamente, y luego con cierta medida de autogobierno, que excluye sin embargo

áreas tan delicadas como la defensa y las relaciones exteriores.

Pues bien, justamente, sin recursos naturales providenciales (como el petróleo, el cobre, el estaño, la bauxita, etc.) Puerto Rico ha alcanzado un desarrollo extraordinario y totalmente divergente de otros países de la región que estaban en situación comparable o mejor en 1898. Su ingreso anual per cápita es de más de 1.700 dólares. En comparación se estima --sin mayor certeza debido a la no confiabilidad de las estadísticas-- que Haití no llega a los 100 dólares; El Salvador, Guatemala, Honduras y República Dominicana no alcanzan los 400 dólares.

Pues bien, a pesar de esas cifras, no es por casualidad que es en Puerto Rico donde uno encuentra en su forma extrema las actitudes posibles de las latinoamericanos hacia los EE.UU., y particularmente la mayor amargura antiyanqui, el mayor resentimiento. Lo "revolucionario" en Puerto Rico es soñar con ver la isla convertida en otra Cuba. Lo distinguido es ser hispanófilo a ultranza y reivindicar los valores de la cultura hispánica y de la lengua española contra los bárbaros yanquis. Viendo yo a uno de estos intelectuales puertorriqueños, fino conocedor de la poesía española, ocupado tranquila y fructíferamente -bajo la paz impuesta por los norteamericanos- de cuestiones acordes con su cultura y temperamento, y sabiéndolo rabioso nacionalista y negador del pan y la sal a los norteamericanos, no podía yo menos que cavilar que hombres como éste han sido y siguen siendo aniquilados física o espiritualmente dentro de las sociedades usuales en el Caribe; o en el mejor de

los casos han sido exilados forzosos o voluntarios de los tiranos de la zona, de Trujillo a Fidel.

Pero es obvio que Puerto Rico no está cómodo con su situación. Sufre del malestar latinoamericano con especial agudeza. Lo cual sugiere un esbozo de respuesta global a la interrogante sobre si los EE.UU. han interferido o ayudado el desenvolvimiento de América Latina. Podría afirmarse que esa interrogante admite dos respuestas contradictorias e igualmente ciertas. Si se trata de los ideales y las metas políticas y sociales de Latinoamérica, de los estímulos a su modernización, etc., sólo la irracionalidad o el empeño en promover (contra la evidencia) explicaciones que debiliten la influencia norteamericana en el mundo en provecho de otros poderes, pueden inducir a negar que los EE.UU. han ejercido una inmensa influencia positiva en America Latina, sean cuales hayan sido, por otra parte, sus abusos de poder, sus torpezas y sus exacciones.

Pero hay algo tal vez más esencial, más profundo, que es la posibilidad de vivir una sociedad reconciliada consigo misma y con su situación relativa en el mundo no como algo perfecto, pero sí como un proceso, con sus altibajos, aceptable; y desde luego la capacidad de enfrentar esa sociedad la realidad, para comprenderla y poder incidir sobre ella eficazmente.

En este sentido, la continua comparación con "la otra América", que no podemos evitar los latinoamericanos a menos de negar en bloque todo lo que está implícito en la convivencia con los EE.UU., nos saca de quicio y nos hace especialmente inclinados a engañar, a engañarnos y a ser engañados. Nos mentimos a nosotros mismos, y

aceptamos además fácilmente cualquier mentira ajena que nos alivie de nuestra humillación.

Amor no correspondido

La coincidencia del prestigio democrático del "buen vecino" Franklin Roosevelt con las circunstancias peculiares que prevalecieron internacionalmente a partir del auge del nazismo, mitigaron durante dos décadas el antinorteamericanismo latinoamericano. O más precisamente, esa coincidencia alimentó el componente *amor,* en el complejo amor-odio que sentimos los latinoamericanos hacia los EE.UU.

Hasta los Partidos Comunistas (nunca importantes numéricamente en Latinoamérica, pero sí influyentes como *escuela* de dirigentes políticos que luego harían carrera fuera de los PC y como polo de atracción para intelectuales y artistas) suspendieron a partir de diciembre de 1941 toda crítica a los norteamericanos, nobles aliados de la Unión Soviética en la lucha de la humanidad contra el Eje nazi-fascista.

Pero ese momento de (relativo) amor no fue correspondido. Los gobiernos norteamericanos posteriores a 1945, obsedidos por la Guerra Fría, se despreocuparon de Latinoamérica, salvo para encuadrarla en un tratado militar que hizo del Hemisferio una pieza del dispositivo mundial antisoviético[1].

El influyente George Kennan sostuvo hacia 1950 que los EE.UU. debían, en sus análisis estratégicos y en su política exterior, concentrar su atención en aquellas áreas del mundo que pudieran, en caso de guerra, vulnerar eventualmente el territorio norteamericano; y haciendo el

inventario de ellas, no encontró sino cinco: la URSS, Europa Occidental, Gran Bretaña, Japón y China.

Los norteamericanos estaban para entonces de regreso de la euforia de haber ganado la guerra, y más bien irritados y terriblemente angustiados de que con la desaparición de Hitler no hubieran terminado para los EE.UU. los problemas, las responsabilidades y los riesgos. Pero no suponían ni por un instante que algunos de esos problemas pudieran filtrarse hacia la "folklórica" América Latina, la cual entre 1940 y 1950 existió para la imaginación norteamericana más que todo en las personas de Carmen Miranda y Xaxier Cugat[2], y en una película "panamericanista" de Walt Disney, "¡Saludos, amigos!", en la cual el pato Donald representaba a los EE.UU., y un loro con sombrero mexicano a Latinoamérica. En los siete años entre 1945 y 1952 los EE.UU. invirtieron 45 mil millones de dólares en el Plan Marshall y otras ayudas a Europa Occidental; y 7 mil 300 millones en ayuda a Grecia y Turquía. En cambio destinaron sólo 6 mil 800 millones a toda América Latina; apenas más que para la Formosa de Chiang Kai Shek.

Pero a partir de 1952, la paranoia de John Foster Dulles le hizo sospechar (con cierta razón) que Stalin podría encontrar en Latinoamérica el vientre vulnerable del Hemisferio Occidental. En la Décima Conferencia lnteramericana, celebrada en Caracas en 1954 con asistencia de todos los Cancilleres de los países miembros de la Organización de Estados Americanos, Dulles propuso en forma altanera y propiamente *imperial* una resolución según la cual "si el movimiento comunista internacional llegara a dominar las instituciones políticas

de cualquier Estado americano, ello constituiría una amenaza contra la soberanía e independencia política de todos nosotros, poniendo en peligro la paz de América, lo que exigiría la acción pertinente de conformidad con los tratados vigentes”.

La cuestión no era abstracta, puesto que los norteamericanos estaban en ese mismo momento persuadidos de que el Presidente de Guatemala, Jacobo Arbenz, mostraba marcada inclinación a propiciar o tolerar la actuación en ese país de activistas comunistas a niveles de decisión gubernamental.

A los latinoamericanos, el proyecto de resolución Dulles les pareció como un retroceso con relación al principio de no intervención, conquistado inequívocamente apenas seis años antes, en la Novena Conferencia lnteramericana, reunida en Bogotá (1948), cuando fue incorporado en forma explícita y solemne a la Carta de la OEA[2], En consecuencia sólo aceptaron la resolución sustituyendo las palabras “lo que exigiría la acción etc.”, por “lo que exigiría una Reunión de Consulta para considerar la adopción de las medidas procedentes de acuerdo con los tratados existentes”.

Al quedar la resolución aprobada en esa forma, Dulles no ocultó su disgusto y abandonó la Conferencia dejando a un funcionario de segundo rango en su lugar.

Ese mismo año, con la ayuda de la ClA y basado en Honduras (país con el cual los EE.UU. concertaran expresamente un tratado para facilitar la operación) el coronel Castillo Armas “desestabilizó” a Arbenz, quien significativamente escogió Checoeslovaquia como sede de su exilio.

En ese momento (mediados de los años 50) toda una falange de dictaduras militares "aseguraba" la estabilidad y el anticomunismo del Caribe y de otras áreas de América Latina.

Pero en 1958 el viaje del Vice-Presidente Nixon por varios países latinoamericanos reveló un abismo. Dondequiera Nixon fue recibido con piedras e insultos. En Venezuela (recién liberada de una dictadura militar de diez años) Nixon casi perdió la vida, al quedar su automóvil bloqueado entre manifestantes quienes por poco logran voltearlo e incendiarlo. Previamente, en el aeropuerto, el Vice-Presidente norteamericano y su esposa habían sido cubiertos de pies a cabeza de escupitajos.

Y el primero de enero de 1959, Fidel Castro entra victorioso a La Habana.

La catarsis fidelista

La reprobación por lo que Fidel ha hecho en la práctica con sus poderes dictatoriales (y que está suficientemente documentado por los observadores no incondicionales pro-soviéticos, pero sí más inclinados a la simpatía y la indulgencia por la Revolución Cubana) no podrá nunca extirpar del corazón de los latinoamericanos la emoción de haber visto desafiado ¡desde Cuba! el poder imperial norteamericano.

Entre 1898 y 1958 Cuba había sido, apenas menos que Puerto Rico, una dependencia norteamericana. Por lo mismo había logrado un adelanto y una prosperidad notables y tenía en 1958 un Producto Nacional Bruto *per capita* sólo inferior en América Latina al de Argentina,

Venezuela y Puerto Rico. La industria azucarera era la principal (y excesivamente importante) fuente de riqueza; pero además sólo Argentina, México y Brasil tenían una producción industrial *total* más valiosa. Había en Cuba una clase media amplia, diligente, liberal y próspera. Uno de cada cinco trabajadores era un obrero especializado. El índice de analfabetismo estaba entre los más bajos de América Latina, y la isla era tercera en número absoluto de médicos, la primera en número absoluto de televisores y en asistencia al cine.

Pero con todo esto Cuba sufría, más que ninguna otra nación latinoamericana en su orgullo, en su dignidad nacional. Es cierto que a diferencia de Puerto Rico, Cuba tenía soberanía política plena, de manera que los cubanos podían aspirar a los primeros puestos en su propia sociedad. Pero en cada cubano (como en cada latinoamericano) ardía la humillación de ser y no ser *americano,* gentilicio que por antonomasia está reservado a los del norte, quienes se llaman así, a secas, y a quienes llamamos así, a secas, teniendo nosotros que especificar que somos *latino-americanos.*

Y en el caso de Cuba, además de todos los otros factores de incidencia humillante general para todo el Hemisferio, los "americanos" estaban físicamente presentes más que en ninguna otra parte del mundo fuera del propio territorio de los EE.UU.

En la clase dirigente cubana, la usual esquizofrenia latinoamericana con relación a los EE.U. llegaba a su paroxismo. Era una clase forjada y formada dentro del sistema de valores norteamericanos, bilingüe, que enviaba a sus hijos (como los padres habían sido enviados) a colegios en los Estados Unidos. A la vez,

eran rabiosamente antiyanquis. Ahora la mayoría están en el exilio, y casi todos se han radicado... en los EE.UU.

Fidel era uno de ellos, pero de un temple muy especial, uno de los hombres de poder más notables que haya producido esta época[1], dispuesto a todo para conquistar y mantener control del Estado; y no sólo a jugarse la vida (cosa que han hecho infinidad de latinoamericanos) sino a triturar las vidas de cualquier número de otros hombres; pero además capaz de concebir y ejecutar un golpe de audacia que ningún otro gobernante latinoamericano había siquiera soñado intentar con la imaginación y la amplitud de visión estratégica requeridas: jugar la URSS contra los EE.UU., y poder de esta manera enfrentarse a los EE.UU., romper con los EE.UU., y realizar así la ambición secreta que vive en el corazón de cada latinoamericano: desafiar a los EE.UU., romper con los EE.UU., como desquite no sólo por los atropellos y las humillaciones particulares y concretos sufridos por los latinoamericanos colectiva o individualmente a manos de los yanquis, sino sobre todo por la humillación y el escándalo *generales* que significan el éxito norteamericano y el fracaso latinoamericano.

Por eso Fidel fue en su momento un héroe sin precedentes en América Latina, distinto y más emocionante que el mismo Bolívar; y por eso sigue teniendo un prestigio mucho mayor del que pudiera a estas alturas suponerse (y desde luego mayor del que merece).

Cuando venció en Playa Girón, cada latinoamericano estaba a su lado, luchando contra los norteamericanos, venciendo junto con Fidel a los norteamericanos.

Lo malo es que en realidad Fidel no venció a los norteamericanos en Plaza Girón. A quien venció (vencimos) fue a un puñado de otros latinoamericanos engañados, mal armados y dejados luego en la estacada por los norteamericanos. Un equívoco más de los tantos entre los que se debate la América Latina.

La Alianza Para el Progreso

John Kennedy llega a la Presidencia de los EE.UU. en enero de 1961 con el hecho cumplido de la Revolución Cubana apasionando a Latinoamérica. Todavía Fidel no se había declarado marxista-leninista, y no lo hará hasta fines del año. Pero ya había recibido a Mikoyan en La Habana, y la URSS se había comprometido a sostener económicamente a los cubanos contra la hostilidad y las represalias norteamericanas.

Kennedy comete el error de dejar que prosiga el malhadado plan ideado por la CIA de propiciar una "invasión" de exilados anticastristas, en la expectativa ingenua de un levantamiento general contra-revolucionario en Cuba. A la vez, persuadido por lo que estaba ocurriendo en Cuba de la urgencia de contribuir los EE.UU. en forma sistemática al progreso político, económico y social de América Latina, lanza la consigna de una "Alianza Para el Progreso" del Hemisferio (13 de marzo de 1961).

La Alianza quiso ser un plan de coordinación de una importante ayuda norteamericana, financiera y técnica, con esfuerzos complementarios de los países latinoamericanos, para lograr durante una década un aumento de por lo menos 2,5 anual en el ingreso real por

habitante y una mejor distribución de todo el ingreso; una mejor utilización de los recursos naturales y humanos; reformas agrarias, aumento en la productividad agrícola, mejoras en el transporte, almacenaje y mercadeo de los productos agropecuarios; la eliminación o reducción drástica del analfabetismo y un mínimo de seis años de educación primaria para cada niño latinoamericano; mejoras en los servicios de salud pública y en servicios conexos como vivienda, agua potable y cloacas, con la meta de agregar cinco años a la expectativa general de vida, y en particular reducir a la mitad la mortalidad infantil; etc.

La carga financiera debía ser repartida entre la ayuda norteamericana y los propios países latinoamericanos, de los cuales se esperaba que hicieran reformas tributarias que exigieran más a los que más tienen.

Fidel, antes de una ruptura definitiva con los EE.UU y cuando todavía hablaba en término de las obligaciones de EE.UU. hacia Latinoamérica, propuso que los norteamericanos debían contribuir a cualquier plan de desarrollo del Hemisferio con no menos de 30 mil millones de dólares en diez años. Kennedy ofreció la tercera parte. Además, la Alianza se va a ver empañada, antes de nacer oficialmente, por la aventura de Bahía de Cochinos (abril de 1961), de modo que el Che Guevara irá a la Conferencia inicial de la Alianza (en agosto, en Punta del Este, Uruguay) a burlarse de los norteamericanos y sus “vasallos”, los otros gobiernos latinoamericanos, y a decir al Secretario de Estado Dean Rusk que la tal Alianza no era otra cosa que una limosna tirada a los países de América Latina, una fracción de lo que por otra parte el imperialismo les había sustraído; y

motivada además por el temor a la virulencia contagiosa de la Revolución Cubana, lo cual no era incierto.

Muerto Kennedy el 22 de noviembre de 1963, la Alianza, que ya se encontraba en retraso con relación al calendario formulado, va con Johnson a perder impulso hasta estancarse; y será definitivamente enterrada con Nixon, quien rechaza la idea de una ayuda multilateral norteamericana a la América Latina con la consigna: "Ayuda no: comercio e inversiones privadas", y con la consagración de la práctica de ayudas bilaterales a ciertos países considerados clave, como Brasil.

En 1969, un estudio norteamericano sobre los resultados de la Alianza concluyó que "la experiencia ha mostrado que no era posible la realización de los ambiciosos objetivos fijados por la Carta de Punta del Este para el decenio 1961-69".

Se ha generalizado la afirmación de que la Alianza para el Progreso fue un fracaso, pero sin indagar demasiado sobre las causas de esa decepción, y por otra parte descontando excesivamente los logros de la Alianza, que no son despreciables.

Es cierto que la Alianza se fijó metas irreales, basadas en ciertos supuestos "cepalistas" u "onuistas" sobre las causas del subdesarrollo y los remedios correspondientes; supuestos cuya crítica ha hecho Gunnar Myrdal (en *Asian Drama, an inquiry into the poverty of* N*ations,* 1968) al señalar que los Organismos económicos de las Naciones Unidas se han caracterizado por identificar en forma simplista o francamente equivocada las causas de la pobreza de las naciones del Tercer Mundo, atribuyéndo1as sobre todo a factores externos a las sociedades subdesarrolladas, y haciendo

abstracción "púdica" de las deficiencias e incapacidades propias y tradicionales de esas sociedades. No es, pues, extraño que, partiendo la Alianza de los diagnósticos de la CEPAL (elaborados muchos de ellos por economistas chilenos que más tarde contribuirían a formular las políticas económicas del gobierno de Allende) y promoviendo como remedio medidas que soslayaban como inexistentes, o despreciaban los 1astres provenientes de las costumbres y las actitudes tradicionales de las sociedades latinoamericanas, los resultados fueran decepcionantes.

Pero a la vez (y siempre con referencia a las premisas y mediciones "técnicas" y economicistas de los "expertos económicos internacionales") se ha despreciado un aspecto muy importante de todo el asunto, que ha sido justamente el éxito notable de la Alianza (o si se quiere, de la conjunción del impacto de la Revolución Cubana y de las formulaciones teóricas, las metas y los programas de la Alianza) en modificar en forma significativa esas mismas actitudes tradicionales, en sacudir la complacencia y la inercia de los dirigentes latinoamericanos y en elevar las expectativas de los pueblos. Hoy existe en Latinoamérica un rechazo generalizado al estancamiento, que ha ganado a sectores antes recalcitrantes, como la Iglesia y los Ejércitos. Se admite universalmente el concepto de planificación económica. Se acepta tácitamente que es importante sacudir estas sociedades, nada revolucionarias, como se ha dicho, sino desesperadamente estables, por no decir estáticas. Se sabe a todos los niveles, vertical y horizontalmente, que es preciso disminuir la excesiva

dependencia latinoamericana con relación a la economía norteamericana.

Una consecuencia política de la Alianza, inesperada para los norteamericanos, ha sido que por primera vez la oposición a la hegemonía imperial norteamericana se ha hecho general y es aparentemente compartida por prácticamente todos los sectores latinoamericanos. Otra, inesperada para los demócratas latinoamericanos, (social-demócratas como el venezolano Rómulo Betancourt o demócratas liberales como el colombiano Alberto Lleras Camargo, quienes con Kennedy y la Alianza por primera vez se sintieron comprendidos y estimados por los EE.UU.) es que existen ahora en toda América Latina anticomunistas desarrollistas y modernizadores (distintos a los anticomunistas obtusos, conservadores y tradicionalistas; y distintos también a los anticomunistas demócratas) que rechazan expresamente la premisa de la Alianza, según la cual el crecimiento económico, las reformas sociales y la democracia política deben ser facetas complementarias de cualquier programa de desarrollo, y de paso se refuerzan mutuamente.

Más inquietante es que sin lugar a dudas la misma convicción ha ganado algunos medios dirigentes de los EE.UU., y esto durante los mismos años de supuesta vigencia de la Alianza. En el balance de la década 1961-70, la mayor porción de ayuda norteamericana a Latinoamérica encontró su camino hacia el gobierno militar brasilero, desarrollista, modernizador, pero abiertamente represivo y antidemocrático.

La CIA sirve para todo

El gobierno de Allende, con su fracaso y trágico co1apso[20] contribuyó en forma importante y seguramente indeleble al repertorio de inexactitudes de que se nutre la conciencia latinoamericana.

En particular, la versión según la cual la Unidad Popular chilena debió su fracaso exclusivamente a los EE.UU. a través de las maquinaciones de la Agencia Central de Inteligencia, ha terminado de consagrar el papel mítico de esta organización como agente eficaz y perverso de casi todo cuanto anda mal en el Hemisferio.

Lo novedoso es que ahora los *gobiernos* han descubierto el expediente maravilloso de atribuir a la CIA todos sus fracasos, el incumplimiento de sus promesas, y, lo que es mucho más grave, la actividad de sus opositores.

En esta forma la CIA está llegando a desempeñar, en el enmascaramiento de los abusos y las insuficiencias de los gobiernos latinoamericanos, un papel semejante al que antes representó el “comunismo internacional”.

Lo mismo que el movimiento comunista vasallo de la URSS, la CIA existe, sin lugar a dudas; y también sin lugar a dudas es responsable (como los Partidos Comunistas) de actos reprobables y repugnantes a favor de una potencia extranjera. Pero a partir de esa realidad, ciertos gobernantes latinoamericanos se han dedicado a explicar todo cuanto anda mal y toda manifestación de descontento, aun la más legítima y transparentemente espontánea, como causada y financiada por la CIA; y a identificar a todo opositor con la misma tenebrosa agencia de espionaje, con lo cual ese opositor queda

automáticamente desacreditado y se le puede liquidar política (y aun físicamente) en nombre de los sagrados intereses de la patria sin conmover la conciencia "progresista" internacional; mientras que, en contraste, sí conmovían a esa conciencia "progresista" actos de poder exactamente semejantes, pero perpetrados en nombre del anticomunismo.

En marzo de 1975, el Presidente Echeverría, de México, tuvo la mala idea de visitar la Universidad Autónoma de la capital, cuyos estudiantes no han olvidado que Echeverría era Ministro del Interior en 1968, cuando varios centenares de estudiantes disidentes fueron acorralados y masacrados por la policía y el ejército cuando manifestaban en la llamada Plaza de las Tres Culturas; ni tampoco que siendo ya Echeverría Presidente de la República, cuyos grupos policiales irregulares llamados "halcones" cazaron a tiros por las calles de Ciudad de México a jóvenes que manifestaban en recuerdo de las víctimas de la Plaza de las Tres Culturas.

Por lo mismo, los universitarios mexicanos recibieron a Echeverría muy poco amistosamente, y hasta lo alcanzaron en la cabeza de una pedrada, mientras el Presidente a su vez agitaba el puño y les lanzaba la más negra de las imputaciones que hoy por hoy se puede hacer a nadie en Latinoamérica: "¡Jóvenes manipulados por la CIA!" Presumiblemente (y esto ha sido sostenido en forma explícita y es una "tesis política" de algunos colaboradores intelectuales de Echeverría) también los muertos de la Plaza de las Tres Culturas y por los "halcones" eran agentes a sueldo (o por lo menos "objetivos") de la CIA.

Un buen indicio del éxito de este truco es que nadie, internacionalmente, recuerda el incidente de la Plaza de las Tres Culturas, a pesar de que en el momento mismo, corresponsales extranjeros, presentes en gran número por la inminencia de los Juegos Olímpicos, fueron testigos presenciales de la masacre y pudieron dar testimonio de que los muertos habían sido varios centenares, y no veinte o treinta, según afirmó la versión oficial del gobierno. Uno de esos corresponsales extranjeros, la reportero-estrella italiana Oriana Fallaci, estuvo a punto de morir con el pulmón atravesado por un tiro, aunque se suponía segura en el balcón de un piso alto, lejos de los manifestantes. Pero obviamente la policía y los soldados habían recibido instrucciones de disparar contra todo lo que se moviera, de hacer un ejemplo. ¿No estaba la CIA involucrada en esa infame y calumniosa manifestación contra el virtuoso gobierno revolucionario mexicano?

De la misma manera, los manifestantes peruanos que a principios de 1975 incendiaron el Club Militar de Lima y el edificio de uno de los diarios confiscados el año anterior por el gobierno militar (y desde entonces sumisos a la llamada "revolución" peruana) eran naturalmente instrumentos de la CIA. Y los trotkistas peruanos, que tienen dudas sobre el rumbo definitivo de la dictadura militar, y en todo caso se saben personalmente amenazados de extinción, cuanto que son rivales v enemigos de algunos otros grupos marxistas que están colaborando con el gobierno, ¿qué pueden ser, sino agentes de la CIA? ¿Y los periodistas o simples ciudadanos peruanos que se opusieron a la confiscación de los diarios o que posteriormente han manifestado

inquietud por los resultados concretos de la medida? A sueldo de la CIA, quién puede dudarlo.

Y como este es un juego que cualquiera puede jugar, pues enemigos colombianos de Gabriel García Márquez, (probablemente comunistas ortodoxos, disgustados por haber García Márquez abandonado el PC en favor de una versión menos dogmática del marxismo) han asegurado que el autor de *Cien años de soledad* es agente de la CIA.

¿Llegaremos a Ver en América Latina gobiernos “socialistas” tiránicos que liquiden toda disidencia, encarcelen, torturen y fusilen a sus opositores y a los miembros caídos en desgracia de su propio personal, bajo pretexto de estar extirpando actividades de espionaje o connivencia con el extranjero, según el modelo de los juicios de Moscú, Praga y Budapest? Pero si ya lo hemos visto. El gobierno revolucionario cubano lo ha hecho, y de paso ha lanzado la acusación de ser agentes de la CIA contra hombres como Oscar Lewis, K. S. Karol y René Dumont.

El “Nuevo Diálogo” y sus alternativas

Entretanto los EE.UU., guiados por Henry Kissinger, están pasando por un momento de ostensible desinterés por América Latina como conjunto. A las áreas delicadas inventariadas por Kennan en 1950, Kissinger ha tenido que adicionar el Medio Oriente, no sólo porque el conflicto árabe-israelí ha servido a la URSS para realizar una de las metas perennes de la política exterior rusa y poner el pie en el Mediterráneo y el Golfo Pérsico, sino porque en el Medio Oriente están las mayores reservas

conocidas de petróleo, con todo lo que esto significa en el actual contexto mundial.

Por lo mismo, Kissinger ha encontrado tiempo para entrevistarse constantemente con el Presidente de Egipto, con el Rey de Arahia Saudita, con el Sha de Irán, con los dirigentes israelíes y hasta con el Presidente de Siria; pero ha hecho una sola visita a América Latina en todo el tiempo que ha sido Secretario de Estado.[21]

Esta visita la hizo a México, con escala en Panamá, en febrero de 1974, para reunirse con los Ministros de Relaciones Exteriores de los países miembros de la Organización de Estados Americanos y proponerles un "Nuevo Diálogo". Sin la arrogancia despectiva de John Foster Dulles, pero con cierta brutal franqueza, Kissinger señaló a sus colegas del Hemisferio la ambigüedad habitual en los pronunciamientos latinoamericanos en torno a las relaciones con los EE.UU. Por momentos, sugirió Kissinger, Latinoamérica produce la impresión de considerar sus intereses fundamentales como contradictorios con los de EE.UU. y, desde luego, viceversa: contradictorios los intereses y las metas de los EE.UU. con los intereses y las metas de América Latina. De ser eso así ¿valdría la pena realmente intentar definir áreas de interés común?[22] Los EE.UU., aseguró Kissinger, sí creen que esas áreas de interés común y de cooperación deseable existen, y están dispuestos a explorarlas. ¿Sienten los latinoamericanos igual inclinación?

Podría interpretarse que en la presente etapa histórica, cuando las armas nucleares han revolucionado las previsiones y el pensamiento estratégico (v. arriba p. 69) los EE.UU. podrían llegar a considerar a Latinoamérica

no como una región vecina y de afinidades especiales, que merece y requiere una atención global, ni tampoco a la luz del vínculo emotivo que definió Henry Clay (ver arriba p. 56) y cuyo eco resuena todavía en los discursos de John Kennedy y en la retórica de la Alianza, sino como una colección de países más o menos interesantes, con los cuales los EE.UU. podría establecer relaciones bilaterales *selectivas,* de acuerdo a la mayor o menor importancia estratégica de cada país latinoamericano; y de acuerdo también a la mayor o menor disposición de cada país latinoamericano a mantener relaciones económicas y políticas amistosas con los EE.UU.

Más de un año más tarde, en un discurso en Houston en marzo de 1975, Kissinger afirmó que hay, "más que nunca", una interdependencia hemisférica, pero agregó: a la vez, "la América Latina ha desarrollado importantes relaciones de comercio con otras naciones industriales, *y ha venido a compartir ciertas perspectivas políticas con el Tercer Mundo".*

Esas perspectivas políticas que América Latina ha llegado a compartir con el Tercer Mundo son, básicamente, la tesis de que los países capitalistas avanzados deben su prosperidad, y los países del Tercer Mundo su pobreza, al colonialismo y a la dependencia (el *imperialismo)* y que es preciso, en el mejor de los casos, la negociación amistosa de un reordenamiento económico mundial, en favor del Tercer Mundo, y a expensas de los altos niveles de vida de Occidente, mediante el pago de precios más altos por las materias primas tercermundistas y la apertura irrestricta de los mercados internos de los países capitalistas avanzados a

las manufacturas y semimanufacturas procedentes del Tercer Mundo.

Dentro de la misma perspectiva, otra posibilidad, propuesta como *necesaria* e *inevitable* por cierto sector tercermundista (y desde luego por el "campo socialista") sería un ruptura revolucionaria, una amputación abrupta de las relaciones políticas, económicas y culturales que configuran la llamada *dependencia* de las naciones tercermundistas, y presumiblemente la incorpoción de esas naciones al bloque de la influencia soviética, como ha sucedido con Cuba.

Refiriéndose a la primera hipótesis (la negociación) Kissinger exhortó en Houston a reconocer que "el diálogo entre las naciones desarrolladas y las menos desarrolladas requiere soluciones que serán difíciles de hallar en cualquier parte si no las encontramos en el Hemisferio Occidental... EE.UU. siente preocupación por la creciente tendencia de algunos países latinoamericanos a participar en tácticas de confrontación entre los mundos en desarrollo y desarrollado... La tentación de atribuir los fracasos a las intrigas y excesos de los extranjeros es tan antigua como las naciones mismas. La América Latina está constantemente tentada a definir su independencia y unidad por medio de la oposición a los EE.UU... No esperamos que todos (los latinoamericanos) estén de acuerdo con nuestras opiniones, pero tampoco podemos aceptar una nueva versión del paternalismo, según la cual aquellos que tienen obligaciones, carecen de derechos y aquellos que reclaman derechos, no aceptan obligaciones. La disyuntiva para los EE.UU. no está entre la dominación y la indiferencia. La disyuntiva para la América Latina no está entre la sumisión y la

confrontación... Después de decenios de oscilar entre actitudes de euforia y de desilusión, entre acusaciones de hegemonía y de abandono, ha llegado el momento de trabajar juntos, serenamente y sin confrontación, en los empeños de nuestra común civilización".

Entre las voces latinoamericanas de este momento, la más clara y la más característica de las que aceptan la hipótesis de que Latinoamérica tiene intereses comunes y nexos especiales con los EE.UU., que vale la pena salvaguardar y cultivar, es la del Presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, quien a la vez se ha basado audazmente en el poder financiero y de negociación que da a Venezuela su condición de país petrolero y miembro de la OPEP, para convertirse en el abanderado en el Hemisferio de esas perspectivas políticas tercermundistas a las que se refirió Kissinger.

Según CAP, "la experiencia histórica nos dice que la confrontación en ningún caso ha resuelto los problemas del mundo. Hoy estamos presenciando la demolición del orden que impusieron los vencedores de la Segunda Guerra Mundial, que apenas pudo llegar a los treinta años, más de la mitad de los cuales han visto la progresiva precipitación de las contradicciones implícitas en ese orden impuesto por los fuertes a los débiles. Los países de la América Latina y los países del Tercer Mundo en general, no debemos buscar triunfos efímeros, sino conquistas de solidaridad global, para el bien de toda la humanidad. Por eso el petróleo no es ni será (para Venezuela) un arma, sino un instrumento. Yo creo que la OPEP es la avanzada del Tercer Mundo, y que el petróleo va a obligar al diálogo entre los países industrializados y los países en vías de desarrollo. No cultivamos el odio

estratégico contra los EE.UU.[23] Los reconocemos como una realidad geopolítica... Nos interesa la relación con los norteamericanos y que ellos comprendan su gran responsabilidad frente al mundo y especialmente frente a Latinoamérica".[24]

Parecería deber haber posibilidad de entendimiento entre las posiciones y puntos de vista así definidos por Kissinger y Carlos Andrés Pérez. Pero hay lugar para ser pesimistas. Carlos Andrés Pérez es considerablemente más racional y valeroso que la norma de los dirigentes latinoamericanos, lo cual no es demasiado sorprendente, puesto que la riqueza petrolera ha de tal manera modificado a Venezuela en los últimos cincuenta años, que es más probable la aparición y éxito de líderes que no sean demagogos irresponsables en ese país que en algunos otros de América Latina. Y de todos modos el problema no se sitúa al nivel de los más altos dirigentes, sino al nivel profundo de la necesidad subconsciente de hallar las sociedades latinoamericanas compensación y satisfacción sicológica para los sentimientos de inferioridad y humillación producidos en Latinoamérica por el éxito desmesurado de los EE.UU.

Tal como aseguró Kissinger, la alternativa para los EE.UU. no está entre la dominación y la indiferencia; pero esa alternativa podría resolverse para los EE.UU. no por la tercera vía de un diálogo multilateral fructífero con América Latina, sino por la *cuarta* vía, ya señalada, de la degradación de Latinoamérica, dentro del panorama general de la política exterior norteamericana, a la categoría de una región Tercermundista más, donde los norteamericanos pueden escoger bilateralmente a sus aliados, como en Africa o Asia.

Dentro de esa perspectiva, Brasil y México tendrían la primera opción (la tienen ya) para convertirse en los aliados favorecidos de los norteamericanos en el Hemisferio Occidental. En buena parte las palabras rituales dichas en los años más recientes sobre la vigencia del panamericanismo, han servido de cortina de humo para disimular este hecho semicumplido, que debería inquietar gravemente a otros países latinoamericanos, pero ante el cual no parecemos tener, hasta ahora, más respuesta que ignorarlo o despreciado.

Y esto aunque esa misma perspectiva riesgosa e inquietante debería hacemos admitir que en efecto las opciones latinoamericanas no son únicamente la sumisión a los EE.UU., o la ruptura revolucionaria, según el modelo cubano. Brasil y México, cada uno a su manera, demuestran que la vía más deseable sería una nueva y más provechosa cooperación con los EE.UU. (único contrapeso posible, además, para Hispanoamérica, frente al creciente poder brasilero).

Pero esa opción más deseable tropieza con graves obstáculos en la siquis hispanoamericana, al punto de que tal vez sea utópico esperar que todos, o aun la mayoría de estos países puedan sublimar su frustración con palabras, como México, y esquivar el dilema dramático definido por los polos *sumisión-ruptura.* y desde luego, aquellos que no logren escapar a ese dilema, no se concibe que vayan a aspirar sino a la ruptura, la cual sea, en efecto, lo que les posibilitaría redefinirse en una forma no feliz, pero por lo menos no mentirosa.

El nacionalismo xenófobo ha sido uno de los estímulos decisivos (tal vez el *más* decisivo) en el tránsito hacia un nuevo equilibrio político, de sociedades que no han

logrado evitar (y que inclusive habían de hecho *institucionalizado)* la persistente humillación de los nacionales por los extranjeros. Ese nuevo equilibrio u orden político suele ser nada admirable según los cánones de la ética liberal, e inclusive francamente repulsivo; pero con suerte, por lo menos replantea los problemas básicos de esas sociedades en un contexto *preferible,* en el sentido preciso de que habiendo masacrado o expulsado a los monstruos maléficos de sus mitos y sus pesadillas, se encuentran de pronto a solas consigo mismas, forzadas a hacerle por fin frente a una pobre y cruda realidad.

Podría ser que algunos otros países latinoamericanos, además de Cuba, encuentren al fin de cuentas por esa vía la resolución de su relación desgraciada con los Estados Unidos.

NOTAS

1. México, Lima y diez o veinte otras aglomeraciones urbanas hispanoamericanas eran ya ciudades respetables antes de que los ingleses intentaran su primer establecimiento en Norteamérica. México tuvo imprenta en 1548. Las Universidades de México y Lima fueron fundadas en 1551. Para 1576 había en Hispanoamérica nueve Audiencias, treinta gobernaciones, veinticuatro asientos de Oficiales Contadores, tres Casas de Moneda, veinticuatro Obispados, cuatro Arzobispados Y trescientos sesenta monasterios; y todas estas instituciones, así como las residencias virreinales y de otros grandes señores estaban alojadas en imponentes edificios que todavía hoy perduran. En contraste, Boston no fue fundada hasta 1630, y todavía a finales del siglo XVIII era, lo mismo que Nueva York o Filadelfia, inferior a las ciudades virreinales de la América española. La

población de los EE.UU., seguía en ese momento siendo mayoritariamente rural.

2. Combatió en Valmy, alcanzó el grado de General en los Ejércitos Revolucionarios, su nombre figura en el Arco del Triunfo; fue girondino Y se salvó por poco de Fouquier Tinville.

3. Lo volverá a pisar en 1806, en Venezuela, al frente de una expedición revolucionaria.

4. En 1811, el Congreso de Venezuela quiso declarar la independencia el mismo día que los norteamericanos treinta y cinco años antes; pero por inconvenientes de procedimiento, no pudo hacerla hasta el día siguiente, 5 de julio.

5. Por los días que corren no es popular admitir lo obvio: que la nutrición deficiente fue una característica generalizada de las sociedades todavía hoy rezagadas *desde antes* de que ese rezago se manifestara por el avance insólito de otras sociedades. El Buen Salvaje sufre de deficiencia proteínica. En un tiempo menos confundido y menos melindroso que el nuestro, se podía señalar tranquilamente que en su origen los pueblos europeos y semitas se diferenciaron de todos los otros pueblos por la posibilidad (y por lo tanto la práctica) de domesticar y criar grandes rebaños de ganado y que "la consiguiente abundante dieta de carne y leche, y en particular el efecto saludable de esa dieta en cada nueva generación podría, tal vez, explicar el superior desarrollo de estos dos grupos humanos". Federico Engels, *Orígenes de la Familia, de la Propiedad Privada y del Estado*. 1884.

6. Por ejemplo las esclavistas Cuba y Carolina del Sur.

7. El reclamante y el sheriff.

8. En Venezuela, y presumiblemente en muchos otros países de los que formaron el Imperio Español de América todavía hoy existen en .las más modernas carreteras, *alcabalas,* supervivencia de un impuesto y obstáculo medieval al tránsito de personas y mercancías..Un automovilista que venga a la velocidad permitida y fácilmente practicable de ochenta kilómetros por hora, se encuentra de pronto, a intervalos no muy distantes, con una advertencia de que debe reducir la velocidad a cinco kilómetros por hora, o detenerse, para someterse al escrutinio desconfiado y hostil de un soldado armado con una metralleta portátil. Esta institución de la *alcabala* existía, alojada en edificaciones permanentes al borde de la ruta, antes de los movimientos guerrilleros de los años sesenta, y los ha

naturalmente sobrevivido puesto que no fue causada, por ellos, sino que viene de la colonia española, y de más atrás: del medioevo. Y esto sucede en Venezuela, bajo un gobierno democrático y dispuesto a respetar los derechos de los ciudadanos, pero obviamente impotente -o mas probablemente insensible- ante éste y otros residuos fósiles del feudalismo, el absolutismo y el mercantilismo.

9. Divisa de los Estados Unidos.

10. Véase como últimamente el sistema político norteamericano ha dado lugar a que sean revelados, insólitamente desde los "Papeles del Pentágono", sobre la guerra de Viet Nam, hasta las operaciones ultrasecretas de la CIA. ¿Qué otra potencia en la historia ha procedido de tal manera?

11. La justificación de estas consideraciones quedó ampliamente demostrada en la Segunda Guerra Mundial cuando *sin bases en el Caribe,* los submarinos nazis, entre enero y mayo de 1942 hundieron cerca de 400 barcos aliados, sobre todo norteamericanos, entre Nueva York y la costa norte de Sur América. Más de la mitad de los barcos torpedeados en el Caribe y el Golfo de México fueron tanqueros. Sólo la inverosímil capacidad de la industria naval norteamericana salvó la causa aliada de estrangulamiento por interrupción del suministro petrolero. .

12. Karl Marx, *The British rule in India,* y *The future results of British rule in India.*

13. Cifras de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para la América Latina, CEPAL.

14. El Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, suscrito en Río en 1947 por todos los países miembros de la Organización de Estados Americanos, OEA.

15. Carmen Miranda: cantante brasilera disfrazada en "traje típico" y cofia de frutas tropicales, que figuró en cierto número de películas de Hollywood. Xavier Cugat: músico catalán que hizo fortuna (tambIén en Hollywood) arreglando la música latinoamericana al gusto norteamericano.

16. Entre ellos el Dr. Ernesto Guevara, quien como es sabido, no se desanimó por lo que ocurrió en seguida en Guatemala.

17. Capítulo III. Artículo 15: Ningún Estado o grupo de Estados (americanos) tiene derecho a intervenir, directa o indirectamente, *y sea cual fuere el motivo,* en los asuntos internos o externos de cualquier otro. El principio anterior excluye no sólo la fuerza

armada, sino también cualquier otra forma de injerencia o de tendencia atentatoria a la personalidad del Estado o de los elementos políticos, económicos y culturales que los constituyen. Artículo 16: Ningún Estado podrá aplicar o estimular medidas coercitivas de carácter económico o político para forzar la voluntad de otro Estado y obtener de éste ventajas de cualquier naturaleza. Artículo 17: El territorio de un Estado es inviolable; no puede ser objeto de ocupación militar ni de otras medidas de fuerza tomadas por otro Estado, directa o indirectamente, *cualquiera que fuere el motivo,* aun de manera temporal. . .

18. La admiración que despierta Fidel en muchos intelectuales latinoamericanos, europeos y norteamericanos procede en parte no despreciable de la facinación que sienten los intelectuales por los hombres de poder. El mismo fenómeno se dio con Stalin, y se da con Mao.

19. Hasta la Primera Guerra Mundial las inversiones norteamericanas en Latinoamérica eran inferiores a las inglesas, y habían penetrado sobre todo en México, bajo el régimen de Porfirio Díaz. Y desde luego existía la inmensa inversión, más estratégica que mercantil, del Canal de Panamá. Desde entonces las inversiones procedentes de Estados Unidos crecen aceledaramente. En la década de los años 60 traspasan los diez mil millones de dólares, lo cual es una cifra insignificante para la economía norteamericana, pero enorme para las economías latinoamericanas. Tanto así que para el fin de esa década -la misma de la Alianza para el Progreso- empresas de las que son ahora conocidas como "multinacionales", pero en realidad basadas en los Estados Unidos, llegan a generar un tercio de todas las exportaciones de América Latina y a producir la quinta parte de los ingresos fiscales y la décima parte del producto bruto de la región (inclusive Brasil). En algunos casos esas empresas causan *casi todas las exportaciones,* lo cual obviamente hace a los países que se hallan en esa situación especialmente vulnerables y correspondientemente sensibles a presiones.

20. Que serán examinados especialmente en e! capítulo "Las formas del poder político en América Latina".

21. Kissinger hizo una segunda visita a América Latina en febrero de 1976.

22. Kissinger no usó exactamente estas palabras. La más brutal franqueza de un diplomático no puede llegar, en público, a tal extremo.

23. Es decir, la idea de que todo cuanto debilite a los EE.UU. y fortalezca a la URSS o a China sea deseable automáticamente para la humanidad.

24. Conferencia de prensa ofrecida en Ciudad de México el 22 de marzo de 1975.

CAPÍTULO III
HEROES Y TRAIDORES

La mentira constitucional

EN gran medida, el desarrollo de las ideas que los latinoamericanos nos hemos formado sobre nosotros mismos y sobre el mundo responde por una parte a la aspiración de proclamarnos víctimas de España en la Conquista y la Colonia, y ajenas a todo lo español las Repúblicas independientes surgidas a partir de 1810; y por otra parte *esencialmente* (y no sólo *jurídicamente)* iguales, cuando no *superiores* esas Repúblicas a los Estados Unidos.

Ambas pretensiones son extravagantes, y conducen forzosamente a interpretaciones divorciadas de la realidad y a conductas destinadas a la ineficacia, cuando no a la frustración, a la amargura y al fracaso; y desde luego no correspondientes a las teorías sobre las cuales se ha querido basar esas conductas, o explicarlas.

La apoteosis o colmo de esta actitud consiste en intentar fundar nuestra superioridad sobre los norteamericanos justamente en nuestra capacidad de mentir, y sobre todo en autoengañarnos.

Por ejemplo, con referencia específica a los mexicanos, pero en forma generalizable, Octavio Paz (en el libro por otra parte admirable que es *El Laberinto de la Soledad)* no vacila en afirmar que “mentimos por placer... La mentira posee una importancia decisiva en nuestra vida cotidiana, en la política, el amor, la amistad. Con ella no pretendemos nada más engañar a los demás, sino a

nosotros mismos. De ahí su fertilidad y lo que distingue nuestras mentiras de las groseras invenciones de otros pueblos… (Mentimos) por fantasía, por desesperación o para superar (nuestra) vida sórdida; (los norteamericanos) no mienten, pero sustituyen la verdad verdadera, que es siempre desagradable, por una verdad social".

Pero en otra parte del mismo libro, Paz da en pleno centro del blanco cuando señala que desde el alba misma de la Independencia (y obviamente por una inclinación que ya estaba implícita en las sociedades coloniales hispanoamericanas) "La mentira política se instaló en nuestros pueblos casi constitucionalmente. El daño moral ha sido incalculable y alcanza a zonas muy profundas de nuestro ser. Nos movemos en la mentira con naturalidad… De ahí que la lucha contra la mentira oficial y constitucional sea el primer paso de toda tentativa seria de reforma".

Lo crucial es que no es sólo política la mentira, sino, como dice Octavio Paz, *constitucional,* de manera que en rigor, casi nada de lo que hemos hecho o dicho los latinoamericanos tiene *espíritu científico.* En nuestras formulaciones más inteligentes, en nuestros actos más graves, suele haber, debe haber, *tiene que haber* algún grado de distorsión, algún acomodo a la exigencia social generalizada de que las cosas no sean enfrentadas tal cual son, sino de manera de no salir Latinoamérica tan mal parada con relación al resto del mundo, y sobre todo, desde luego, con relación a los Estados Unidos.

En su extremo, esta constante cultural nos llevará a exaltar como héroes a quienes han contribuido más al engaño, y a despreciar, y hasta eventualmente

estigmatizar como traidores, a quienes han tratado de decirnos la verdad.

El diagnóstico de Tocqueville

En su origen, el movimiento independentista de 1810 tuvo una ambigüedad que sólo mucho más tarde ha llegado a ser parcialmente reconocida. Las ambiciones de los criollos ricos (o simplemente cultos) se vieron de pronto estimuladas por los sucesos de Europa, donde Napoleón había derrocado la dinastía borbónica española y puesto a su hermano José en el trono de Madrid.

A la vez la mayoría de los criollos eran conservadores y prudentes, y temían la guerra social. Sólo unos pocos estaban inflamados sinceramente por las ideas republicanas norteamericanas, y hasta por las ideas jacobinas francesas. Pero todos sin distinción estaban movidos por la aspiración que hoy llamaríamos *nacionalista* de ocupar los puestos de comando en la sociedad hispanoamericana, en lugar de los funcionarios peninsulares.

Pero estaban también presentes (y eran mucho más numerosos) blancos pobres y una masa de indios, negros y *pardos* que no preveían, ni unos ni otros, ninguna ventaja en la independencia, y para quienes la fidelidad al Rey y las exhortaciones de la Iglesia eran motivaciones eficientes.

Entre uno y otro grupo, lo que comenzó como el intento de sustituir el alto personal del gobierno pacíficamente, mediante golpes de Estado en nombre del Rey y bajo el pretexto de sostener los derechos del soberano legítimo contra el usurpador bonapartista,

degeneró en una feroz guerra civil. Y durante esa guerra la facción nacionalista o *patriota* (como se la llamó) llegó a hacer suya sin matices, sino más bien exagerándola para los efectos de la propaganda interna y externa, la llamada *Leyenda Negra* sobre la conquista, colonización y evangelización católica de Hispanoamérica.

Esa versión había sido lanzada en su origen por Fray Bartolomé de las Casas en su *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias* (1552). Las Casas escribió apasionadamente, como testigo y actor (arrepentido) de la crueldad y codicia de los conquistadores y colonizadores españoles. Ahora los descendientes y herederos de los privilegios de aquellos mismos conquistadores y colonizadores, llegaron en la pasión de la guerra a convencerse de que eran más bien descendientes de los indios asesinados y esclavizados (cuyos verdaderos herederos seguían y seguirían siendo esclavos) y que la guerra era de liberación contra un invasor y ocupante extranjero; que el destino había hecho a la generación de 1810 vengadora de Cuauhtémoc y Atahualpa.

De ese modo, lo que había comenzado como un juego de aficionados a la política culminó como una explosión de odio contra todo lo español, una cólera violenta de hijos demasiado tiempo sumisos, un sacrificio ritual del padre histórico español.

Muy pocos españoles peninsulares tomaron parte en los combates; pero pasaron cien años antes de que nadie se atreviera a decir lo que todo el mundo sabía desde el principio: que en su esencia, aquellas contiendas fueron guerras civiles entre hispanoamericanos.[1]

En algunos lugares los criollos ricos perdieron el control de la situación, de manera que la guerra y las convulsiones sociales que la siguieron (a veces durante buena parte del siglo XIX) fueron terriblemente cruentas y destructivas. Pero por lo mismo las sociedades posteriores han sido más abiertas, más capaces de tolerar y hasta de promover la movilidad social, más *americanas* en el buen sentido de la palabra.

En otras regiones la guerra liquidó la soberanía imperial española sin conmover demasiado la sociedad, por lo cual las oligarquías criollas lograron en efecto sustituir pura y simplemente a los pro-cónsules peninsulares; y administraron luego exitosamente un poder tradicional y hereditario, en algunos casos hasta nuestos días. Al *establishment* político colombiano le pareció normal que en 1974 los tres candidatos a la Presidencia de la República fueran *todos tres* hijos de ex-Presidentes.

En todos los casos las nuevas Repúblicas nacieron traumatizadas, divididas, débiles, irracionales, inestables, convulsionadas y confundidas, en contraste con el vigor, la lucidez, la unidad y la salud política de los EE.UU., los cuales les llevaban además medio siglo de ventaja en su experimento de vida independiente.

Ya en 1833, el penetrante observador social y político que es Alexis de Tocqueville saca sin dificultad las conclusiones pertinentes sobre la yuxtaposición en el Hemisferio Occidental de dos entes tan diferentes: "La naturaleza los ha colocado juntos (lo cual da a los norteamericanos) grandes facilidades para establecer con (los latinoamericanos) relaciones permanentes y apoderarse de su mercado. Los comerciantes de EE.UU.

sólo podrían perder esas ventajas si fueran muy inferiores a los comerciantes de Europa, cuando en realidad les son superiores en muchos aspectos". *(La démocratie en Amerique)*.

Añade TocquevilIe que los norteamericanos "ya ejercen una gran influencia moral sobre los (otros) pueblos del Nuevo Mundo. De ellos viene la luz. Todas las naciones que habitan en el mismo continente ya están acostumbradas a considerar (a los norteamericanos) como los vástagos más ilustrados, los más poderosos y los más ricos de la gran familia americana (y) van a sacar de los EE.UU. sus doctrinas políticas y sus leyes... Cada pueblo que nace o se engrandece en el Nuevo Mundo, nace, pues, y se desarrolla en cierto modo en provecho de los norteamericanos". . .

Es imposible resumir más agudamente la situación que existía y que se desonvolvería luego hasta sus últimas consecuencias: influencia ideológica determinante, futuro dominio político y económico; provecho para los norteamericanos de todo cuanto sucediere en adelante en el Hemisferio.

El diagnóstico de Bolívar

En 1824 Bolívar había convocado un Congreso de las nuevas Repúblicas hispanoamericanas, al cual calificó de "anfictiónico", en evocación significativa de la confederación de las ciudades-estado de la antigua Grecia. La idea era persistente en el Libertador de la necesidad de coaligarse las diferentes regiones de Hispanoamérica para formar juntas una inmensa nación o por lo menos una confederación de grandes estados que

hiciera contrapeso efectivo a los Estados Unidos, en lugar de quedar Hispanoamérica inerme frente a los norteamericanos, como pudo constatar Tocqueville apenas pocos años más tarde.

Pero lo cierto es que Bolívar no se hacía excesivas ilusiones sobre la posibilidad real de la unidad hispanoamericana, por lo menos en aquel momento. Y no sólo porque Colombia, la gran nación que él trató personalmente de forjar con Venezuela, Nueva Granada y Ecuador se deshacía bajo sus pies, con los caudillos de cada región esperando su muerte o su renuncia para desmembrada, sino porque no sufriendo Bolívar complejos de inferioridad, o la necesidad de compensar con palabras heroicas actos mezquinos, pudo desde muy temprano pensar con claridad y decir con sencillez la verdad. En su *Carta de Jamaica* (1815), dice que en Hispanoamérica independiente, "una gran monarquía no será fácil de consolidar; una gran república, imposible. Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación, con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; *mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a (Hispano) América"*.

En cuanto a la posibilidad de adaptar fructíferamente el sistema norteamericano de gobierno, Bolívar demuestra igualmente descarnada lucidez: "Es desgracia que no podamos lograr la felicidad de (la Gran) Colombia con las leyes y costumbres de los (norte) americanos. Ud.

sabe que esto es imposible; lo mismo que parecerse la España a la Inglaterra, y aún más todavía"[3]. Y también: "Pienso que mejor sería (para Hispanoamérica) adoptar el Corán (como código político) que el gobierno de los Estados Unidos, aunque es el mejor del mundo. Aquí no hay que añadir más nada, sino echar la vista sobre esos pobres países de Buenos Aires, Chile, Méjico y Guatemala (y) recordar nuestros primeros años[4]. Estos ejemplos solo nos dicen más que las bibliotecas"...[5].

En relación de las fuerzas reales que podían incidir sobre el destino inmediato de Hispanoamérica, Bolívar no veía más que a Inglaterra como recurso y posible potencia protectora de las Repúblicas hispanoamericanas frente a las eventuales tentativas de reconquista por España empujada y ayudada por la Santa Alianza; pero también frente a los Estados Unidos. Desde marzo de 1825 escribirá al Vice-Presidente de la Gran Colombia, Santander: "Salvaremos (a Hispanoamérica) si nos ponemos de acuerdo con la Inglaterra en *materias políticas y militares.* Esta simple cláusula debe decirle a usted más que dos volúmenes". Y al mismo Santander, en carta de junio del mismo año: "Mil veces (he estado a punto) de escribir a usted sobre un negocio arduo, y es: nuestra (América) no puede subsistir si no la toma bajo su protección la Inglaterra; por lo mismo, no sé si (no) sería muy conveniente (que) la convidásemos a una alianza defensiva y ofensiva. Esta alianza no tiene más que un inconveniente, y es el de los compromisos en que nos puede meter la política inglesa; pero este inconveniente es eventual, y quizás remoto. Yo le opongo esta reflexión: la existencia es el primer bien; y el segundo es el modo de existir: si nos ligamos a la

Inglaterra existiremos, y si no nos ligamos nos perderemos infaliblemente. Luego es preferible el primer caso. Mientras tanto creceremos, nos fortificaremos y seremos verdaderamente naciones para cuando podamos tener compromisos nocivos con nuestra aliada. Entonces nuestra propia fortaleza y las relaciones que podamos formar con otras naciones *europeas*[6], nos pondrán fuera del alcance de nuestros tutores y aliados[7]. Así, mi querido general, si usted lo aprueba, consulte usted al Congreso, o al Consejo de Gobierno que usted tiene en su Ministerio para los casos arduos. Si esos señores aprueban mi pensamiento, sería importante tentar el ánimo del gobierno británico sobre el particular y consultar la asamblea del Itsmo[8]. Por mi parte, *no pienso abandonar la idea aunque nadie la apruebe*[9]. Desde luego los señores (norte) americanos serán sus mayores opositores, a título de independencia y libertad; pero el verdadero título es por egoísmo y porque nada temen en su estado doméstico. Recomiendo a usted mucho este negocio, no lo abandone jamás *por más que le parezca mal*[10]. Puede que cuando todo esté perdido querramos adoptarlo"...

Pero Bolívar fue naturalmente desoído. En ésta como en otras coas, *aró en el mar.* Hasta Fidel Castro, ningún otro estadista latinoamericano volverá a tener una visión estratégica de la política mundial, tal como se la juega, fría y despiadadamente, entre las grandes potencias. Y el Hemisferio Occidental va a quedar abandonado a la hegemonía noteamericana, bajo la Doctrina de Monroe.

Un ejemplo: en 1844 México hubiera podido determinar que Texas, ya irremisiblemente perdida para la soberanía mexicana, se convirtiera en un Estado

parachoque entre México y los EE.UU. protegido y garantizado por Francia e Inglaterra, quienes tenían interés en ello, por sus propias razones, que casualmente concidían con el interés estratégico vital de México. Pero si hubo en México en ese momento quien entendiera el asunto, se lo mantuvo bien guardado; porque de haber habido quien lo entendiera y lo dijera (como Bolívar estuvo dispuesto a decir a Santander, al Consejo de Gobierno de la Gran Colombia y hasta al mismo Congreso *Anfictiónico* de Panamá, el *negocio arduo* de la conveniencia de ponerse Hispanoamérica bajo la protección de Gran Bretaña) con toda certeza hubiera sido desoído, y probablemente vilipendiado.

De manera que México prefirió la mentira de una inexistente soberanía sobre Texas a la preservación entre México y los EE.UU. de una república independiente, cuya existencia hubiera cambiado drásticamente el curso de la historia hemisférica y mundial.

La desintegración de Hispanoamérica

En lugar de intentar integrar Hispanoamérica en una sola gran confederación, o por lo menos en dos o tres grandes bloques regionales capaces de infundir algún respeto, semejantes a la Gran Colombia de Bolívar, los diferentes jefes que la marea de la guerra deja al retirarse no van a tener otra ambición que tallarse feudos personales. Ni uno solo de ellos va a plantearse el poder norteamericano como problema, ni a soñar siquiera que una meta común latinoamericana deba ser explorar vías para equilibrar el poder creciente de los Estados Unidos.

Desde luego que si ni siquiera Bolívar pudo lograr el objetivo bien limitado de mantener la unidad de la Gran Colombia, es obvio que ningún sucesor suyo que compartiese sus ideas y su visión estratégica lo hubiese logrado tampoco. Pero es que además no es concebible que nadie que no tuviera el prestigio de Bolívar hubiera podido competir por el poder en aquel momento sobre la base de semejantes ideas y semejantes preocupaciones. Por un instante, la inteligencia y la voluntad del Libertador pueden hacer suponer a las Cancillerías de las grandes potencias que será preciso tener en cuenta a la Gran Colombia como un factor activo en el destino del Hemisferio Occidental. Gran Bretaña, Estados Unidos y Holanda tomaron en serio el Congreso *Anfictiónico* de Panamá (instalado el 22 de junio de 1826) y enviaron observadores. Y en ese Congreso, las naciones hispanoamericanas asistentes (Gran Colombia, Perú, México, Centro América) convinieron en crear una confederación *perpetua* para sostener en común su soberanía e independencia contra toda dominación extranjera.

Pero tal convenio será letra muerta, puesto que no correspondía a la capacidad real de las antiguas colonias españolas para ejecutar un proyecto aun remotamente semejante al que habían realizado con éxito, a partir de 1776, las antiguas colonias inglesas de América.

En lugar de ello, los primeros *caudillos,* jefes militares de segunda fila, surgidos la mayoría de ellos, al calor de la guerra, de la masa anónima de los *pardos* o los *saramullos* (aunque en algunos casos, representantes sin grandeza de la casta de los *criollos,* como el zamarro neogranadino Santander), van a consumar el proceso de

desintegración, "alzándose con los reinos, como si se tratara de un botín medieval"[11]. Y cada uno de estos hombres es un "héroe nacional", tiene sus estatuas y su culto en la nación correspondiente, cuyo infortunio contribuyó en cada caso a fundar.

De Rosas a Perón

A partir de allí, la América Española va a disipar el resto del siglo XIX en pugnas intestinas, guerras civiles y golpes de estado motivados teóricamente por abstracciones, entre las cuales se destacan la falsa disyuntiva entre *Centralismo* y *Federación,* y la dicotomía grandilocuente *Conservadores* o *Liberales;* pero desencadenados de hecho por una verdadera rebatiña por los privilegios implícitos en el control del gobierno y el Tesoro Público, únicos sustanciales en sociedades políticamente primitivas.

Con relación al fondo de la primera de estas cuestiones, el principal propagandista del federalismo venezolano, Antonio Leocadio Guzmán, expresó todo lo necesario cuando triunfante la Federación en Venezuela dijo (no tan privadamente como para que la historia no lo recogiese): "Si ellos se hubieran llamado federales, nosotros hubiéramos sido centralistas".

Sin embargo, todavía hoy se encuentran historiadores y políticos que tomen el asunto en serio y aseguren que uno u otro de los bandos en pugna bajo esas banderas tenía algo significativo que aportar: los *centralistas* la integración nacional, la aspiración hacia el Estado moderno, etc.; los *federales* la liberalización, la igualdad social, etc. Pasan por alto, unos y otros, los hechos

históricos esenciales; o bien están escribiendo *partidariamente,* como herederos (que los hay) de aquellas ambiciones contrapuestas, o tratando de usar la mitología consagrada en los libros escolares, para la propaganda política de hoy.

Por ejemplo en Argentina, primero los nacionalistas tradicionalistas, luego los fascistas y los nacionalistas de izquierda, llegando hoy hasta los marxistas, resolvieron en pleno siglo XX reivindicar como héroe precursor al sanguinario tirano "federalista" Juan Manuel de Rosas (gobernó de 1835 a 1852) porque su primitivismo "autóctono" les parece o bien sinceramente admirable, o bien utilizable en función de las consignas xenófobas, *buen-salvajistas* y *buen-revolucionarias* de nuestro tiempo. En la práctica, una vez que hubo capturado Buenos Aires, Rosas fue el más centralizador de los gobernantes argentinos, puesto que su pretendido federalismo, como el de todos los caciques regionales de América Latina, no era más que la justificación retórica de la aspiración egoísta de ser señor en su feudo, y que una vez logrado un poder superior al de otros feudales, su siguiente ambición no podía ser otra que reducirlos todos a la sumisión, o aniquilarlos.

Pero la verdad no interesa, o pasa a segundo plano, puesto que lo que se busca al exaltar a Rosas, es desacreditar a sus adversarios históricos, los hombres que intentaron (con cierto éxito) hacer de Argentina una colectividad liberal, gobernada por la razón y no por la pasión oscurantista engendrada por el complejo de inferioridad; y desde luego acorralar y poner en derrota, en el momento actual, a los herederos de esta tradición civilizadora.

Un distinguido intelectual argentino, quien hace todavía dos años, desesperado por el caos político de su país llegó a pensar que el regreso de Perón sería preferible, escribe ahora: “La tiranía de Rosas fue uno de los períodos más tristes y vergonzosos de nuestra historia. Después de veinte años de feroz despotismo, durante los cuales tanto la vida como la hacienda de todos estuvieron a merced del autócrata y de sus sicarios, el pueblo argentino comienza a respirar. Se vuelve a hablar en voz alta, se fundan escuelas, aparecen diarios y libros, se crean instituciones de bien público, se rescata la dignidad ciudadana, ahogada en sangre a lo largo de aquellos decenios de discrecionismo político; y sobre todo se reabren las puertas del país para que el pueblo argentino torne a comunicarse con el mundo civilizado... Pero la irracionalidad no muere del todo en los hombres. El otro yo de las multitudes, ese otro yo que en cualquier momento puede hacer que el pueblo de Beethoven pase a ser el pueblo de Hitler, pugnó siempre (en Argentina) por volver a levantar cabeza. A ese otro yo le irritaba el progreso, lo humillaba la civilización... Simulando amor a la tradición, disfrazado de pacífico amante del folklore local, ese torvo *alter ego* no cesó de luchar por recobrar su posición de antaño y desquitarse. Muchos colaboraron en una empresa que creían bien intencionada y provechosa, sin darse cuenta de que contribuían al resurgimiento de las tinieblas históricas. El peronismo nace asistido por la razón y como remedio a flagrantes errores e injusticias. Pero no tarda en ser devorado por la fuerza negativa de ese oscuro resentimiento. Ansioso de irracionalidad, Perón (quiso) renegar del proyecto (civilizador) argentino, sustituyéndolo con un plan que

fomentaba todo lo contrario. Nada de Europa, por supuesto. ¿Para qué Europa? Nosotros somos americanos, y en cierto modo, indios. Restablezcamos hasta donde sea posible la fisonomía de las culturas anteriores al advenimiento y triunfo de la cultura española, greca-latina, europea, (rechacemos) -como cosa maléfica- la memoria de quienes con sus actos y con sus escritos trazaron memorablemente (ese gran proyecto) que llenó a la Argentina de ferrocarriles, de puertos, de caminos, de fábricas; que hizo de la Argentina uno de los graneros del mundo y una de las naciones con mayor stock ganadero; que convirtió a la Argentina en algo así como un nuevo Eldorado y en el refugio por excelencia de los menesterosos y perseguidos de Europa; todo por obra de Rivadavia, Sarmiento, Mitre, Alberdi y otros grandes, hoy execrados (mientras se), pone en los cuernos de la luna a personajes de la catadura de Rosas y Facundo Quiroga... Por este camino hemos asistido a hechos como el protagonizado recientemente por un gobernador (provincial) peronista que ha llegado a decir: "En esta provincia no se volverá a nombrar a traidores tales como Rivadavia, Sarmiento y Mitre. Después de esto, buenas noches"…[12].

El éxito de Perón en retrotraer Argentina al oscurantismo "autóctono" está a la vista. Tras arruinar política y económicamente al país en una década de gobierno, pasó sus diecisiete años de exilio ocupado diligentemente en impedir que la Argentina se recuperase de aquel primer ciclo peronista, y logró hacerla literalmente ingobernable, aun para él mismo, a pesar de haber recibido a su regreso un poder virtualmente monárquico. Y para coronar su "obra", Perón, sabiéndose

enfermo, infligió a la Argentina la indignidad suprema de designar herederos a la pareja que formaban su esposa, ex-cabaretera, y su “secretario privado”, un personaje equívoco, ex-sargento de policía, sedicente astrólogo, autor de un libro que consiste íntegramente de sus supuestas conversaciones con el arcángel Gabriel.

La verdad o la mentira

En cuanto a las tradicionales querellas latinoamericanas entre *conservadores* y *liberales,* sería exagerado afirmar que no tuvieran contenido. En el segundo campo había hombres sinceramente deseosos de modernizar la sociedad latinoamericana en el sentido sugerido por el adjetivo *liberal.* De hecho, donde triunfaron los liberales se hicieron reformas no despreciables, tales como la separación de la Iglesia y el Estado, la desamortización de los bienes eclesiásticos, el matrimonio y registro de nacimientos por las autoridades civiles, etc. Pero justamente, visto el destino de las tierras que habían sido de la Iglesia, y que pasaron invariablemente a manos de feroces caudillos y subcaudillos “liberales”, uno se pregunta si no fueron estos últimos el elemento esencial, y los ideólogos y legisladores meramente el instrumento superestructural, de lo que se conoció como *liberalismo* en el siglo XIX latinoamericano.

No surgió, no podía surgir ninguna burguesía ilustrada de esas *reformas* liberales, puramente teóricas, letra muerta en códigos importados, y en ningún caso reflejo de las verdaderas relaciones de producción y de las verdaderas estructuras de poder.

De hecho, llegó a suceder que quienes se atribuían el calificativo de *liberales,* lo merecieran menos que los llamados *conservadores.* En Venezuela, "liberalismo" y "federa1ismo" fueron adoptados como banderas de agitación por quienes de una manera o de otra habían quedado marginados del poder al separarse Venezuela de la Gran Colombia. Los gobernantes de esos años, entre los menos malos años y menos malos gobernantes que haya tenido esa república en su historia, fueron definitivamente desplazados en una sangrienta guerra civil entre 1859 y 1863, y han quedado estigmatizados desde entonces en la historia venezolana como *godos,* adjetivo en el que va envuelta, en varios países latinoamericanos, la implicación de que quienes lo merecen son el compendio de todo lo execrable.[13]

Respecto a esto, es excéntrico y heterodoxo (como casi toda verdad en América Latina) el siguiente comentario de un historiador venezolano contemporáneo: "Dueños los .liberales (y "federalistas") durante más de medio siglo de la propaganda, todo el material histórico (venezolano) ha quedado impregnado por la idea de que los *conservadores* (fueron unos monstruos). Y por supuesto, los *liberales* se presentaron ellos mismos como los emancipadores del pueblo contra aquella oprobiosa oligarquía, los únicos depositarios e intérpretes de la voluntad popular, y los audaces innovadores que estaban creando en Venezuela la verdadera democracia. (Pero) lo cierto es que la Federación (liberal) a la vuelta de unos años se había convertido en evidente mentira, y la omnipotente voluntad del gobernante de turno no solamente ahogaba cualquier intento de autonomía regional, sino también toda manifestación de vitalidad

colectiva en cualquier otra actividad pública. La libertad de prensa (que antes existía) había desaparecido, y bastaba que cualquier opositor al gobierno fuera bautizado como *godo o reaccionario* para que su vida y sus bienes quedaran a merced del gobernante.

"El sufragio había llegado a ser así mismo una farsa, y hasta la propia Constitución de 1a República era modificada o derogada, sin intervención alguna del pueblo, cuantas veces convenía a los propósitos del Ejecutivo.

"La pena de muerte por delitos políticos, cuya abolición en las leyes se proclamaba como una gran conquista del liberalismo (pasó a ser aplicada) en las cárceles, sin juicio previo, discrecionalmente.

"Y en cuanto a la situación que el hombre del pueblo soportaba de hecho y cotidianamente (bajo la "Federación Liberal") bastaría recordar que en las haciendas se pagaba con *fichas* a los jornaleros, lo cual, en otra forma, los hacía tan esclavos como antes[14], y que el servicio militar, la terrible *recluta,* sólo recaía sobre "la gente cualquiera", como solía llamársela. Lo cual a su vez acarreaba que los azotes, el *cepo* y todas las humillaciones y sufrimientos que entonces soportaba el soldado, fueran para una inmensa mayoría de venezolanos desamparados el azar y la angustia de cada día.

"A pesar de estas realidades se seguía (y se ha seguido) voceando las grandes conquistas de la "revolución liberal"; la Federación fue (y sigue siendo) equiparada con Dios en el lema que debía usarse en todas las comunicaciones oficia1es[15]; y del pobre pueblo que permanecía despotizado, ignorante, hambriento y plagado

de enfermedades, se decía que por fin había obtenido la igua1dad”[16].

Prosigue demostrando Mijares que en realidad las escasas libertades y la precaria juridicidad de los primeros años de la República venezolana fueron *abolidas* por el llamado federalismo (junto con cierta pulcritud que hasta entonces existió en el manejo de la cosa pública) para no reaparecer hasta nuestros días, cuando están de nunevo asaltadas por nuevos bárbaros en nombre de nuevas consignas sedicientes *revolucionarias.*

En cuanto a aquellas pugnas del siglo XIX entre conservadores *centralistas o unitarios,* por un lado, y liberales *federalistas* por otro, la verdad es que no correspondían a la verdadera y única dicotomía esencial y profunda de las sociedades latinoamericanas, que es la que opone “dos maneras de ser, dos tendencias, de un lado la demagogia; del otro lado, la sensatez; en unos, el apetito insaciable de (poder y) lucimiento personal, de aclamaciones;... en otros, el apego al libre examen y a la reflexión. Y no se podría decir sin injusticia que la una y la otra tendencia estén representadas exclusivamente por tal o cual de las parcialidades políticas que estuvieron ayer (que están hoy) en actividad. Es una alternativa que tiene, para toda (Latinoamérica) carácter de conflicto espiritual íntimo: si preferimos la verdad o la mentira”…[17]

Lamentablemente, la respuesta no está realmente en duda. La verdad es demasiado desagradable, y por eso Latinoamérica es extremadamente vulnerable a las interpretaciones históricas y a los proyectos políticos construidos sobre la mentira, o que apelan a la verdad sólo a medias. Y en esa forma llegamos a declarar

execrable a lo mejor de nosotros mismos (e.g. Sarmiento o Jorge Luis Borges) y admirable lo peor (e.g. Juan Manuel de Rosas o Perón). Bolívar se ha salvado porque sus hazañas militares, que han hecho de él una deidad olímpica en el Panteón de la historiografía latinoamericana, lo ponen por encima de toda discusión, de toda controversia. Todo el mundo quiere apropiarse de su imagen, desfigurada y santificada por mil libros de hagiografía política y por un millón de sermones laicos predicados desde cuanta tribuna existe en América Latina. Pero se le lee poco, y se le cita selectivamente.

NOTAS

1. Lo dijo por primera vez el venezolano Laureano VallenilIa Lanz en una conferencia pronunciada en Caracas en 1911, y recogida en el ensayo "Fue una Guerra Civil", parte del libro *Cesarismo Democrático* (1920).

2. A veces sin querer, como en el Perú, que tuvo que ser invadido por San Martín desde el sur y por Bolívar desde el norte para que los *criollos* peruanos se resignaran a ser independientes.

3. Carta del 3 de agosto de 1829, a Belford Hinton Wilson.

4. Antes de recibir Bolívar plenos poderes como virtual Dictador de Colombia.

5. Carta del 13 de setiembre de 1829, a Daniel Florencio O'Leary.

6. Subrayado por mí.

7. Vale la pena detenerse a cavilar, que el argumento de Bolívar es un precedente, punto por punto, de lo que hará Fidel Castro de 1960 en adelante, con los EE.UU. en el papel de la Santa Alianza, y la URSS en el de Inglaterra.

8. El Congreso *Anfictiónico* de Panamá, ya convocado por El Libertador en diciembre.

9. Subrayado por mí.

10. Subrayado por mí.

11. Octavio Paz, *El Laberinto de la Soledad.*

12. Francisco Luis Bernárdez, *Nuestra Argentina, El Nacional,* Caracas, 14 de marzo de 1975.

13. Entre otras cosas, se asociaba la palabra *godo* con el régimen colonial español y con el bando pro-español en las guerras de independencia, de modo que como proyectil político, el calificativo tenía la connotación de *reaccionario* también en ese sentido.

14. Estas *fichas* servían sólo para comprar, a precios de extorsión, en la tienda del hacendado que las usaba como medio de pago para sus peones.

15. Toda comunicación oficial venezolana lleva hasta hoy el lema *Dios y Federación,* y es fechada a tantos años de la *Independencia* y tantos de la *Federación.*

16. Augusto Mijares, *Actualidad de un viejo antagonismo,* en *El Nacional, Caracas,* 24 de enero de 1975.

17. *Ibid.*

CAPÍTULO IV
ARIEL Y CALIBAN

Civilización y barbarie

UNA manera menos objetable que la exaltación de la barbarie como lo auténtico y autóctono nuestro, pero igualmente deformante como manera de vernos y autojustificarnos los latinoamericanos, es suponer y sostener que tenemos cualidades espirituales místicas que nos ponen por encima del vulgar éxito materialista de los Estados Unidos. Y esto a pesar que durante toda nuestra historia independiente, hasta la aparición tardía del marxismo entre nosotros, habíamos sido deudores casi exclusivamente de los EE.UU. por nuestras ideas políticas y nuestras leyes; y si no por la práctica, por lo menos por la retórica de la democracia y la libertad.

Alguien se ha maravillado de que la América Latina, a pesar de haber sido tan perversa en sus prácticas políticas, haya sido tan virtuosa en sus Constituciones y sus códigos, tan escrupulosamente democrática en teoría, aun bajo las peores dictaduras. La explicación es bien simple: hemos aspirado a emular a la “gran democracia del norte”, a elevamos al nivel de la influencia moral y de la *luz* de que habló Tocqueville. Uno de los éxitos más lamentables del marxismo en los últimos años, ha sido comenzar a erosionar con éxito en América Latina el ideal de la democracia “formal”, representativa; y la estima por las metas, las conquistas y los principios de la revolución liberal, así como a abolir la vergüenza y mala

conciencia por las desviaciones con relación a esos ideales y esas metas.

Sin embargo, es contra los EE.UU. que Latinoamérica va a ir acumulando resentimiento, aun antes de tener causas concretas para ello (que vendrán sobre todo en el siglo XX, con la excepción -de monta, es cierto- de la anexión de los territorios mexicanos al norte del Río Bravo *y* hasta el Pacífico).

En parte ese resentimiento es previsión. El poder de los EE.UU. crecía a ojos vistas y causaba inquietud y prevención muy justificadas; y además celos y complejos. Pero también aspiraciones sanas de emulación.

El argentino Domingo Faustino Sarmiento cuyo nombre de traidor no se debe hoy pronunciar en cierta provincia de la argentina peronista, fue Ministro en Washington a mediados del siglo pasado, y en seguida, al regresar a su país para asumir la Presidencia de la República (a la cual fue electo, admirablemente, en ausencia) trajo consigo todo un repertorio de ideas progresistas tomadas directamente de lo que había visto *y* estimado en los EE.UU. No sería exagerado afirmar que Sarmiento consideraba a los EE.UU el modelo que su propio país debía seguir para cumplir con éxito su vocación americana, nuevomundista; y que por eso quiso adaptar a la Argentina políticas de educación popular, inmigración, democracia política, desarrollo económico *y* hasta conquista del "desierto" (eufemismo para los territorios todavía entonces ocupados por indios salvajes) inspiradas en los EE.UU.

El prestigio inmenso de Sarmiento comenzó con su oposición tenaz a la tiranía de Rosas, y se debió en buena

parte a haber producido, como documento de combate contra la barbarie encarnada por Rosas, un libro que es una de las formulaciones más clásicas y más importantes de los dilemas latinoamericanos.

Facundo es ostensiblemente la biografía de uno de los caudillos regionales exterminados por Rosas, representante típico de la *barbarie* en América Latina, que tras las guerras de independencia, había puesto en derrota a la *civilización.* Con ese pretexto, Sarmiento propone toda una tesis sociológica sobre las causas del atraso argentino *y* las maneras posibles de superarlo.

La barbarie sería en cierto modo el *estado natural* de las repúblicas hispanoamericanas, el fruto necesario de la combinación de las culturas aborígenes que hallaron los conquistadores, con la conquista misma y la colonización españolas y finalmente con las guerras civiles comenzando por la Guerra de Independencia. Antes de ésta, cierto grado de civilización incipiente había encontrado asiento en las ciudades. Pero ahora (1845) poco quedaba de aquéllo. La Rioja había sido antes de 1810 "una ciudad de primer orden... Cuando principió la revolución de 1810 contaba con crecido número de capitalistas y personajes notables". Ahora había prácticamente desaparecido, su población no pasaba de mil quinientos habitantes, de los cuales apenas uno que otro alfabeta. En otra ciudad, "hace diez años que sólo hay un sacerdote, no hay escuelas ni una persona que lleve frac" (es decir, que vistiera a la europea). En otra, de cuarenta mil habitantes por ser un centro agrícola importante *y* por haberse refugiado en ella un número crecido de gentes provenientes de regiones definitivamente desoladas, no había un solo abogado,

“todos los tribunales están desempeñados por hombres que no tienen el más leve conocimiento del derecho, *y* que son, además... estúpidos. No hay establecimiento alguno de educación pública... Sólo hay un médico... No hay tres jóvenes que sepan el inglés, ni cuatro que hablen el francés. Uno solo hay que ha cursado matemáticas. Un solo joven hay que posee una instrucción digna de un pueblo culto, el señor Rawson... Su padre es norteamericano, y a esto se ha debido que reciba educación”.

Y apenas treinta *y* cinco años antes, en esas mismas ciudades “había libros, ideas, espíritu municipal, juzgados, derecho, leyes, educación, *todos los puntos de contacto y de mancomunidad qt¡e tenemos con los europeos;* había una base de organización, (aunque) incompleta, atrasada, si se quiere”.

De este modo, Sarmiento lo mismo que Bolívar, es uno de los contados latinoamericanos que han llamado al pan pan, y al vino vino (y por eso los *nacionalistas* y fascistas argentinos lo consideran un traidor, y exaltan a Rosas). No idealiza al indio, ni al gaucho, ni al folklore; ni supone que hay en el suelo de la Argentina un efluvio místico que vigoriza a los hombres y los hace mágicamente virtuosos. No considera que ser nacionalista sea afirmar que los defectos de su país sean virtudes, y defectos las virtudes de los otros países. La superioridad cultural (en el sentido más amplio) de los pueblos europeos no hispánicos y de los EE.UU. en el siglo XIX, le parece una evidencia sencilla y axiomática; lo mismo que las carencias del “buen salvaje” americano, ya fuese en su estado natural (muy semejante en Argentina al nomadismo indómito de los pielrojas

norteamericanos) ya hibridizados y desculturizados por el impacto de la colonización española y por el mestizaje.

Sarmiento insiste en que dentro del cuadro general hispanoamericano, poco satisfactorio antes de la Independencia y ahora desastroso, los únicos asientos de civilización y por lo tanto los únicos polos desde los cuales la civilización puede irradiar, son las ciudades. Allí están los talleres de la industria incipiente, los establecimientos comerciales, los de enseñanza, y las instituciones de un gobierno organizado: "todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos".

En contraste, en el *desierto* "que las circunda, (a las ciudades) las cerca, las oprime, las reduce a unos estrechos oasis de civilización", lo que se encuentra es una vida primitiva, "eminentemente bárbara y estacionaria", comparable a la de los nómadas del centro del Asia o a la de, los beduinos. Allí "el progreso está sofocado, porque no puede haber progreso sin la posesión permanente del suelo, sin la ciudad, que es la que desenvuelve la capacidad industrial del hombre y le permite extender sus adquisiciones".

Justamente, en el "hinterland" hispanoamericano, "la sociedad ha desaparecido completamente y toda clase de gobierno se (ha hecho) imposible; la municipalidad no existe, la policía no puede ejercerse y la justicia civil no tiene medios de alcanzar a los delincuentes".

Con esto, llega Sarmiento a la médula de su terrible diagnóstico: "Ignoro si el mundo moderno presenta (en otra parte) un género de asociación tan monstruoso como (el que se observa en Argentina y otras regiones de Hispanoamérica hacia 1845). Es algo parecido a la feudalidad de la Edad Media. Pero aquí faltan el barón y

el castillo. El poder ni se hereda ni puede conservarse. De allí resulta que aun las tribus salvajes están mejor organizadas (que nuestra sociedad rural). El progreso moral, la cultura de la inteligencia descuidada en la tribu es aquí no sólo descuidada, sino imposible... La civilización es del todo irrealizable, la barbarie normal... (Hasta) la religión sufre las consecuencias de (esta) disolución de la sociedad; el curato es nominal, el púlpito no tiene auditorio, el sacerdote huye de la capilla desierta, o se desmoraliza en la inacción y la soledad; los vicios, el simoniaquismo, la barbarie... penetran en su celda (y) concluye por hacerse (también él) caudillo de partido".

La única esperanza dentro de este cuadro es la principal ciudad del país, Buenos Aires, la cual a pesar de todo permanece "tan poderosa en elementos de civilización europea, que concluirá al fin por educar a Rosas[1] y contener sus instintos sanguinarios y bárbaros".

Gobernar es poblar

La ciudad es, además, el imán para la inmigración europea, indispensable si Hispanoamérica va a diluir la carga de barbarie que arrastra de su pasado pre-colombino, de la sociedad colonial y de las guerras. En la misma Buenos Aires, esta situación está ilustrada con crudeza: "Da compasión y vergüenza comparar la colonia alemana o escocesa del sur de Buenos Aires, y la villa (criolla) en el mismo suburbio. En la primera, las casitas son pintadas, el frente de la casa siempre aseado, adornado de flores y arbustillos graciosos; el amueblado sencillo pero completo, la vajilla de cobre o estaño,

reluciendo siempre, la cama con cortinillas graciosas, y los habitantes en un movimiento y acción continuos. Ordeñando vacas, fabricando mantequilla y queso han logrado algunas familias hacer fortunas colosales…

.

"La villa nacional es el reverso indigno de esta medalla; niños sucios y cubiertos de harapos viven con una jauría de perros; hombres tendidos por el suelo en la más completa inacción, el desaseo y la pobreza por todas partes, una mesita y petacas por todo amueblado, ranchos miserables por habitación, y un aspecto general de barbarie".

Es en relación con realidades como éstas, que Alberdi -otro de los indiciados de "traición", junto con Sarmiento, dentro de la interpretación buen-salvajista y buen-revolucionaria del pasado, el presente y el futuro de Latinoamérica-, lanzó su famosa consigna: "¡Gobernar es poblar!", y que los gobiernos argentinos de la segunda mitad del siglo XIX (una vez derrocado el "autóctono", el "auténtico" Rosas) fomentaron la inmigración en tal escala que el país llegó a tener en un momento dado casi tantos habitantes europeos de nacimiento como nativos.

Una situación anómala, sin duda, pero a la vez correspondiente a toda la irregular extrañeza de la aventura histórica que ha sido América, y mucho menos insensata que el intento de pretender que el Descubrimiento, la colonización española y la influencia europea y norteamericana son hechos ajenos y *contrarios* a la esencia latinoamericana, en lugar de ser, como obviamente son, componentes decisivos de esa esencia[2].

Hoy está de moda renegar del proyecto que para Argentina concibieron Sarmiento, Rivadavia, Alberdi y

Mitre. Pero quienes execran a estos hombres y los califican de traidores, son ellos mismos producto de aquel proyecto, descendientes biológicos y culturales de los inmigrantes que de otra manera no hubieran venido a Argentina. Y no existe más en Argentina el cuadro descrito por Sarmiento. El primer ferrocarril argentino fue inaugurado en 1857, con diez kilómetros de vía. Para 1890, Argentina tenía nueve mil kilómetros de vía férrea; diecisiete mil kilómetros en 1900; y treinta y tres mil en 1912. A fines del siglo XIX, aquella pampa cuya vida social había sido cincuenta años antes comparable o peor a la de las nómadas del Asia central, había sido en efecto *civilizada* y convertida en una de las regiones agropecuarias más productivas del mundo, por la combinación de capital y tecnología ingleses y de inmigrantes italianos. Entre 1869 y 1914, la tierra cultivada aumentó de 0,05 hectáreas por habitante a *casi tres hectáreas por habitante* (y esto a la vez que la población se duplicaba, gracias a la inmigración). En comparación, para 1914 Francia cultivaba 0,6 de hectárea por habitante, y los EE.UU. menos de dos. En 1875 Argentina todavía importaba cereales. *Apenas doce años más tarde,* en 1887, exportó 237.000 toneladas, y es hasta hoy un exportador neto de alimentos, a la vez que el consumo argentino de carne fue de más de 70 kilos por habitante en 1974!

Y sin embargo, jóvenes argentinos llamados Smith, O'Brien, MacLaren, Brandt, Cuccioli, Koustakis, Roselfed, Jansen o Marinelli juzgan intolerable la situación de su país “arruinado por el imperialismo”; y como peronistas de derecha o de izquierda, “montoneros”[3] o miembros del “Ejército Revolucionario

del Pueblo” (también marxistas), se declaran a sí mismos herederos y vengadores de los indios pre-colombinos, y héroe precursor al tirano Rosas.

Cierta “Nueva Izquierda” latinoamericana

El caso especialmente perverso de la actual situación argentina, sólo puede explicarse si entendemos que la frustración y la irracionalidad de quien se sabe inferior “sin razón”, aumentan en la medida en que la brecha que lo separa del objeto de su complejo disminuye, y no lo contrario.

Argentina sufre en cierto modo más que ningún otro país de América Latina su inferioridad con relación a los EE.UU., justamente por haber tenido tanto éxito la política de emulación a los EE.UU. de Sarmiento y sus sucesores, que hacia 1900 Argentina llegó seriamente a creerse un rival potencial de los EE.UU., un “Coloso del Sur”, capaz de tallarse una influencia y un poder imperiales en el Hemisferio comparables y tal vez superiores (por la ventaja del idioma común) a los del “Coloso del Norte”.

Esto explica, de paso, que se haya dado en forma importante en Argentina un fenómeno que es excéntrico y raro en el resto de América Latina: un activismo anti-norteamericano de derecha, políticamente importante, que suele ser característico de países que fueron poderosos cuando EE.UU. no existía, o no contaba. No se funda ese antinorteamericanismo de derecha en ninguna repugnancia al cultivo y ejercicio del poder nacional, en ninguna reprobación a la hegemonía imperialista como meta; y en cambio sí en la frustración y en la amargura

de que en nuestra época sean los norteamericanos y no (según la nacionalidad del antinorteamericano de derecha) Francia, Inglaterra, Alemania, Japón, Italia, España, etc., quienes tengan ese poder nacional y esa hegemonía. Desde luego, los derechistas y tradicionalistas de todos los países del mundo están además aterrados por el efecto “corruptor y disolvente” de la sociedad norteamericana (productora - consumidora - libertina - desenfrenada – en la - información) sobre las sociedades tradiciona1es[4]. Pero no se concibe un De Gaulle en Luxemburgo o en MontecarIo. Ni un Perón en Ecuador o Guatemala.

Pero sí en la Argentina, país que por un momento abrigó la ilusión de que tenía su propio “destino manifiesto” en el Hemisferio Occidental.

De hecho, en su origen y en su esencia, el peronismo fue el coletazo que dio esa ilusión en su agonía; y se alimentó de sus restos, buscando un nuevo aliento en la identificación y eventual alianza con los fascismos europeos. La derrota militar y moral de los fascismos cerró esa vía, y la evolución posterior del peronismo es por lo mismo vívidamente ilustrativa de los caminos que ha recorrido desde 1945 el antinorteamericanismo latinoamericano, el cual ha desembocado ahora en una proposición paradójica: antes los izquierdistas auténticos, es decir los adversarios de los gobiernos autoritarios, los luchadores por los derechos humanos; los adversarios del poder establecido y de la injusticia instituciona1izada, eran antinorteamericanos por juzgar, con razón, que los EE.UU. estaban más interesados en la estabilidad y la docilidad que en el progreso de América Latina. Pero ahora, *ser antinorteamericano es ser de izquierda,*

aunque estos presuntos izquierdistas sean ideólogos de filiación fascista, o gobernantes brutales y corrompidos.

Otra vez el buen salvaje

Esta ha sido la verdadera (e importante) revolución causada por Fidel Castro. Hasta la Revolución Cubana, sólo en Argentina había podido Latinoamérica suponer en serio, por un momento, que el poder norteamericano fuera desafiable. Por lo mismo, los derechistas de los demás países latinoamericanos jamás habían podido manifestarse (y mucho menos hacer carrera política) como adversarios de los EE.UU. Ser miembro de la estructura de poder latinoamericana, o aspirar realistamente a serio, significaba automáticamente ser *políticamente* pro-norteamericano, o por lo menos no activamente antinorteamericano.

Pero en el secreto de sus corazones, los más derechistas de los latinoamericanos han estado, tanto o más que nadie, consumidos por la universal pasión amor-odio que todos los latinoamericanos sentimos por los EE.UU. Sólo que el factor *odio* de ese complejo no podía manifestarse en gestos políticos, y tuvo que refugiarse en retórica (que cuando por error de cálculo fue más allá de lo vacuo, condujo a las consabidas "desestabilizaciones", como en los casos de Cipriano Castro, en Venezuela, o de Jacobo Arbenz, en Guatemala), o en gestos de opereta (como la adopción por el dictador consular (pero "germanófilo") venezolano Juan Vicente Gómez, del uniforme prusiano para su 128 129 ejército, con casco de punta de lanza y todo[5]), o marchar por vías literarias y seudofilosóficas.

Así, hubo en Latinoamérica ensayistas ultra-católicos e hispanizantes, llenos de imprecaciones contra "los herejes de ojos azules", soldados espirituales del Papa y Duque de Alba, para quienes los latinoamericanos compartían el honor de Lepanto *y* Breda, y también la aventura desgraciada de la Armada Invencible (y desde luego la humillación de la Guerra Hispanoamericana); soñadores con los Tercios que ocuparon Amberes y saquearon Roma; carceleros imaginarios de Francisco Primero en Madrid, y verdugos de Egmont en Flandes. Pero, lógicamente, también de Cuauhtémoc en México y de Atahualpa en el Perú, lo cual explica que esta postura, nunca muy popular, por la pasión antiespañola gestada en la Guerra de Emancipación, esté definitivamente desacreditada por la moda actual de la conjunción *Buen Salvaje-Buen Revolucionario.*

Hubo también una literatura escapista, que quiso, rechazando en bloque a las dos Américas, la del norte y la nuestra, apartar como una realidad insignificante, despreciable e indigna de atención el atraso latinoamericano, parte de una barbarie americana generalizada. Así puede decir Rubén Darío (en el prólogo de *Prosas Profanas,* 1896): "¿Hay en mi sangre alguna gota de sangre de Africa, o de indio? Pudiera ser, a despecho de mis manos de marqués; más he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles; ¡qué queréis! yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer; y a un presidente de la República no podré saludarle en el idioma en que cantaría a ti, ¡oh Halagabal!, de cuya corte --oro, seda, mármol-- me acuerdo en sueños.

“Si hay poesía en nuestra América, ella está en las viejas cosas: en Palenque y Utatlán, en el indio legendario, y en el inca, sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. *Lo demás es tuyo, demócrata Walt* W*hitman”...*

Hubo también lo que se llamó *telurismo,* la afirmación de que habría un *genius loci* en la tierra, en el suelo, más importante que ningún otro determinante de la cultura o la acción humanas. En el caso de Latinoamérica, ese espíritu, reinante antes del descubrimiento colombino, había huido espantado o se había inhibido ante las atrocidades de los conquistadores y los exorcismos de una religión extranjera y exótica. Pero se manifestó de nuevo en la gesta emancipadora, para inhibir se otra vez ante la oleada inmigratoria (extranjera, como el eucalipto) de la segunda mitad del siglo XIX, y estaría listo ahora (fines del siglo pasado y comienzos de éste) para un nuevo renacimiento, potenciador de una síntesis que haría de Latinoamérica el faro de la humanidad.

El “telurista” más legible es el argentino Ricardo Rojas (1882-1957), quien se expresa en estos términos (en *Eurindia,* 1924): “Los españoles hispanizaron al nativo; pero las Indias y los indios indianizaron al español. Penetraron los conquistadores en los imperios aborígenes, destruyéndolos; pero tres siglos después los pueblos de América expulsaron al conquistador. La emancipación fue una reivindicación nativista, es decir, indiana, contra el civilizador de procedencia exótica”.

Contra la verdad de la historia, Rojas llega a afirmar que el movimiento de independencia se originó “desde las ciudades más adheridas a la tierra de América”, cuando la explicación de que Caracas y Buenos Aires

hayan sido pioneras y protagonistas principales en la rebeldía contra el Imperio Español, reside en su relativa mayor apertura a las ideas del siglo, procedentes de los Estados Unidos y de Francia. Sarmiento lo había señalado, y lo ha confirmado todo historiador de mediano espíritu científico.

Rojas dice luego con lirismo que la revolución emancipadora "desencadenó el genio de las campañas, con sus indios, sus gauchos, sus caudillos". Sarmiento lo había dicho de otra manera: para los indios, los negros, los mestizos y los mulatos (y aún para los blancos pobres), la libertad, la responsabilidad del poder, "todas las cuestiones que la revolución se proponía resolver, eran extrañas a su manera de vivir, a sus necesidades". Pero eventualmente, todas las castas inferiores de la sociedad hispanoamericana se convencieron de que sustraerse a la autoridad del rey sería agradable, *por cuanto era sustraerse a toda autoridad.* El resultado sería el descrito por el mismo Sarmiento en *Facundo:* el regreso a la barbarie en todas las zonas rurales de Hispanoamérica, y el caudillismo feroz como único remedio a la anarquía.

La interpretación "telurista" de hechos que parecerían bien claros, es singular. Los pretendidos "bárbaros" (como Rosas) habrían sido los genuinos representantes del "genio del lugar"; los "civilizadores" (como Sarmiento), agentes extraños y extranjerizantes. Viene al espíritu lo dicho por Francisco Luis Bernárdez (v. supra, p. 126): sobre el torvo *alter ego* --y no *genius loci*-- de la sociedad argentina, "que no cesó de luchar por recobrar su posición de antaño y desquitarse"; y de cómo "muchos colaboraron en una empresa que creían bien intencionada

y provechosa, sin darse cuenta de que contribuían al resurgimiento de las tinieblas históricas". Rojas y otros como él estaban *revisando* a Sarmiento, cuando no escribiendo *contra Sarmiento;* y con ello sembraban ideas que serían más tarde cosechadas por Perón y que siguen su carrera.

Las formulaciones de Ricardo Rojas fueron en su momento inmensamene atractivas para el nacionalismo derechista argentino y latinoamericano (y son precursoras del "izquierdismo" latinoamericano de hoy) por dos razones. En primer lugar, escamoteaban el fracaso latinoamericano, convirtiendo sus diversos estadios en escalones dialécticos destinados a conducirnos a un triunfo total en el último acto, a un verdadero "golpe de teatro", puesto que la síntesis final (la "argentinidad", y por extensión un tanto abusiva, hecha en otros países, la "latinoamericanidad") sería superior a todo lo europeo y con mucha más razón a todo lo norteamericano. Argentina tendría un destino excepcional, que sería "reunir lo indio, lo gauchesco y lo español en lo americano, convirtiéndolo en conciencia argentina; dilatar lo latino, lo germánico y lo eslavo hasta sus remotos horizontes arios, semíticos y orientales, *cerrando el arco de la cultura humana".*

En segundo lugar, la fábula del *genius loci* está mandada a hacer para responder a la observación obvia de que prácticamente todo lo que cuenta y está vigente en la cultura hispanoamericana, a comenzar por el idioma, viene de Europa o de los Estados Unidos. Según Rojas, "la raza es un fenómeno espiritual, de significación colectiva, determinado por un territorio... Los individuos, cualquiera que sea su procedencia, obran en función de

un grupo histórico", y desde luego en función de un marco geográfico, de un suelo: "El territorio no es sólo una jurisdicción política, sino un crisol de fuerzas cósmicas que obran sobre (el hombre) dándole un carácter... La raza es la conciencia colectiva de un pueblo, homologada por la emoción territorial".

De este modo, el hijo de los más recientes inmigrantes, sería de la misma "raza argentina" (o latinoamericana) que el indio puro o el negro, descendientes todos de los Incas, de Túpac Amaru, *tupamaros.* Y de este modo, también, nuestra obligación sería escarbar la tierra latinoamericana en búsqueda de lo "autóctono" y lo "auténtico", que allí debe estar enterrado desde 1492. Todo lo demás es "cosmopolitismo", "enajenación", aceptación de valores y actitudes que conforman y prolongan la dominación imperialista y nos condenan a la dependencia cultural, base (y "explicación") de la dependencia económica. Cuando aprendimos un idioma europeo (por casualidad el español) caímos en la servidumbre. Cuando lo desaprendamos, seremos *otra vez* libres.

La raza cósmica

En el otro extremo de Latinoamérica, en México, un escritor casi contemporáneo de Ricardo Rojas lanzó, más o menos, por los mismos años, una profecía algo semejante sobre el presunto destino excepcional que sería, al fin de cuentas, nuestro desquite por todas las humillaciones, todas las frustraciones y todas las derrotas.

Para José Vasconcelos (1881-1957), el destino de toda la América Latina (y no sólo de Argentina, según sostiene Rojas con la petulante y chovinista superioridad que los argentinos se atribuyen sobre el resto del Hemisferio) sería servir de puente entre el mundo industrial blanco y lo que hoy llamaríamos el "Tercer Mundo", papel para el cual la historia, la geografía y el mestizaje nos habrían predestinado. A medio camino entre los países industrializados y los de Asia y Africa; occidentales, pero "de color", nosotros tendríamos los fluidos necesarios para servir de mediadores, y hasta de guías en la transición de la especie hacia un futuro de humanismo y de fraternidad.

La visión de Vasconcelos es hermosa por lo que tiene de latinoamericanista, y aun de universalista. La propone con un lirismo tal vez excesivo, pero con menos resentimiento que casi cualquier otro intérprete anterior o posterior del contraste entre el triunfo norteamericano y el fracaso latinoamericano. Inclusive, se atreve Vasconcelos a desinflar en un párrafo el pomposo globo "arielista"[6]: "Se ha hablado mucho de una Marta hacendosa que prospera en el Norte, y de una María despreocupada que sueña en el sur; pero desgraciadamente el símbolo es inexacto, porque los Estados Unidos no son sólo una útil Marta, sino también una soñadora, una creadora María, y nosotros no hemos podido hacer que nuestros sueños sean fecundos, no hemos logrado organizarlos, no hemos conseguido infundirles el impulso creador del espíritu".[7]

Para Vasconcelos, toda la historia moderna ha sido el desenvolvimiento de la pugna entre dos maneras de ser: *latinidad* vs. *sajonismo;* y nadie puede dudar cuál ha sido

hasta ahora el resultado de tal antagonismo, cuyos hitos son el desastre de la Armada Invencible, la victoria de Nelson en Trafalgar, y la de Dewey en Manila y Sampson en Santiago de. Cuba.[8]

En nuestro tiempo, este conflicto donde está planteado es en el Nuevo Mundo, en América; y jamás el sajonismo ha estado más potente que representado por los norteamericanos.

Pero Latinoamérica no es sólo latina. Es también india y negra. Y hasta asiática. Es un crisol de razas. Y por sus características de absoluta hibridización, sólo aquí se dan las condiciones para una mutación histórica por la cual no sólo alcanzará Latinoamérica misma niveles de realización humana sin precedentes, sino que seremos pioneros de la civilización universal, de la civilización *cósmica:* "En la historia no hay retornos… Ninguna raza vuelve; cada una plantea su misión, la cumple y se va… Los días de los blancos puros, los vencedores de hoy, están contados… Al cumplir su destino de mecanizar el mundo, han puesto, sin saberlo, las bases de un período nuevo, el período de la fusión y la mezcla de todos los pueblos".

Además de haber cumplido su misión, y de no poder, por lo mismo (según las premisas planteadas) aportar nada adicional que sea importante, los anglosajones tienen una incapacidad peculiar para liderizar el ciclo histórico que comienza, puesto que no han sabido resolver sus relaciones con las razas de color, han aniquilado o segregado a los indios aborígenes, y mantienen a los negros en una situación de odiosa discriminación, "en tanto que nosotros las asimilamos (a las razas de color) y esto nos da derechos nuevos y

esperanzas de una misión sin precedentes en la historia". "Comienza a advertirse este mandato de la historia en esa *abundancia de amor* que permitió a los españoles crear una raza nueva con el indio y con el negro[9] prodigando la estirpe blanca,[10] y la cultura de Occidente…

"El inglés siguió cruzándose solo con el blanco... Esto prueba su limitación y es el indicio de su decadencia, porque con ello (los sajones) no han hecho más que repetir el proceso victorioso de una raza vencedora (lo mismo que) han hecho o intentado todas las razas fuertes y homogéneas; pero eso no resuelve el problema humano; para uó objetivo tan menguado no se quedó en reserva cinco mil años la América. El objeto de (este) continente nuevo y antiguo es mucho más importante. Su predestinación obedece al designio de constituir la cuna de una raza quinta, en la que se fundirán todos los pueblos, para reemplazar a las cuatro que aisladamente han venido forjando la historia. En el suelo de (Latino) América hallará término la dispersión, aquí se consumará la unidad por el triunfo del amor fecundo y la superación de todas las estirpes… y tal fidelidad al oculto designio es la garantía de nuestro triunfo... Somos de mañana, en tanto que ellos (los norteamericapos) van siendo de ayer, el último gran imperio de una sola raza, el imperio final del poderío blanco"…

No vamos, los latinoamericanos, a repetir uno de los ciclos de noria de la historia, uno de los "ensayos parciales de la naturaleza"; sino que nuestro triunfo será el de "la raza definitiva, la raza síntesis, la *raza cósmica*... hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo… capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal".

Hay algo conmovedor pero también carente de seriedad (y como tal, típicamente latinoamericano) en esta adaptación, difícilmente inconsciente en 1925, del esquema marxista de la lucha de clases y la conclusión de la historia, con la "latinidad" en el sitio del feudalismo, los anglosajones en el papel de la burguesía y los latinoamericanos en el del proletariado, capaces de supetar las limitaciones y los egoísmos de las otras razas (clases) dominantes de la historia, justamente por la profundidad y la totalidad de nuestra humillación. De hecho, la sociedad latinoamericana, como es de sobra conocido, ha sido peculiarmente inhumaha y brutal, no habiendo superado los patrones sociales de dominación y sumisión que le impusieron los conquistadores. Es extravagante, por no decir grotesco, que nadie pretenda ver justamente en Latinoamérica indicios aue hagan suponer tal vez no imposible una manera diferente v mejor de convivir los hombres. Tales indicios, si existen en alguna parte, es en las sociedades avanzadas: en Escandinavia, en Alemania Occidental, en Holanda, en Gran Bretaña, en Francia, en el Japón *y sobre todo en los Estados Unidos.* Y es de esos países que hemos importado prácticamente todos nuestros ideales y nuestras instituciones humanistas y humanitarias, inclusive el socialismo.

Esto lo sabemos los latinoamericanos perfectamente (salvo en la medida en que podemos autoengañarnos) y lo sabía Vasconcelos tanto como quien más, porque era más inteligente, más culto y más penetrante que casi ningún otro latinoamericano de su momento. Pero eso no le impidió, sino que lo impulsó a construir su fábula de la *raza cósmica,* una de esas mentiras que, según dice

Octavio Paz, "reflejan simultáneamente nuestras carencias y nuestros apetitos, lo que no somos y lo que deseamos ser", y que inventamos "por desesperación".[11] Una desesperación que aflora nítidamente en medio del aparente optimismo mesiánico de Vasconcelos: "La misión del sajón se ha cumplido más pronto que la nuestra porque era más inmediata y ya conocida en la historia; para cumplida, no había más que seguir el ejemplo de otros pueblos victoriosos. Meros continuadores de Europa, en la región del continente que ocuparon, los valores del blanco llegaron al cenit. He allí por qué la historia de Norteamérica es como un ininterrumpido y vigoroso *allegro* de marcha triunfal".

Ariel y Calibán

Lo importante de formulaciones como las de Ricardo Rojas o José Vasconcelos es que, inverosímilmente, fueron en su hora tomadas en serio y con entusiasmo por prácticamente toda América Latina, y que aún hoy no han agotado su poder de seducción, puesto que mal que bien ponen en juego referencias míticas de significación permanente.

Mucho más sorprendente, o si se quiere revelador, fue la resonancia continental de un libro tan superficial y tan pomposo como el *Ariel* de José Enrique Rodó, obra que hoy se nos cae de las manos por el fastidio, pero que prácticamente dentro del mismo año de su primera edición (1900) había sido aclamada de una punta a otra del Hemisferio como el manifiesto contundente e irrefutable de una América Latina representante de los

valores del espíritu, frente al grosero materialismo de los salchicheros de Chicago.

Obviamente Rodó (uruguayo, 1871-1917) logró en su libro cuajar las angustias y los resentimientos no de Latinoamérica (la mayoría de cuyos habitantes en 1900 jamás se enteraron ni de *Ariel* ni de ningún otro libro) sino de *las clases dirigentes latinoamericanas,* inclusive (o tal vez sobre todo) los intelectuales (que eran quienes escribían otros libros, o artículos para diarios y revistas, donde quedó consignado el impacto inmenso de *Ariel),* y dar a las carencias de ese grupo de latinoamericanos una compensación sicológica adecuada. Hoy todo el mundo sigue de acuerdo sobre la importancia de *Ariel* en la historia de las ideas en América Latina, pero no se pasa de allí. Si alguien de veras se toma el trabajo de releerlo, probablemente repone el tomo sigilosamente en su sitio, con cierta vergüenza, por lo que revela no sobre los norteamericanos (que es prácticamente nada) sino sobre nosotros mismos.

Rodó es de la generación de Rubén Darío, el de las manos de marqués, a quien nuestra pobre América Latina le dolía tanto, que soñaba con la corte de Heliogábalo -oro, seda, mármol- como analgésico. El comienzo de *Ariel* suena un poco a eso. Sólo que Rodó, que no es poeta sino *philisophe* (así, en francés) lo que añora es elluio de la inteligencia, representado por Atenas, “ciudad de prodigios (que) fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas, en la libre y acordada expansión de todas las energías capaces de contribuir a la gloria y al poder de los hombres… Cada ateniense libre describe en derredor de si, para contener su acción, un círculo perfecto, en el que

ningún desordenado impulso quebrantará la graciosa proporción de la líneas. Es atleta y escultura viviente en el gimnasio, ciudadano en el Pnix, polemista y pensador en los pórticos. Ejercita su voluntad en toda suerte de acción viril y su pensamiento en toda preocupación fecunda".

Y bien ¿qué tiene esto que ver con América Latina? ¡Ah! es que la pequeña minoría de latinoamericanos de cierta posición económica, política y social (por ejemplo todos los graduados universitarios) hombres *libres* en una sociedad donde el trabajo seguía siendo (como en Atenas) realizado por esclavos, debían darse cuenta de que tenían a su alcance emular a "los antiguos (quienes tenían al) *ocio*... por el más elevado empleo de una existencia verdaderamente racional, identificándolo con la libertad del pensamiento emancipado de todo innoble yugo". Leyendo a *Ariel,* el poeta latinoamericano vice-cónsul en París (o, si no sabía francés, en Barcelona o Madrid) podía sentirse exquisito y superior, en su ocio (posibilitado por el trabajo de esclavos en las laderas cafetaleras de Centroamérica, o en las minas de estaño de Bolivia) y a Edison y a Ford, mediocremente ocupados en inventar máquinas ruidosas y malolientes.

Hay que mantener a toda costa -prosigue Rodó- "la integridad de (la) condición humana. Ninguna función particular[12] debe prevalecer jamás sobre esta finalidad suprema... La falsedad de lo artificial vuelve *efímera*[13] la gloria de las sociedades que han sacrificado el libre desarrollo de su sensibilidad y su pensamiento, ya a la actividad mercantil, como en Fenicia; ya a la guerra, como Esparta".

Traducción: están reuniendo todo el dinero del mundo en Wall Street, y nos dieron una paliza en Manila y Santiago de Cuba, pero nosotros somos Atenas y *eternos,* y ellos Fenicia y Esparta combinadas, *efímeros.* ¿La democracia? Sobre tan grosero sistema político "pesa la acusación de guiar a la humanidad, mediocrizándola, a un Sacro Imperio del utilitarismo... Una alta preocupación por los intereses ideales de la especie es opuesta del todo al espíritu de la democracia (la cual significa) la entronización de Calibán (la derrota), de Ariel… La democracia conduce fatalmente a la privanza de la mediocridad y carece, más que ningún otro régimen, de eficaces barreras con las cuales asegurar… la inviolabilidad de la alta cultura; (la democracia extingue) gradualmente toda idea de superioridad que no se traduzca en una mayor y más osada aptitud para las luchas del interés, que son entonces la forma más innoble de las brutalidades de la fuerza".

Las clases dirigentes latinoamericanas entendieron perfectamente este lenguaje digno de las "Preciosas Ridículas"; en ellos residía Ariel, el espíritu aéreo, y en los más aptos y más osados (pero sólo "para las luchas del interés") demócratas norteamericanos, Calibán, símbolo de la animalidad. Además Rodó, no se queda en símiles más o menos oblicuos; finalmente baja sus cartas: "La concepción utilitaria, como idea del destino humano, y la igualdad en lo mediocre, como norma de la proporción social, componen, íntimamente relacionadas, la fórmula de lo que ha solido llamarse… *americanismo"*...

Desgraciadamente, el poder material de los EE.UU. había impresionado a algunos latinoamericanos, y

producido en ellos una indefensión anímica frente a estos bárbaros, una aspiración a emulados. Grave error: los norteamericanos son eficaces, es cierto, pero sólo eso, y sólo cuando se dirigen a una finalidad práctica e inmediata, de manera que su civilización, el *americanismo,* "produce en su conjunto una singular impresión de insuficiencia y de vacío"… De allí, Rodó se desliza hacia el tono de Brichot en el salón de Mme. Verdurin: "El norteamericano no ha logrado adquirir la nota escogida del buen gusto. El arte verdadero sólo ha podido existir en tal ambiente a título de rebelión indidividual… La idealidad de lo hermoso no apasiona (a los norteamericanos). Tampoco la idealidad de lo verdadero. Menosprecian todo ejercicio del pensamiento que prescinda de una inmediata finalidad, por vano e infecundo"…

¿Que hay muchas escuelas en los EE.UU.? Sí, pero "el resultado ha sido la semicultura universal, y una profunda languidez de la alta cultura. En igual proporción que la ignorancia radical, disminuyen... la superior sabiduría y el genio".

Y del Río Bravo a Tierra del Fuego, cada lector de *Ariel* entendió que en cambio donde más del 90 por ciento de la población era analfabeta, existían las condiciones propicias para el florecimiento de nuevas Atenas,[14] sobre todo porque, a diferencia de los norteamericanos, "tenemos los americanos latinos una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia".[15]

Por último, no nos preocupemos demasiado por el poder insolente de los norteamericanos, tan

contundentemente demostrado en la Guerra Hispanoamericana: “Su carácter mismo les niega la posibilidad de la hegemonía. La Naturaleza no les ha concedido el genio de la propaganda ni la vocación apostólica. Carecen de ese don superior de amabilidad -en alto sentido- de ese extraordinario poder de simpatía, con que las razas que han sido dotadas de un cometido providencial… saben hacer de su cultura algo parecido a la belleza de Helena… en la que todos creían reconocer un rasgo propio”…

La “Helena” de Rodó, y en general de casi todos los intelectuales latinoamericanos del siglo XIX y de principios del siglo XX, era la Europa Latina, y más particularmente Francia. Curiosamente, no encontró casi futuro la comprensión y admiración que hombres como Miranda y Bolívar tuvieron por Inglaterra, como si Latinoamérica -aún aceptando y buscando las inversiones y la tecnología británicas (como más tarde las norteamericanas) hubiera en la segunda mitad del siglo XIX desarrollado una resistencia y un rechazo afectivos también hacia los ingleses, por identificados con los incómodos vecinos que comenzaban a ser los norteamericanos. Así, reaccionamos a una derrota militar con un libro malo, cuyo éxito, fulgurante en su momento, se explica obviamente por su capacidad para restablecer una apariencia de equilibrio entre la fuerza de los norteamericanos y nuestra debilidad; y más particularmente por su efecto tranquilizador de la mala conciencia de los *intelectuales* latinoamericanos (clasificación ambigua entre nosotros, pues incluye a todos los “letrados”, tales como los abogados, los políticos civiles sirvientes –“secretarios”- de los

caudillos, los redactores del más mínimo panfleto, los poetas de un solo soneto, los autores de un solo artículo, y desde luego los escritores y periodistas "bona fide", los profesores universitarios, los diplomáticos, etc., con todas las combinaciones posibles de esas categorías) con relación a su principal causa de incomodidad "existencial" (como se diría ahora): su situación privilegiada en el seno de una sociedad paupérrima y signada por formas propiamente "clásicas" de desigualdad social y de servidumbre.

Pero desde hace algunos años, Rodó y su libro han ido a parar al basurero de la historia, enviados allí por quienes inventaron ese destino para cosas mucho más trascendentes que *Ariel.* El marxismo llena ahora para la América Latina las mismas funciones que cumplió a principios de siglo el manifiesto de Rodó, y lo hace infinitamente mejor, con referencia a una cosmovisión potente y totalizadora, encarnada además no en una mítica Atenas, ni en una desvencijada "latinidad", sino en un centro de poder que es un rival verdadero y actual de los EE.UU.

Es cierto que en años recientes la URSS ha ido revelando una faz de Calibán harto más inquietante que nada que Rodó soñara, o que en su peor pesadilla hubiera atribuido a los EE.UU. Pero es una gran potencia, y se opone mundialmente a los EE.UU., que tanto nos agobian. Y por otra parte el atractivo del marxismo no decrece, según está de sobra comprobado, con sus fracasos concretos. Para el creyente de ésta y otras religiones, ni los malos sacerdotes ni una Iglesia transformada en brutal maquinaria de represión pueden

comprometer la promesa de redención que formularon los profetas.

NOTAS

1. Símbolo, el tirano de origen rural, de todo el lado bárbaro de la sociedad hispanoamericana.

2. Demos la palabra a Jorge Luis Borges: "Lo que existe aquí (en Argentina) es un nacionalismo ridículo. Yo estaba dando una conferencia (y) alguien me había preguntado cuál era mi árbol preferido. Yo contesté que... el eucalipto. Me gusta su olor, es un lindo árbol. Y dije que ese árbol había sido importado por Sarmiento de Australia... Entonces una persona del auditorio... dijo: ¡Importado de Australia! ¡Qué vergüenza! (Es decir) que no siendo nativo un árbol, es un árbol censurable, malo, lo cual es un disparate. En este país todo el mundo es de otra parte… No estamos hablando en quechua, en mohicano, en comanche, ni en maya, o lo que fuera. Estamos hablando en español, de modo que el país entero ha sido importado… Yo he leído folletos disparatados que querían demostrar que los caballos y las vacas no los trajeron los españoles, que había caballos y vacas aquí... En otra ocasión alguien recordó que el señor Daniel Dávalos fue quien importó las primeras rosas, de Inglaterra... Naturalmente eso fue recibido con cierta melancolía... No gustaba que las rosas se hubieran traído de Inglaterra. Un país absurdo, la Argentina… (citado por Margarita d'Amico, en *El Nacional,* Caracas, 6 de abril de 1975).

3. Los *montoneros* son el equivalente argentino de los *lupamaros* uruguayos. Las *montoneras* eran las bandas armadas irregulares que asolaron las zonas rurales de Hispanoamérica después de las guerras de independencia, y en algunos casos hasta el mismo siglo XX. El diccionario de la Real Academia Española (obra sin duda de traidores reaccionarios y pro-imperialistas) define *montonero* como "el que no teniendo valor para sostener una lucha cuerpo a cuerpo, la provoca cuando está rodeado de sus partidarios", lo cual sería una excelente manera de describir a quienes han castrado las universidades latinoamericanas -y algunas de otros países-

promoviendo "montoneras" contra profesores y conferencistas visitantes cuyas ideas no podrían refutar en un argumento "cuerpo a cuerpo".

4. Cf. *Ni Marx ni Jesús,* de Jean François Revel.

5. V pp. 348 y 349. "Las formas del poder político en América Latina".

6. De *Ariel,* libro del uruguayo José Enrique Rodó donde se afirma la superioridad "espiritual" de América Latina sobre los Estados Unidos. V. p. 156.

7. José Vasconcelos, *La raza cósmica,* 1925.

8. Estas últimas, las dos batallas navales decisivas de la Guerra Hispanoamericana de 1898.

9. En realidad lo que hubo en la conquista y en la colonia no fue una abundancia de *amor,* sino un exceso inverosímil de *lujuria,* por la cual, no "con el indio y con el negro", sino con *la india* y con *la negra,* un número muy reducido de españoles engendró una inmensa cantidad de bastardos mestizos y mulatos, inaugurando la tradición de paternidad irresponsable que es uno de los más graves lastres de América Latina.

10. Aquí, como en el "nosotros las asimilamos" de pocas líneas antes, se advierte que Vasconcelos se siente *blanco español* y no está libre de racismo, como no lo están, en general, dígase lo que se diga, los latinoamericanos de piel clara.

11. *El laberinto de la soledad.*

12. ¿Construir un barco, disparar un cañón? *Ariel,* no lo olvidemos, fue entre otras cosas la respuesta latinoamericana a la victoria de los Estados Unidos en la Guerra Hispanoamericana, dos años antes.

13. Subrayado por mí.

14. De hecho, Bogotá se llama a sí misma, sin sonreír, "la Atenas de América".

15. El tópico del destino excepcional de América Latina, referido a un presunto reavivamiento, en nuestras manos, de la antorcha de la "latinidad", rival del "sajonismo", es común a la generación montada a horcajadas sobre el fin del siglo pasado y el comienzo del nuestro. Otro ejemplo -del peruano Francisco García Calderón (1883-1953)-: "Se realizará algún día, en las Indias de Colón, un nuevo avatar del genio latino que creó en Roma el derecho y la ambición imperial, en España el quijotismo heróico, en Florencia una armoniosa expansión

de las energías humanas, en Francia la razón serena, el lenguaje sutil y el donaire conquistador".

CAPITULO V
LATINOAMERICA Y EL MARXISMO

El saqueo del tercer mundo

NO precisamente el marxismo, sino más bien la teoría leninista del *imperialismo y la dependencia,* ha venido en nuestra época a ofrecer una respuesta por fin coherente, persuasiva, grandiosa y verosímilmente triunfalista al complejo de inferioridad crónico que sufrimos los latinoamericanos con relación a los Estados Unidos.[1]

Nuestra historia, compartida con los norteamericanos sobre el territorio del Hemisferio Occidental y en muchos aspectos paralela a la historia de los Estados Unidos, nos condena a comparaciones dolorosas y humillantes de nuestras frustraciones, insuficiencias y fracasos con los éxitos de "la otra América". Al despertar a la conciencia, cada latinoamericano se encuentra obligado a explicarse ese contraste, y hemos visto hasta ahora en este libro algunas manifestaciones, importantes y típicas en la historia de las ideas latinoamericanas, de intentos de disipar o revertir la situación, de proponer que la inferioridad de Latinoamérica es sólo aparente y esconde en realidad una superioridad sutil y esencial; o bien que la inferioridad ha sido y es reál, pero que dentro del proceso histórico todavía por desenvolverse, se convertirá en superioridad predestinada.

Faltaba, y no podía menos que encontrar amplia receptividad, una hipótesis según la cual las diferencias en poder y riqueza entre los Estados Unidos y América Latina no se deben en absoluto, o por lo menos

principalmente, a ninguna virtud de ellos, o a ningún defecto nuestro, sino que el adelanto norteamericano y el atraso latinoamericano son dos aspectos indisolublemente ligados de un mismo fenómeno: el capitalismo mundial, el cual para producir *desarrollo* en las metrópolis, ha requerido producir *subdesarrollo* en las colonias y los países dependientes, quienes de esta manera tienen en realidad todo el mérito por el adelanto de los países imperialistas, y éstos toda la culpa por el atraso del Tercer Mundo.

El caso latinoamericano sería una manifestación entre otras de una situación general, dentro de la cual el adelanto de algunos países con relación a otros, y el atraso de éstos con relación a los primeros se explica *esencialmente* por el efecto de los intercambios económicos, políticos y culturales entre los dos grupos de países, los adelantados y los atrasados; nexos que para el caso se suponen exclusivamente ventajosos para las metrópolis del capitalismo, y exclusivamente perjudiciales para sus periferias; de manera que de no haberse jamás establecido esos nexos, Inglaterra (por ejemplo) estaría tan atrasada como la India; o la India tan adelantada como Inglaterra; o ambas conocerían un grado comparable de desarrollo, inferior al actual estado de la sociedad inglesa, y superior al actual estado de la sociedad hindú.

No es nada sorprendente que Marx jamás haya sostenido semejante disparate. Apenas si se encuentran en una carta suya del 9 de abril de 1870 algunas referencias no a ningún país de los clasificados como Tercer Mundo, sino a Irlanda y sus relaciones con Inglaterra; referencias que en el contexto, sería

claramente abusivo tomar como fundamento suficiente para la tesis, *hoy absolutamente central en la mitología tercermundista y latinoamericana,* según la cual la prosperidad de los países occidentales avanzados (y del Japón) se debe esencialmente al saqueo a que han sometido al Tercer Mundo; y que inversamente, el atraso y la pobreza del Tercer Mundo se explican esencialmente por la misma causa.

A estas alturas, esta tesis (cuyos orígenes vamos a ver un poco más abajo) ha producido y sigue produciendo un verdadero niágara de palabras. Se encuentra en todos los libros y todos los artículos de todos los izquierdistas del Primero, Segundo y Tercer Mundos. Se encuentra en la literatura del desarrollo criticada por Gunnar Myrdal en *Drama Asiático.*[2] Se encuentra en la retórica de los líderes políticos del Tercer Mundo. Y se encuentra además difusa en el ambiente de los países tercermundistas (entre los cuales vemos ahora por qué Latinoamérica ha encontrado imprescindible contarse), sin que casi nadie se atreva a disentir, más o menos por las mismas razones que un judío hubiera tenido para no identificarse como tal en Alemania, en 1932, si por casualidad se hubiera encontrado en un sitio público en el momento en que la radio transmitía un discurso de Hitler.

La desigualdad de las naciones

De que Marx y Engels no tenían ninguna ternura especial por las sociedades pre-capitalistas, o simplemente atrasadas, hay amplia documentación en su obra. Hemos visto cuánto pensaba Marx que le convenía a la India el impacto imperial británico, y por qué.[3]

Igualmente o más elocuente es el texto básico del marxismo. *El Manifiesto Comunista,* cuya primera parte es una exaltación de la revolución liberal y del capitalismo como la más brillante y progresista etapa histórica, antes del futuro socialismo, entre otras cosas por haber establecido nexos de *interdependencia* entre las naciones capitalistas (avanzadas) y las regiones precapitalistas (atrasadas).

Eso era en 1848. En un texto mucho más tardío, y si se quiere más maduro Engels propone en forma explícita una explicación materialista, histórica y dialéctica del avance *naturalmente desigual* de las diversas sociedades a través de los diferentes estadios de la cultura, desde el salvajismo hasta la civilización industrial. Esa explicación es uno de los pilares del libro *Orígenes de la Familia de la Propiedad Privada y del Estado* (1884), una de las obras más marxistas de Engels, puesto que sólo la muerte impidió a Marx mismo realizarlo, y Engels lo que hizo fue terminar un proyecto que Marx tenía ampliamente esbozado.

Pues bien, según esta obra marxengeliana, sólo en el estado de salvajismo primitivo "podríamos considerar el curso de la evolución (social) como comparable para todos los pueblos, fuera cual fuese su implantación geográfica". Con el progreso al estado de barbarie, "llegamos a un estadio en el cual *comienza a sentirse la diferencia en las ventajas naturales entre las grandes masas terrestres.*[4] El rasgo característico del período de barbarie es la cría controlada de animales domésticos y el cultivo sedentario de la tierra. Y se da el caso de que el llamado Viejo Continente tenía casi todos los animales aptos a la domesticidad y todos los cereales cultivables

con la sola excepción del maíz, mientras que el Hemisferio Occidental no tenía más mamífero domesticable que la llama (natural de apenas una reducida zona andina) ni más cereal que el maíz”. El efecto de éstas y otras condiciones *naturales* fue que de allí en adelante cada hemisferio (y luego distintas zonas dentro de ellos) “comenzaron a diferenciarse, y por consiguiente también los hitos y las líneas divisorias entre los diferentes estadios de desarrollo histórico”.

Con referencia particular a América, observa Engels que en el momento de la Conquista española, los pueblos menos atrasados del Nuevo Continente, los peruanos y los mexicanos, “estaban (todavía) en el estado medio de la barbarie… No conocían el hierro por lo cual no habían podido dejar de usar armas y herramientas de piedra”. Es decir, que se hallaban todavía, peruanos y mexicanos precolombinos, en un estado de desarrollo histórico superado por los pueblos ribereños del Mediterráneo desde hacía dos mil años o mas.

Pero eso no es todo. Dice Engels que por las razones anotadas y por otras, en especial la mejor alimentación,[5] el grado *superior* del estadio de barbarie (y con mucha más razón la *civilización)* “fue alcanzado independientemente sólo en el Hemisferio Oriental”.

En ese grado superior del estadio de barbarie “se logró más progreso en el proceso de producción que en todos los estadios humanos anteriores juntos... Encontramos por primera vez el arado de hierro tirado por bueyes, que “hizo posible, en las condiciones que entonces prevalecían, un aumento prácticamente ilimitado de los medios de subsistencia... La tala de bosques y la conversión de su superficie en tierra cultivable o en

pastizales, fue posible sólo a hombres provistos de hachas v escardilIas de hierro. Y con esto por primera vez una población numerosa pudo habitar un área reducida. Antes hubiera sido totalmente excepcional que medio millón de personas pudieran juntarse bajo un solo liderazgo. Muy probablemente jamás había sucedido"…

Y no habiendo sucedido y estando destinadas a no suceder ni las causas ni las consecuencias descritas por Engels en América salvo por el impacto de la civilización europea, tanto el mito del Buen Salvaje como la teoría leninista del imperialismo y la dependencia, con sus múltiples derivaciones, reciben un rudo golpe a la luz del verdadero pensamiento marxengeliano (el cual, dicha sea la verdad, no hace en este caso más que referirse al más elemental sentido común).

La ceguera de Marx y Engels

Al emplear esta argumentación, no hace mucho, frente a un auditorio venezolano algo sorprendido y nada amistoso, alguien me objetó que Marx y Engels no habían vivido para ver la operación y las consecuencias del Imperialismo tal como hoy las podemos ver y comprender.

Esto lo que demuestra es la impermeabiIidad del dogmatismo a los hechos. Marx vivió hasta 1883 y Engels hasta 1895, cuando ya habían cuajado totalmente, tras haber existido largo tiempo, las premisas sobre las cuales se basaron Hobson[6] y Hielferding[7] para proponer lo esencial de lo recogido luego por Lenin en su *Imperialismo, estadio supremo del Capitalismo* (1917) y que ha venido luego rodando y perfeccionándose hasta

hoy; y en autores como Pierre Jalée, Paul Baran, André Gunder Frank y cien otros, sirve el falso y antimarxista propósito de tergiversar las causas del desarrollo desigual de las naciones.

La presencia británica en la India data del siglo XVI, se afirmó en el XVII y se convirtió en dominio absoluto antes de haber siquiera nacido Marx (en 1818). Los españoles adquirieron control de su imperio de América antes de 1550; y de las islas Filipinas antes de 1600 (Manila fue fundada en 1571). Francia tuvo influencia en Indochina desde el siglo XVI, y convirtió la penínsulaen colonia en 1858. La misma Francia conquistó Argelia en 1830, cuando Engels cumplía diez años. En 1853 los norteamericanos obligaron al Japón a iniciar un proceso de integración al sistema capitalisc ta mundial. Las resistencias chinas al mismo proceso habían sido quebradas por los ingleses en la llamada "Guerra del Opio", en 1842. Ceilán (hoy Sri Lanka) había sido colonia británica desde 1796; Africa Occidental, desde 1838. Egipto pasó a ser protectorado británico en 1882, un año antes de la muerte de Marx y trece años antes de la muerte de Engels. Los belgas colonizaron el Congo entre 1876 y 1885. La guerra y anexión de territorios mexicanos por Estados Unidos tuvo lugar en 1846-48. Etc.

Por otra parte, digamos en 1848, cuando Marx y Engels tenían 30 y 28 años, respectivamente, y estaban escribiendo el *Manifiesto Comunista,* los países imperialistas (los cuales según la hipótesis que hemos visto, supuestamente deben su adelanto al atraso del Tercer Mundo, y viceversa) habían *todos* alcanzado niveles manifiestos de ventaja en su desarrollo

económico, político, social, científico y tecnológico sobre el resto del mundo.

Es decir que ya en 1848 se había producido con toda claridad y con indicios más que suficientes de todas sus consecuencias, buenas o malas para ambas partes, el impacto imperialista del Occidente capitalista sobre el hoy llamado Tercer Mundo, y existían además, si acaso más marcadas que hoy, las diferencias entre las diferentes regiones del globo. Y sin embargo, al "primer pensador del siglo" (Engels, *Discurso ante la tumba de Karl Marx)* no se le ocurrió jamás sostener que el desarrollo de los países imperialistas y el atraso de los territorios coloniales se debiera en forma sensible a las relaciones (por otra parte odiosas, quién lo duda) de domínación de los primeros sobre los segundos, nexos en los cuales veía más bien Marx la única promesa de progreso para las áreas que hoy llamamos "Tercer Mundo".

Y Engels, en un texto tan tardío como su prólogo a la reedición en 1893 de *La Condición de la Clase Obrera en Inglaterra,* insiste más que nunca sobre la. Supuesta importancia de la expansión colonial para paliar la crisis de *superproducción* de las economías capitalistas avanzadas; pero ni sueña con poner la carreta delante de los bueyes y sugerir, contra toda evidencia y toda lógica, que el adelanto y la riqueza acumulada por países como Inglaterra, Francia, Holanda y Bélgica (los países imperialistas por excelencia) se debiera en primer lugar al hecho de poseer colonias; y mucho menos que naciones sin colonias y sin influencia ultramarina de ninguna clase, como Austria-Hungría, Suiza, Suecia, Dinamarca, etc, debieran nada a una participación "en segundo grado" de no se sabe qué misteriosas ventajas

supuestamente derivadas de su naturaleza intrínsecamente "imperialista".[8]

Si la tesis de que el imperialismo y la dependencia han determinado la desigualdad de las naciones, tal como se la observa hoy, tuviera algún fundamento sólido, en lugar de ser un edificio propagandístico *ad hoc,* sostenido más por la fe (y por la mala fe) que por los hechos, habría que preguntarse cómo pasaron inadvertidas para Marx y Engels y están ausentes de su formidable esfuerzo para entender y explicar toda la historia anterior y toda la historia futura, esas implicaciones que hoy se pretende desprender de un fenómeno histórico gigantesco que se inició más de dos siglos antes de venir ellos al mundo, y llegó a su apogeo bajo sus narices, en la segunda mital del siglo XIX.

El revisionismo leninista

La verdadera razón por la cual Marx y Engels no le dieron mayor importancia al mundo afroasiático y latinoamericano, es que en vida de ellos seguía vigente la presunción marxista de un inminente colapso del sistema capitalista en los países avanzados, y no había por lo mismo surgido para los exegetas marxistas la necesidad de hallar explicación al incumplimiento de las promesas de los profetas. Pero justamente hacia fines del siglo, ya no fue posible esquivar más la evidencia de que el sistema capitalista no se estaba aproximando a ninguna crisis final en Inglaterra, Francia, Alemania, etc. En lugar de la pauperización progresiva y desesperante de los trabajadores, los salarios reales no cesban de aumentar. En lugar de atascarse el aparato económico por ausencia

de oportunidades de inversión para el capital acumulado, la ingeniosidad de los financistas parecía inagotable. Y en el horizonte, los Estados Unidos aparecían, listos y dispuestos a tomar el relevo.

Antes de que la Primera Guerra Mundial refrescara las esperanzas de una próxima crisis final del sistema capitalista (pero demostrara a la vez la inanidad de la expectativa de una solidaridad internacional de la clase obrera, por encima de los nacionalismos) los marxistas sintieron con gran angustia la necesidad de encontrar una explicación satisfactoria para la vitalidad renovada del capitalismo, y de formular a la vez una versión revisada sobre el presunto desarrollo del futuro, que diera un nuevo aliento a la hipótesis de que la dinámica de la historia terminaría por conducir de todos modos al triunfo de la revolución socialista en escala mundial.[9]

Es en este contexto que se comprende el revisionismo de Hobson, Hilferding y Lenin, al proponer que en la relación imperialista se encontraba la clave de la inesperada fortaleza del sistema capitalista en los países avanzados, junto con el descenso en la combatividad del proletariado industrial de esos países; y al sugerir a la vez, con toda claridad, que a partir de ese supuesto, el principal escenario de la lucha contra el sistema capitalista y por la revolución mundial debería desarrollarse no en las metrópolis, como habían supuesto Marx y Engels, sino en los países coloniales y dependientes, en la periferia. El proletariado de *hombres* de los países capitalistas avanzados, se había demostrado en la práctica insuficientemente combativo, decepcionante, vulnerable a mejoras reformistas en su nivel de vida y en sus condiciones de trabajo. Habría que

sustituido por un *proletariado de naciones,* como motor de la revolución mundial.

Para Lenin este revisionismo era especialmente atractivo, puesto que Rusia, su patria, era un elemento periférico del sistema capitalista, y el voluntarismo leninista difícilmente cabía dentro de teorías según las cuales la revolución no llegaría a Rusia sino traída por los alemanes o los ingleses.

Las formulaciones pertinentes (de *El Imperialismo, Estadio Supremo del Imperialismo,* 1917) son las siguientes: "El capitalismo ha creado un puñado (menos de un décimo de los habitantes de la tierra) de Estados ricos y poderosos que saquean el resto del mundo… Obviamente, a partir de tales gigantescos *superbeneficios* (obtenidos además de los beneficios que los capitalistas arrancan a los trabajadores en sus propios países) se hace posible sobornar a los dirigentes sindicales y a todo el superestrato de la aristocracia obrera… un sector de la clase obrera al cual los capitalistas logran así 'aburguesar'… hacerlos agentes de la burguesía en el seno de la clase obrera… No avanzaremos un milímetro hacia la solución de los problemas prácticos del movimiento comunista y la revolución (mundial) hasta que entendamos este fenómeno y apreciemos su significado político y sociológico".

"La división del mundo en dos grupos, los países colonialistas por un lado y los países colonizados por otro, no es la única característica (del Imperialismo). Hay también países *dependientes,* países que oficialmente gozan de independencia política, pero que de hecho están enredados en el sistema (imperialista) de dependencia económica y diplomática".

"(El Imperialismo) es una forma de capitalismo parásito y podrido (un sistema vulnerable puesto que) sus circunstancias determinan (en las colonias y los países dependientes) condiciones sociopolíticas (favorables a la revolución)".

También es peculiarmente interesante el siguiente párrafo de Hilferding (op. cit.): "En los países (coloniales y dependientes) el capitalismo agrava las contradicciones sociales y excita contra los intrusos la resistencia de pueblos que están despertando a la conciencia nacionalista. Esta resistencia es fácil convertirla en medidas contra el capital extranjero (de modo que) los países (imperialistas) para mantener su dominio (se vean obligados a ejercer cada vez más violencia".

Ahora bien, hay una correspondencia obvia, una maravillosa afinidad entre las teorías de Hobson y Hilferding, publicitadas por Lenin, y la necesidad de los países atrasados de hallar para su rezago y su debilidad explicaciones distintas a una inadmisible diferencia de aptitudes entre ellos y los países avanzados y poderosos.[10] Y para el Estado revolucionario soviético, esas teorías estaban destinadas a ser de un gran interés y de una utilidad inmediata, puesto que iban a permitirle romper su aislamiento y compensar parcialmente su desventaja de poder frente a los países capitalistas avanzados con una poderosa bandera de agitación en la retaguardia de esos países, en sus colonias y en sus zonas de influencia y estados clientes.

Las Tesis de la Tercera Internacional

Por eso el Segundo Congreso de la Internacional Comunista (la Tercera Internacional) reunido en Moscú en 1920, dedicó buena parte de sus deliberaciones a convertir las teorías de Hobson-Hilferding-Lenin en guías prácticas para la acción revolucionaria (o simplemente *solidaria* con la Revolución Rusa en las zonas de la tierra que en nuestros días han venido a ser llamadas Tercer Mundo. Esas Tesis del Segundo Congreso de la Tercera Internacional son de un interés sorprendente para comprender la política y las ideas de nuestro tiempo.[11]

Afirman, esas Tesis, que las supuestas relaciones de igualdad entre las naciones titularmente soberanas ocultan la esclavitud de la gran mayoría de la población mundial a manos de una minoría insignificante: la burguesía y la "aristocracia obrera" de los países capitalistas avanzados. Sin la desttucción del capitalismo en escala mundial, será imposible abolir esa opresión y las desigualdades entre las distintas zonas del globo. Ahora bien, de ahora en adelante, la evolución política del mundo y la historia van a girar en torno a la lucha de los países capitalistas avanzados (imperialistas) contra el poder revolucionario soviético (la URSS no existía todavía formalmente) el cual para sobrevivir y vencer deberá agrupar en torno suyo las vanguardias proletarias (es decir todos los partidos afiliados o por afiliarse a la Internacional Comunista) y además todos los movimientos *nacionalistas* de los territorios coloniales y países dependientes, convenciéndolos de que sus intereses y aspiraciones coinciden (y de hecho son

idénticos) con la preservación y promoción del poder soviético, y con el progreso y eventual triunfo de la revolución mundial.

Los PC deberán por lo consiguiente realizar una política "de estrecha unidad con todos los movimientos de liberación nacional", determinando en cada caso la forma de esa alianza, según el estadio de desarrollo que tenga el movimiento comunista (en cada colonia o país dependiente) y el estadio de desarrollo del correspondiente movimiento de liberación nacional. "Será preciso aplicar constantemente que sólo (el triunfo mundial del poder soviético) podrá resultar en una verdadera igualdad de las naciones… Será preciso apoyar todos los movimiéntos disidentes (dondequiera que aparezcan) tales como el nacionalismo irlandés, (las reivindicaciones) de los negros norteamericanos, etc….

(Debemos guardar presente que) la victoria del socialismo) sobre el capitalismo no podrá ser lograda y llevada a su meta final sin la unión del proletariado (de los países capitalistas avanzados)[12] con las masas (de los territorios coloniales y los países dependientes). Una de las fuentes principales de las cuales deriva su fuerza el capitalismo es su dominio sobre colonias y países dependientes. Sin el control de esos mercados y campos de explotación (el capitalismo) no podría mantenerse… Los superbeneficios derivados de las colonias (y de los países dependientes) son el soporte principal del capitalismo moderno, y mientras no privemos al capitalismo de esa fuente de ingresos, no será fácil para el proletariado[13] de los países capitalistas avanzados, destruir el orden capitalista… Es, pues, el colapso del imperio colonial (y la ruptura de la Dependencia en el

caso de los países nominalmente independientes) lo que causará, junto con la (entonces) inevitable revolución proletaria en las metrópolis, el colapso del sistema capitalista mundial. (Para la promoción de estos objetivos deberá tomarse en cuenta que) en los países dependientes (y en las colonias) hay dos movimientos distintos: el movimiento nacionalista democrático burgués, cuyo programa (no pasa de) la independencia nacional bajo el régimen democrático burgués; (y la) aspiración de las masas campesinas y obreras a la liberación de toda explotación… Para la expulsión del capitalismo extranjero (imperialista) que será el primer paso hacia la revolución (socialista) en .los países dependientes, será útil (la coincidencia táctica) y la cooperación de los elementos nacionalistas burgueses... En esta forma, los países atrasados podrían llegar al comunismo no a través del desarrollo capitalista, sino (directamente) conducidos (por la Internacional Comunista)"…

De entonces acá, estas formulaciones se han hecho más oblicuas, más adornadas, y a la vez han conquistado el mundo, de manera que en cierto modo, cada vez que usamos la expresión "Tercer Mundo", estamos todos admitiendo tácitamente buena parte de los supuestos explícitos o implícitos en esas Tesis de la Tercera Internacional, en su congreso de 1920, sobre el rol de los países coloniales (hoy casi todos ex-coloniales) y dependientes en la revolución mundial.

Pero antes de envolverse esta estrategia en formas cada vez en apariencia más remotas de la tesis básica, (la cual es ni más ni menos que las aspiraciones nacionalistas de los pueblos atrasados debían ser aprovechadas como arma para primero defender la Revolución Rusa, y luego

promover la influencia y el poder soviéticos en el mundo, y debilitar la influencia y el poder de Europa Occidental y los Estados Unidos) hubo, y quedó escrita una enunciación totalmente brutal y descarnada. Se la debemos a Stalin (en *Fundamentos del Leninismo,* 1924) y dice así: "El camino hacia la victoria de la revolución (mundial) pasa por la alianza (de los comunistas) con los movimientos de liberación anti-imperialista de las colonias y los países dependientes… El carácter revolucionario de un movimiento nacional… no exige la presencia de elementos proletarios en ese movimiento (ni) la existencia de una base democrática en ese movimiento. (Lo esencial es que ese movimiento) debilite, subvierta, desintegre el imperialismo… La lucha del Emir de Afganistán por la independencia nacional de Afganistán es *objetivamente revolucionaria,* a pesar de las opiniones monárquicas del Emir… Por la misma razón es *objetivamente revolucionaria* la lucha de los empresarios y los intelectuales burgueses egipcios por la independencia. Nacional de Egipto, aunque esos empresarios y esos intelectuales está opuestos al socialismo. En cambio es reaccionario el gobierno laborista inglés (puesto que administra los intereses y el poder de un país capitalista avanzado) a pesar del origen proletario v de las ideas socialistas de los integrantes de ese gobierno…

"Lenin tenía razón cuando dijo que el movimiento de liberación nacional de las colonias y los países dependientes tiene que ser estimado no desde el punto de vista de (los avances hacia la) democracia formal, sino desde el punto de vista del saldo favorable que (esos

movimientos de liberación nacional) arrojen en la lucha mundial (contra el capitalismo y por el poder soviético)”.

Entre los Nehru, Kenyatta, Ho Chi Mihn, Chu En Lai, Sukarno, etc., etc., etc., (productos todos del impacto de Occidente en Asia y Africa) y estas teorías, va a producirse una inmediata corriente de afinidad y simpatía. El leninismo es la última influencia occidental, y la decisiva, en estos hombres y millares más como ellos, más o menos anónimos, pero igualmente motivados. Unos abrazarán sin reservas el comunismo.[14] Otros guardarán sus distancias respecto a la Tercera Internacional, y no admitirán nunca que todo lo que convenga a la URSS debe hacerse ciegamente por más antinacional o inmoral o insensato que sea, y entre estos últimos estará el marxista latinoamericano más importante y más influyente antes de Fidel Castro, Che Guevara y Salvador Allende: el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre. Pero todos serán *leninistas* en el sentido de que harán suya la hipótesis de que los países capitalistas avanzados deben la mayor parte de su poder y prosperidad al saqueo de las colonias y países dependientes, y que éstos deben su pobreza y su atraso a la misma causa. Nehru, por ejemplo, dirá: “Gran parte de los costos de la transición al industrialismo en Europa Occidental fueron pagados por la India, China y otros países coloniales, cuya economía era dominada por potencias europeas”.

Y todavía Nehru dice sólo “gran parte”. Otros dirán que *toda* la grandeza y prosperidad de Occidente fueron y siguen siendo *robadas* al Tercer Mundo.

Lo crucial es la correspondencia de estas ideas falsas con fuerzas reales, con necesidades sentidas, con aspiraciones nacionalistas inspiradas por el nacionalismo occidental, y devenidas virulentas por la dominación y la explotación imperialistas y por la humillación de las élites del Tercer Mundo a manos del racismo, el chovinismo y la soberbia de Occidente. De manera que no sólo van los aspirantes tercermundistas al liderazgo político a encontrar compensación, desagravio, y satisfacción *personales* en la teoría leninista del imperialismo y la dependencia, sino que además van a descubrir en ella, con tal de adoptarla, la vía apropiada para convertirse en dirigentes eficaces y escuchados, cada uno en su país de origen, y aun en escala mundial (como Nehru y Sukarno) con perspectivas reales de algún día alcanzar el poder (como en efecto lo alcanzaron). Por lo mismo, todos van a hacerse propagandistas más o menos demagógicos de la cosmovisión leninista, grata para ellos en lo personal, y grata para sus respectivos pueblos en lo colectivo; abanderados de una explicación por fin satisfactoria de la de otro modo insufrible diferencia entre sus pueblos y Occidente.

Por otra parte, el mismo leninismo (y la Tercera Internacional) ofrecía, listas para consumirse, guías para la agitación y la organización políticas, la teoría y la praxis según las cuales no había por qué esperar pacientemente la madurez de las “condiciones objetivas” de la mutación hacia el socialismo, ni en los países capitalistas atrasados, ni siquiera en las economías precapitalistas, sino que era posible y deseable forzarle la

mano a la historia mediante la acción de partidos de un molde nuevo, "vanguardias" de revolucionarios profesionales resueltos a todo y listos a conducir, por cualesquiera medios, masas informes e inmaduras hacia metas históricamente virtuosas *en el contexto de la revolución mundial,* aun cuando a primera vista no siempre inmediatamente ventajosas para los países protagonistas (i.e. Viet Nam).

En el momento de su formulación inicial, todas estas ideas y metas se referían sobre todo, cuando no exclusivamente, al mundo afroasiático, que era donde se encontraban las colonias y los países dependientes de las potencias imperialistas europeas.

Pero al término de la Segunda Guerra Mundial, el centro de gravedad del sistema capitalista mundial se había desplazado definitivamente a los Estados Unidos, con lo cual la América Latina, el "patio trasero" del nuevo pilar del Imperialismo, estaría en adelante destinada a ocupar un sitio en primera fila del "proletariado de naciones" llamado a asediar los bastiones del capitalismo.

Desde cierto ángulo, la historia de América Latina no justificaba semejante destino. Se trata de un grupo de países muy distintos al mundo afroasiático. Argentina, para tomar el caso extremo, es un país básicamente muy parecido al Canadá o Nueva Zelandia, y ciertamente mucho más adelantado y afortunado, objetivamente, que Australia. Nada le impediría, en apariencia, aspirar a figurar entre las naciones adelantadas del mundo, a la par o por encima de los tres países nombrados y de varios otros de los que según Pierre Jalée (op. cit.) conforman el grupo de los países "imperialistas". Lo mismo podría

decirse de Chile, de Uruguay, de México, de Venezuela (y podía decirse de Cuba antes de 1959). Otros países de América Latina[15] son menos afortunados, pero no están en ningún caso en situación comparable a Afroasia. Y todos son, esencialmente, países occidentales, herederos legítimos, de la civilización occidental europea, tanto como los mismos Estados Unidos.

Pero es que es en esta última circunstancia en donde reside la inconformidad de América Latina con su destino hasta ahora, y su incapacidad para aprovechar al máximo, sin complejos, sus considerables ventajas con relación al verdadero Tercer Mundo. A Argentina no le va ni le viene ser superior a Australia, a Nueva Zelandia e inclusive al Canadá, como en efecto lo es.

Lo que le escuece es haber fracasado en su sueño de igualar a los Estados Unidos. Y por eso el demagogo Perón, al regresar en 1973, fortaleció su posición política al declarar que de entonces en adelante, en política exterior, Argentina formaría parte del Tercer Mundo.

Y esa fue una declaración, para Perón, más bien tardía. Mucha agua había pasado por debajo de los puentes desde 1956, y América Latina no había esperado el regreso de Perón a la Argentina para militar en el “Grupo de los 77” y hacer causa común en la UNCTAD[16] con el bloque afroasiático. Más recientemente, esa solidaridad se ha ido extendiendo a materias políticas, tales como el conflicto árabe-israelí. La mayoría de las naciones lationamericanas votaron en favor de que la Asamblea de las Naciones Unidas escuchara a Yasir Arafat y lo recibiera prácticamente como a un jefe de Estado. La mayoría de las naciones latinoamericanas votaron

igualmente para excluir a Israel de los programas de la UNESCO.

En ambos casos, y en otros que ya han sucedido, y en otros que están por suceder, los EE.UU. ya no pueden contar con la solidaridad automática de América Latina. ¿Llegará el día en que la URSS o China, los centros de la revolución socialista mundial, puedan, en cambio, contar en Latinoamérica con otros puntos de apoyo sólidos además de Cuba? No es más descabellado pensarlo de lo que hubiera sido afirmar en 1945 que antes de 15 años la URSS tendría un satélite a ciento cincuenta kilómetros de la costa de Florida. Y cabría, tal desarrollo, dentro de las previsiones y las metas formuladas para el mundo afroasiático por la Tercera Internacional en 1920, aunque rebasándolas, por no haber podido prever ni Lenin, ni M. N. Roy, ni nadie, hasta qué punto los Estados Unidos serían en la segunda mitad del siglo XX el eje del capitalismo mundial; ni tampoco la terrible fuerza subterránea del antinorteamericanismo latinoamericano.

Haya de la Torre y el APRA

Antes dije que el marxista latinoamericano más importante antes de Fidel, el Che y Allende, fue el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre[17]. Esa afirmación podría ser todavía insuficiente. Fidel, el Che y Allende están hoy de moda. Sus actuaciones tuvieron y siguen teniendo un eco inmenso por su carácter de desafío directo al poder norteamericano, lo cual les ganó no sólo la amplificación magistral que el movimiento comunista internacional sabe hacer de todo cuanto vaya en su favor, sino además la audiencia y la simpatía de toda Europa

Occidental, la cual también sufre, no demasiado secretamente, por el exceso del poder norteamericano desde 1945, y se alegra (a veces un tanto masoquistamente) con los reveses de la po1ítica exterior de Washington[18].

En cambio Haya de la Torre chocó muy temprano con la Tercera Internacional, y desde entonces, tanto él como sus discípulos en toda América Latina han sido víctimas de una igualmente magistral campaña de difamación, tal como sólo saben hacerla, con igual intensidad y perseverancia los mismos sectores pro-soviéticos que han puesto por las nubes a Fidel, Allende y Che Guevara. Y desde luego, los esfuerzos de Haya y sus seguidores por establecer en América Latina regímenes democráticos, de transición hacia un socialismo libertario, no han hecho latir más rápido los corazones de los corresponsales de la prensa europea; y mucho menos los de los lectores de esa prensa, quienes lo más seguro es que en los últimos años no hayan sido informados por despacho periodístico alguno ni siquiera de la existencia de Haya de la Torre y su Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA).

El APRA fue fundada por Haya en México, en 1924, bajo al doble influencia de la Revolución Mexicana y la Revolución Soviética. La primera de ellas (de 1910 en adelante) había sido la más importante convulsión social en Latinoamérica desde las guerras de independencia y tuvo la particularidad de haberse desencadenado espontáneamente, sin más ideología que la modestísima consigna: “Sufragio efectivo, no reelección”, lanzada en lo que resultó ser el momento preciso, contra un caudillo (dictador) cuyo dominio había durado demasiado tiempo, hasta desembocar en la gerontocracia. La vasta, larga y

sangrienta insurrección campesina que resultó de esas palabras aparentemente anodinas, demostró que la inmovilidad y estratificación de las sociedades latinoamericanas ocultaba una profunda carga de cólera y violencia reprimidas, y subrayó que la cuestión agraria (el latifundio y el peonaje) seguía sin resolver, o había empeorado en los ciento y tantos años desde la Independencia. En cuanto a la Revolución Soviética, Latinoamérica no podía ser indiferente a su visión y entusiasmo iniciales sobre la posibilidad de un vuelco universal en las relaciones de producción y en los sistemas de propiedad que condujese a la abolición de las desigualdades, las injusticias y los nacionalismos.

La Revolución estaba, pues, en el orden del día. Pero ¿qué Revolución? La mexicana, para entonces ya estancada, demostraba la insuficiencia de una simple guerra social carente de estrategia y de ideología. La soviética, aun al margen de sus desviaciones (o aberraciones) que ya en 1924 podían inquietar a quien estuviese bien informado de lo que realmente estaba ocurriendo en Rusia, era un proceso *sui generis,* iniciado, conducido y consumado con olvido, cuando no desprecio, de ciertos postulados muy fundamentales del marxismo. ¿No sería esa heterodoxia voluntarista la explicación de la agravación de la dictadura, de la represión, de la liquidación de las tendencias socialistas distintas al bolchevismo, etc? Y por otra parte, en el mejor de los casos, las condiciones de América Latina, o de *Indoamérica,* como decía Haya de la Torre, eran bien distintas de lo que habían sido las condiciones de Rusia antes de 1917. Regresando a las fuentes marxengelianas, Haya llegó a la conclusión de que si bien no era

enteramente cierto, como había pensado Marx, que los países capitalistas avanzados mostraban a los países atrasados la imagen de su desarrollo futuro, mucho menos podía afirmarse, como había dicho Lenin (y era tesis oficial, según hemos visto, de la Tercera Internacional) que el papel de los países atrasados debiese en adelante consistir en ser la carne de cañón de una "Revolución Mundial" con su centro de irradiación indiscutible en la URSS y su Meca en Moscú.

En América Latina, concluyó Haya, existía un sistema capitalista bastardo, deformado, por lo cual no podía esperarse un desarrollo capitalista clásico, conforme a los análisis y las predicciones hechas por Marx y Engels con relación a Gran Bretaña, Francia o Alemania. Junto a una burguesía incipiente, débil, vinculada no a un sector industrial nacional (inexistente), sino al comercio de importación, coexistía un sector feudal, cuyos beneficiarios, los latifundistas, ejercían en la práctica el poder político, aliados con los ejércitos y con la iglesia. La industria, allí donde superaba el nivel de las pequeñas manufacturas y artesanías, estaba en manos de capitalistas extranjeros. Lo mismo la infraestructura básica, los ferrocarriles, las instalaciones portuarias, etc. Las exportaciones se generaban, sobre todo por la acción de este capitalismo extranjero, imperialista. El proletariado era poco numeroso y no podía en ningún caso ser el motor único, o siquiera principal, de las transformaciones y reformas inmediatamente necesarias. El campesinado, en cambio, era numeroso, y tal como la Revolución Mexicana había demostrado, potencialmente combativo. Las clases medias, inclusive los intelectuales y los estudiantes universitarios, encontraban la estructura

social y política latinoamericana estrecha y asfixiante, y por lo tanto estaban disponibles para la acción revolucionaria nacionalista.

Por último, cada país latinoamericano encontraría imposible modificar y mejorar su situación aisladamente (en esto el ejemplo de la Revolución Mexicana era también demostrativo), por lo cual el APRA sería un movimiento no nacional, pero tampoco internacional, sino un movimiento *latinoamericano,* que tendría como una de sus metas la unidad política y económica de Hispanoamérica.

Los postulados iniciales del APRA fueron los siguientes: 1: Acción contra el imperialismo yanqui, 2. Unidad de la América Latina. 3. Nacionalización progresiva de tierras e industrias. 4. Internacionalización del Canal de Panamá, y 5. Solidaridad de todos los pueblos y clases oprimidos.

En el punto Quinto, Haya hizo un gesto amistoso hacia la Tercera Internacional, que de muy poco le habría de valer. La Internacional Comunista no veía peor enemigo en el mundo que los socialistas no sometidos a su control, y de inmediato comenzó a difamar a Haya. El primer argumento que encontraron fue acusado de ser... un agente del imperialismo británico! ¿No había Haya reveladoramente excluido ese imperialismo, al restringir la acción revolucionaria latinoamericana a la lucha contra el imperialismo *Yanqui?*

En posteriores formulaciones, Haya tachó el adjetivo, sin que esa concesión le valiera, claro está, ninguna indulgencia de parte de la Tercera Internacional, puesto que lo que estaba en juego no era ese bizantinismo, sino

el atrevimiento de no afiliarse el APRA a la Tercera Internacional.

En su obra fundamental *(El Anti-imperialismo y el Apra,* escrito en 1928, aunque publicado sólo en 1936), Haya da la siguiente explicación del asunto: "Este postulado (no implicaba) que la lucha anti-imperialista del Apra (estuviese) circunscrita a combatir al imperialismo yanqui y no a otros imperialismos como el británico, por ejemplo. Ocurre que habiéndose formulado los cinco lemas del Apra por primera vez en México en 1924 su inmediata propagación se inicia en el sector de pueblos indoamericanos del Caribe, en los que predomina agresivamente el imperialismo de los Estados Unidos... Además para la mayoría de nuestros pueblos el imperialismo yanqui es el imperialismo moderno por antonomasia... Pero como los comunistas criollos se prendieron (de esto) para afirmar que la palabra "yanqui" era, en el programa aprista, cábala siniestra de misteriosas concomitancias del Apra con el imperialismo británico, hice muchas veces la aclaración: especialmente en (mi libro) *Impresiones de la Inglaterra imperialista y de la Rusia soviética* (1932)".

En otra parte expone Haya, con candor, sus problemas con la Tercera Internacional: "A principios del otoño europeo de 1926, recibí una amistosa carta de Lozowsky, el Presidente de la Internacional Sindical Roja o *Profintern,* quien me comunicaba que "daba la bienvenida al (APRA)"... Respondí a Lozowski extensivamente y le ratifiqué algunos puntos ya enunciados durante nuestra charla en Moscú: las características muy peculiares de América, social, económica y políticamente; su completa diferencia de la

realidad europea; la necesidad de enfocar los problemas americanos y especialmente los indo o latinoamericanos en su total extensión y complejidad. Le reiteré mi convicción sincera de que no es posible dar desde Europa recetas mágicas para dar la solución de tales problemas, expresándole que así como admiraba el conocimiento que los dirigentes de la nueva Rusia tienen de la realidad de su país, anotaba su palmaria carencia de información científica acerca de la realidad de América. Le advertía, además, que estas opiniones, ya emitidas personalmente en charlas con Lunatcharsky, Frunze, Trostky y otros dirigentes rusos, me determinaron, después de una serena y muy minuciosa visita al gran país de los Soviets, a no ingresar al Partido Comunista, por creer, como creo, que no será la III Internacional la que ha de resolver los graves y complicadísimos problemas de Indoamérica".

Es fácil imaginar la cólera con la cual los soviéticos deben haber recibido esta declaración de independencia de un hombre y un movimiento con los cuales habían creído contar para promovet las políticas del *Comintern* en América Latina. El año siguiente, 1927, aprovecharon la ocasión del *Primer Congreso Anti-Imperialista Mundial* (Bruselas) para excomulgar al APRA; y de allí en adelante, agentes de la Internacional se encargarían de tomar en mano, allí donde ya existían, o de fundar, una red de Partidos Comunistas lationamericanos dóciles a Moscú, según fórmulas y mecanismos demasiado conocidos para que haga falta reiterarlos aquí. Si acaso vale la pena recordar que el Partido Comunista Mexicano se encargó de coordinar y posibilitar la serie de atentados que culminaron con el asesinato de Trotsky.

El imperialismo, primer estadio del capitalismo

Entre las formulaciones teóricas más interesantes de Haya de la Torre, está la afirmación de que, contrariamente a las tesis leninistas (y de la Internacional Comunista), en América Latina el Imperialismo representa no el último, sino el *primer* estadio del capitalismo. De hecho, el desarrollo incipiente de un sistema económico que mereciera el calificativo de *capitalista,* había comenzado en Latinoamérica sólo por la penetración de inversiones extranjeras provenientes de países capitalistas avanzados y generadoras, con todos sus inconvenientes, del proceso de modernización capitalista de economías que hasta entonces habían sido feudales, pre-capitalistas.

El resultado había sido desigual, complejo, con aspectos positivos y aspectos negativos. Entre estos últimos, obviamente, la deformación estructural provocada por inversiones motivadas no por las necesidades y el crecimiento desde adentro de las economías latinoamericanas, sino por la demanda de las metrópolis capitalistas por productos primarios, minerales o agrícolas; la alianza de los inversionistas extranjeros (y de las Cancillerías de sus países de origen) con las estructuras de poder tradicionales, con lo cual resultaban éstas reforzadas[19]; y el surgimiento de nuevos obstáculos, sobre los muchos y muy graves que ya había, para el esfuerzo de alcanzar algún día la unidad política de Latinoamérica.

Pero había también un aspecto positivo fundamental: de ninguna otra fuente podía provenir el estímulo para la modernización, los capitales para iniciarla, y, lo más

importante, la formación de un proletariado moderno, susceptible de ser organizado en sindicatos y movilizado, táctica y estratégicamente, en la multiplicidad de metas y tareas que exigía en Latinoamérica el inicio del proceso revolucionario.

Se ha perdido de vista, y los comunistas han hecho lo posible para que se olvide por completo, la coincidencia de Haya de la Torre con Marx y Engels en esta materia. De hecho, es obvio que con relación a las vías por las cuales los países atrasados podrían llegar al socialismo, Haya de la Torre es el marxista ortodoxo, y Lenin y los leninistas los *revisionistas.* Claro que este último adjetivo (o acusación) no puede inquietar sino a quienes discuten, combaten y piensan *(o no pijensan)* a golpes de citas de los textos y códices sagrados. Pero no con referencia a ortodoxia alguna sino con relación a los hechos, el sentido común y el espíritu científico parecen en este caso estar del lado de Marx, Engels y Haya de la Torre; mientras que Lenin y los leninistas y estalinistas han obviamente acomodado a su manera la interpretación del pasado (la Revolución Mundial supuestamente comenzada felizmente en un país atrasado: Rusia); del período entre 1917 y 1945 (la Revolución en un solo país, la misma atrasada Rusia, con todos los corolarios estalinistas que sabemos); del período entre 1945 y el presente (con los "socialismos" de países mucho más atrasados que la Rusia de 1917, tales como China, Corea del Norte o Albania; y el "socialismo" cubano); y desde luego del futuro, para el cual esgrimen todavía las tesis del Segundo Congreso de la Internacional Comunista sobre las cuestiones nacional y colonial. Y particularmente la hipótesis de que lo que corresponde

hacer a los países del Tercer Mundo es inmolarse en aras de la revolución mundial, mediante comportamientos que provoquen reacciones punitivas, contraproducentes, por parte de los países capitalistas avanzados, como el bloqueo a Cuba o la acción militar primero francesa y luego norteamericana en Viet Nam.

La ira y propaganda comunistas contra el APRA estuvo (y está todavía) en relación directa con la influencia notable de las ideas y la capacidad proselitista de ~Haya de la Torre. Para 1929 existían partidos apristas en Perú (patria de Haya) y además en México, Guatemala, Costa Rica, Puerto Rico, Bolivia, Chile y Argentina. En general, el aprismo fue, y sigue siendo, la alternativa socialista latinoamericana al marxismo-leninismo, con la circunstancia de que se demostró en la práctica mucho más capaz de influir en la evolución política de Latinoamérica que los partidos comunistas.

Estos últimos permanecieron dondequiera (salvo en Chile) atrofiados por las exigencias de la fidelidad a Moscú. En cambio los partido apristas pudieron ser flexibles, creativos y *democráticos.* El aprismo no descartaba la violencia revolucionaria, y de hecho partidos apristas protagonizaron diversos intentos de insurrección armada, inclusive una en Cuba en 1933 que tuvo éxito en derrocar (con simpatía norteamericana) al dictador Machado. Pero el aprismo no proponía como meta ninguna "dictadura del proletariado", sino la abolición de las estructuras de poder opresivas tradicionales en América Latina, y el establecimiento de democracias reformistas, respetuosas de los derechos humanos, y a la vez (y por lo mismo) dedicadas a rescatar al campesinado del peonaje. Las inversiones

extranjeras serían por primera vez reguladas, con la meta ulterior de nacionalizar aquellas que implicaran control de sectores básicos de la economía. El capitalismo nacional sería *estimulado,* puesto que según el *aprismo* (y según Marx y Engels) ninguna revolución verdaderamente socialista es concebible o ni siquiera deseable hasta que la sociedad esté madura para lograr esa mutación a un nivel superior. En otra parte de este libro[20] relataré la actuación del partido *aprista* que conozco mejor, *Acción Democrática,* de Venezuela. Pero desde ahora quiero consignar la afirmación de que el *aprismo* merece mucha más estima de la que le conceden quienes dentro o fuera de América Latina aceptan, ingenuamente o no, la versión comunista de la historia latinoamericana contemporánea. Cualquier evolución política latinoamericana que logre fusionar el progreso social y económico con la libertad y los derechos humanos, deberá mucho al *aprismo.* Y de hecho, entre los regímenes latinoamericanos contemporáneas, los menos reprobables son los que han adherido básicamente a los métodos y las metas *apristas.*

Los partidos comunistas

Con la excepción, ya anotada, del PC chileno, los PC latinoamericanos antes de Fidel Castro fueron pequeñas sectas bloqueadas por su docilidad ante las directrices del Comintern y del Cominform[21]. De hecho, antes de 1935, los PC latinoamericanos estuvieron prácticamente asfixiados. Por una parte se les reprimía dondequiera con ferocidad. Por otra parte, la excomunión del aprismo decretada por el Comintern en 1927 les impedía toda

coincidencia, aun táctica, con el único sector que sentía alguna afinidad con ellos.

Típicamente, ese aislamiento no pudo terminar sino cuando Moscú, preocupado por el auge del fascismo, decretó en el VII Congreso de la Internacional Comunista (1935) que de entonces en adelante el pecado mortal de un buen comunista sería el "sectarismo de izquierda", y autorizó expresamente toda alianza, en cualesquiera condiciones, con cualquier fuerza "opuesta al fascismo y al imperialismo", sin exigir (como hasta entonces) la imposible condición de que los socios no comunistas de cualquier tal alianza aceptaran subordinarse sin reservas a las tácticas y la estrategia del Comintern, representado para el caso por el PC nacional correspondiente.

Esta "línea blanda" duró hasta que Stalin tuvo la certeza de que la URSS había resistido el asalto nazi, y quedó cancelada con la denuncia (por el dirigente comunista francés Jacques Duclos) del "browderismo" (de Earl Browder, jefe del PC norteamericano, a quien por recónditas razones estalinianas se decidió hacer chivo expiatorio para los fines del cambio de línea). Muchos dirigentes comunistas latinoamericanos de primera fila que habían pasado casi una década apoyando el frentismo anti-fascista y el esfuerzo de guerra contra el eje Berlín-Tokio-Roma, se encontraron de pronto a la intemperie, degradados, cuando no excluidos.

El Cominform, creado en 1947, formalizó el regreso al "sectarismo de izquierda", el cual llegó a su paroxismo en esos años de guerra fría y de desbordamiento paranoico por parte de Stalin. En Latinoamérica, ésta fue para los PC otra época de aislamiento, cuando no de persecuciones implacables y nueva clandestinidad.

Muerto Stalin, y armada la URSS con bombas atómicas, la línea cambió una vez más. El Cominform fue disuelto en 1955, y el XX Congreso del PC de la URSS (el mismo que escuchó el informe secreto de Jruschov sobre Stalin) una vez más autorizó a los PC de Occidente y del Tercer Mundo a adoptar tácticas de Frente Popular y condenó (implícitamente) la vía insurreccional, capaz de generar peligrosas situaciones de enfrentamiento con los EE.UU. y hasta una eventual guerra atómica. Ya la URSS no se sentía en peligro, salvo, justamente, de esa terrible eventualidad. La preservación de la paz sería en adelante el primer objetivo. Los comunistas de Europa Occidental tendrían que acomodarse para una larga espera y una transición pacífica hacia el socialismo en un futuro indeterminado.

En el mundo afroasiático (el único Tercer Mundo en ese momento) seguirían vigentes las tesis leninistas sobre la cuestión colonial y nacional, y allí estaban China y Viet Nam (y también la India de Nehru y la Indonesia de Sukarno, y Ceilán y Birmania) para testimoniar de la corrección y clarividencia de esas tesis.

¿Y Latinoamérica? Pues, lamentablemente, Latinoamérica estaba para todo el futuro previsible dentro de la esfera de influencia norteamericana. No era la URSS, ni un partido comunista tan disciplinado como el PC cubano quienes iba a estimular o a estimar en lo más mínimo a un terrorista individualista y pequeño-burgués, a un absurdo guerrillero llamado Fidel Castro.

En los momentos de intransigencia en la línea política (de "sectarismo de izquierda") los PC de América Latina habían recibido de Moscú la consigna de convertirse en factores de máxima perturbación. En cambio, en coyunturas internacionales delicadas para la URSS, los PC latinoamericanos habían debido convertirse en factores de moderación y conciliación. Así sucedió en el momento de consolidación de las ganancias soviéticas, tras la tregua en Corea y la muerte de Stalin. Los EE.UU. se habían convertido en el centro y el pilar del capitalismo mundial, sin duda, y eso hacía de América Latina la zona potencialmente más interesante para aplicar, en esta nueva etapa, las tesis leninistas sobre el uso de las tensiones entre metrópolis y países dependientes como motor de la revolución mundial pero los EE.UU. eran demasiado poderosos para ser provocados directamente en su zona inmediata de influencia, de la misma manera como los norteamericanos habían resistido la tentación de ir a' provocar a la URSS interviniendo de algún modo en la insurrección de Budapest en 1956. Por encima de la retórica, ambas superpotencias sabían que no tenían alternativa a la coexistencia pacífica.

Eso no alteraba, desde luego, la meta marxista-leninista de "enterrar el capitalismo", según reiteró Jruschov, en declaraciones dadas en territorio norteamericano, pero el mismo Jruschov, de regreso a la URSS, precisó que la meta era enterrar al capitalismo en montañas de carne y mantequilla, superando a los EE.UU. en la producción de esos dos renglones.

El resultado para los PC latinoamericanos de su obligación de ser veletas indicadoras del más mínimo cambio en el "viento de Moscú", los había para entonces reducido a esa función mecánica y pasiva (si es que alguna vez tuvieron otra). Un ejemplo: un año antes del triunfo de Fidel Castro en Cuba, Venezuela pasó de vivir durante diez años bajo una brutal dictadura militar de derecha, a un estado de semianarquía (enero de 1958). Durante más de un año, hasta que elecciones convocadas por el gobierno provisional produjeron una nueva legitimidad, el Partido Comunista Venezolano, en su punto más alto de prestigio y de influencia, por las circunstancias y por haber participado con heroísmo en la lucha clandestina contra la dictadura, hubiera podido intentar un "putsch". *Fue en esa coyuntura cuando se produjo la visita de Nixon a Caracas y los motines en su contra que casi le cuestan la vida.* En esos sucesos el PC venezolano demostró su capacidad de acción callejera, las masas caraqueñas su susceptibilidad a esa movilización, los demás partidos y los demás sectores organizados y determinantes (Fuerzas Armadas, medios de comunicación, Iglesia, organizaciones empresariales, sindicatos elc.) su impotencia, su inconciencia o *su activa simpatía* con las consignas antinorteamericanas de los comunistas (el Presidente Provisional, un Almirante de la Marina de Guerra, llegó a decir: "Si yo fuera estudiante, yo también me hubiera echado a la calle a manifestar contra Nixon...). Y sin embargo el PC venezolano no concibió ni por un instante la posibilidad de intentar tomar el poder, lo cual hubiera contravenido "la línea". Lo que hicieron, en cambio, aparte del carnaval que fue la manifestación contra Nixon, fue ser ejemplos de

“frentismo democrático”, y dedicar todos sus esfuerzos a “defender la democracia” y a colaborar con los partidos aprista y demócrata-cristiano en la preparación de las elecciones. Su máxima aspiración perfectamente conforme a “la línea” era el triunfo de un “frente de izquierda” en el cual participarían como socios secundarios, y sobre cuyo candidato (el Almirante Presidente Provisional) en caso de ser electo, esperaban poder influir para objetivos limitados y aprobados por Moscú.

Fidel en la Sierra Maestra

En Cuba, los comunistas habían realizado alianzas tácticas con Batista, y habían inclusive aceptado posiciones en su gabinete. En 1958 estaban distanciados del desacreditado dictador, pero salvo por decisiones individuales de algunos comunistas resueltamente heterodoxos (o enviados en misión, con el riesgo, para ellos, de ser excomulgados luego como “desviacionistas”) se mantenían por lo menos igualmente distanciados del “aventurero putschista pequeño-burgués” Fidel Castro.

En esos términos precisos había el Partido Comunista Cubano condenado el asalto por Fidel y los suyos al Cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953; y todavía en el segundo semestre de 1958, está documentado un llamamiento formal de los comunistas cubanos a un frente amplio, que debía incluir no sólo a los sectores “anti-imperialistas” (i.e. comunistas y filo-comunistas) sino a todos los cubanos de aspiraciones y sentimientos democráticos, deseosos de ver la dictadura de Batista

reemplazada por un gobierno correspondiente a las teorías apristas; es decir de un gobierno del tipo que, en los períodos de línea dura (“sectarismo de izquierda”) los PC latinoamericanos habían anatemizado, por instrucciones del *Comintern* o del *Cominform,* como “nacional-traidores” y “pro-imperialistas”.

De hecho, el “Movimiento 26 de Julio” de Fidel, correspondía en sus formu1aciones teóricas al *aprismo* (en ningún caso al marxismo-leninismo), pero en 1958 los comunistas le objetaban su inclinación al terrorismo (originado en la tradición de las luchas estudiantiles cubanas) y el aventurerismo romántico de la guerrilla, nada novedoso, por cierto, en Latinoamérica, y además vinculado a una antiquísima manera de hacer oposición armada al poder en todas las sociedades *rurales, atrasadas y desorganizadas;* y por lo tanto en las antípodas del concepto marxista de la acción revo1ucianaria.

Al concluir el año 1958, la dictadura de Batista se desmoronó en una forma muy semejante a como había terminado la dictadura de Pérez Jiménez once meses antes en Venezuela, por una combinación de desmoralización y divisiones en el alto personal del poder, de distanciamiento de los cuadros militares con relación a la estructura política de la dictadura, y de una correspondiente mayor audacia de la población, inclusive las clases medias y altas, en manifestar su desagrado con la corrupción administrativo y la represión. La guerrilla de Fidel había sido un catalizador en el proceso, pero es seguro que también sin ella Batista no hubiera podido mantenerse, *porque los* EE.UU. *habían llegado a considerarlo un lastre y una vergüenza.*

El giro inesperado que en seguida tomaron los asuntos políticos de Cuba se debió a dos factores. Uno de ellos, seguramente el menos importante, fue que la corrupción del régimen de Batista había ganado las Fuerzas Armadas, las cuales encima de ello se habían debilitado mucho políticamente por su incompetencia en combatir a los guerrilleros, y porque esos débiles combates las habían comprometido *como institución* con la dictadura y contra los héroes barbudos que bajaban de la montaña.

El otro factor fue Fidel mismo. Aclamado por Cuba y América Latina unánimes (salvo, en el primer momento, los comunistas), visto con simpatía por importantes sectores norteamericanos, el *aprista* Fide1 va sin embargo, en meses, a iniciar un proceso que va a conducir a la meta que los comunistas, deseándo1a idealmente, habían considerado imposible de lograr (y lleno de riesgos inaceptables siquiera intentar) en América Latina: va a enfrentarse a los EE.UU. (el imperialismo, por antonomasia) hasta causar eventualmente una total ruptura económica y política; va a iniciar un proceso de estatización de la economía y la vida cubanas que comenzando con las propiedades norteamericanas, va a terminar por hacer de Cuba un país más rígidamente comunista que Polonia o Hungría (o que la URSS), puesto que a partir de 1968 (“Año del Guerrillero Heroico”), hasta las más íntimas supervivencias de actividad económica artesana1 o de servicios serán estatizadas, como peligrosos e inadmisibles quistes de “tendencias individualistas” y de “actividades anticomunistas”; va a hacer del Partido Comunista Cubano, primero su brazo político esencial, en seguida el sector dominante del Partido Unido de la

Revolución, y finalmente (disuelto ese PUR, supuestamente contentivo de todas las tendencias genuinamente revolucionarias) el partido único, en la mejor tradición leninista, idéntico al gobierno, rector de todas las instituciones, inclusive la radio, la televisión y las universidades, editor de todos los libros, folletos y revistas, así como del único diario que existe donde antes y después de lo peor de la dictadura de Batista había un abanico que reflejaba todas las tendencias.

Y naturalmente, lo esencial: va a invertir la dependencia cubana, de manera que donde antes estaban los norteamericanos, están ahora los rusos, con tanto poder de decisión sobre los usos del territorio cubano en su estrategia global, que en 1962 intentaron hacer de Cuba una base nuclear contra los EE.UU., y en seguida se desdijeron, sin que la opinión o la voluntad de Cuba fueran en lo esencial tomadas en cuenta ni para la decisión original, ni para su revocación.

¿Por qué y cómo hizo Fidel estas cosas? ¿Era Fidel antes de 1969 un comunista disfrazado, o aún un marxista, salvo en el sentido en que los *apristas* son tan marxistas, o más, que los leninistas? En el capítulo *Las formas del poder político en Américá Latina* (v. abajo pp. 350-351) trataré de responder a esas interrogantes.

Lo que está a la vista es que, sean cuales hayan sido sus motivaciones, Fidel logró en la práctica, a 150 kilómetros de las costas norteamericanas, en una de los países más estrechamente vinculados a los EE.UU., una de las victorias más importantes y espectaculares dentro de la perspectiva de las tesis leninistas sobre el rol de los países coloniales y dependientes en la destrucción del orden capitalista mundial.

Esto explicaría por sí solo (y de hecho justificaría) la inmensa resonancia de la Revolución Cubana. No estaba el mundo, con los sucesos de Cuba entre 1959 y, digamos, 1962 (cuando ya nadie puede dudar que la isla se ha convertido en un satélite soviético) en presencia de un incidente local, de un pequeño cambio pendular de gobierno, sucedido en un remoto país latinoamericano. Lo que había ocurrido era más bien comparable al viaje del Apolo II. Con éste, el hombre puso por primera vez el pie en la luna. Con la Revolución Cubana, la cosmovisión marxista-leninista logró por primera vez afianzarse en forma de sistema de poder en el Hemisferio Occidental, cosa tan impensable, algunos años antes, como los viajes extraterrestres, y tal vez más trascendente.

Esa sacudida la sintió y la sigue sintiendo Occidente (¿se concibe Portugal 1975 sin Cuba 1960?), y la sintió también y muy profundamente *el socialismo,* en su sentido más amplio. A partir de la Revolución Cubana, nada será exactamente igual, todo va a ser removido, los hombres, las ideas, las tácticas, los partidos marxistas-leninistas, y también los partidos socialistas democráticos.

Y todo esto, en América Latina y en el mundo, por algo que ha sucedido y que va a continuar desarrollándose en un país latinoamericano y en seguida en el resto de Latinoamérica. Esa inserción de Latinoamérica en el contexto mundial (en lugar del contexto "panamericano") es una de las razones por las cuales una sorprendente proporción de latinoamericanos, cuya psicología de fracasados hemos analizado (así como su causa en el

éxito norteamericano) se sienten de alguna manera "desquitados" por Fidel.

El "Buen Revolucionario"

Habiéndose declarado marxista-leninista (diciembre de 1961), habiendo resistido la presión norteamericana y las maquinaciones de la CIA que culminaron en el patético desembarque de Playa Girón, Fidel logra (y se había ganado) la atención y la adulación universales. Cuba es una "democracia socialista". Fidel, una de las vedettes del comunismo mundial. De todas partes acuden periodistas (y simples curiosos, como Francoise Sagan) a ver de cerca esta vía inédita hacia el socialismo.

Para la URSS todo el asunto resulta literalmente providencial. En 1956, Jruschov había reconocido ante el XX Congreso del PCUS los crímenes y las "desviaciones personalistas" de Stalin. Y contrariamente a lo que había supuesto la dirigencia soviética, mal conocedora de la fuerza de la información moderna, el asunto había rebotado (y sigue rebotando hasta hoy). Ese mismo año vio la insurrección de Budapest y su brutal represión por los tanques rusos, así como la sublevación de 15.000 obreros de la fábrica de coches de ferrocarril de Poznan, en Polonia, dando mueras al comunismo y a los rusos y exigiendo "pan y libertad". A partir de 1960, las relaciones sino-soviéticas pasarían de la frialdad a la enemistad pre-bélica, y el mundo vería desarrollarse el espectáculo, escandaloso y deprimente para los comunistas, de una *rivalidad de potencias* entre los dos principales países revolucionarios. En Agosto de 1961 el Muro de Berlín fue la única respuesta que pudieron

encontrar los comunistas para el “voto con los pies” de los alemanes del este, masivamente ansiosos de cambiar su participación en la forja del futuro por un poco de libertad y comodidad en el presente.

En ese cuadro francamente sombrío, la aparición de Cuba revolucionaria fue doblemente importante: aportaba evidencia sobre la fuerza histórica del leninismo, como ya queda dicho; pero además y sobre todo daba oxígeno a la esperanza de que alguna vez, en alguna parte, un régimen comunista pudiera no ser inhumano. Así como el “viejo mundo” de la civilización europea había imaginado, antes del descubrimiento de América, la existencia en alguna parte de alguna isla incontaminada por la civilización y el pecado original, donde vivieran “buenos salvajes” libres de ambición, de crueldad y de codicia, el “viejo mundo” de la cultura revolucionaria que se ha venido formando de 1917 a esta parte no cesa de imaginar que pueda surgir en alguna parte (una isla sería especialmente apropiada) una especie nueva de revolucionario, un “buen revolucionario”, incontaminado por el estalinismo y capaz de no reeditarlo.

La Revolución Cubana (como antes -y todavía- la Revolución China) vino a responder por un momento a esa ilusión. Y dentro de ella, no tanto Fidel (cuya figura de “político” y de hombre de poder traspasaron desde muy temprano, la máscara “buen-revolucionaria” de la barba y el uniforme ajado y sin insignias) como el Che Guevara, con sus teorías sobre la función purificadora de la guerrilla y el “hombre nuevo”.

Para el Che, el guerrillero y la guerrilla serían la matriz no sólo de la revolución, sino de una revolución por fin pura, por fin humana. El guerrillero debe ser como un

santo de la revolución, superior a los demás hombres no sólo en valor personal, y conciencia revolucionaria, sino también en bondad y simpatía hacia los oprimidos. Un discípulo del Che, el cura guerrillero colombiano Camilo Torres, llegó a decir que el Cristo mismo hubiera sido guerrillro, de haber vivido en Latino américa en nuestra época.

Y esos revolucionarios puros, ascéticos, templados por el peligro y las privaciones, serían supuestamente capaces, una vez conquistado el poder, de ejercerlo con igual bondad y devoción, y además de transmitir su altruismo a las masas, hasta lograr, por una mutación sociológica sin precedentes, el advenimiento del "hombre nuevo".

Para el Che, había una línea continua entre las virtudes del guerrillero y su "contagio" a toda la sociedad socialista que sería una "democracia armada" (una sociedad de guerrilleros) finalmente compuesta abrumadoramente o hasta *exclusivamente,* por reformadores sociales. Los incentivos materiales no serían necesarios, el trabajo sería voluntario, el dinero no existiría, y dentro de la abundancia lograda sin gran esfuerzo en una economía organizada "para el servicio y no para el lucro", cada cual retiraría de los depósitos comunales los bienes y los alimentos necesarios para su subsistencia.

Vale la pena señalar, aunque sólo sea para no pasar por ignorantes de textos muy fundamentales y muy conocidos del marxismo, tales como el *Manifiesto Comunista,* la introducción de Engels al ensayo de Marx *Trabajo asalariado y capital,* y la *Crítica del Programa de Gotha,* (Marx) que no son ni nuevas ni del Che tales

ideas sobre la abolición de las transacclones mercantiles y del trabajo asalariado, por la desaparición del egoísmo y la superabundancia de bienes materiales que supuestamente se producirían bajo el socialismo. Si acaso puede considerarse interesante el énfasis del Che sobre las virtudes del guerrillero, "hombre nuevo" *antes* de producirse las condiciones *post-revolucionarias* para la desaparición del egoísmo, del individualismo y de los conflictos sociales, debidos exclusivamente, según el marxismo, a la existencia de la propiedad privada y a la lucha de clases que sería su consecuencia.

Sin excepción, los socialistas, aun pre-marxistas, daban por sentado que el objetivo de la revolución no podía ser otro que crear las condiciones para el surgimiento natural e inevitable (no voluntarista ni heroico) de un hombre nuevo, quien en realidad no sería nuevo en absoluto, sino que sería el viejo "buen salvaje", que todos llevamos adentro, reprimido por la civilización, y quien desde luego, al desperezarse tras su larguísitno sueño y encontrarse con todas las maravillas que de todos modos la corrompida civilización le habrá dejado en herencia, se convertirá nada menos que en un *superhombre,* y el mundo en un *supermundo.* Según Fourier, en la sociedad socialista, los animales perjudiciales habrán desaparecido, y todos los existentes se dedicarán a servir al hombre y a hacer por él todo trabajo. "Un anticastor se encargará de la pesca, una antiballena remolcará los barcos en el mar en los días de calma chicha, y un anti-hipopótamo, las embarcaciones en los ríos. En vez del león existirá un anti-león, corcel de maravillosa rapidez en que los jinetes encontrarán un asiento tan suave como los cojines de un coche de buenos muelles... Godwin no

considera imposible que después de la abolición de la propiedad privada los hombres se vuelvan inmortales. Kautsky nos dice que con la sociedad socialista "nacerá un nuevo tipo de hombre..., un superhombre, un hombre sublime'. Trotsky entra aún más en los detalles: 'el hombre será mucho más fuerte, mucho más perspicaz, mucho más fino. Su cuerpo será más armonioso, sus movimientos más rítmicos, su voz más musical. El promedio humano se elevará al nivel de Aristóteles, de Goethe, de Marx' "[22].

Vale decir que la maravillosa originalidad y profundidad atribuidas al Che Guevara se debe o bien a la ignorancia, o bien (lo que es más probable) al cálculo de que es más fácil propagar ciertas ideas constantes del socialismo atribuyéndoselas al Che que a Fourier, Kautsky, Godwin, Trotsky o aun a Marx y Engels. El "buen revolucionario" está mejor encarnado, y mejor propuesto como ideal humano por el guerrillero mártir de hoy que por antepasados en paltolevita.

Revolución en la Revolución

El Che murió en Bolivia en 1967, víctima de su fidelidad a la visión leninista de una revolución mundial causada por la insurrección de los países proletarios, y mártir del fracaso de su propia teoría sobre el "foco guerrillero" como catalizador del potencial revolucionario de las masas de los países del Tercer Mundo. El Che había visto a Fidel radicalizarse en la guerrilla, y florecer en seguida como el caudillo anti-imperialista capaz de mudar del campo imperialista al campo socialista un país del Caribe. Esa hazaña,

imprevista en todos los cálculos de los ideólogos comunistas, no podía ser explicada sino por algo implícito en la acción guerrillera misma, capaz de lo que no habían logrado en Latinoamérica el movimiento sindical y la política tradicional de los PC: forjar *la verdadera vanguardia revolucionaria,* y causar la maduración anticipada de las condiciones para la mutación revolucionaria.

La teoría del "foquismo guerrillero" (popularizada por el librito de Regis Debray *¿Revolución en la Revolución?)* supone que Latinoamérica está básicamente lista para una explosión revolucionaria. Las estructuras de poder existentes no se sostienen salvo por la alianza de oligarquías y ejércitos nacional-traidores con el imperialismo norteamericano. El problema reside en desconyuntar los ejércitos, desmoralizar las burguesías y preparar las masas para tomar parte en la conquista del poder y en la construcción de la nueva sociedad socialista. Ambas facetas del problema pueden ser resueltas con un solo instrumento, cuya eficacia había sido demostrada en Cuba: el foco guerrillero, el cual es superficialmente sólo un expendiente militar, pero que en realidad logra tres objetivos políticos decisivos: 1. Crea la verdadera vanguardia revolucionaria, 2. provoca los ejércitos nacional-traidores a una lucha para la cual no están preparados, y los destruye, y 3. por su existencia y sus hazañas militares, politiza a las masas (son el "motorcito" que pone en marcha el gran motor de las masas) con lo cual se prepara el terreno para el último acto del drama revolucionario, la huelga general o la insurrección urbana sobre las cuales se apoyará la toma del poder.

El atractivo de estas ideas es obvio. Contra el descrédito, ampliamente merecido, del sovietismo y de los PC tradicionales, propone la frescura de una nueva manera "salvaje" de hacer la revolución, yendo de lo más simple e inmediatamente factible: el “foco” guerrillero, a lo complejo: el movimiento revolucionario generalizado; evitando a cada paso el “buen revolucionario” contaminarse con la “vieja política”, que “pudre” la pureza de las intenciones y complica la sencillez de los actos.

Y era un atractivo que se ejercía por igual entre los *dilettantes* de la revolución y entre sus actores designados. Mientras en revistas y salones de izquierda europeos y norteamericanos se discutía refinadamente sobre las teorías del Che, divulgadas por Debray, en América Latina, antes y después de la publicación de *¿Revolución en la Revolución?,* hombres de carne y hueso, y sobre todo hombres (y mujeres) muy jóvenes, y sobre todo estudiantes universitarios, dejaron algunas veces el pellejo, y casi siempre sus ilusiones en la guerrilla.

No habían sido tan insensatos los viejos teóricos marxistas cuando insistían tanto en esperar las condiciones objetivas favorables a la revolución. Desde luego que a fuerza de mirar hacia Moscú, y jamás en torno suyo, los comunistas latinoamericanos nunca se habrían enterado de la existencia de esas condiciones objetivas aunque las hubieran tenido debajo de las narices (como las tuvieron en Venezuela en 1958); o bien, al contrario, se hubieran lanzado de cabeza contra una pared si Moscú así lo hubiera dispuesto, como de hecho sucedió en Alemania en 1923.

Pero ahora, con la Revolución Cubana y la teoría del "foco guerrillero", varios PC latinoamericanos se echaron a la aventura de tratar de imitar a Fidel; y de todos modos, los PC no hacían falta para que guerrilleros salieran de hasta debajo de las piedras. Con Fidel en escena, los partidos *apristas* perdieron sus alas izquierdas y sus juventudes, ganadas por el *fidelismo* y el *guevarismo.*

Pero las tácticas descubiertas por la improvisación fidelista, se demostraron inextensibles *tal cual* al resto de la América Latina. Y parece claro que en la medida en que se pueda imaginar que una sorpresa comparable hubiera podido suceder en otra parte (de nuevo me refiero a Venezuela en 1958), y haya sido desaprovechada la oportunidad por no existir un Fidel que forzara los sucesos, es obvio que una vez ocurrida la RevoluciónCubana, *ya la sorpresa no se podría repetir.* Dondequiera las Fuerzas Armadas, los partidos liberales, conservadores, *apristas* o socialcristianos, los empresarios, las clases medias, los sindicatos, la Iglesia, los medios de comunicación y en general toda la estructura social (sin excluir las clases populares, obreras y campesinas, pero no por eso pro-comunistas) habían quedado en guardia, y los norteamericanos listos a prestar ayuda, y eventualmente a intervenir "a tiempo", como en Santo Domingo en 1965, para evitar "una nueva Cuba".

Guerrilla rural y terrorismo urbano

En la década siguiente a la Revolución Cubana, diez o doce países latinoamericanos hicieron (o aportaron) la experiencia del "foquismo" al estilo de la Sierra Maestra.

La experiencia de la montaña, era, desde luego, parte esencial de la teoría, o si se quiere de la *reconstrucción.* Para quien se resuelve a tomar las armas contra un gobierno establecido, la decisión de irse al monte es angustiosa y antinatural. Hasta el éxito del “foco” de Sierra Maestra, el guerrillero había llegado a ser, en Latinoamérica, una figura del pasado, o de las zonas donde aún se vivía como en el pasado, inconcebible salvo en la sociedad rural, pre-capitalista (así Sandino en Nicaragua, en los años veinte, o Zapata y Pancho Villa en la Revolución Mexicana) donde el guerrillero sale de la tierra y tiene hábitos y *savoir faire de* campesino. Pero el guerrillero latinoamericano de los años sesenta fue, típicamente, un intelectual burgués o, la mayoría, un estudiante universitario que nunca había cargado un peso, visto una culebra o encendido un fuego sin cerillas. Un *boy scout* estaba mejor entrenado para sobrevivir en el monte.

De 1963 es el siguiente diálogo entre un comunista venezolano y Fidel:

F. Tú podrías ser un buen guerrillero, aunque estás un poco gordo, pero eso lo arregla la loma…

C.V. Fidel, en Venezela las ciudades han jugado un gran papel en las luchas políticas. Además, nuestro “aparato urbano” tiene loco al gobierno *(aprista* de Rómulo Betancourt, v. abajo: *Las formas del poder político en América Latina,* pp. 350-351). Sería una tontería irse para el monte y abandonar esas posiciones.

F. Mira Mendoza, lo único que garantiza la supervivencia del aparato armado de la revolución y el desarrollo de un verdadero ejército rebelde es la lucha guerrillera. El terrorismo en las ciudades es lo fácil.

(Entre los nuestros) muchos prefirieron morir en las ciudades que subir a la montaña...[23]

Lo cierto es que subir a la montaña (la “loma” de Fidel) no resultó fácil, pero tampoco menos mortífero que enfrentar a los gobiernos en el ámbito urbano. El fracaso y muerte del Che Guevara en Bolivia en 1967 y la caída “como un pajarito”, en manos de las autoridades bolivianas, del propagandista europeo del “foquismo” y de la ilusión del “buen revolucionario”, son el símbolo más apropiado y más elocuente de las limitaciones de la “revolución en la revolución”, la cual resultó ser arma de un solo tiro. Quedan guerrilleros empecinados en varios países de América Latina, cada vez más aislados, cada vez menos tomados en cuenta. Paradójicamente, las únicas veces que logran conmover las sociedades que pretenden desquiciar es cuando dan un golpe de mano en las ciudades, para procurarse fondos con un asalto a un banco o con un secuestro para exigir rescate.

Entretanto la realidad sociológica ha derrotado a la teoría. Los jóvenes latinoamericanos que persisten, inspirados por el culto a Fidel y al Che Guevara, en emplear la “lucha armada” operan desde hace varios años casi exclusivamente en las ciudades. Los Tupamaros uruguayos y los Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo, argentinos, son los que más han dado que hablar. En Uruguay, ese terrorismo urbano tuvo éxito en conducir un régimen liberal hacia comportamientos cada vez más represivos. En Argentina, donde los secuestros y los atentados promedian más de uno por día, ha dado al neo-peronismo, con o sin Perón, la excusa perfecta para liquidar *físicamente* a su “ala izquierda”, con lo cual los

marxistas argentinos se han recordado, un poco tarde, de quién era y de dónde salió Perón.

La actividad subversiva de izquierda (la "lucha armada") ha sufrido finalmente la suprema afrenta de ser acusada de estar, en algunos casos, "manipulada" por la CIA. Esta es la tesis que se esgrime en México contra los escasos guerrilleros que operan en ese país; y se la invocó, por ejemplo, en 1974, cuando el suegro del Presidente mexicano fue secuestrado por un grupo de extrema izquierda.

Chile: una enfermedad infantil mortal

El desquiciamiento emotivo (e ideológico) producido en Latinoamérica por la Revolución Cubana, fue sin lugar a dudas una de las causas fundamentales del fracaso (o en todo caso del desenlace violento) del experimento del Frente Popular chileno. Sin la necesidad de "estar a la altura" de Fidel y del Che, y sobre todo sin la presión a su izquierda de fidelistas y guevaristas, es probable que Salvador Allende estaría vivo, sería Presidente de Chile, y entregaría la Presidencia a su sucesor debidamente electo (seguramente el Demócrata Cristiano Eduardo Frei) en 1976. Durante su mandato, Chile hübiera estatizado su economía un poco menos de lo que de hecho se intentó entre 1970 y 1973, pero de todos modos en forma significativa, e *irreversible;* y con ello el Partido Comunista chileno hubiera visto premiados una larga paciencia, un formidable trabajo organizativo, y una habilidad táctica, que (sin violar la fidelidad a la URSS) lo califican (o lo calificaban) como el único PC latinoamericano que fuera más que un club político

marginal, a la zaga de los *apristas* y otros movimientos "populistas".

Había sido, ese PC chileno, el único PC latinoamericano en poder cumplir cabalmente la consigna frentista del VII Congreso de la Internacional. Entre 1938 y 1941, y de nuevo en 1946-47, participó (en segunda fila) en gobiernos de Frente Popular. Y en 1956 negoció con el Partido Socialista liderizado por el *aprista* Salvador Allende[24] una coalición electoral llamada Frente de Acción Popular, y mejor conocida por sus siglas: FRAP.

Con la adhesión de algunos otros partidos menos importantes (y eventualmente de la extrema ala izquierda, radicalizada por la Revolucion Cubana, de la Democracia Cristiana) el FRAP obtuvo 28,6 por ciento de los votos en las elecciones de 1964 (ganadas por el candidato Demócrata Crisctiano, Eduardo Frei, con 55,6 por ciento de los votos).

Seis años más tarde, los conservadores chilenos, disgustados y alarmados por lo que consideraban un peligroso radicalismo izquierdista Demócrata Cristiano, lanzaron candidato propio (lo cual no habían hecho en 1964, asustados por el FRAP). El resultado fue una estrecha victoria de Allende, con una mayoría relativa de 36,2 por ciento del voto (contra 34,9 por ciento del candidato conservador y 27,8 por ciento del candidato Demócrata Cristiano).

La constitución chilena preveía, para el caso de que ningún candidato presidencial obtuviera la mayoría absoluta, no una segunda vuelta de sufragio entre los dos candidatos con las mayores minorías (como en Francia) sino una decisión por el Congreso, Por esa circunstancia,

los Demócrata. Cristianos chilenos pudieron haber hecho presidente al candidato conservador. Pero prefirieron darle el espaldarazo a Allende, aunque no sin antes exigirle una serie de compromisos y garantías de que no trataría de subvertir las instituciones.

El desenvolvimiento y desenlace de la tragedia de Salvador Allende (y de Chile) será visto en otra parte de este libro.[25]

¿Adónde ir, y cómo?

La pesadilla chilena ha obligado a los más serios entre los marxistas latinoamericanos a replantearse toda la cuestión de las tácticas y la estrategia revolucionarias. El ciclo abierto por la Revolución Cubana en 1959, se cierra con la debacle de la Unidad Popular Chilena (nombre adoptado por el FRAP en el poder) en 1973.

Otra ilusión lírica ha terminado. En Cuba, el régimen fidelista reedita, con énfasis tropical, los aspectos más odiosos y más deprimentes del comunismo, tal como se le conoce cada vez un poco más desde 1917. En Chile, el intento de revolucionar una sociedad latinoamericana con el Ejército intacto y sin suprimir las libertades públicas, desembocó en una dictadura implacable. ¿Adónde ir ahora, y cómo?

Algunos comunistas latinoamericanos han llegado a la conclusión de que nada se podrá hacer sin ganar los eiércitos a la causa revolucionaria, y se refieren a la llamada "Revolución Peruana". Otros (o los mismos) han resuelto desvincularse públicamente de la URSS, cuya existenia no dejan de considerar preciosa, pero quien a la vez desacredita cada día la causa revolucionaria con la

demostración de su atraso político, de su pobre rendimiento económico *y de su propio imperialismo sobre los países débiles del campo socialista.*

En general, cabe la afirmación de que los sobrevivientes del "foquismo", más sabios por ese fracaso y por la manera como los fidelistas y guevaristas chilenos condujeron a Allende al desastre, han comenzado a reflexionar que tal vez no andaba tan despistado Víctor Raúl Haya de la Torre.

Uno de los movimientos de renovación marxista más astutos de América Latina, el Movimiento al Socialismo (MAS) venezolano, (disidente del PC, sobre bases vinculadas a la actitud expresada por Garaudy en *El Gran Viraje del Socialismo)* ha dado la espalda a las alternativas pendulares *frentismo-sectarismo de izquierda,* entre las cuales se debatió (y se debate) la impotencia de los PC latinoamericanos. En lugar de esos zigzags impuestos por las conveniencias tácticas de la URSS, el MAS pretende atraer con una política de atención solícita a las aspiraciones especiales de todos quienes están insatisfechos, a sectores mucho más amplios que los convencidos de la religión marxista, y eventualmente a los militares. Entretanto, no vacilan en admitir que el *aprismo* venezolano ha logrado justamente eso, y concentran su crítica contra Acción Democrática (el partido *aprista* venezolano, actualmente en el poder) sobre la falta de correspondencia estricta entre el programa *(aprista)* de AD, y sus gestiones de gobierno con cuatro presidentes y catorce años en el poder desde 1945.

Pero esas fallas (sostiene a la vez tácitamente el "neocomunista" MAS) podrían explicarse (y hasta

excusarse) por la necesidad de existir, sobrevivir, crecer, llegar al poder (v mantenerse en él) un movimiento “antiimperialista” (i.e. marxista) en las condiciones históricas prevalecientes antes de la Revolución Cubana, el viaje de Nixon a China y la victoria comunista en Viet Nam. En el nuevo contexto mundial, ¿no podrá la tesis aprista de la alianza anti-imperialista de obreros, campesinos, clases medias y empresarios no vinculados al capital extranjero ser remozada en nuevas manos? O, tal vez mejor todavía ¿no podrá consumarse la captación del *aprismo* por el leninismo, que intentó Lozowsky sin éxito en 1926? Después de todo, aquel fracaso se debió por una parte a las condiciones mundiales prevalecientes, que hacían impensable una acción política eficaz en América Latina sobre la base de la interpretación dogmática (y además zigzagueante, según los intereses circunstanciales de la URSS) de la Tesis de la Internacional comunista sobre la cuestión nacional y colonial; pero también por otra parte, a la brutalidad de los soviéticos al querer imponer un dominio vertical sobre el desarrollo de la revolución mundial, a partir del supuesto de que todo cuanto favoreciera a la URSS era en cada caso lo mejor y lo más útil para el triunfo final del comunismo.

Sea como fuere, el MAS y otros movimientos “neocomunistas” latinoamericanos que asuman actitudes igualmente astutas y parecidamente apropiadas a las nuevas “condiciones objetivas”, tienen varias cartas muy fuertes que jugar en el propósito de “tercermundizar” irrevocablemente a la América Latina. Por ejemplo, todos los partidos *apristas* cargan con un complejo de culpa por juzgar, en el fondo, ellos mismos, haber el ejemplo de

Fidel Castro demostrado que se podía ir más lejos y más rápido en la vía del anti-imperialismo. Y en América Latina el anti-imperialismo tiene la connotación precisa y clara de un enfrentamiento y una eventual ruptura no con el mundo capitalista avanzado en general, sino precisamente con los EE.UU., cuyo éxito y poder en el hemisferio americano nos causan tanta humillación y tanta amargura, en comparación con nuestro propio fracaso relativo sobre el mismo terreno y en el mismo tiempo histórico.

Con la aceptación, ahora generalizada de las hipótesis que conforman la teoría según la cual ese éxito norteamericano se explica esencialmente por el despojo al cual los EE.UU. nos han sometido mediante los mecanismos del imperialismo y la dependencia, América Latina ha metido el dedo en el engranaje del mito más peligroso y más enervante entre los tantos que nos han servido a excusar nuestros defectos.

Uno, dos, tres, muchos Vietnam

Es peculiarmente enervante ese mito porque, si todo cuanto anda mal en Latinoamérica se debe a un agente externo, nada de lo que hagamos antes de exorcizar ese demonio (antes de "romper la dependencia", como Cuba) servirá para mejorar la calidad de nuestras sociedades. Al contrario, los esfuerzos mejor intencionados y más heroicos por lograr progresos dentro del "reformismo", terminarán por aparecer especialmente perversos, ya que demoran el advenimiento de la mutación revolucionaria.

Y es peligroso ese mito porque está generando en alguno de los países latinoamericanos mejor dotados para

lograr un avance decisivo (como Venezuela) comportamientos cada vez más basados en la hipótesis de que no hay intereses ni metas comunes entre Latinoamérica y los EE.UU., sino sólo divergencias.

Ahora bien, con la distensión kissingeriana en las relaciones entre las superpotencias, y el reemplazo de la bipolaridad por la *tripolaridad* EE.UU.-URSS-China, no ha desaparecido, ni mucho menos, la rivalidad mortal de esos centros de poder; ni el uso del marxismo como instrumento de la política exterior soviética o china; ni la gravedad de la disyuntiva que para cada uno de los países de América Latina representa la opción entre los modelos liberal y marxista de organización social, con todo lo que ello implica en materia de alternativas diversas, contradictorias e incompatibles en su política interna y en sus relaciones internacionales.

Lo que sucede es que la distensión (más aparente que real) en las relaciones entre las tres superpotencias, difumina esas realidades y las hace aparecer desdibuiadas, en la misma forma como la Guerra Fría y la bipolaridad les daban un relieve posiblemente exagerado.

Y en esas nuevas circunstancias, las superpotencias comunistas están en una excelente postura para promover el anti-norteamericanismo latinoamericano, no como instrumento invariable y certeramente específico de los mejores intereses de los países latinoamericanos (aunque tal posibilidad no puede descartarse) sino más probablemente como fuerza mediatizable y aprovechable en favor de la URSS, o de China, o de ambas.

Nadie parece haberse detenido a analizar el sentido, sin embargo transparente, de la famosa consigna lanzada

desde Bolivia por el fiel leninista que fue el Che Guevara, según la cual lo que corresponde hacer a todo revolucionario latinoamericano es tratar de que su propio país se convierta en otro Viet Nam. ¿Sirvió acaso la guerra de Viet Nam los mejores intereses de aquel pueblo? Personalmente me parece obvio que se trató más bien de una horrible tragedia que cayó sobre el pueblo vietnamita, cuyo legítimo sentimiento nacionalista fue captado y alienado de acuerdo a las tesis leninistas sobre la cuestión nacional y colonial, y que sufrió en consecuencia la tragedia de convertirse en un volcán en el lindero de grandes masas geopolíticas, las cuales persiguen no un imposible equilibrio definitivo, sino un continuo reajuste, y ventajas marginales, sin guerra general.

Un reajuste, además (y tristemente para Viet Nam y para cualquier otro pueblo, especialmente latinoamericano, que muerda el anzuelo leninista) donde lo ideológico juega un papel importante, pero no exclusivo, o siquiera determinante; de manera que tras sufrir treinta años de horror en aras de la revolución mundial, pero más precisamente en favor de la URSS y más recientemente de China, Vietnam se encuentran con que su sacrificio y el trauma *indeleble* de esa guerra habrán servido sobre todo para que los EE.UU. inicien una nueva era de cooperación económica con la URSS., y se hayan visto forzados a admitir que China es, por derecho pleno, una de las superpotencias de la tierra.

¿Quién, o quiénes, serán, después de esto, los promotores, conscientes o inconscientes, de los uno, dos, tres, muchos Vietnam con que soñaba el “buen revolucionario” Ernesto Guevara para América Latina?

NOTAS

1. Esta observación es por cierto extensible al complejo de igual naturaleza, pero más general y más difuso, que sufre todo el llamado "Tercer Mundo" frente a todo el mundo occidental industrializado.

2. V. pp. 95-97.

3. V. pp. 82-84,

4. Subrayado por mí.

5. V. Nota 5. p. 111.

6. John Atkinson Hobson, inglés, en *El Imperialismo,* 1902.

7. Rudolf Hilferding, austríaco, en *El Capital Financiero,* 1910.

B. Cf. Pierre Jalée, *Le pillage du Tiers Monde,* París, Maspero, 1967.

9. De la misma manera los discípulos de Cristo, cuando se convencieron de que el Segundo Advenimiento y el Milenio no se producirían a corto plazo, reformularon el Cristianismo sobre supuestos distintos al pronto regreso del Mesías.

10. Es preciso insistir, en este punto, en que el imperialismo y la explotación de los países débiles por los países fuertes no es ningún mito. A través de toda la historia, los países poderosos han sometido a los países débiles a toda clase de humillaciones, atropellos y exacciones. Lo que es transparentemente falso es que su poder, los países imperiales, desde la antigüedad a nuestros días, lo hayan derivado de esas exacciones, las cuales obviamente han podido tener lugar sólo porque diferencias decisivas de poder existían *antes* de todo contacto, antes de toda transferencia injusta del haber de los débiles al haber de los fuertes. Encima de esto, no basta que una potencia tenga la capacidad de acción externa que le permita devenir imperialista para que las transferencias de riqueza que obtenga, abusivamente redunden en su beneficio. El ejemplo de España, arruinada por su fantástico éxito imperialista en América, basta para demostrar que la mayor transferencia de riqueza puede ser positivamente catastrófica, si la sociedad que la recibe no tiene por otra parte una *capacidad de acción interna* mucho más importante y decisiva para su propia prosperidad y equilibrio que el talento militar y político que permite reducir otros pueblos a la sumisión.

11. La redacción de la Tesis del Segundo Congreso de la Internacional Comunista sobre las cuestiones Nacional y Colonial fue el resultado de la colaboración entre Lenin en persona y el

comunista hindú M. N. Roy; no carece de interés saber que Roy fue enseguida enviado a Latinoamérica por la Tercera Internacional, y que a él se debe la fundación del Partido Comunista Mexicano.

12. Desde la admisión, hecha por Lenin en *El Imperialismo, Estadio Supremo del Capitalismo,* de que "los dirigentes sindicales y... la aristocracia obrera" de los países capitalistas avanzados, habían sido "sobornados" y se habían "aburguesado", la palabra *proletariado* en el vocabulario comunista va cada vez más a ser usada cuando la referencia es a los PC, la "vanguardia del proletariado".

13. *i.e.* los partidos comunistas.

14. Ho Chi Mihn se convirtió en el delegado de la Tercera Internacional para el Sureste asiático, y los últimos treinta años han visto hasta qué punto Vietnam, Laos y Camboya han sido escenario no de ningún "despreciable" progreso hacia la democracia formal, sino de esa violencia cada vez mayor predicha alegremente por Hilferding en 1910 (v. p. 178), con el consiguiente "saldo favorable" no para esos desgraciados países, sino para la posición relativa de los centros de poder socialista (antes sólo la URSS, ahora también China) en su pugna histórica con los países capitalistas avanzados.

15. O mejor dicho de Hispanoamérica, porque conviene aquí recordar que Brasil está excluido de las generalizaciones que se encuentren en este libro; y es en este contexto interesante consignar que Brasil rechaza categóricamente su inclusión en el "Tercer Mundo".

16. Siglas, en inglés, de la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo.

17. Nacido en 1895, vive todavía.

18. Aunque prefiere que sucedan en Vietnam o América Latina que en Portugal.

19. V. *Los caudillos consulares,* pp. 357 y ss.

20. V. *Los demócratas a contracorriente,* pp. 395 y ss.

21. Debe decirse, sin embargo, que los PC fueron importantes e influyentes como estímulo al activismo político y que muchos dirigentes de lo que en general puede llamarse el *aprismo,* iniciaron su carrera como militantes o simpatizantes del comunismo.

22. La cita de Fourier es de las *Oeuvres completes,* a IV, 2ª ed. París, 1841, p. 254. La de Godwin de *Das Eigentum,* Leipzig, 1904, p. 73. La de Kautsky de *Die soziale Revolution,* 3ª ed. Berlín, 1911,

t. II, p. 48. La de Trotsky de *Literatur und Revolution,* Viena, 1924, p. 179. Estas citas, así como la referencia a su fuente, se encuentran en el libro de Ludwig von Mises *El Socialismo.*

23. Rafael Elino Martínez, *¡Aquí todo el mundo está alzao!* Caracas, El Ojo del Camello. 1973, pp. 277-278.

24. En precaución, contra la segura acusación de que estoy calumniando a Allende al calificado de *"aprista",* hago la aclaratoria de que: 1) Allende estaba, esencialmente, cercano a Haya de la Torre y no a los comunistas; y, 2) el adjetivo *aprista,* despojado de las implicaciones peyorativas que le han endosado los comunistas, describe mejor que cualquier otro (una vez explicado qué es el aprismo) los distintos intentos por formular un socialismo democrático latinoamericano, diferenciado de los instrumentos soviéticos que han sido los partidos comunistas.

25. V. *Las formas del poder político en América Latina,* pp. 350-370.

CAPITULO VI
LATINOAMERICA Y LA IGLESIA

Por y para la Iglesia

LA Iglesia Católica tiene más responsabilidad que ningún otro factor en lo que es y en lo que no es la América Latina. La conquista española se hizo por y para el catolicismo. El catolicismo sirvió a la conquista y a la colonización, y la conquista y la colonización sirvieron al catolicismo. En seguida, y hasta mediados del siglo XIX, es decir en los 350 años decisivos en la formación de la cultura y de las estructuras políticas y sociales de Latinoamérica, el catolicismo fue a la vez el cerebro y el espinazo de la sociedad latinoamericana.

Por otra parte, la Iglesia Católica tuvo con la evangelización del Nuevo Mundo americano su mayor éxito proselitista desde la Antigüedad, justamente cuando la mitad del Viejo Mundo europeo se sacudía, con la Reforma Protestante, el dominio de Roma. Hay en ello razón más que suficiente para que la Iglesia considere a la América Laina como hija predilecta, y se preocupe muy especialmente por la evolución de los asuntos latinoamericanos, y por su propia participación en esa evolución. Hay en Latinoamérica 300 millones de católicos nominales, que serán cerca o más de 500 millones dentro de un cuarto de siglo. Si la Iglesia sigue perdiendo terreno en esta región, el cuadro global será para ella sombrío. Si el catolicismo logra, en cambio, restaurar aunque sólo sea una parte modesta de la

influencia que tuvo antaño, o por lo menos no perder más terreno del mucho ya perdido, estará salvando una de las ramas más importantes del árbol de la fe católica.

Cabe por lo tanto preguntarse si la América Latina no ocupa un sitio muy destacado en los análisis del Vaticano sobre el panorama total del catolicismo en el mundo, e inclusive si algunas decisiones de alcance general y de gran trascendencia, como por ejemplo la distensión en las relaciones de la Iglesia con el mundo comunista, no tienen por objeto facilitar el desenvolvimiento actual y futuro de la Iglesia latinoamericana, así como ampliar su campo de maniobra en su esfuerzo por re-engranar con la dinámica social de una región donde en otro tiempo el catolicismo fue soberano y determinante en prácticamente todos los aspectos de la vida de los individuos y de la sociedad.

De la omnipotencia al naufragio

La Emancipación fue lo primero que en Latinoamérica se hizo fuera de la voluntad de la Iglesia, pero ni siquiera por eso *contra* la Iglesia. La Constitución, de la Primera República venezolana (1811) ratifica la intolerancia religiosa prevaleciente bajo el derrocado Imperio Español, en estos términos: "La Religión Católica, Apostólica, Romana, es también la del Estado, y la única y exclusiva de los habitantes de Venezuela. Su protección, conservación, pureza e inviolabilidad será uno de los primeros deberes de la Representación Nacional, que no permitirá jamás, en todo el territorio de la Confederación, ningún otro culto, público ni privado, ni doctrina contraria a la de Jesucristo".

En México, la llamada Constitución de Apatzingán (1814), inspirada por el radicalismo de Morelos, dice sin embargo que “la religión católica será la única, sin tolerancia de otra”, y establece que el dogma católico deberá ser sostenido por la vigilancia de un *Tribunal de la fe,* autónomo y ajeno al Estado. Morelos mismo, en sus *Sentimientos de la Nación,* había dicho que “se debe arrancar toda planta que Dios no plantó”. El *Manifiesto de Iguala,* de Iturbide (1821), tiene como la *primera* de sus *Bases* la siguiente: “La religión católica, apostólica, romana, sin tolerancia de otra alguna”; y la Constitución republicana de 1824 dispone que “la religión de la nación mexicana es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana. La nación la protege con leyes sabias y justas y prohibe el ejercicio de cualquier otra”.

Disposiciones semejantes se encuentran en prácticamente todos los primeros textos constitucionales de las repúblicas hispanoamericanas. Y los privilegios exorbitantes que la Iglesia pudo conservar en las primeras décadas de la vida independiente de esas repúblicas, incluían, desde luego, el monopolio de la educación. Los conflictos entre la Iglesia y el Estado aparecerán sólo después de 1850, serán los *liberales* quienes en esa segunda mitad del siglo, reduzcan el poder de la Iglesia, de acuerdo con el espíritu de los nuevos tiempos, tal como la Iglesia había previsto cuando se opuso, como Institución, a la Independencia hispanoamericana viendo en ella parte del derrumbe del Antiguo Régimen y el germen de la abolición de sus fueros y privilegios.[1]

Ese retroceso en su poder y en su influencia, la Iglesia Católica latinoamericana lo resolvió encarnizadamente,

en alianza estrecha con los llamados Partidos Conservadores (cuyo programa era esencialmente mantener el poder de la Iglesia); pero sin excluir coincidencias y servicios mutuos entre la Iglesia y "liberales" más interesados en estructurar aparatos de dominación que en cuestiones filosóficas. Caudillos y dictadores "liberales" de fines del siglo pasado y de la primera mitad del siglo XX de hecho gobernaron con sólido apoyo eclesiástico, debidamente retribuido por ellos mediante Concordatos satisfactorios para el Vaticano y para las Jerarquías locales.

Encima de esto, hasta muy recientemente la Iglesia latinoamericana aparecía claramente comprometida con la hegemonía norteamericana en el Hemisferio. Ya hemos tenido ocasión de ver que hasta la Revolución Cubana, ser miembro de la estructura de poder latinoamericana significaba ser, si no activamente pro-norteamericano, por lo menos no activamente antinorteamericano. Y la Iglesia Católica ha sido siempre y aspira a seguir siendo, una pieza esencial de las estructuras de poder, temporal si es posible, pero cuando menos espiritual, en las sociedades donde actúa y ¿quién puede distinguir, de buena fe, la línea divisoria de esos dos terrenos?

Para ir al fondo de este asunto, habría que desentrañar las ambigüedades del catolicismo, las contradicciones y acomodos casuísticos requeridos por su doble carácter de mensajero espiritual y poder temporal. Otros han dedicado a tal tema esfuerzos más competentes y especializados. Por mi parte diré solamente que en la actuación de la Iglesia en el Imperio Español de América y en las repúblicas latinoamericanas subsiguientes, esas

ambigüedades y contradicciones se han exacerbado, dando lugar a idealismos y maquiavelismos extremos, consecuencia unos y otros de la inserción de los fines y métodos de la Iglesia en un contexto desafortunado, y de la participación primordial y ductora de la Iglesia en la creación y mantenimiento de una sociedad tarada. Por otra parte, la Iglesia latinoamericana ha sido ella misma víctima de las insuficiencias generalizadas de la sociedad que ella ha contribuido tanto a forjar, y que se reflejan tanto en su personal especializado como en la feligresía, tanto en los pastores como en el rebaño.

¿Es por esto que tras haber sido todopoderosa la Iglesia ha perdido relativamente más vigencia en Latinoamérica que en casi cualquier otra área de su implantación, está reducida a un fragmento de su antiguo poder, y el cristianismo católico arrastra en la región una existencia marginal y decreciente en tanto que fe viva (distinta de la adhesión formal y prácticamente insignificante)?

En todo caso, para la Iglesia y para el cristianismo católico que ella encarna, Latinoamérica representa hoy por hoy un naufragio puesto que la Iglesia contribuyó más que nadie a crear y enrumbar una sociedad con la cual nadie está satisfecho; y que además esa sociedad está hoy sólo débilmente vinculada a la religión católica, lo mismo en sus creencias vivas que en sus comportamientos.

De esta manera, Latinoamérica significa nada menos que el fracaso, en la época moderna (dentro de la cual la extensión de la cultura europea al continente americano es el hecho fundamental), del catolicismo frente al protestantismo, o en todo caso de la ética católica frente a

la ética protestante, realizada esta última históricamente sobre todo en los EE.UU.

Otra vez la otra América

Uno de los primeros latinoamericanos en plantearse dolorosamente el contraste entre las dos Américas fue el chileno Francisco Bilbao (1823-1865) quien creía ver la clave de la diferencia en "el libre pensamiento, el *self-government,* la franquicia moral y la tierra abierta al inmigrante", cosas todas directamente atribuibles a la ausencia, en la América protestante, de las restricciones y sujeciones materiales, morales, políticas y mentales que el absolutismo católico impuso a la América Latina.

Un siglo más tarde, en vísperas del Concilio Vaticano II, otro latinoamericano angustiado formula el mismo tema en términos modernos: en el protestantismo habría habido "simpatía por la democracia. Sociólogas… relacionan (el protestantismo) con los orígenes del capitalismo moderno. Protestantes eran los navegantes del Mayflower, y *por su culpa* se consolidaron los cimientos religioso-cívicos de la democracia en América, contrariando así los principios monárquicos de la Iglesia Romana y los autoritarios de la Iglesia Anglicana"[2]

Y lo más grave de todo es que la diferencia entre las dos Américas no es sólo de éxito económico y de poder, sino de moralidad pública y privada. Desde este punto de vista, esencial para quienes, creyentes o no, estamos persuadidos de que el cristianismo es mucho más una superestructura hipócrita de relaciones de dominación y de juegos de intereses, y un velo piadoso de comportamientos cínicos e inmorales, la sociedad

protestante norteamericana aparece como más cristiana (o menos anti-cristiana) que la sociedad católica latinoamericana, y en todo caso mucho más exigente de conducta socialmente constructiva (aun en la disidencia) y de buena fe en los asuntos corrientes y en las relaciones interpersonales. Por ejemplo, no vemos en la sociedad norteamericana nada comparable a la pavorosa indefensión de la mujer-madre-soltera que es la regla de la sociedad latinoamericana, donde no es raro que *dos de cada cinco niños nazcan de acoplamientos circunstanciales,* con frecuencia tan fugaces que el padre no conocerá al recién-nacido, *hijo de un disfraz.*[3] En la sociedad norteamericana, ocuparse la generación en edad de procrear de los hijos procreados es lo normal. En la sociedad latinoamericana, la irresponsabilidad paterna (en el sentido exacto: del padre; la madre no tiene más remedio que ocuparse de su hijo, aunque el infanticidio o el abandono del recién-nacido no son raros) alcanza tales proporciones que casi llega a ser *la norma.* Y si recordamos aquel "exceso de amor", de que nos habla Vasconcelos (ver arriba, p. 153) y que no fue otra cosa que la realización por parte de los conquistadores españoles (católicos) de todas las fantasías de lujuria en las que el *macho* imagina disponibles a *todas* las mujeres, nos daremos cuenta de que la sociedad latinoamericana quedó marcada y tarada, hasta hoy, por la incapacidad de prevenir la ética católica semejante perversión del amor y de la sexualidad.

Si nos desplazamos hacia un terreno más amplio encontraremos que la sociedad norteamericana protestante se ha demostrado notablemente más capaz que la sociedad latinoamericana católica de prevenir, o de eventualmente sancionar eficazmente la aceptación y la generalización de comportamientos susceptibles de conducir la colectividad (la nación) hacia la impotencia la frustración y eventualmente la guerra civil y la desintegración.

Esa capacidad, la sociedad norteamericana la hizo dramáticamente patente con la forma como arrinconó y destruyó a dos Presidentes en un proceso que comenzó por la protesta contra una guerra extranjera injusta y equivocada, y culminó con la investigación de Watergate. En la primavera de 1975 una comisión del Congreso norteamericano, al investigar las operaciones de las compañías multinacionales *norteamericanas,* sacó a la luz pública actos de soborno a gobernantes latinoamericanos por algunas de esas compañías (United Brands en Honduras, Gulf Oil en Bolivia). Sería paradójico que de ahora en adelante los Presidentes y Ministros latinoamericanos tengan que pensar dos veces antés de dejarse comprar, por temor de que sus transgresiones sean investigadas y reveladas por el sistema parlamentario y judicial norteamericano.

Y es que antes que con los tribunales de justicia y las comisiones parlamentarias especiales o permanentes, los EE.UU. cuentan con una opinión pública que está muy lejos del cinismo y de la impotencia (sin lo cual los mecanismos propiamente institucionales podrían tener

todos los poderes que se quisiera, y permanecerían inoperantes). El caso Watergate terminó con el fallo de la Corte Suprema de Justicia obligando a Nixon a entregar las cintas magnetofónicas probatorias. Pero había comenzado con la investigación y las revelaciones hechas por periodistas sostenidos por los diarios donde trabajaban; y en cierto modo más atrás todavía, con el cuestionario de la hipertrofia del poder Ejecutivo, por la manera como Lyndon Johnson condujo la guerra de Viet Nam.

En mis tiempos de estudiante universitario, el célebre senador Joseph McCarthy estaba en la cúspide de su poder. Para mi juicio de joven latinoamericano, no parecía imposible que la demagogia inescrupulosa de McCarthy, apoyada en el paroxismo de la Guerra Fría, lo condujera derecho a la Presidencia. "No tiene la más remota posibilidad", me tranquilizó mi compañero de cuarto en la Universidad. Y me explicó cómo sus padres, Republicanos conservadores, habían sido hasta pocos días antes fervientes admiradores del Senador McCarthy, sobre cuyas hazañas de cazador y denunciante de "criptocomunistas" habían leído en la prensa. Pero lo acababan de ver *por televisión,* en las audiencias de una comisión parlamentaria convocada para dilucidar las alegaciones McCarthystas. El Senador había estado brillante, incisivo, demoledor. Pero cuando tocó el turno a una de sus víctimas, y éste comenzó a refutar con hechos las extravagantes acusaciones, McCarthy comenzó a golpear la mesa con un cenicero para que las palabras de su adversario no pudieran oírse a través de la televisión. *En ese mismo momento su carrera política comenzó a declinar.* Los padres de mi amigo, y junto con

ellos la mayoría de quienes hasta ese día habían visto en McCarthy un recto defensor de la sociedad norteamericana amenazada por el comunismo, súbitamente se dieron cuenta de la deshonestidad básica del personaje y le tomaron un verdadero horror.

Es fácil sonreír de una anécdota como ésta, sobre todo si quien sonríe pertenece a una sociedad "normal", donde la opinión pública ha llegado al cinismo a través de la impotencia, pero por mi parte estoy dispuesto a sostener lo obvio: que con todas las imperfecciones, claudicaciones, complicidades, y todo otro género de bajezas y comportamientos inmorales, llegando a lo delictivo, que se puedan señalar como corrientes y con frecuencia impunes en los EE.UU., esa impunidad es *menos probable* allí que en ninguna otra parte (salvo tal vez Gran Bretaña y los países escandinavos, *también protestantes);* y que la sociedad norteamericana es obviamente mucho más capaz que la sociedad latinoamericana de hacer potencialmente o actualmente costosos para los transgresores, aquellos comportamientos mediante los cuales dichos transgresores *demuestran no ser lo que aparentan.*

Esto es lo crucial. La sociedad latinoamericana (católica) se satisface fácilmente con las apariencias (apariencia de buena conducta, apariencia de responsabilidad familiar y paterna, apariencia de talento, apariencia de probidad, apariencia de erudición, apariencia de patriotismo, apariencia de radicalismo revolucionario, apariencia de heterosexualidad, *apariencia de religiosidad).* A la vez, la sociedad latinoamericana ha sido muy estrecha en cuanto al abanico de comportamientos *ostensibles* admitidos, y de

hecho es por influencia norteamericana que los latinoamericanos nos hemos hecho, recientemente, un poco más tolerantes de comportamientos heterodoxos.

Por contraste, la sociedad norteamericana (protestante) aparece en la práctica muchísimo más exigente de cumplimiento, *en la práctica,* de lo que cada cual *pretende ser.* Y es, por cierto, en esa exigencia, que es razonablemente *efectiva,* donde reside en gran parte la *confiabilidad* y la *productividad* de una proporción de la población norteamericana suficientemente importante como para ser determinante, sobre todo entre los grupos que colonizaron las regiones protagonistas de lo esencial del liderazgo y el dinamismo norteamericanos.

Usos y abusos de la inteligencia

Estas reflexiones son profundamente desagradables para los latinoamericanos, y por lo mismo preferimos usualmente ignorarlas o evadirlas. O bien las compensamos refiriéndonos a valores distintos y *más altos* que el prosaico buen y puntual comportamiento en los asuntos cuotidianos, que es una virtud de comerciantes y nada vale al lado de una buena angustia existencial o de un arrepentimiento *in articulo mortis.*

En *El Laberinto de la Soledad,* Octavio Paz reconoce que en los EE.UU. existe “una crítica valerosa y decidida, que no es muy frecuente en los países del sur… Pero esa crítica respeta la estructura de los sistemas y nunca desciende hasta las raíces. Recordé entonces aquella distinción que hacía Ortega y Gasset entre los usos y los abusos, para definir lo que llamaba ‘espíritu revolucionario’. El revolucionario es siempre radical,

quiero decir, no anhela corregir los abusos, sino los usos mismos. Casi todas las críticas que escuché en labios de norteamericanos eran de carácter reformista: dejaban intacta la estructura social o cultural, y sólo tendían a limitar o a perfeccionar estos o aquellos procedimientos…

“Cuando llegué a los Estados Unidos me asombró por encima de todo la seguridad y la confianza de la gente, su aparente alegría y su conformidad con el mundo que los rodeaba… Por otra parte, se me había hablado del realismo americano, y también de su ingenuidad, cualidades que al parecer se excluyen. Para nosotros un realista siempre es un pesimista. Y una persona ingenua no puede serlo mucho tiempo si de veras contempla la vida con realismo. ¿No sería más exacto decir que los norteamericanos no desean tanto conocer la realidad como utilizada? En algunos casos -por ejemplo ante la muerte- no sólo no quieren conocerla, sino que visiblemente evitan su idea… Así pues, el realismo americano es de una especie muy particular y su ingenuidad no excluye el disimulo y aun la hipocresía. Una hipocresía que si es un vicio del carácter también es una tendencia del pensamiento, pues consiste en la negación de todos aquellos aspectos de la realidad que nos parecen desagradables, irracionales y repugnantes”.

Leopoldo Zea, también mexicano, propone que el “hombre occidental”, categoría determinada esencialmente por la ética protestante, “sin mayores remordimientos echó por la borda un pasado que le estorbaba… No pasó lo mismo con el ibero, que se empeñó en prolongar su pasado cristiano en el futuro

moderno. El occidental… (crea) inclusive un cristianismo al servicio de su futuro, el protestantismo”.

Zea admite que el catolicismo español estaba destinado a convertirse en un fósil y en un lastre, tanto para España misma como para sus colonias de América; pero a la vez le atribuye una superioridad *moral* sobre el protestatismo, puesto que *supuestamente* reconocía, en América, “humanidad a todos los hombres, con independencia de su raza, color, cultura, etc.[4]

El mismo argumento había sido expuesto más extensamente y con mayor profundidad y refinamiento, por primera vez por un agnóstico o ateo latinoamericano, en 1950 (año de la primera edición de *El Laberinto de la Soledad),* y ya entonces con el *leitmotiv* inevitable de toda reflexión seria de un latinoamericano sobre Latinoamérica: la comparación, las más de las veces forzadamente favorable para Latinoamérica, con los Estados Unidos: “Es muy fácil reír de la pretensión ultraterrena de la sociedad colonial. Y más fácil aún denunciarla como una forma vacía, destinada a encubrir los abusos de los conquistadores o a justificarlos ante sí mismos y ante sus víctimas. Sin duda esto es verdad, pero no lo es menos que esa aspiración ultraterrena no era un simple añadido, sino una fé viva… El catolicismo es el centro de la sociedad colonial porque de verdad es la fuente de vida que nutre las actividades, las pasiones, las virtudes y hasta los pecados de siervos y señores, de funcionarios y sacerdotes, de comerciantes y militares. Gracias a la religión el orden colonial no es una mera superposición de nuevas formas históricas, sino un organismo viviente. Con la llave del bautismo el catolicismo abre las puertas de la sociedad y la convierte

en un orden universal, abierto a todos los pobladores… Sin la Iglesia, el destino de los indios habría sido muy diverso. Y no pienso solamente en la lucha emprendida para dulcificar sus condiciones de vida y organizarlos de manera más justa y cristiana, sino en la posibilidad que el bautismo les ofrecía de formar parte, por la virtud de la consagración, de un orden y de una Iglesia. Por la fe católica los indios, en situación de orfandad, rotos los lazos con sus antiguas culturas, muertos sus dioses tanto como sus ciudades, encuentran un lugar en el mundo. Esa posibilidad de pertenecer a un orden vivo, así fuese en la base de la pirámide social, les fue despiadadamente negada a los nativos por los protestantes de Nueva Inglaterra… Nueva España (México) conoció muchos horrores, pero por lo menos ignoró el más grave de todos: negarle un sitio, así fuera el último en la escala social, a los hombres que la componían. Había clases, castas, esclavos, pero no había parias, gente sin condición social determinada o sin estado jurídico, moral o religioso.[5]

Revolucionaria, realista, radical, humanista, fraterna, participatoria, católica, la cultura latinoamericna no tendría nada que envidiade (antes lo contrario) a la reformista, hipócrita, conformista, racista, individualista, atomizada, protestante, cultura norteamericana, mediocremente preocupada en corregir abusos, en lugar de aspirar a la perfección.

Con toda la admiración que siento por el gran Octavio Paz, semejante idealización de la cultura católica colonial latinoamericana me parece singularmente alejada de la realidad.

¿Dónde están las huellas, en la cultura latinoamericana actual, de tanta belleza? Y al calibrar la influencia del

catolicismo sobre Latinoamérica, no basta referirnos al orden colonial. Todavía hoy, la mayoría de los dirigentes latinoamericanos *de todos los sectores* han recibido por lo menos parte de su formación en escuelas, liceos y universidades católicas; y desde luego el bautismo y la comunión, sin que ni la educación ni los sacramentos parezcan haber hecho mella en el egoísmo, la ineptitud o la capacidad de disimulo de las clases dirigentes latinoamericanas, que no son sólo los ricos o los políticos, sino que incluyen muy destacadamente a los *intelectuales* "progresistas" que tanto se entusiasmaron con *Ariel,* y que más recientemente están descubriendo las virtudes de las sociedades rígidamente jerarquizadas, donde, en contraste con el execrable liberalismo, cada cual tiene su sitio, aunque sea en el último peldaño de la escala social.

Los frailes de la conquista

La conquista religiosa del Nuevo Mundo fue tan sorprendente como la conquista militar. El catolicismo español de fines del siglo XV era una fe militante y militarizada, consustancial con la guerra de *Reconquista* contra los infieles musulmanes, la cual concluyó justamente con la toma de Granada en 1492, año del descubrimiento de América. Se ha dicho mucho, pero por verdadero hay que repetirlo, que la coincidencia del descubrimiento con la terminación de esa guerra político-religiosa va a hacer de la aventura americana un desaguadero o válvula de escape para energías y recursos que sin ello se hubieran encontrado súbitamente ociosos. Sin el descubrimiento, España se hubiera casi

seguramente comprometido a fondo en el norte de Africa. Al regresar Colón con la buena nueva de haber encontrado una nueva ruta hacia *Las Indias,* los españoles van a tener otro proyecto, infinitamente más seductor, en el cual invertir su excedente de energía. Y en ese proyecto, la evangelización cristiana no se va a distinguir de objetivo político o económico. Más bien aparece si acaso prioritaria, primordial. En el comienzo de la organización colonial hispanoamericana los frailes van a ser por lo menos tan numerosos como los funcionarios, y más importantes. La Iglesia y sus dependencias fueron invariablemente los primeros edificios de mampostería en el rosario de pueblos fundados por los expedicionarios.

De la seriedad y sinceridad de la fe cristiana en la España del siglo XVI, da testimonio el gran debate angustioso que muy pronto se va a suscitar sobre la naturaleza de los derechos de los aborígenes americanos. De admitirse que los "indios" fuesen seres humanos, dotadas de alma, tan hijos de Dios como los cristianos que los habían sometido, su esclavización resultaba ilícita, y quedaban en peligro de perdición las almas de sus sojuzgadores, y hasta la del rey en cuyo nombre y beneficio se realizaba la conquista. .

Para honra *intelectual* de España, y del catolicismo, por primera vez en la historia el debate se va a resolver, *teóricamente* (que no en la práctica), en contra del derecho de los más fuertes a esclavizar a los más débiles. Hubo teólogos defensores de la doctrina aristotélica sobre la conformidad de la esclavitud con la ley natural, pero en contra de esa tesis fue decisivo el testimonio de frailes que vinieron especialmente de América a sostener el

punto de vista opuesto, Entre esos frailes, el más notable fue Fray Bartolomé de las Casas, quien en 1550, en debate convocado personalmente por Carlos V en su corte imperial de Valladolid, sostuvo que los indios americanos eran tan hombres como los europeos, capaces de hacer igualmente bien todo cuanto un europeo podía hacer, salvo herrar un caballo. Admitió Las Casas que los indios americanos hacían sacrificas humanos, pero no vaciló en alegar (con razonamiento que retomaría a su manera en nuestra época Jacques Soustelle) que los hombres más profundamente religiosos son los que ofrecen a Dios el mayor sacrificio, de manera que quienes inmolan a otros hombres en los altares, tendrían un muy exaltado concepto de la Divinidad. Este rasgo revela el temperamento a la vez excepcional y arbitrario de Las Casas, uno de esos hombres que movidos por la indignación y llegados a ciertas convicciones y conclusiones, están dispuestos a emplear la exageración y hasta la inexactitud y el sofisma para defender sus puntos de vista, y que no vacilarían por lo demás en imponerlos por la fuerza, si llegaren a tenerla. En este sentido, Las Casas es un antecedente genuino de los actuales "curas revolucionarios" latinoamericanos, quienes correctamente ven en él un héroe y un precursor, y de paso un testigo de la presencia del Espíritu Santo en un drama histórico que de todas maneras iba a terminar muy mal para los indios americanos.

Una bula pontificia de 1597 decidió *teóricamente* la cuestión. Los indios fueron reconocidos como *hombres,* con alma, igual que los europeos. A la vez, por *paganos* y *salvajes,* se les tendría como inferiores, en la misma forma como son inferiores los niños antes de la edad de

razón. La misión de los colonizadores españoles habría de ser *protegerlos* y *evangelizarlos,* empleándolos a la vez como trabajadores (en ningún caso como esclavos) con moderación.

La Iglesia, instrumento de control social

De más está decir que tales buenos principios no fueron cumplidos en ninguna parte. En Cubagua, los indios fueron obligados a bucear por perlas hasta reventarles los pulmones. En las minas del Perú, no se les permitía salir a la superficie: vivían y morían en la profundidad de la tierra. En las encomiendas, que eran tierras adjudicadas a cada colono, con cierto número de "almas" aborígenes que el encomendadero debía supuestamente tutelar y evangelizar, el sistema de trabajo no se distinguía de la más dura esclavitud.

Los más severos jueces de la colonización española imaginan una muy numerosa población aborigen diezmada casi hasta la extinción por estos procedimientos. En realidad, es dudoso que la población pre-colombina de Hispanoamérica haya sido numerosa. Las estimaciones más verosímiles indican, por ejemplo, que el imperio Azteca no alcanzaba un millón de súbditos. La capital, Tenochtitlán, tenía un área de menos de cinco kilómetros cuadrados, lo cual es indicio concluyente de una reducida población. En el imperio Inca, Cuzco era la única ciudad de alguna importancia; y cómputos muy cuidadosos, realizados sobre la base de un uso óptimo de la tierra cultivable con los métodos disponibles antes de la conquista y colonización españolas, llevan a la conclusión de que el área que

ocupa el Perú moderno no puede haber sostenido más de millón y medio de habitantes.

Tanto en México como en el Perú (las zonas más pobladas, por lo cual cualquier estimación hecha para ellas, vale con más razón para cualquier otra región) la escasez de indios para repartir en *encomiendas* fue uno de los problemas graves del siglo XVI.[6]

Estas cifras contrastan con otras, extravagantes, que largo tiempo fueron consideradas fidedignas, y con relación a las cuales se edificó la leyenda del exterminio masivo de los aborígenes por los españoles. De hecho, a pesar de todos los maltratos y del efecto del traslado por los españoles al Nuevo Mundo de enfermedades eruptivas que por desconocidas resultaron al principio devastadoras, la población indígena casi seguramente no descendió en forma importante en ningún momento, y a partir de fines del siglo XVII probablemente superó las cifras precolombinas y siguió creciendo, hasta hoy.

Los aborígenes de Hispanoamérica, lejos de ser exterminados, continuaron formando la inmensa mayoría de la población, junto con los *mestizos,* engendrados con furia lúbrica por los conquistadores. Y muy rápidamente, el papel de la Iglesia pasó a ser no el que hubieran deseado fray Bartolomé de las Casas y otros como él, sino el de pieza maestra del sistema de autoridad y control mediante el cual un número relativamente muy reducido de colonos blancos, y sus descendientes legítimos, los *criollos,* iban a mantener sometidas y dóciles a *masas* de esclavos indios, negros, mestizos, mulatos, zambos, etc. En el orden católico colonial, todos estos siervos tendrán su *lugar,* tal como dice Octavio Paz,

pero justamente en la base de la pirámide, en los últimos peldaños de la escala social.

El triunfo de la Inquisición

El carácter perfectamente deliberado de semejante diseño social está presente en las instrucciones reales traídas al Perú por el Virrey Francisco de Toledo en 1570. El Virrey viene prevenido sobre el problema que significan los frailes pro-indígenas, de la estirpe de Las Casas, y bajo instrucciones precisas de plantear de inmediato cada caso a los obispos, para impedir que la imprudencia de tales agitadores degenere en escándalos perniciosos para la autoridad de la Corona y de la Iglesia. Una de las primeras cosas que hará el nuevo gobernante de la colonia más importante del Imperio Español de América, será reunirse con la alta jerarquía eclesiástica de Lima y Cuzco. La Inquisición acababa de ser establecida en el Perú, y el objeto de la reunión convocada por el Virrey Toledo será justamente determinar de común acuerdo con los obispos si los mecanismos del Santo Oficio no pueden ser más útilmente utilizados no en descubrir y castigar inexistentes herejes (los indios aún no convertidos no eran herejes, sino paganos inocentes, objeto de evangelización y no de investigación sobre pureza de la fe) sino para imponer obediencia y silencio a religiosos predicadores de opiniones contradictorias con el orden político-eclesiástico que la Corona y la Iglesia habían diseñado para América Latina y estaban dispuestas a defender sin contemplaciones, tal como demostró el mismo Toledo al inaugurar su virreinato con la ejecución

ejemplar del príncipe Inca Túpac Amaru,[7] quien se negaba a acatar la soberanía imperial española y la religión católica.

Igual evolución tendrá lugar en Nueva España (México) donde la Inquisición será establecida un año más tarde (1571). Muy rápidamente, esta tenebrosa organización va a adquirir en América poderes muy extensos y además mal definidos. Sus anatemas, proscripciones y Órdenes de prisión no podrán ser apelados. El "brazo secular" de la autoridad civil le deberá, en principio, obediencia y cooperación irrestrictas. Los mismos virreyes llegarán a temerle. Inevitablemente, un poder tan alto y tan libre de control, va a ser usado no sólo para perseguir y descubrir supuestos o raros herejes, sino para lograr fueros, privilegios y riqueza para sus detentores y para la Iglesia.

Con el siglo XVI terminan los tiempos heroicos de la conquista y la colonización. El siglo XVII y más todavía el XVIII, verán a la Iglesia casi completamente purgada de idealistas y de agitadores, y sólidamente establecida como socio paritario, simoníaco, simbiótico del poder temporal. Los sacerdotes se habrán vuelto sedentarios, amantes de la buena vida, miembros destacados de las oligarquías criollas. Y la Iglesia estará menos interesada en salvar almas que en perfeccionar su dominio confesional sobre la sociedad y en aumentar su patrimonio. De diversas fuentes, tales como diezmos, donaciones de la Corona y de particulares, dotes de monjas y frailes, herencias, un inmenso caudal se irá formando que terminará por hacer de la Iglesia colonial hispanoamericana el mayor propietario de edificios y de tierras (en México llegó a poseer la quinta parte del

territorio), el mayor tenedor de esclavos. La tradición de Las Casas nunca se extinguió completamente (no podía extinguirse mientras los Evangelios no fueran puestos en el *Index)* de modo que no es sorprendente que haya habido sacerdotes "de misa y olla" que simpatizaran con la emancipación o que fueran sus instigadores directos movidos por ideales de justicia social, como sucedió en México con Hidalgo y Morelos (ambos curas pobres, de parroquias miserables, Morelos mestizo) en un momento (1810) cuando los criollos mexicanos permanecían escrupulosamente fieles a la Corona. Pero la Iglesia como tal muy pronto fue en América una institución de poder, riqueza y privilegio, cuya identidad beligerante con toda la estructura política y social del Antiguo Régimen se vio además fortalecida (y fue asumida con renovada conciencia) por el "escándalo" de la Revolución Francesa y el auge, aún antes, del liberalismo *ilustrado* y anticlericaI.

Las reducciones del Paraguay

Sólo los jesuitas simpatizaron con la Independencia de Hispanoamérica, y por razones muy particulares, originadas en la expulsión de la Orden de todos los dominios del rey de España en 1767, tras haber los discípulos de San Ignacio logrado edificar en América un orden teocrático cristiano sin duda deprimente para un espíritu liberal, pero que es uno de los pocos ejemplos históricos de un régimen socialista consecuente con sus principios.

Los jesuitas llegaron al Paraguay en 1588. En poco más de un siglo (antes de 1700) alcanzaron a tener

establecidas en esa región del "hinterland" hispanoamericano unas 30 misiones llamadas *reducciones,*[8] con no menos de 100.000 indios.

Cada *reducción* irradiaba de una plaza central, uno de cuyos lados estaba ocupado por la iglesia y su sacristía, y los otros tres por dormitorios para 100 o más familias, con estancias separadas para cada familia. En la madrugada, los varones en edad de trabajar salían hacia los campos de labranza, encabezados por un hermano jesuita, acompañados con música y llevando en andas la imagen de un santo. En el camino, la procesión se detenía además varias veces a orar en *estaciones* que eran otros tantos santuarios. Gradualmente, según los requerimientos de la labor, pequeños grupos se iban desgajando del cuerpo principal, hasta que habiéndose distribuido todos los indios sobre la tierra cultivada, el sacerdote y los músicos regresaban a los cobertizos. Al mediodía, antes de almorzar, nuevas devociones y descanso. Luego más trabajo, y poco antes de la puesta del sol, el mismo jesuita y los músicos recogían el rebaño de indios.

Otros indios, igualmente encuadrados, se ocupaban del ganado. Otros de artesanías. Todo era *propiedad comunitaria,* un concepto que, no por accidente, los modernos partidos social-cristianos han querido refrescar, aunque nadie sepa a ciencia cierta cómo podría aplicarse en una sociedad moderna, donde el paternalismo y la "socialización" de la propiedad dan resultados que ya no pueden calificarse de imprevisibles. A cambio de su trabajo los indios "reducidos" recibían parte de lo que la comunidad producía autárquicamente, y además parte de lo que "importaba" a cambio de la

“exportación” del excedente (cosas tales como cuchillos, tijeras y anteojos).

La actitud de los jesuitas hacia los indígenas era la de adultos encargados de la guarda y custodia de menores permanentes, de niños de quienes no se suponía ni esperaba que llegarían nunca a la edad adulta, a la razón y a la madurez. Los “neófitos” (como se les llamaba) no recibían ningún estímulo hacia la responsabilidad, sólo hacia la obediencia. ¿No es ésta la realización, tan perfecta como será jamás posible, de una especie de "ciudad de Dios" en la tierra, o República platónica? Cabe preguntarse si en el fondo, esencialmente, el pensamiento político cristiano no realizó su ideal perenne, imperecedero en la sociedad edificada por los jesuitas en el Paraguay en los siglos XVII y XVIII.

Los jesuitas fuera de (y contra) el sistema

Hubiera sido muy interesante, y desde todo punto de vista deseable, que ese experimento hubiera podido continuar indefinidamente. De hecho, su aparente viabilidad fue su ruina. La riqueza y el poder de los jesuitas en el Paraguay (y en el Imperio Español todo) se convirtieron en un argumento eficaz contra ellos por parte de todos los enemigos de la Orden, desde otros miembros de la Iglesia hasta la sociedad masónica, en el zenit de su potencia y actividad justamente en el siglo XVIII.

Encima de esto, las misiones jesuitas del Paraguay eran un reproche implícito al sistema de colonización y de “reducción” de los aborígenes empleado en el resto de la América española; y la riqueza que habían acumulado

constituía una tentación para los colonos españoles del sur y para los colonos portugueses del norte. Cuando estos últimos hacían incursiones esclavistas en territorio de las misiones jesuitas, los primeros veían esas agresiones con indiferencia o con simpatía, puesto que lo que deseaban y esperaban era la destrucción de las misiones jesuitas para apoderarse de tierras que los misioneros y los "neófitos" habían deforestado y cultivado, y para *reducir,* a su vez, a los indígenas, pero esta vez a la esclavitud.

En 1767, el rey Carlos III, movido por una combinación de ideas "ilustradas" y de presiones coloniales (inclusive eclesiásticas) expulsó a los jesuitas del Imperio Español y confiscó para la Corona todas sus propiedades. Clero no jesuita y funcionarios civiles se trasladaron al Paraguay a encargarse de las *reducciones,* En pocos años, los indios se habían dispersado. Algunos habían vuelto a sus formas primitivas de vida. Otros habían sido esclavizados. Las misiones quedaron en ruinas. Los ganados, diezmados o convertidos en cimarrones. Las tierras, recuperadas por la selva.

Esparcidos por Europa, los jesuitas americanos se van a convertir en peligrosos adversarios del Imperio Español de América, distintos en esto al resto del clero americano. El librepensador Francisco de Miranda se dio cuenta de todo lo que esto podía significar para su empeño de destruir ese Imperio y establecer en su lugar naciones independientes. Lo mismo los ingleses, quienes coincidían, por sus propias razones, con el proyecto independentista hispanoamericano. Existe documentación de conversaciones entre Pitt y Miranda sobre el partido que podía sacarse de tantos y tan

eminentes americanos desterrados y motivados contra el dominio español. Un jesuita criollo, Juan José Godoy, colaboró con Miranda en la expedición que el Precursor[9] preparó desde Estados Unidos para invadir y sublevar a Venezuela en 1806.

De todos los jesuitas americanos expulsados en 1767, el más célebre fue el peruano Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, autor de una *Carta a los españoles americanos* que es uno de los documentos más elocuentes, apasionados y terribles entre los que prepararon la emancipación de las colonias españolas de América. Miranda la hizo imprimir en francés en Filadelfia en 1799 y en español en 1801, y la hizo circular profusamente desde México hasta Buenos Aires.

Pero obviamente, los jesuitas americanos desterrados representaban un punto de vista heterodoxo y disidente dentro de la institución eclesiástica. Para el Santo Oficio, en juicio emitido en Roma en 1810, la *Carta* de Vizcardo es una de "las más mortíferas, libertinas e incendiarias producciones que se han visto jamás, mucho más temible y de más peligro en América que todos los cánones del actual déspota e intruso Bonaparte".

El anticlericalismo latinoamericano

El siglo XIX va a ser noche oscura para la Iglesia Católica en el mundo, y en ninguna arte más que donde intentó aferrarse a sus antiguos fueros, aliada defensiva y reaccionariamente con quienes pretendieron mantener o restaurar el Antiguo Régimen. Porque en esos sitios, la Iglesia va a pagar con el desapego y hasta la hostilidad activa de los pueblos, una precaria y eventualmente

efímera conservación de poderes, propiedades y beneficios contradictorios con su misión evangélica.

Hemos visto que en Hispanomérica, la primera sacudida revolucionaria dejó prácticamente indemne a la Iglesia. Pero tras mediar el siglo, y con pocas excepciones (Colombia la más notable) las repúblicas hispanoamericanas se harán *liberales* y *laicas,* lo cual no va a significar mayor ganancia para los pueblos, pero sí grandes pérdidas para la Iglesia. Porque los *liberales* latinoamericanos serán cuando más, demócratas oligárquicos (Argentina, Chile) y las más de las veces, caudillos autocráticos. Pero lo que carezcan de verdadero liberalismo en su actuación política, lo van a compensar con un anticlericalismo radical. Despojarán a la Iglesia de privilegios y propiedades, restringirán o prohibirán las congregaciones religiosas, instaurarán el registro civil en lugar del libro parroquial, harán del matrimonio civil requisito previo al matrimonio sacramental, prohibirán el culto religioso fuera de los templos, impulsarán la educación laica, posibilitarán el divorcio. Varias repúblicas llegarán inclusive a romper relaciones diplomáticas con el Vaticano (México, Cuba, Uruguay).

Un documento reciente del Episcopado venezolano dice que "la situación de la Iglesia sufre todavía los efectos de medidas persecutorias sufridas a finales del siglo pasado, y que interrumpieron durante varias décadas la existencia o funcionamiento normal de diversas instituciones eclesiásticas, tales como seminarios, etc.[10] Lo que no dice ese documento, es que al perder su engranaje con el poder temporal, la religión católica se encontró con que su labor evangélica de tres siglos y medio había sido deleznable. Para los varones de

las clases dominantes latinoamericanas la religión, tras haber sido un instrumento de poder, se convirtió (con la moda del "liberalismo") en un asunto de "mujeres".[11] Las buenas señoras, por su parte, vivían el cristianismo, la misa, la confesión justamente como una distracción, e inclusive como la única distracción en vidas de tedio y de pequeñez. Fe viva importante no había sino en las clases populares, y aun allí dentro de un equívoco, puesto que para el pueblo *pardo* latinoamericano, el culto católico está enlazado con toda clase de supersticiones paganas; e inclusive, entre los indios puros de México, Guatemala, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, lo que hace es estar superpuesta al meollo de teogonías precolombinas. Reveladora de abismos es la forma como un indio puro mexicano concibe la identidad y el significado de las imágenes que ve en la Iglesia de su pueblo, explicando lo que significan para él y para su raza: "Este que está encajonado es el señor San Manuel; se llama también señor San Salvador, o señor San Mateo; es el que cuida a la gente, a las criaturas. A él se le pide que cuide a uno en la casa, en los caminos, en la tierra. Este otro que está en la cruz es también el señor San Mateo; está enseñando, está mostrando cómo se muere en la cruz, para enseñamos a respetar. Antes de que naciera San Manuel, el sol estaba frío igual que la luna. En la tierra vivían los pukujes, que se comían a la gente. El sol empezó a calentar cuando nació el niño Dios, que es hijo de la Virgen, el señor San Salvador".[12]

El Cristo está mostrando cómo se muere en la cruz, *para enseñarnos a respetar*. ¿Hace falta agregar algo para entender lo que, desde el punto de vista del *control social,* significó la cristianización de la América Latina; o

por qué la Iglesia tiene tan escaso prestigio moral entre nosotros?

La "conspiración anticristiana judeo-protestante-masónica-liberal-marxista"

No aumentó, precisamente, ese prestigio, con la actuación de la Iglesia en el mundo y en Latinoamérica hasta la Segunda Guerra Mundial. Ciertamente, la recuperación del sentido evangélico, a la vez trascendente y humanista, de la Iglesia Católica, puede admitirse que tuvo su punto de partida con la Encíclica *Rerum Novarum* (1891), con la cual el papa León XIII reconoció la existencia de la *cuestión social,* así como la necesidad de encontrar la Iglesia una respuesta satisfactoria al desafío del socialismo marxista. En esa y en otras Encíclicas *sociales* han hallado su motivación y su guía los movimientos políticos *social-cristianos,* de los cuales en Latinoamérica, dos han logrado hasta la fecha ganar elecciones y ejercer el poder durante un período constitucional (Chile, 1964-70); y Venezuela, (1969-73). Pero hasta la muerte de Pío XII**,** la Iglesia parecía seguir obsesionada con sus derrotas frente al liberalismo, y sin poder distinguir entre liberalismo y marxismo.

En este sentido, la confusión era tal, que algunos hoy muy distinguidos (y en cierto modo *liberales)* dirigentes social-cristianos, en su juventud se sintieron identificados con la Falange española, y tomaron en serio las pretensiones de Franco de ser el defensor de la fe frente a las hordas rojas.

Un testimonio muy interesante de lo que hasta muy recientemente la Iglesia significaba para los liberales y demócratas latinoamericanos, por todos los antecedentes que hemos visto, y por la actuación de las jerarquías hasta prácticamente ayer, se encuentra en el libro ya citado de Juan José Arévalo,[13] presidente *aprista* de Guatemala entre 1945 y 1950. Tras relatar cuán merecidamente la Iglesia perdió sus privilegios y la mayor parte de su influencia en América Latina, inclusive en el área tan importante de la educación, Arévalo observa (en 1959) que "la batalla contra el laicismo (no ha sido abandonada por la Iglesia) en América Latina… En Guatemala cayeron juntos (en 1954) laicismo y gobierno popular… En Colombia… jamás (ha perdido) la Iglesia su comando político. El Arzobispo de Bogotá ha sido el Gran Elector de la República… Argentina padece (la reacción clerical) desde 1943, cuando clérigos y militares simpatizantes de Hitler invadieron la Casa Rosada.[14] El primer discurso presidencial de aquella "revolución"[15] fue redactado por un sacerdote. Los que en la Universidad representábamos[16] la "vieja guardia" liberal y laicista vimos desde dentro la revancha *antikomunista*[17] que se ensañó contra los simpatizantes (de la causa aliada en la Segunda Guerra Mundial)… (El peronismo fue portador de un) *revanchismo eclesiástico"*.

Mucha gente madura ha olvidado, y muchos jóvenes no se han jamás enterado, de cuáles eran las explicaciones que autoridades católicas daban, hasta hace poco, de la evolución de la sociedad occidental desde el siglo XVII a nuestros días. Arévalo cita a un tal Monseñor José María Caro (latinoamericano), quien en un libro escrito por

primera vez en 1918, pero puesto al día y reeditado en 1954, sostenía que dicha evolución se explicaba enteramente por una conspiración universal "contra el altar y el trono", con el fin de hacer regresar la humanidad a su "estado de naturaleza".

En ese momento, masones, liberales y comunistas (la misma cosa) propondrían una nueva religión; la adoración de Lucifer. Durante mucho tiempo la masonería se había valido del liberalismo como careta. En una etapa más avanzada de su plan propiamente diabólico, su vehículo habría pasado a ser el socialismo marxista. Y todo, desde luego, al servicio de los judíos: "Los autores de los últimos tiempos manifiestan a las claras la íntima relación del judaísmo con la masonería y con los partidos revolucionarios, desde el socialismo al bolchevismo". ¿La meta? Pues naturalmente, "la destrucción del cristianismo para llegar el predominio del judío en el mundo".[18]

Según este autor católico, jalones fundamentales en el progreso de la conspiración masónico-judía habrían sido la Revolución Inglesa de 1649, la expulsión de los jesuitas de Portugal en 1759 y del Imperio Español en 1767, la Revolución Norteamericana de 1776, la Revolución Francesa (1789), la Emancipación Hispanoamericana (1810-1824), las revoluciones de 1848 en Europa, las reformas liberales en América Latina (segunda mitad del siglo XIX), el *Risorgimiento* italiano (1859-70), la Revolución Rusa (1917) y la República Española (1931).

Por la misma medida, judeo-masónicas habrían sido cuantas instituciones humanas hubiesen de alguna manera debilitado la influencia de la Iglesia Católica, o,

siendo importantes, no fuesen activamente pro-católicas. La lista es larga, como bien puede imaginarse. Incluye la Liga de Defensa de los Derechos del Hombre, los Boy Scouts, la Fiesta del Arbol, la educación laica, la Asociación de Jóvenes Cristianos, etc.

Un área delicada y difícil de analizar y explicar, desde semejante perspectiva, era el papel de los EE.UU. en el mundo. La primera potencia liberal y protestante no podía ser sino reconfortante y utilísima para "la conspiración judeo-masónica".

En 1953, el dictador militar de Colombia; Gustavo Rojas Pinilla, por ejemplo, dijo "La actividad de los misioneros protestantes en Colombia constituye el mayor peligro para la unidad nacional y para la solidaridad americana". Agregó que la actividad de los misioneros protestantes causaba en Colombia la pérdida de la fe religiosa, y de esa manera servía al comunismo. En los ocho años entre 1949 y 1957, 47 iglesias y capillas protestantes fueron incendiadas o dinamitadas en Colombia, y setenta y seis protestantes fueron asesinados. En 1957 Pío XII especificó entre los peligros para la Iglesia Católica en América Latina, el comunismo y el protestantismo. Para monseñor Caro, citado por Arévalo, en los EE.UU. "la masonería pasó de sus templos a los rascacielos, y de ellos al Pentágono", y Puerto Rico sería "un botín ganado masónicamente por los herejes del Potomac".

Pero en 1954 los EE.UU. eran también la primera potencia anticomunista, y los sostenedores, en América Latina, de un orden social con el cual la Iglesia estaba, por anticomunista, profundamente comprometida. Cuando el Coronel Castillo Armas, cómplice de la CIA

en la *desestabilización* (1954) del Presidente de Guatemala Tacobo Arbenz, fue asesinado, el Arzobispo de Guatemala, quien estaba a la sazón en Washington, regresó a toda prisa en un avión militar norteamericano, acompañado por un hijo del Presidente Eisenhower que venía a las exequias en representación de su padre. Asegura Juan José Arévalo, aunque parezca inverosímil, que en su oración fúnebre por el tirano asesinado, el Arzobispo dijo que Castillo Armas había sido "bueno como Cristo", cuando lo único seguro es que había sido un títere de los norteamericanos.

El gran viraje de la Iglesia

Antikomunismo en América Latina aparece hoy singularmente anacrónico en el capítulo que dedica a la Iglesia Católica. Sorprende sacar la cuenta de que han pasado apenas 16 años desde la publicación de este libro, el cual por otra parte no dice sino lo que era sabido de todos y pensado por todos, con relación a la postura inflexible y reaccionaria de la Iglesia Católica en el mundo, y más en Latinoamérica que en ninguna otra parte.

Pero no es difícil imaginar que ya varios años antes de la muerte de Pío XII, muchos de los personajes más altos de la Iglesia y de la Curia romana, entre ellos los futuros papas Juan XXIII y Paulo VI, estaban perfectamente conscientes del anacronismo de la Iglesia con relación a las realidades políticas del mundo. Con el imperio comunista en el centro de Europa desde 1945, y extendido desde 1949 a China ¿podía la Iglesia seguir interpretando el mundo en una forma tan primaria como

la de los monseñores Caro, o tan inflexible, como la de ese intransigente testigo del anticomunismo, el Cardenal Mindszenty, refugiado desde 1956 en el consulado norteamericano de Budapest?

Además, algo muy interesante había estado sucediendo. En los países católicos donde el comunismo se había convertido en la religión del Estado, como en Polonia y Hungría, la Iglesia no sólo no había sido destruida, sino que estaba logrando dos cosas inesperadas y complementarias: ser la única institución no gubernamental, y como tal el interlocutor privilegiado, si no único, de los gobiernos; y a la vez ganar para sí la simpatía y la adhesión de individuos y de núcleos sociales anteriormente indiferentes u hostiles a la Iglesia, *laicos* o *anticlericales.* Lo mismo que el judío nominal que no sea un filósofo estoico, al verse inserto dentro del universo totalitario comunista, descubre que la religión es la única otra interpretación global del sentido de la existencia humana que le va a permitir situarse en una perspectiva que haga tolerable su situación inmediata; y la Iglesia (o en el caso de los judíos, la Sinagoga) la única institución social, cultural, recreativa que escapa del adoctrinamiento mediocre y opresivo con que el comunismo tiñe todo el tejido social.

Lo esencial, para la Iglesia Católica sería, pues, *negociar* con el Imperio Comunista su supervivencia en cada uno de los países que puedan ir siendo anexados por ese Imperio. En seguida, el tiempo enderezará las cargas.

De ser correcta, esta interpretación explicaría muchas cosas que han sucedido de 1958 a esta parte, y que sin ello aparecerían inexplicables, puesto que parecen desbordar, en el sentido de una *legitimización* por parte

de la Iglesia de los regímenes comunistas establecidos, así como de una cierta coincidencia táctica de católicos con los movimientos revolucionarios "tercermundistas", las consignas de "puesta al día" y las formulaciones *sociales* del Concilio Vaticano II y de las Encíclicas *Mater et Magistra* (1961) y *Pacem in Terris* (1963) del Papa Juan, y *Popularum Progressio* (1967), del Papa Paulo.

La divina sorpresa

Las coincidencias tácticas y la simpatía mutua entre cristianos y comunistas, allí donde se producen, y notablementeen Latinoamérica, se han visto facilitadas por toda una nueva familia de argumentos anticapitalistas y guías éticas comunistas, devenidos obligatorios por el fracaso de las sociedades comunistas en cumplir las promesas marxistas de una abundancia ilimitada de bienes materiales, tan pronto como la economía fuera liberada de sus ataduras a la propiedad privada y la búsqueda del beneficio. Como tal cosa no se ha producido, y en cambio se han dado yuxtaposiciones tan embarazosas como la de las dos Alemanias (y, en general, la de las dos Europas), los comunistas han dejado de prometer la abundancia sin límites, y se han convertido en apologistas de la pobreza ejemplar y compartida por todos, como alternativa a la *sociedad de consumo* capitalista, la cual, por el mismo exceso de satisfacciones materiales que ofrece y que *anuncia* (pecado de la *publicidad),* y que de hecho, pese a todas las desigualdades que se pueda contabilizar, están al alcance de masas de gente, operaría una corrupción

materialista y vulgar de las aspiraciones del ser humano, que no deben ser la comodidad egoísta, sino el colectivismo fraterno y desinteresado.

El *hombre nuevo,* en Cuba, China, Viet Nam, etc., no posee prácticamente nada, pero (según esta tesis) sería dueño de sí mismo, no está alienado por neveras, aspiradoras o televisores, y mucho menos por programas de radio o televisión que, junto con anuncios para esas y mil otras cosas, difundan información u opiniones, distintas a lo que el *hombre nuevo* debe conocer y pensar. Toda su satisfacción en la vida, le vendrá de saber que el sacrificio de sus aspiraciones como individuo es el precio de la justicia, del triunfo del bien sobre el mal, de la *salvación.*

De esta manera ha llegado el comunismo a desembocar inesperadamente en una coincidencia casi perfecta con formulaciones ascéticas y antimercantiles muy antiguas y muy arraigadas, que en otra época rechazó como oscurantistas y mentirosas, apuntadas a engañar y adormecer a los seres humanos con promesas de una felicidad ultraterrena a cambio de la pobreza de este mundo, mientras en realidad estaban siendo explotados por los capitalistas en alianza con los sacerdotes.

La Iglesia, pues, tras varios siglos de pánico y desconcierto por el auge del liberalismo capitalista, librepensador y secularizador, ha tenido la divina sorpresa de darse cuenta de que en el socialismo marxista tiene no un enemigo todavía más peligroso que el liberalismo, como al principio creyó (y también los marxistas) sino un aliado *táctico* precioso en la propagación del mensaje según el cual los mayores

enemigos de la salvación del hombre son los mercaderes, y la tarea más urgente, echarlos del templo.

En esta curiosa coincidencia táctica, no es seguro que el cristianismo termine por llevar la peor parte, como creen firmemente los comunistas. Se puede ser escéptico sobre la correspondencia exacta del dogma católico con el diseño trascendente del Universo, y sobre la existencia de un Ser Supremo especialmente ocupado, a través del Espíritu Santo, en conducir la Iglesia hacia una victoria final sobre todos los infieles, sin dejar por eso de juzgar que se trata de formulaciones sutiles y profundas sobre las angustias esenciales de la existencia humana, de respuestas persuasivas para cada problema y de una metodología con la cual enfrentar, casuísticamente, los desafíos que la vida pone en el camino de cada uno de nosotros. Por comparación, el *humanismo* marxista es de una superficialidad y pobreza consternantes, y los socialismos concretos, un extraordinario caldo de cultivo para el resurgimiento del espíritu religioso.

Otra cosa era (y es) el liberalismo, el libre pensamiento, la libre discusión de las ideas, la crítica y el cuestionamiento constantes de toda autoridad, la multiplicidad y acceso al uso, por individuos y grupos disidentes, de medios de comunicación cada vez más potentes y cada vez más baratos[19] y desde luego, la prosperidad razonable, la execrable *sociedad de consumo;* cosas todas las que han sobrevivido, con el capitalismo, y que el comunismo destruye, cuando existen, donde llega al poder, y trata por todos los medios de desacreditar como sin valor esencial (las libertades) o execrables (la sociedad de consumo, contra la cual ha propagado además la tesis de que sólo ha sido posible,

donde existe, mediante la explotación de los países *proletarios* por los países *burgueses)* allí donde todavía se está luchando por alcanzarlas.

En las sociedades liberales, inclusive los países latinoamericanos menos lastrados por el feudalismo hispano-católico, las iglesias están vacías, la conciencia pública ocupada por cosas distintas a la religión, y los jóvenes no acuden a los seminarios, sino a las universidades. Mientras que en ninguna parte está la fe católica más viva que en Polonia o en Hungría. ¿No podría algo semejante suceder mañana en Cuba, y luego en otros países latinoamericanos, tan relajados en su fe, en la medida misma en que vayan convirtiéndose, algunos otros de ellos, en sociedades cerradas, encuadradas rígidamente por el comunismo?

La argumentación precedente exige suponer que la Iglesia, en sus más altos niveles de análisis y decisión, y al no estar ya de por medio Pío XII (o tal vez antes, pero no podía ser Pío XII quien presidiera el viraje) concluyó en que había sido una equivocación monumental ser punta de lanza del anticomunismo mundial, por una multiplicidad de razones:

1. Por ser una sociedad protestante, liberal, secular y materialista (los EE.UU.) el núcleo mundial de oposición a la expansión del Imperio Comunista.
2. Por ser este Imperio, después de la Segunda Guerra Mundial y de la comunización de la China, demasido importante para que una institución eterna y universal como la Iglesia persistiera en negarse a ningún acomodo con tan abrumadora realidad política.

3. Por no haber el catolicismo sido aniquilado, sino más bien haber resistido y *prosperado como fe* en los países católicos controlados por el comunismo, como Polonia y Hungría.

4. Por haber la Iglesia, en esos países, adquirido una nueva importancia, como la única institución *no comunista,* sino interlocutor organizado del Estado totalitario, y único *respiradero* de tales sociedades cerradas.

5. Por haberse dedicado los comunistas, en los países que no controlan, a predicar un mensaje de ascetismo y de anti-liberalismo que coincide con planteamientos, preocupaciones y hasta obsesiones anti-liberales de la Iglesia.

6. Por exigir el anticomunismo, en América Latina, una coincidencia y eventualmente una *complicidad* con los Estados Unidos, cuya influencia preponderante en una zona del mundo tan importante para la Iglesia Católica, o bien será inexorablemente erosionada por el comunismo (en algunos casos) o tendrá que ir acompañada por una identificación cultural y política cada vez mayor con los valores de la civilización norteamericana, liberal, capitalista, con el consiguiente todavía mayor debilitamiento de la influencia del catolicismo.

7. Por resultar inconveniente para la Iglesia en el Tercer Mundo, y muy particularmelite en América Latina, su anterior identificación con “los países Imperialistas y las burguesías nacional-traidoras”; tanto más, cuanto que los jefes de estas últimas prefieren ver una carrera de motocicletas por televisión que ir a misa.

En 1968 Paulo VI aprovechó la reunión en Bogotá del 39º Congreso Eucarístico Internacional para hacer la primera visita de un Papa a América en toda la historia. Tuvo cuidado el pontífice romano de no justificar a quienes, como Camilo Torres[20] habían venido sosteniendo que Cristo hoy en Latinoamérica, predicaría con un fusil en la mano. Tampoco puede interpretarse que Paulo VI haya dado clara luz verde a posiciones como la de otro muy conocido sacerdote latinoamericano, el nicaragüense Ernesto Cardenal, quien ha dicho: "Se puede ser revolucionario sin ser comunista, pero no se puede ser revolucionario y anticomunista. Yo de ninguna manera soy anticomunista, sino que aunque católico y sacerdote, me considero marxista y comunista. Incluso estoy llegando a creer que actualmente en América Latina para ser revolucionario hay que ser marxista y comunista. Y creo aún más: que para ser un auténtico cristiano en América Latina hay que ser comunista".[21] Ni es forzoso imaginar que el Papa haya deliberadamente puesto en marcha una evolución que pocos años más tarde, llevaría la Confederación Latinoamencana de Sindicatos Cristianos (CLASC) a declarar: "En Latinoamérica la vía legal está cerrada. Sólo puede contarse con la lucha armada con la revolución violenta".

Lo que dijo expresamente a raíz de su visita a Bogotá el Papa Paulo VI, fue sólo lo siguiente: "He visto en Latinoamérica una gran necesidad de justicia social, que coloque a inmensas categorías de gente pobre en

condiciones de vida más ecuánime, más fácil y más humana”.[22]

Pero por una coincidencia que difícilmente puede ser accidental, ha sido justamente desde 1968 que el Consejo EpiscopaI Latinoamericano (CELAM) ha venido radicalizando cada vez más las posiciones de la Iglesia Católica en el Hemisferio. Ese año (el mismo de la visita del Papa a Latinoamérica) en la II Conferencia General, los obispos latinoamericanos reunidos en Medellín (Colombia), emprendieron la interpretación para Latinoamérica de las determinaciones renovadoras del Concilio Vaticano II, y formularon como nueva meta fundamental de la Iglesia y Latinoamericana la “liberación de toda servidumbre”, consigna cuyo significado concreto es que “el cristianismo está llamado a denunciar y a combatir las estructuras de opresión, las situaciones de injusta dependencia, de masificación y explotación; a reorganizar la sociedad para establecer relaciones de verdadera justicia, igualdad y participación”.

La más reciente reunión de CELAM tuvo lugar en Mar del Plata (Argentina) en mayo de 1975. Aquí, ya la retórica del episcopado latinoamericano se había hecho completamente “tercermundista” (y leninista). Nada menos que el Secretario General de CELAM, monseñor Alfonso López Trujillo (de Colombia) dijo que “no se puede hablar de Dios si alguien se muere de hambre”; y que “Estados Unidos y Canadá están ricos porque los pueblos de América Latina están pobres. Ellos han construido su riqueza sobre nosotros”…

En esta forma, la Iglesia no sólo se montaría sobre la cresta de la irresistible ola leninista, sino que se

desembarazaría de toda responsabilidad por las carencias de América Latina, debidas *todas* al imperialismo.

¿Tienen los pueblos tan corta memoria? En todo caso, la Iglesia puede contar con ayudas importantes en su intento por embrollar las cartas. Desde 1969 (el año siguiente a la visita del Papa a Latinoamérica y de CELAM II) Fidel Castro absolvió a la Iglesia católica de los pecados de conservantismo y sumisión a los norteamericanos. En un discurso el 14 de julio de ese año, Fidel admitió *por primera vez* que el foco guerrillero no podría ser el único agente de la revolución comunista latinoamericana, la cual tampoco podría ser una explosión súbita con una onda expansiva arrolladora de fronteras y distancias geográficas (tal como Fidel y el "Che" habían previamente sostenido), sino más bien un proceso de mutaciones nacionales *en el sentido de la revolución,* cada una distinta, según las condiciones de cada país. Y en ese proceso, la *nueva* Iglesia postconciliar tendría, reconoció Fidel, un papel seguramente importante y tal vez decisivo.

Alta diplomacia, alta política

En agosto de 1973, Pedro Arrupe, General de la Orden de los Jesuitas (aquellos mismos Jesuitas expulsados de Latinoamérica por el Antiguo Régimen, por lo cual la Divina Providencia demostraría, a la vez que justicia, sentido del humor si los ha designado para una *misión especial* en la presente coyuntura) visitó Chile y Cuba socialistas, y sostuvo entrevistas *políticas* al más alto nivel en ambos países. En setiembre, poco antes del derrocamiento de Allende,[23] Arrupe dio unas

declaraciones de prensa sibilinas, en las cuales decía confiar "en que el Catolicismo Mundial, que mira con tanto interés el acontecimiento cubano, podrá paulatinamente discernir los diversos aspectos de tan singular proceso histórico".

El año siguiente, 1974, fue un alto personaje de la Curia Romana, monseñor Casaroli, Secretario del Consejo para Asuntos Públicos del Vaticano quien visitó Cuba y se entrevistó con Fidel Castro. Las declaraciones que dio enseguida monseñor Carasoli son todo menos sibilinas: "Los católicos que viven en Cuba son felices dentro del régimen socialista… Los católicos y, de un modo general el pueblo cubano, no tienen el menor problema con el gobierno socialista… Los católicos de la isla son respetados en sus creencias como cualesquiera otros ciudadanos".

Es cierto que esta última frase podría ser interpretada de más de una manera, sobre todo en vista de que Monseñor Casaroli lamentó a la vez que el número de sacerdotes católicos en toda Cuba fuese de apenas doscientos, y reconoció haber gestionado ante el mismo Fidel Castro un relajamiento en las restricciones al culto público. Pero la ambigüedad no está tanto en las palabras de monseñor Casaroli como en los hechos. La Iglesia no puede menos que seguir viendo en el marxismo una herejía abominable, digan lo que digan Ernesto Cardenal y otras "sotanas nueva ola". Pero evidentemente ha llegado a la conclusión de que con los agregados leninistas destinados a estimular y guiar una confrontación cada vez más enconada entre los países del Tercer Mundo y los países capitalistas avanzados, y con la base de poder temporal con que ya cuenta en el

mundo, se trata de una herejía que no se puede combatir frontalmente, sino con la cual hay que convivir y eventualmente pactar; tanto más, cuanto que hay indicios de que significa una reacción contra la revolución liberal, en lugar de ser su perfeccionamiento, como antes temió la Iglesia.

El poder y la gloria

La conducción de esta nueva política por el Vaticano no es fácil, ni está exenta de graves riesgos para la Iglesia y para cada católico personalmente. Habrá (ha habido ya) perplejidades, desvíos abjuraciones. La mayoría de los fieles "rasos", y tampoco muchos laicos de alto nivel y muchos sacerdotes no comprenden, o no pueden admitir las gestiones de Arrupe y Casaroli en Cuba; ni la destitución del Cardenal Mindszenty de su Arquidiócesis húngara; ni el viaje a Moscú en 1971 del Cardenal Willebrands, Presidente del Secretariado para la Unión de los Cristianos.

En el otro extremo ¿quién duda que muchos laicos y aun muchos sacerdotes se tornarán indiferentes, o serán (o han sido ya) conquistados por la herejía marxista?

En 1972, en una conferencia por la Radio del Vaticano, el Cardenal Danielou advertía que para ciertos sacerdotes "los consejos evangélicos ya no son considerados como consagración a Dios, sino que son vistos en una perspectiva sociológica y psicológica. (Hay) la preocupación de no aparecer como burgueses, pero en el plano individual la pobreza no es practicada. Se sustituye la dinámica de grupo a la obediencia religiosa. Bajo pretexto de reaccionar contra el

formalismo se abandona toda regularidad… Religiosos y religiosas renuncian a su hábito, abandonan sus obras para incorporarse a instituciones seculares, sustituyendo con actividades sociales y políticas la adoración de Dios”…

En Chile, en 1971, en coincidencia con el inicio del gobierno de Salvador Allende, se había fundado un movimiento llamado *Católicos por el Socialismo,* que se ha extendido como un reguero de pólvora a otros países de América Latina y a Europa, para sostener y promover la tesis de que las injusticias del sistema capitalista, y sobre todo las situaciones que afectan de un modo adverso a los países *dependientes,* no pueden resolverse sino mediante revoluciones comunistas, como en Cuba. El grupo fue fundado por ochenta sacerdotes chilenos. Un año más tarde, en abril de 1972, 400 sacerdotes de toda América Latina se reunieron en Santiago para hacerse solidarios de la tesis según la cual en América Latina, en este momento, el cristianismo y el marxismo deben ir unidos de la mano.

Pero las cosas no se detuvieron allí. En enero de 1973, cerca de doscientos sacerdotes y laicos norteamericanos y españoles se reunieron secretamente en Avila (España), y allí quedó aprobada la tesis de que el deber de los buenos cristianos es luchar por el socialismo no como simpatizantes, o “compañeros de ruta” de los partidos marxistas, *sino como militantes disciplinados de esos partidos.* Y una segunda posición semejante fue aclamada en una reunión de dos mil *Católicos por el Socialismo* en Bologna (Italia) en setiembre de 1973.

Varias conferencias episcopales, en América Latina y en España se han preocupado por este asunto, y un

Sínodo reunido en Roma en el primer semestre de 1975 advirtió que “a la tentación de atar la Iglesia a un poder o ideología política se junta la de complacer a la opinión pública, cosa no menos peligrosa. La lucha pacífica por la liberación es un deber de los cristianos, (pero) no sólo en el Tercer Mundo, contra la opresión de las estructuras económico sociales colonialistas, sino también en el Segundo Mundo, el de los regímenes comunistas, contra la opresión en el campo espiritual, ideológico, religioso y moral, *sobre lo cual el miedo a la opinión pública nos tiene callados”...*

Esa última frase es elocuente, puesto que parece indicar la convicción de la Iglesia en sus más altos niveles de que la *opinión pública* (sin duda del Tercer Mundo y en particular de América Latina, que es la parcela del Tercer Mundo que interesa primordialmente a la Iglesia) admite fácilmente y aplaude las tesis marxistas, con las cuales se *complace,* mientras que sería indiferente, o hasta resultaria incomodada y hostil esa misma opinión pública, si se le recuerda que no son exactamente óptimas las condiciones de los pueblos sometidos al Imperio Comunista.

En este juego tan ambiguo y tan aparentemente riesgosa para el catolicismo, puede que haya que esperar mucho tiempo para saber quién habrá usado a quién. Lo único seguro es que la Iglesia sabe contar el tiempo en siglos, y que la tentación de caer los cristianos en el mesianismo temporal y en la politización no es ninguna novedad. Estuvo presente inclusive en los primeros tiempos de la Iglesia. Sin duda el riesgo nunca ha sido más grave, pero tampoco el desafio, o la oportunidad. De ninguna época como de la presente ha podido decirse con

tanta certeza que *un nuevo ciclo de siglos comienza* (aunque tal vez no ninguna nueva Edad Dorada). Y esta coyuntura, la Iglesia obviamente no está dispuesta a afrontarla guiada por los catecismos de los Monseñores Caro, Ottaviani y Minsdzenty.

En todo caso, de todos los terrenos de coincidencia táctica o de eventual confrontación entre católicos y marxistas, ninguno hay más sensitivo o más importante para la Iglesia que América Latina, donde se encuentran ya la mitad (y pronto mucho más de la mitad) de todos los católicos nominales que hay en el mundo, y donde, tal vez con ayuda importante de católicos militantes, el marxismo pueda contabilizar en los años venideros algunas de sus victorias más significativas.

NOTAS

1. La Encíclica *Etsi longissimo* (1816) del Papa Pío VII, califica como "sedición" la emancipación hispanoamericana, y exhorta a los americanos a la lealtad al rey. Y las glosas de los obispos americanos fueron mucho más allá todavía. El obispo de Arequipa, en una pastoral, calificó la independencia de "imaginaria, perjudicial, afrentosa, criminal ante Dios". Los obispos de Popayán, Mérida (de Venezuela) y el gobernador eclesiástico de Caracas calificaron de "gravísimo pecado" la insurrección." Etc.

2. Juan José Arévalo, *Antikomunismo en América Latina,* Buenos Aires, Editorial Palestra, 1959.

3. Referencia cruel, ésta última, a la mayor que la usual incidencia de acoplamientos fugaces y embarazos no deseados que tiene lugar durante las fiestas de Carnaval.

4. Leopoldo Zea, *Latinoamérica y el mundo,* Caracas, Biblioteca de Cultura Universitaria, 1960.

5. Octavio Paz, *Ibid.*

6. Bailey W. Diffie, "Estimates of Indian Population in 1492", en *History of Latin American Civilization,* edited by Lewis Hanke, London, Methuen & Co. Ltd., 1969.

7. No confundir a este Túpac Amaru con el inca Túpac Amaru II, dirigente en 1780 de una rebelión indígena contra los abusos de la oligarquía *criolla* peruana.

8. Reducir: “Persuadir o atraer a uno con razones y argumentos. Sujetar a la obediencia.” *Diccionario de la Real Academia Española.*

9. *Precursor,* por antonomasia, se le dice a Miranda, como *Libertador* a Bolívar.

10. Boletín de Prensa del Secretariado Permanente de la Conferencia Episcopal Venezolana, Caracas, 10 de enero de 1975.

11. En cierto club de playa cercano a Caracas, las familias, pertenecientes todas a la clase dirigente, asisten unánimes a la misa de diez, el domingo. Pero el domingo 18 de mayo de 1975, a esa hora la televisión transmitía vía satélite, desde Italia una carrera motociclística válida para el campeonato mundial, y en la cual el favorito era un piloto venezolano. Ese día, las damas fueron solas a misa.

12. Ricardo Pozas *A., Juan Pérez Jolote, Autobiografía de un tzotzil,* citado por Octavio Paz en *El Laberinto de la Soledad.*

13. *Antikomunismo en América Latina.*

14 El palacio presidencial de Buenos Aires.

15. Preámbulo del fascismo peronista.

16. Arévalo, exilado en Argentina, era profesor en la Universidad de Buenos Aires.

17. Arévalo escribe antikomunismo con k para ridiculizar la identificación, por Foster Dulles *y por la Iglesia latinoamericana,* de todo signo de reformismo liberal con el “comunismo internacional”.

18. Monseñor José María Caro, *El misterio de la masonería,* 1954, citado por Juan José Arévalo, *Antikomunismo en América Latina,* p. 122.

19. Mientras en los países comunistas, los simples ciudadanos no pueden lJoseer ni un multígrafo, y en algunos casos, hasta las máquinas de escribir deben figurar en un registro policial.

20. Sacerdote colombiano, vástago de una de las “24 familias” que dominan la sociedad más tradicionalmente *católica* de América Latina. Camilo (nacido en 1929) se ordenó sacerdote en Colombia y siguió estudios de sociología en Lovaina. A su regreso, en pleno auge del castrismo y del guevarismo, asumió posiciones cada vez más radicales que tal vez hubieran sido entendidas y digeridas por una Jerarquía menos conservadora que la de su país, pero que en

Colombia causaron su pase al Estado Laical. En octubre de 1965 se unió a un “foco” guerrillero, y en febrero del año siguiente murió en un encuentro con el Ejército. Aunque Camilo no puede competir con el “Che” Guevara para el puesto de primer *santo* de la Revolución latinoamericana, para la Iglesia no carece de importancia contar con este mártir, enterrado (cerca del sitio de su muerte) debajo de una humilde cruz de aluminio con la leyenda: “El que sea católico que respete esta tumba”.

21. Cardenal es autor de *En Cuba,* una apología entusiasta del régimen fidelista.

22. Palabras de Paulo VI dichas en Roma, el 28 de setiembre de 1968, poco después de su regreso de Colombia.

23. Con quien el Cardenal Primado de Chile, Silva Henríquez, Arzobispo de Santiago, mantuvo estrechas y excelentes relaciones.

CAPITULO VII
ALGUNAS VERDADES

Lo "Válidamente Nacional"

LA Iglesia Católica, la influencia de los Estados Unidos, y más recientemente del marxismo, no son elementos *exteriores* a Latinoamérica, sino, de una manera o de otra factores de la esencia latinoamericana, componentes de esa esencia junto con otras contribuciones culturales, políticas, económicas de la civilización de Occidente, recibidas a través del prisma un tanto deformante que fue España, o a partir del siglo XVIII, con la Ilustración y las revoluciones norteamericana y francesa, de países más centralmente occidentales, como los mismos Estados Unidos, Francia e Inglaterra.

Y desde luego, otra parte de la esencia de Latinoamérica la aportaron sin querer (y sin quererlo los conquistadores) los "indios" que habitaban el territorio antes del descubrimiento; otra, los esclavos negros traídos de Africa; otra, los inmigrantes europeos (españoles, italianos, portugueses, alemanes, judíos, rusos y polacos, et.) llegados desde la segunda mitad del siglo XIX hasta hoy; y todavía otra, crucial y originalísima, el choque y la forzada fusión de componentes culturales y étnicos que aquí se produjo desde el siglo XVI *y no ha dejado de seguirse produciendo hasta hoy.*

Pero al intentar los latinoamericanos entendernos nosotros mismos y explicarnos al resto del mundo, sucede invariablemente que no es que no alcancemos, si-no que *no nos proponemos* a inter-relacionar esos diversos factores de una manera que pudiera llamarse

científica. Cada uno de nosotros tiene sus preferencias y sus fobias, algunas veces predestinadas (por herencia étnica, por ejemplo), otras veces prolijamente razonadas, y otras veces transparentemente arbitrarias con relación a ese conjunto de componentes de nuestra personalidad como individuos y como colectividades.

En México, Hernán Cortés y todos los demás conquistadores y colonizadores españoles, guerreros, frailes y administradores civiles, son tenidos por execrables *invasores y ocupantes,* contra quienes la *nación mexicana* (pre-colombina), reaccionó exitosamente trescientos años más tarde, expulsándolos y retornando un hilo histórico *autóctono* sólo transitoriamente interrumpido. Y esto es sólo un caso extremo, puesto que como hemos visto anteriormente en este libro, el *leitmotiv* romántico de la Guerra de Independencia contra España fue dondequiera la *restauracíón de la libertad perdida en 1492*.

Ahora bien, tal como argumentaron, cada uno a su manera, Marx y Freud, no hay ni para los individuos ni para las colectividades fobias o inclinaciones aleatorias, y las convicciones más determinantes, así como los razonamientos más complicados en apoyo de esas convicciones, pueden tener su explicación profunda en requerimientos de equilibrio psíquico o de autojustificación.

También puede darse el caso, o variante (y de hecho se da en la explicación hoy de moda para la situación peculiar y el *malaise* del Tercer Mundo, inclusive Latinoamérica) de que neurosis colectivas sean deliberadamente exacerbadas por quienes, compartiéndolas o no, han hecho un esfuerzo analítico

para evaluar la virulencia relativa de las fobias y la fuerza relativa de las inclinaciones, con el objetivo preciso de manipular unas y otras en la promoción de proyectos políticos.

Por ejemplo, para la generación latinoamericana de 1810, el mito del "Buen Salvaje" tuvo un uso que podríamos calificar de *ingenuo*. Lo mismo puede decirse de la fobia antinorteamericana de la generación de Rodó y la Guerra Hispanoamericana. Pero en la segunda mital del siglo XX la cosmovisión leninista ha dejado atrás tales ingenuidades y ha establecido un inventario y una codificación de las fobias y los mitos latinoamericanos, así como un *arsenal* de argumentos que derivan su potencia de su vinculación deliberada con las necesidades de satisfacción, equilibrio psíquico y autojustificación de la cultura latinoamericana.

De muy poco valdrá señalar arbitrariedades o inconsistencias en ese arsenal dialéctico, puesto que no se trata, al disparar al unísono o alternativamente las distintas armas de esta panoplia, de aproximarse a ningun verdad científica, sino de ganar una guerra ideológica o, más crudamente todavía, propagandística.

De acuerdo con este objetivo, así concebido, los distintos elementos que han contribuido a formar la realidad global latinoamericana van a ser juzgados o valorados no necesariamente en función de su contribución cuantitativa o cualitativa a esta sociedad, sino por la utilidad que su exaltación o descalificación puedan tener para el objetivo de alienar Latinoamérica emotiva e intelectualmente de Occidente (y sobre todo de los Estados Unidos) como un paso previo para desvincularla del sistema político-económico occidental;

y esto, desde luego, como una faceta de la verdadera meta estratégica, que es arrinconar y finalmente abolir del mundo los sistemas político-económicos fundados sobre los valores y las conquistas de la Revolución Liberal.

Así se explica que en el empeño de *desoccídentalizar* a Latinoamérica (la parcela más obviamente occidental del llamado Tercer Mundo) no haya inconveniente alguno en emplear instrumentos culturales o tecnológicos, ideas o artefactos “no autóctonos”, puesto que no se persigue consecuencia lógica o rectitud intelectual, sino *eficacia.* Por ejemplo, habrá que dominar el código y los instrumentos de las ciencias sociales, creadas en Occidente (la sociología, la economía política, la historiografía, la etnología, la antropología, la arqueología, la demografía, etc.) y servirse de computadoras, cámaras de cine y de fotografía, grabadores de sonido y de video, etc., pero con el propósito bien definido de “servir a la revolución”, no a la ciencia. De hecho, las mismas disciplinas y los mismos artefactos serán denunciados como instrumentos de la penetración cultural imperialista en cada caso cuando no estén empleados en la “buena causa”.

Esta cuestión está planteada con toda claridad en un artículo titulado “L'Anthropologie Révolutionnaire, comment faire”, de R. Buijtenhuijs *(Les Temps Modernes,* N9 299-300, Junio-Julio de 1971, p. 2389): “Supposons qu'un anthropologue “engagé” fasse un séjour dans un des territoires liberés des colonies portuguaises et qu'il découvre que la realité politique, economique et sociale reste en dessous des idées proclamées par les responsables de la révolution… Faut-

il alors publier ces faits ou les passer sous silence? Dans le premier cas on risque de servir la propagande contrerevolutionnaire qui s'en servira aussitôt”.[1]

Situadas las cosas de este modo, se comprende que Oscar Lewis haya visto el resultado de un año de trabajo en Cuba comunista confiscado por la policía cubana, y se haya hecho calificar de “agente de la CIA”. Y se nos hace claro, igualmente, el reconocimiento excepcionalmente sincero de un sociólogo marxista latinoamericano, según quien en la lucha contra la *dependencia cultural,* “lo que hay que afirmar como válidamente *nacional* es (todo) aquello que se oponga a la dominación imperialista”.[2]

El indigenismo

Dentro de esta perspectiva, existe en este momento una sobre-valorización “comprometida” del componente aborigen de la cultura latinoamericana.

En apariencia, no habría en esto sino continuidad con una preocupación muy comprensible y muy admirable de todos los reformadores sociales latinoamericanos por la suerte del indio, oprimido desde la conquista hasta nuestros días, a pesar de haberse hecho en su nombre las guerras de emancipación contra España, la Revolución Mexicana, etc. Pero en la práctica, lo que se busca actualmente es potenciar al máximo el mito del “Buen Salvaje” por lo que tiene de virulencia *nacionanista, anti-imperialista* y *buen-revolucionaria* en sociedades que de hecho deben relativamente muy poco al pasado pre-colombino, y en las cuales el indio o bien está totalmente ausente, o bien arrastra una existencia pasiva y marginal.

Indios puros hay en Hispanoamérica de 15 a 20 millones (menos del 10 por ciento de la población) concentrados sobre todo en México, Guatemala, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay.[3] Su situación es dondequiera deplorable, y no hay ninguna duda de que su rescate, su dignificación, su desmarginalización debería ser una de las metas prioritarias de las naciones que los albergan. Cabe inclusive admitir que podría haber estado equivocada la buena intención de quienes en el pasado plantearon el problema como de *integración* de los indios a la cultura hispánica occidental dominante; que lo justo y conveniente sea más bien intentar proporcionarles los elementos para que, en la medida de lo posible, reconstruyan su herencia cultural propia.

Pero lo que es falso, insidioso y enervante para la gran sociedad latinoamericana es postular que nuestro *ser esencial* se derive de las culturas precolombinas, y que la implantanción de la cultura occidental en estos territorios a partir del descubrimientoy la colonización, sea el inicio de una curva descendente en la fortuna de Latinoamérica, la alteración perversa *por el imperialismo* (que para el caso se supone un solo proceso orgánico, que viene desde 1492 hasta 1975) de una situación imaginariamente *auténtica, autóctona, feliz, libre,* y su transformación en una situación *falsa, alienada, desgraciada* y *dependiente.* La *caída* del *Buen Salvaje,* que podrá ser vengada (y restaurada la situación anterior de beatitud *natural)* sólo por el *Buen Revolucionario.*

La mentira demográfica

La verdad es desde luego muy otra. Los aborígenes de América y sus culturas (muy heterogéneas) merecen todo el respeto que la cultura occidental *por primera vez en la historia* ha reconocido como debido a todos los seres humanos y a todas las culturas. Pero lo cierto es que ni siquiera las civilizaciones Inca y Azteca (y mucho menos todavía las demás culturas aborígenes americanas) tuvieron ni remotamente la importancia y el brillo que legendariamente se les ha atribuido, y que ahora se pretende tomar como un dato indiscutible, para el propósito de convencemos a los latinoamericanos de que somos descendientes de aquellos indios, y víctimas, junto con ellos, *igual que ellos,* de Occidente; cuando la verdad es que somos sobre todo herederos biológicos y culturales de los presuntos invasores, y en segundo término tributarios de todos quienes, norteamericanos o europeos, han continuado contribuyendo en el transcurso del tiempo a la cada vez mayor occidentación y modernización de América Latina.

La primera y más flagrante falsedad que se nos propone con relación a las culturas pre-colombinas de América, es que fueron demográficamente importantes. En su empeño por demostrar que los españoles habían masacrado la población indígena, el padre Las Casas asegura (en su *Brevísima Relación de la Destrucción de Las Indias)* que en 1492 había en Cuba no menos de 200.000 habitantes aborígenes. Otra estimación contemporánea más extravagante todavía, sostiene que en 1511 había en Cuba 1.000.000 de indios, y apenas 14.000 *seis años más tarde.* Y en esa misma perspectiva de “Leyenda Negra”,

un autor español del siglo XVIII, Antonio de Ulloa, estima que para el momento del descubrimiento la población de América ha debido alcanzar 120.000.000 de habitantes.[4] Según estas cifras, América habría tenido a fines del siglo XV más de al cuarta parte de la población mundial, Latinoamérica no habría recuperado su densidad demográfica precolombina hastá bien entrado el siglo XX, y desde luego, la porción más importante de tan estupenda población habría integrado los imperios Inca y Azteca.

Ahora bien, en primer lugar no estaban exentos de prejuicios quienes en el siglo XVI abultaron de tal modo la demografía pre-colombina americana, sino que estaban movidos por una sincera indignación por abusos y crueldades de que habían sido testigos, y querían de todas las maneras posibles descalificar toda la empresa de la conquista y colonización españolas. Por otra parte sus estimaciones, aun si hubieran sido hechas con el ánimo más objetivo, y aunque aparentemente reforzadas por provenir de observaciones directas y contemporáneas, no dejarían de ser muy cuestionables. Humboldt, uno de los primeros espíritus científicos que se inclinó sobre la realidad global hispanoamericana, hizo a este respecto la reflexión de que la población de la isla Otaheite (en el archipiélago Hawai) fue estimada por el Capitán Cook (su descubridor en el siglo XVIII) en 100.000 individuos, pero en la mitad de esa cifra por misioneros arribados posteriormente, en 16.000 por otro marino, y en apenas 5.000 por todavía otro observador *directo*. Y esto, que sucedió con relación a una pequeña isla en el siglo XVIII hacía con mucho razón dudar a Humboldt (en los primeros años del siglo XIX) sobre las cifras inmensas

propuestas en el siglo XVI para el vasto e inexplorado territorio de América.

Sin embargo, esas dudas son despreocupadamente puestas de lado por todos quienes por una u otra razón quieren inflar la importancia de las culturas pre-colombinas de América. Jacques Soustelle, cuya motivación no cabe suponer distinta a la tendencia, muy humana, de inclinamos por la hipótesis que realce más el tema al cual hemos dedicado un gran esfuerzo, dice: “D'une façon que je reconnais arbitraire, et je le déplore, mais faute de mieux, on peut admettre que Tenochtitlan-Tlatelotolco[5] comportait de 80.000 a 100.000 foyers de sept personnes, soit une population totale de 560.000 a 700.000 âmes”.[6]

¡Faute de mieux! Verdaderamente la historiografía moderna (y aún el simple sentido común, guiado por la lógica) cuenta, por fortuna, con instrumentos un poco menos groseros que la adivinación arbitraria y, en efecto, deplorable. Diffie[7] hace la observación elemental, de que siendo la extensión máxima de Tenochtitlán de unas tres y media millas cuadradas, inclusive lagunas y canales, y que teniendo Londres en el siglo XX unos 12.000 habitantes por milla cuadrada, es altamente improbable que la capital azteca haya tenido en 1520 una población numerosa. Encima de esto, el mismo autor hace una pregunta tan sencilla como demoledora: si suponemos una población superior a unas pocas decenas de miles en Tenochtitlán ¿cómo imaginar el abastecimiento y la disposición de desperdicios de una ciudad sin río navegable, sin animales de carga o tiro, y desconocedora de la rueda?

Anteriormente (Pág. 244) cité al mismo Diffie con relación a la imposibilidad de que el actual territorio peruano, con los métodos, los instrumentos y los recursos (plantas y animales) disponibles antes de la colonización española, haya podido sostener una población de .más de millón y medio de habitantes, *suponiendo un uso óptimo de la tierra.*

Entre los animales, que no existían en América antes de la llegada de los españoles se cuentan los caballos, asnos, vacunos, cerdos, cabras, conejos, aves de corral. Entre las plantas, no son autóctonas no sólo el eucaliptus, amado por Jorge Luis Borges, y las rosas, sino además el trigo, el centeno, la vid, el olivo, la caña de azúcar, los cítricos (naranjas, limones, etc.), el banano, el cafeto, etc. En general, de 247 especies vegetales alimenticias o de utilidad industrial cultivadas sistemáticamente en América, 199 son originarias de Eurasia o Africa, una de Australia, y apenas 45 con certeza americanas, El padre jesuita Bernabé Coba hizo en 1652 la observación, perfectamente justificada, de que tal transferencia de plantas y animales del Viejo al Nuevo Mundo había sido más importante y ventajosa para éste que todo el oro y la plata que España extrajo de sus colonias americanas.[8]

Ya en 1884, la inteligencia y la ausencia de prejuicios "tercercomundistas" de Federico Engels lo había llevado, por pura lógica, a la conclusión de que las sociedades pre-colombinas americanas, desprovistas de casi todos los cereales, de todos los animales domésticos salvo la llama (y ésta en una reducida zona andina), del hierro y de la rueda, forzosamente tuvieron que ser muy pobres en población y en vitalidad, y casi seguramente no alcanzaron a reunir ni siquiera medio millón de hombres

bajo un solo liderazgo y mucho menos dentro de una sola aglomeración urbana.[9]

El socialismo Inca

Contra la fuerza del razonamiento de Engels, los Incas lograron, según parece, edificar y mantener un imperio de cerca o más de un millón de súbditos, y esto sin contar siquiera con la escritura. Por lo mismo, hay que reconocerles un genio político poco común. Sin embargo, la exaltación "tercermundista" (y desde luego *anti-imperialista,* y por lo tanto *válidamente nacional* para cada país latinoamericano y no sólo para el Perú, Ecuador y Bolivia) del *Socialismo Inca,* se demuestra en la práctica tan arbitraria como el abultamiento fantástico de la población pre-colombina; y es en todo caso contraproducente (si se examina de cerca la cuestión) como argumento en favor del socialismo, salvo como el sistema más apropiado (en su forma perfecta *totalitaria)* para la distribución relativamente equitativa de una escasez crítica de recursos, con relación a la población (caso del antiguo Perú y, es cierto, de zonas cada vez más importantes del llamado Tercer Mundo) pero de ninguna manera como un sistema prometedor de libertad o de abundancia; y menos todavía de la libertad en medio de la abundancia.

Por una paradoja sólo aparente, fueron europeos y norteamericanos quienes primero se entusiasmaron con las supuestas virtudes extraordinarias de los Incas. Y antes que nadie, los primeros europeos en el sitio: los españoles. El último sobreviviente del grupo de aventureros que, con Pizarro a la cabeza, conquistaron el

Perú, declaró en su lecho de muerte estar arrepentido de su participación en la destrucción de una sociedad perfecta y en la corrupción del *Buen Salvaje* americano. De hecho, es más que probable que el testamento de Mancio Sierra de Leguízamo, donde figuran esos sentimientos, haya sido escrito en su nombre por algún fraile, pero eso no le resta un ápice de valor como expresión de una opinión (o más bien de un *prejuicio)* que se encuentra ya en las cartas de Colón a los Reyes Católicos, y cuyo origen y motivaciones en muy antiguos y muy arraigados mitos europeos o eurásicos vimos al principio de este libro.

Según Leguízamo (o quien haya escrito lo que a Leguízamo se atribuye) el Imperio Inca antes de la llegada de los españoles era una sociedad tan perfecta y tan virtuosa que no había *ni un solo ladrón, ni un solo hombre vicioso, ni un solo hombre ocioso, ni una sola mujer adúltera.* Quien tuviera en su casa cien mil pesos en oro y plata, podría tranquilamente dejar la puerta abierta, con apenas una escoba o un pedazo de leño en el umbral como seña de no estar el dueño en casa, etc.

El testamento de Leguízamo es la fuente original de éstas y otras afirmaciones sobre la virtud supuestamente perfecta del antiguo Perú antes de *la caída.* Por ejemplo, el historiador romántico norteamericano William Prescott (1796-1859) en su *The Conquest of Peru* sostiene que en el Perú pre-colombino "nadie era rico, pero nadie era pobre. Ningún botarate podía dilapidar su fortuna en lujos extravagantes. Era imposible para un hombre arruinar a su familia por alguna especulación desafortunada… La mendicidad no era tolerada… La ambición, la avaricia, el deseo de cambiar de estado,

todas esas pasiones que agitan el espíritu humano, no encontraban lugar en el pecho de un peruano”.

Al socialista utópico y romántico que era Prescott no le pasa por la mente que en la medida en que tales afirmaciones guarden alguna relación con la realidad, podría dárseles una interpretación harto diferente a la operación “espontánea” de la virtud “natural” del “buen salvaje” antes de la “caída” que habría sido toda civilización *mercantil,* y sobre todo la ambición fáustica civilizadora occidental. Una explicación, por ejemplo, como la que propone Louis Baudin[10] para quien el Perú pre-colombino fue testigo de un ensayo sin duda interesantísimo, pero ni “buensalvajista” ni mucho menos libertario, de racionalización de la sociedad, basado en la absorción totalitaria del hombre por el Estado; un sistema en el cual el bienestar de cada cual estaba asegurado en un nivel mínimo y aproximadamente igualitario (para los hombres comunes y corrientes, no para los dirigentes, quienes tenían privilegios en escala ascendente, según su jerarquía) a cambio de una rígida subordinación al *plan* de cada existencia individual. Los planificadores ideaban e imponían *normas* de producción, distribución y consumo, para cuyo efecto toda la población estaba organizada en una pirámide de jerarquías rígidas y sacralizadas, con todo el poder y toda la responsabilidad concentrados en los dirigentes.

En tal sistema, cada campesino tenía contacto sólo con su centurión, y prácticamente jamás se apartaba del valle donde había nacido. Estos campesinos “rasos” (99 por ciento de la población) no recibían educación, salvo la más somera, especializada y estrechamente relacionada con sus funciones específicas. Cada hombre tenía que

obedecer ciegamente a sus superiores, bajo amenaza de terribles castigos. Los centuriones a su vez, conocían varios valles y tenían alguna educación. Cuanto más alto estuviera un hombre en este aparato de control social, mayor era su prestigio y más amplios sus conocimientos y sus horizontes. Pero nadie, salvo los más altos señores, viajaba jamás por gusto o en asuntos particulares. Aparte de los Incas, sólo mensajeros o funcionarios podían trasladarse de un sitio a otro del Imperio. Quien se encontrara fuera de *su sitio* sin *justo motivo,* era castigado como delincuente.

En su prólogo al libro de Baudin, Ludwig von Mises escribe: "De estas páginas emergen los contornos sombríos de la vida bajo un régimen colectivista: el espectro del ser humano privado de la cualidad esencialmente humana de *elegir* y *actuar.* Los súbditos de los lncas eran seres humanos sólo en el sentido zoológico. De hecho, eran mantenidos como ganado en el corral. Al igual que el ganado no tenían preocupación material alguna, porque su mejoramiento personal no dependía de su propia conducta".

Puede que los problemas políticos de algunas zonas del mundo en nuestra época recomienden, y hasta requieran soluciones de este tipo (aunque no es seguro que resulten tan pulcramente factibles en condiciones distintas al total aislamiento, ignorancia de otras alternativas y penuria científica y tecnológica que caracterizaron el Imperio lnca), y que al adoptadas, los responsab1es las califiquen de "socialistas". Lo que es seguro es que ni el antiguo Perú tenía nada que ver con la ilusión mítica del "Buen Salvaje" (más bien todo lo contrario) ni se trata de un modelo de organización social que racionalmente deba

servimos de ejemplo o de meta a los latinoamericanos, aunque su exaltación esté ahora mismo siendo intentada como instrumento *anti-imperialista* y por lo tanto válidamente *nacional* aun en países como Argentina o Venezuela, cuyas sociedades aborígenes no tuvieron la más remota semejanza o contacto con el Imperio Inca.

Pobres en demografía, pobres en recursos naturales, pobres en tecnología, nulos en ciencia, primitivos en política, débiles físicamente (por la defectuosa alimentación), desprovistos de religiones capaces de competir con el cristianismo, los aborígenes americanos no pudieron resistir ni militar ni cultura1mente el choque que recibieron de un número irrisorio de europeos. Y menos que ninguno los más *avanzados,* los Incas y los Aztecas, puesto que la total ausencia de *participación popular* en los sistemas políticos peruano y mexicano, los hizo incapaces de sobrevivir la captura y destrucción de su alto liderazgo, y a la vez permitió a los españoles tomar control de esas sociedades con el simple expediente de ocupar los puestos de comando en lugar de las anteriores minorías dirigentes.

Cortés conquistó México al frente de 600 hombres. Pizarro no logró reunir sino 180 para la empresa de hacerse con el Imperio de los Incas. Parecerían cosas de los libros de caballerías que estaban por entonces justamente de moda, pero están perfectamente documentadas. En todo caso, y sin restar nada a la audacia insensata de los conquistadores, su éxito se hace un poco menos incomprensible cuando sabemos que no se enfrentaron a millones, o ni siquiera a centenares de miles de guerreros, sino a reducidos grupos, más

sacerdotales que militares, reinantes sobre colectividades a su vez poco vitales y poco numerosas.

La población de América, va a comenzar a aumentar casi desde ese mismo momento, hasta llegar a los actuales niveles de "explosión demográfica", no sólo por la formidable capacidad de engendrar bastardos mestizos (y pronto mulatos) que van a demostrar conquistadores y colonizadores, sino básicamente por la introducción de nuevos factores económicos en la forma de animales, plantas y tecnologías de procedencia eurásica, los cuales van a multiplicar la capacidad del suelo americano para albergar y alimentar seres humanos. Y éste es un proceso que todavía hoy no se ha detenido, sino que más bien se ha hecho mucho más acelerado y más complejo desde la revolución industrial, y con la participación, como principal centro de investigación científica y de innóvación tecnológica, de los Estados Unidos.

De esta manera, el elemento más importante y con mayor razón invocado para subrayar la importancia actual y futura de la América Latina, nuestra inmensa y creciente población, lo debemos directamente a esas relaciones *imperialistas* y de *dependencia* sobre las cua1es se afirma que en ellas reside la raíz de todos nuestros males, cuando sin ellas, sencillamente no existiríamos.

Una cultura de inquilinos

La fortuna histórica de los EE.UU. dentro de la aventura americana, nuevomundista fue ser colonizados y poblados (insisto en el hecho, fundamental, de que para todos los efectos prácticos, América, a diferencia de Asia

y Africa, era un territorio prácticamente despoblado cuando recibe el impacto de Occidente) por Inglaterra, la nación europea cuya curva de energía y de creatividad en todos los órdenes, y sobre todo en los órdenes científicos-tecnológico, económico y político estaba en ascenso en el siglo XVII. Las colonias inglesas de *poblamiento,* van a recibir intactas, y hasta filtradas de lastres, esa energía y esa creatividad (no así, obviamente, las colonias inglesas afroasiáticas, densamente pobladas previamente).

En contraste, y sin que debamos ni un instante caer en la idiotez de planteamos la hipótesis de que hubiera podido ser de otra manera (si hubiera sido de otra manera, no seríamos en efecto lo que somos, pero tampoco seríamos *otros,* sino que *nosotros,* simplemente *no seríamos)* Latinoamérica va a ser colonizada y poblada por un país admirable de mil maneras, pero que entraba justamente entonces en un divorcio con el espíritu de los tiempos modernos, en un rechazo al racionalismo, al empirismo, al secularismo, al libre examen, es decir a los fundamentos de las revoluciones industrial y liberal y del desarrollo económico capitalista.

Simultáneamente, y por motivos vinculados o no con su rechazo a la modernización, la sociedad española va a iniciar en el mismo siglo XVI una decadencia, una lasitud y una tendencia a la desintegración, aun en relación con sus propios valores y coordenadas de origen y significado medieval y precapitalista. Esa lasitud y esa tendencia a la desintegración, los países "nuevos" que Estaña funda en América las van a compartir y acentuar. El Nuevo Mundo hispanoamericano, va a ser el Viejo Mundo español con algunos y muy serios problemas adicionales.

En *España Invertebrada,* Ortega y Gasset, tras afirmar que por lo menos desde 1580 “cuanto en España acontece es decadencia y desintegración”, hace la profunda observación[11] de que así como la curva ascendente de una colectividad está signada por la incorporación y la totalización, en el sentido de que cada individuo y cada grupo se sabe y *se siente* parte de un todo, de manera que lo que vulnera al todo afecta a cada cual, y viceversa, la decadencia ocurre cuando las partes de la colectividad, los grupos, los individuos no se sienten comprometidos con el destino común, descubren su particularismo, dejan de sentirse a sí mismos como partes de un todo orgánico, y en consecuencia dejan de *compartir* los sentimientos (y los intereses) de los demás.

Pues bien, si esto sucedió en España desde el siglo XVI, obviamente esto va a sucederle a la sociedad hispanoamericana *desde su nacimiento,* es su condición original, y tanto más, cuanto que el particularismo español, el no sentirse cada uno de los españoles personalmente comprometido con los intereses de su propia sociedad, va a radicalizarse con el salto a América, que es tierra de conquista, de saqueo, de esclavos, de botín.

Si el andaluz, el extremeño o el castellano que venían a “Las Indias” no se sentían *de España,* mucho menos se van a sentir *de América,* como sí se van a sentir americanos (hasta apropiarse el gentilicio) los inmigrantes a los Estados Unidos, desde los peregrinos hasta hoy y ajenos a la más remota idea de estar sólo de paso por esta nueva tierra a la cual habían venido (y vienen todavía) a *integrarse* en el sentido orteguiano o mommsiano, a sumarse a un proyecto común

considerado por ellos infinitamente preferible y desde luego más viable que sus sociedades originarias.

En contraste, en la vida y en el folklore ibéricos va a perdurar hasta hoy la figura del "indiano", el *emigrante* que viajó al Nuevo Mundo no a quedarse, sino a hacer fortuna para regresar ni siquiera a España, sino a su provincia, a su cantón, a su aldea.

Claro que muchos se quedaron, y todos engendraron hijos bastardos que no tuvieron (ellos) más remedio que quedarse donde habían nacido; pero no vinieron a eso. Vinieron de paso, e imprevistamente se quedaron en América. Pero se van a quedar, ellos y sus descendientes, no como dueños de la tierra y comprometidos con ella, sino con un espíritu de transeúntes, de inquilinos de un espacio ajeno; no miembros de una sociedad *perdurable,* sino participantes accidentales de una *aventura transitoria,* caracterizada por no ser un proyecto común y compartido ni un "sistema de incorporación", sino un subproducto de la desintegración de la sociedad española a partir del siglo XVI.

Una diferencia muy especial y muy preñada de consecuencias entre la sociedad en proceso de incorporación que fundaron los colonos ingleses en Norteamérica y la sociedad centrífuga hispanoamericana, fue que en las colonias angloamericanas las aglomeraciones urbanas nacieron y crecieron para responder a las necesidades de los habitantes del campo, de los agricultores; mientras que en las colonias hispanoamericanas la población agricultora va a ser esclava y a estar organizada para responder a las necesidades de las aglomeraciones urbanas. El colono inglés llega a América dispuesto a ser un *farmer.* De

hecho su ambición es exactamente esa: ser un *free farmer*[12] y derivar su sustento y su libertad de la actividad agrícola realizada con sus propias manos. En contraste, el colono (o aspirante a "indiano") español, viene a América a fundar pueblos desde los cuales controlar el territorio; y el trabajo agrícola (o, preferiblemente, minero) lo van a realizar por él y para él esclavos organizados en *encomiendas,* y más tarde en *haciendas* con todos los defectos y ninguna de las virtudes de la estructura socieconómica de la Europa medieval.

La reforma agraria

Modernamente se machaca el tema de que los males de Latinoamérica se deben en gran parte a la mala distribución de la propiedad de la tierra, sin detenerse a considerar que ese fenómeno es un síntoma y una consecuencia, y no una causa primaria de los males que van asociados con el latifundio tan como se le encuentra y como ha funcionado en la sociedad latinoamericana. Por quedarse los reformadores sociales en la superficie del problema, han imaginado que una *reforma agraria* consistente en el reparto de las tierras entre los campesinos (los descendientes de los esclavos de las encomiendas y las haciendas) sería el motor suficiente de una transformación de efectos redentores múltiples, tanto por el estímulo que la propiedad de la tierra daría a los campesinos, como por quedar quebrantado el poder tradicional y reaccionario de los latifundistas.

Pero por desgracia, las reformas agrarias, donde han sido intentadas en serio (y con gran inversión de

recursos) han resultado decepcionantes, lo cual parecería indicar que la sociedad rural latinoamericana sufre de traumas mucho más complejos y difíciles de remediar que la mala distribución de la tierra y su concentración en latifundios escandalosos, entre otras razones, por ser lamentablemente improductivos.

En sí mismo, el latifundio no tiene por qué ser ni improductivo ni socialmente nefasto. No lo es en los Estados Unidos, donde el King's Ranch, de Texas, pasa por ser la mayor extensión de tierra en el mundo propiedad de una sola familia, y es a la vez una de las fincas ganaderas más productivas que se conozcan, y una empresa agro-industrial cuyos trabajadores devengan sueldos excelentes y tienen una vida digna libre y hasta privilegiada con relación a los trabajadores urbanos norteamericanos, ya que tienen todas las comodidades asociadas con la vida en las ciudades sin tener que enfrentar a megalópolis, con sus costos en tensión, congestión y contaminación. Ni es nefasto el latifundio en Canadá, Australia o Nueva Zelandia. Más bien, la gran propiedad si junto con ella se dan otras condiciones, puede facilitar la mecanización, la racionalización, la alta productividad y un consiguiente satisfactorio nivel de vida para los trabajadores del campo.

El latifundio es un lastre casi mortal, o mortal cuando tiene su origen en una sociedad esclavista, como sucedió en el Imperio Español de América, por las consecuencias que ello tiene en la formación de actitudes y comportamientos tanto en los amos como en los esclavos, y en sus descendientes. El campesino sucesor, sobre la tierra, de abuelos esclavos, hereda el hábito de ser objeto de decisiones de otros, y no va a cambiar mágicamente

por recibir una parcela en propiedad. Sigue esperando ser objeto de un control paternalista, y si antes fue peón de un señor feudal, ahora será peón (y elector) de un partido político, o del gobierno, representado en el cantón por un *cacique.*[13] El espíritu feudal sígue vigente, las formas de producción siguen siendo siendo primitivas, los resultados decepcionantes. y puesto que ya no hay hacendado a quien culpar, el *fracaso de la reforma agraria* (frase escuchada constantemente desde que cesa la euforia inicial causada por el reparto de tierras) se achaca a los malos gobiernos, a los malos ministros de agricultura, a la insuficiencia de ayudas, de créditos, de entrega de semillas, de compra oportuna de las cosechas; es decir a todo menos a lo esencial: que la estructura social creada en el siglo XVI sigue 1astrando la sociedad latinoamericana del siglo XX; que el campesino sigue teniendo ánimo de siervo, sigue esperando ser objeto de decisiones de otros (de quienes cuando más supone que serán más benévolos que el hacendado, y *menos exigentes).* De él pudiera decirse, como el Cid injustamente desterrado: ¡Dios, qué buen vasallo, si hubiese buen señor!

En general el sueño de la tierra propia, de la granja que uno cultiva por sí y para sí, sin temer la opresión ni esperar la supervisión ni la ayuda paternalista de nadie (más bien lo contrario) no tiene substancia en el espíritu del campesino latinoamericano. La expresión anglosajona *free farmer,* sobre la cual se podría glosar toda la evolución política de las colonias inglesas de Norteamérica, antes y después de su independencia, no tiene sentido en nuestro medio rural.

Más bien, si alguna aspiración de cambio (y de mejora) alcanza a formarse el campesino latinoamericano, suele ser la de mudarse a las aglomeraciones urbanas, las cuales tienen entre otros atractivos y prestigios el de haber sido desde el siglo XVI el asiento de las clases ociosas. Los colonizadores españoles las fundaron a toda prisa y se quedaron en ellas, supervisando de lejos sus tierras y sus esclavos. Por lo mismo, tan preocupante como la situación del campesino sin tierra, es la paradoja de la tierra sin campesino, que también se da. En Venezuela, donde la riqueza petrolera ha hipertrofiado las ciudades y cruzado el país de vías de comunicación que facilitan la migración interna, se sigue agitando ritualmente la bandera de la reforma agraria, mientras vastas zonas fronterizas (y no tan fronterizas) estarían baldías si no fuera por inmigrantes clandestinos procedentes de la vecina y deprimida Colombia.

Las dificultades y las frustraciones de todo proceso de reforma agraria en America Latina son peculiarmente graves en el caso de los indios no hispanizados, acostumbrados a vivir fuera de la economía monetaria y a un nivel ínfimo; a la vez apegados (¿y quién podría afirmar que insensatamente?) a sus modos de vida tradicionales, como forma de resistencia pasiva a la asimilación por la sociedad hispanoamericana. Por lo mismo, son insensibles a incentivos materiales, cuando reformadores bien intencionados se los ofrecen. Si reciben tierra en propiedad, y todos los demás beneficios de una reforma agraria bien diseñada y ejecutada, el resultado será invariablemente decepcionante, puesto que el indio tendrá tendencia a no producir de todos modos más que para su propio consumo y el de su familia. De

hecho, si por casualidad llega a encontrarse en posesión de dinero efectivo, lo más probable es que lo gaste en una forma "suntuaria". No existe para él ni comprensión adecuada ni mucho menos atractivo real en la "previsión", en el "ahorro", en la producción de un excedente que sirva para abastecer a remotas y *extranjeras* aglomeraciones urbanas, y a cambio del cual se le ofrecerían productos manufacturados que para él carecen de interés, y hasta de significado. La reforma agraria que podría conmoverlo sería una que le permitiese recuperar y revivir los residuos de su antigua cultura, violada por los españoles. En ese sentido, sus aspiraciones, si las pudiera formular, serían reaccionarias e incompatibles con la modernización a que aspiran los proponentes de la reforma agraria.

Por todo esto, en la mayoría de los países donde se ha intentado este proceso, el resultado de la división y reparto de las haciendas entre los peones ha sido de poca utilidad social, y más bien contraproducente desde un punto de vista económico. Los antiguos hacendados expropiados, se mudan a las ciudades e invierten el dinero en bienes raíces urbanos, o en hipotecas, cuando no lo envían al exterior. Los campesinos, tras la *fiesta* del reparto de tierras, se encuentran tan bloqueados como antes en sus posibilidades de mejoramiento efectivo, puesto que en tanto que permanecen residentes del medio rural, y trabajadores en el sector agrícola, siguen sufriendo las consecuencias de la forma como originalmente fue organizada la sociedad hispanoamericana.

La hacienda

Una de las palabras hispanoamericanas de circulación universal, es *hacienda,* y por muy buenas razones. En castellano significa en primer lugar "el cúmulo de bienes y riquezas que uno tiene, o simplemente "riqueza". Los ministerios de Finanzas de los países de habla castellana se llaman *Ministerio de Hacienda,* en el mismo sentido en que Ministro de Finanzas norteamericano es el *Secretary of the Treasury.* Pues bien, con la evidencia, en Hispanoamérica, de que no en todas partes había oro y plata, y con esos minerales, donde se los encontraban, propiedad inalienable del Rey, y explotables por particulares sólo como agentes y concesionarios de la Corona, la fortuna y el poder de los inviduos más aptos y ambiciosos se va fundar cada vez más sobre la actividad agrícola; y la consolidación de grandes extensiones de tierra en propiedad plena, (definitivamente liberada, tras la Independencia, del más tenue e hipotético vestigio de derecho real sobre esas tierras) va a ser por autonomasia la *hacienda* de los ricos hispanoamericanos.

A fines del siglo XVII la institución de la hacienda habrá alcanzado su madurez, y en cierto modo a la vez su estancamiento (y el de la sociedad que la había producido). Sus semejanzas con el sistema de tenencia de la tierra y con las relaciones sociales y formas de producción de la Europa feudal son evidentes, pero también sus diferencias. La *propiedad* de las tierras seguía siendo en teoría del Rey, pero tal como en el feudalismo europeo, la *posesión* fue estableciendo derechos irrevocables y eventualmente transferibles por venta. Otra semejanza con el orden social feudal la

encontramos en el trabajo servil de los indios y negros atados a la tierra, por la costumbre y la necesidad económica o por la esclavitud.

Una diferencia importantísima es que en el contexto de una economía mundial mucho más compleja que la de la Edad Media, las haciendas latinoamericanas no van a perseguir la autosuficiencia, la autarquía económica, sino que van a producir principalmente para la exportación, primero a España, luego a Europa, y finalmente sobre todo a los Estados Unidos. Esta es, dicho sea de paso, la base de todos los argumentos según los cuales la marginalidad histórica y el atraso latinoamericanos (pero además el adelanto europeo y norteamericano) se deberían únicamente a la división internacional del trabajo impuesta por el sistema capitalista mundial, y dentro de la cual a algunos países les habría sido asignado producir riqueza, y a otros disfrutarla.

Otra diferencia con el feudalismo europeo es que la sociedad neofeudal hispanoamericana no es ni guerrera ni inestable. Al contrario: desde la consumación de la conquista hasta las guerras de Independencia, en Hispanoamérica va a existir una asombrosa paz, mantenida casi sin tropas, lo cual demuestra que las ciudades no fortificadas, sede de los poderes civil y eclesiástico y rodeadas de haciendas configuraron un *orden político* notablemente exitoso. Habrá rebeliones, algunas de ellas graves, antes de los movimientos de emancipación de principios del siglo XIX (que significaron el colapso de aquel orden político, con una secuela de inseguridad que va a hacer del feudalismo latinoamericano postindependentista algo más parecido al "sálvese quien pueda" del siglo X europeo, y que va si

acaso a agravar en un primer momento las desigualdades y las injusticias sociales) como la insurrección de Túpac Amaru II, en el Perú, a fines del siglo XVIII; o los motines ocurridos en Ciudad de México en el siglo XVII; así como raras rebeliones de esclavos negros; pero su mismo inventario demuestra el carácter excepcional y aislado de tales alteraciones de la *normalidad,* las cuales, junto con los igualmente esporádicos ataques de los corsarios ingleses a algunos puertos del Caribe, serán durante casi trescientos años los únicos accidentes dentro de una paz casi perfecta. A principios del siglo XIX, en vísperas de la gran convulsión de las guerras de emancipación, Alexander von Humboldt viaja por Nueva España (México) y Venezuela en una especie de "safari" científico, a la caza de datos todavía hoy preciosos sobre la geografía, la fauna, la flora y la sociedad hispanoamericanas. Y Humboldt lleva consigo no una escolta, sino gente que cargue con sus instrumentos científicos. Llega hasta el Río Negro, en las fronteras de Venezuela con el Brasil. Cruza selvas y cordilleras. Y en toda la relación de su viaje, no hay mención de temores de asaltantes, de inseguridad. Y esto en parajes donde todavía en la primera mitad del siglo XX un viajero no hubiera podido aventurarse sin riesgo de su vida, o sin una fuerte escolta armada.

Dentro de este *orden,* la hacienda es desde luego una institución política a la vez que económica. El hacendado colonial es un factor de producción, y a la vez un agente del orden. La hacienda misma es una molécula del organismo social. Sobre ella reina el hacendado o, en su ausencia, el mayordomo. Los castigos son brutales, y pueden ir hasta la muerte bajo los azotes. También hay

paternalismo, benevolencia y, desde luego, relaciones sexuales de los amos y sus hijos legítimos con todas las mujeres de los siervos y esclavos.

La institución de la hacienda puede ser hasta defendida, para el momento de su consolidación, como una mejora substantiva con relación a la brutalidad de la *encomienda,* donde el indio era una máquina que se usa hasta que se rompe. Pero para el futuro de Hispanoamérica, el costo de la hacienda es alto, el lastre terrible. El molde social se cristaliza. Casi toda la tierra cultivable se concentra en manos de una ínfima minoría.

Y para el siglo XVIII, cuando la población se haya hecho más numerosa y la hacienda esté dedicada cada vez más perfectamente a producir para la exportación, va a comenzar a surgir el problema de la marginalidad social: la existencia de un "excedente" de población con relación al que puede ser incorporado útilmente a la economía. Estos hombres "sobrantes" construyen chozas y desarrollan una agricultura de subsistencia sobre áreas no cultivadas de las haciendas, de manera que también ellos son vasallos del hacendado. Las ciudades no pueden extenderse, o necesitan para ella de la benevolencia de los hacendados, a quienes revierte cada vez más poder. Y esta es la *normalidad.* Esta situación de todo el poder y toda la riqueza para unos pocos y ningún derecho o propiedad para la mayoría, es considerada justa, y el hacendado, un personaje digno de admiración y hasta de veneración. Sin embargo, la insurrección haitiana y la masacre de los hacendados franceses de esa isla, va a demostrar, a fines del siglo XVIII, cómo tales extremos de sumisión pueden, de la noche a la mañana, convertirse en sangrientas explosiones de odio.

El morbo de la esclavitud

La sociedad hispanoamericana que se forma a partir del siglo XVI tiene necesidad del indio y del negro, como siervos, porque el conquistador español no está dispuesto a trabajar él mismo ni las minas ni la tierra. En contraste, los colonos de la Nueva Inglaterra llegaron al Nuevo Mundo no con la expectativa de hacerse servir por esclavos, sino dispuestos y ansiosos a trabajar con sus manos.

Esos colonos de Nueva Inglaterra y sus descendientes conquistadores de la *frontera,* hasta el Pacífico, vieron en los indios únicamente un estorbo, que era preciso apartar y eventualmente destruir. No animales domésticos, sino animales salvajes. Los españoles crearon en cambio una sociedad simbiótica, en la cual los esclavos indios y negros, mestizos y mulatos van a ser indispensables.

Esta diferencia es básica para comprender el éxito de la sociedad norteamericana, y el fracaso relativo de la sociedad hispanoamericana. No es accidental que la región sudista de los EE.UU., donde colonos anglosajones establecieron una sociedad esclavista, como los españoles en Hispanoamérica; donde el europeo en lugar de ser un *free farmer* se dedicó a darse ínfulas de *caballero* y a supervisar mano de obra esclava, haya evolucionado de muchas maneras en forma semejante a la sociedad latinoamericana, y haya fracasado en forma muy parecida, hasta la guerra civil en la cual el Sur fue derrotado y "anexado" por el Norte, sin que por ello haya dejado de presentar, hasta hoy, un cuadro netamente diferenciado (y más pobre en todo sentido) al de las

regiones norteamericanas que no sufrieron del morbo de-la esclavitud.

En una sociedad esclavista, entre amos y esclavos se establece una relación dialécticamente parasitaria, que es enervante para ambos y para la sociedad en su conjunto. En tal contexto, es prácticamente imposible que ningún ser humano, amo o esclavo, logre realizarse satisfactoriamente, o alcance siquiera una *actitud vital* estimable; y mucho menos que la sociedad en su totalidad pueda desenvolverse de otra manera que como un organismo enfermo. De hecho la sociedad latinoamericana ha sido califIcada (y puede serIo todavía) de "sociedad enferma".

El historiador y sociólogo norteamericano Eugene Genovese, en su libro *Roll, Jordan, roll,* señala por ejemplo una cuestión fundamental (entre otras muchas que podrían analizarse), que es el *ritmo de la vida* impuesto por la esclavitud a las sociedades que se fundan sobre ella. El trabajo del esclavo no tiene ni racionalidad ni intensidad regular. Teóricamente es "de sol a sol"; pero en la práctica está sujeto a variadas pausas, aceleraciones (cuando el capataz se avecina) y decaimientos (cuando el capataz se aleja). No hay vínculo entre el esfuerzo y el premio o remuneración. No hay cambio posible. Esto hace que la sociedad esclavista viva sin cuenta del tiempo, sin comprensión de la ambición de acumular capital, salvo "accidentalmente", en el caso de los amos, pero movidos sólo por el impulso o instinto primitivo de poseer siempre más tierra), o de ganar en bienestar; y sin tendencia a relacionar el poder y la respetabilidad con la puntualidad y con la productividad. Los esclavos tienen, dicho sea de paso,

perfecta razón de hacer en cada oportunidad el mínimo esfuerzo. El amo, por su parte, va a considerar el trabajo como algo propio de esclavos. Y *lo mismo todos los demás hombres libres, por más pobres que sean.*

En la sociedad esclavista, ser dueño de esclavos y señor de una plantación, de una *hacienda* se convierte en la máxima ambición social y en marca de una supuesta aristocracia. Otras actividades y vocaciones se consideran despreciables, o cuando más, transitorias. El médico, el abógado, el financista, el industrial, el comerciante, todos sueñan con convertirse en hacendados, en terminar su vida como *country gentlemen,* amos de tierras y de esclavos.

Por otra parte, una sociedad esclavista no requiere adelanto tecnológico, lo rechaza instintivamente (y aun conscientemente) como un factor perturbador, lo cual tendrá consecuencias en las actitudes (y en las *aptitudes)* de una colectividad, de una cultura mucho tiempo más allá de la abolición de la esclavitud. En Argentina por ejemplo, que luego llegaría sin embargo a los más altos niveles de empleo de tecnología en América Latina, todavía en el siglo XIX los oficios técnicos estaban en manos casi exclusivamente de extranjeros, tal como dos siglos y medio antes, cuando a unos panaderos flamencos se les impidió emigrar por ser sólo ellos quienes sabían operar el único molino de harina de trigo que había en Buenos Aires en 1607. Las innovaciones en el procesamiento de cueros, carne, etc., que se van a hacer desde la segunda mitad del siglo XIX en Argentina, serán obra de ingleses y franceses. En otras naciones de América Latina, y hasta ayer, casi invariablemente cualquier proceso mecánico, aun los muy sencillos como

los trapiches (molinos de caña de azúcar) o las desconchadoras de café debían ser instalados y luego supervisados periódicamente y reparados por europeos o norteamericanos, mientras que el amo blanco estaba ausente, o sólo miraba hacer, mayordomos mestizos se ocupaban de supervisar las faenas del campo, y negros o indios del trabajo físico de la zafra o la recolección.

El desprecio por el trabajo

Las consecuencias universalmente enervantes de las sociedades esclavistas se van a agravar en la América Española por factores especiales. "Mientras el mundo entraba en la era de la técnica y empezaban a prevalecer los valores económicos, España expulsaba a los judíos y a los moriscos, y los cristianos limpios de sangre repudiaban la actitud laboriosa para no ser confundidos con los infieles".[14] A partir de por 10 menos el siglo XV, se arraiga en la sociedad espanola ese "desprestigio de las tareas intelectuales y técnicas, siempre sospechosas de semitismo".[15] Aún antes, "el proceso de Reconquista trajo, sobre todo en Castilla, que asumió, desde el siglo X, el peso fundamental de la guerra antiislámica, un predominio del estamento religioso y caballeresco".[16] Es decir que el castellano se habitúa a que lo esencial de la vida sea guerrear y decir misa (o asistir a ella), mantenidos los hombres por el botín ganado en tierra de moros (como más tarde en América) y confiados en ganarse mejor la vida por la audacia personal, azarosa y libre que por la inserción mediocre y laboriosa en una sociedad estable y organizada.

Lo mismo que los hispanoamericanos, los españoles en sus momentos de sinceridad se reconocen poco inclinados al trabajo metódico, y, según su humor, hacen de esto una virtud o un defecto: "(Son) penosas (todas las) ocupaciones impuestas por la necesidad. Gravitan sobre nuestra existencia magullándola, triturándola y lo que más nos atormenta (del trabajo) es que al llenar el tiempo de nuestra vida, nos parece que nos la quita o, dicho de otro modo, que la vida empleada en el trabajo no nos parece ser la verdaderamente nuestra, la que debía ser, sino, al contrario, la aniquiladón de nuestra auténtica existencia… Hasta el punto que quien trabaja lo hace con la esperanza más o menos tenue de ganar con ella un día la liberación de su vida, de poder en su hora dejar de trabajar y comenzar de verdad a vivir".[17]

Nadie más ejemplar de esta actitud que los conquistadores, dispuestos a los más grandes *trabajos,* pero en la esperanza de evitarse el trabajo; haciendo por ejemplo embarcaciones con madera verde, sin más herramientas que sus espadas sin clavos, en el calor y la incomodidad de la costa de Florida o la selva amazónica, como las naves en que huyeron de Florida los restos de la expedición de Henando de Soto; o la de Orellana, que navegó por primera vez al Río Amazanoas, y de la cual dice el Inca Garcilaso de la Vega que "Gonzalo Pizarra, como tan gran soldado, era el primero en cortar la madera, en forjar el hierro, hacer el carbón y en cualquier otro oficio, por bajo que fuese, por dar ejemplo a todos los demás, para que nadie se excusase de hacer lo mismo". Pero todo esto, desde luego, con la esperanza, nada tenue en ellos, sino viva y ardiente como una hoguera, de ganar con ello no sólo *un día,* sino *en un solo*

día, la liberación de la necesidad de trabajar el resto de sus vidas y poder de verdad “comenzar a vivir”.

Estos rasgos del carácter español se acentúan, se hacen monstruosos en la sociedad esclavista hispanoamericana, servida por indios y negros, y donde el solo hecho de haberse trasladado desde la península, de haber “pasado el charco”, hacía de cada español un *hidalgo.* Dice Rosenblat[18] que la sociedad hispanoamericana va a tener desde su origen, en el siglo XVI, una proporción de hidalgos, clérigos, licenciados, bachilleres y otra gente “culta” (es decir, no laboriosa) mayor que la que se daba en la sociedad europea de la época; y desde luego una cantidad de aventureros, de soldados de *conquistadores.* Todos ellos se sentían al pisar América, o aun antes, al embarcarse en Sevilla, hidalgos, si no nobles. “Cuenta Santa Teresa que uno de sus hermanos, al volver de Indias, ya no quiso trabajar su tierra. Si en las Indias había sido señor, ¿iba a volver en España a la condición de labriego?”[19].

Todavía hoy, en Hispanoamérica, el colmo del trabajo es trabajar “como un negro”, o “como un cholo” (indio). Sólo la influencia de otros países occidentales, y sobre todo la inflencia norteamericana, allí donde ha incidido en las actitudes de individuos o de grupos sociales, ha logrado modificar un tanto la actitud hispanoamericana señorial-esclavista, de desprecio hacia el trabajo, tanto más arraigada cuanto que se desarrolló a partir de una propensión previa a la estima por el ocio y la aversión al trabajo, existente ya en España antes de 1492.

La sociedad esclavista no sólo es inhumana, sino además antieconómica y profundamente reñida con el ánimo de la revolución industrial, liberal, capitalista; y desde luego también con los ideales de humanismo, libertad e igualdad engendrados por la sociedad industrial, liberal, capitalista. ¿Cómo extrañamos de que sociedades hasta ayer esclavistas sigan lastradas por la resistencia pasiva al trabajo, propia del esclavo; por el prestigio disparatado del ocio del amo; y por un *ritmo de la vida* según el cual el funcionario público que nos dio cita a las tres de la tarde puede llegar a las cinco y media, o no regresar a su oficina hasta mañana?

Es por cierto altamente interesante constatar cómo situaciones parecidas conducen a explicaciones (o autojustificaciones) semejantes, cuando no idénticas. La joven república norteamericana dispuso en 1816 aranceles proteccionistas para favorecer el desarrollo de su naciente industria contra la importación irrestricta de manufacturas inglesas. Los más ardientes proteccionistas fueron hombres de Virginia y de las Carolinas, quienes esperaban confiados que el Sur con algodón barato, mano de obra esclava y abundantes corrientes de agua para mover las máquinas sería un emporio textil capaz de rivalizar con Manchester.

Pero el Sur estaba tarado por la esclavitud, lo mismo que Lationamérica. Fue en Nueva Inglaterra, lejos de los campos de algodón, donde se desarrolló una industria textil al amparo del arancel proteccionista, mientras que el Sur tuvo que pagar más por las manufacturas procedentes ahora del Norte, sin obtener más por la

materia prima que era el algodón. En pocos años, a partir de una situación teóricamente inferior y desventajosa, el Norte logró industrializarse, mientras que el Sur no encontraba en sí mismo capacidad sino para producir más y más algodón, con más y más esclavos, agotando la tierra y envileciendo el precio de su monocultivo.

Los sureños ricos (más ricos que los norteños ricos) constantemente hablaban de fundar compañías navieras y bancos, para no depender de transporte y financiamiento norteños, pero invariablemente terminaban invirtiendo sus excedentes de capital en más tierras y más esclavos.

No habían pasado 15 años desde que parlamentarios sureños (Calhoun y Lowdnes, de Carolina del Sur) habían sido los más eficaces promotores del arancel contra las importaciones procedentes de Inglaterra, cuando ya el Sur había comenzado a autojustificar su fracaso con el mito de que el proteccionismo había sido un invento del Norte para enriquecerse a costa del Sur, y dirigentes sudistas inflamaban a sus auditores (y preparaban la guerra civil) con la afirmación de que cada cien pacas de algodón vendidas en Boston o Nueva York, cuarenta habían sido "robadas" al Sur. Pronto se llegó más lejos, hasta afirmar que la acumulación de capital en el Norte en los últimos años del siglo XVIII y primeros del siglo XIX se había logrado despojando al Sur mediante maniobras financieras. Un escritor de la época dice: "Cuando los sureños ven las ciudades florecientes de Nueva Inglaterra, exclaman: somos nosotros quienes hemos pagado por todo esto". En la mitología así cultivada, el Norte prosperaba porque el Sur estaba estancado, y viceversa. Y el Sur fue a la guerra en 1860

firmemente persuadido de que al *romper la dependencia* que lo ataba al Norte, no sólo prosperaría mágicamente, sino que los odiados yankees sufrirían en el acto un colapso económico, al quedar privados de la fuente de materias primas y del mercado para sus manufacturas que representaba el Sur.

Hobson, Hilferding y Lenin no habían nacido, y ya los argumentos "tercermundistas" habían sido inventados... por los esclavistas sureños!

NOTAS

1. "Supongamos que un antropólogo *comprometido* pase un tiempo en uno de los territorios liberados de las colonias portuguesas y descubra que la realidad política, económica y social permanece por debajo de lo proclamado por los responsables de la revolución... ¿Hay entonces que revelarIo o silenciarIo? En el primer caso nos arriesgaremos a servir la propaganda contrarrevolucionaria".

2. Alfredo Chacón, "¿Qué es la cultura nacional", en *El Nacional,* Caracas, 15 de febrero de 1975.

3. Hay indios salvajes o semisalvajes en la Amazonia brasilera, peruana, venezolana, etc.; pero aunque no descuidados, todo lo contrario, por quienes quisieran convencernos a los latinoamericanos de que todos nuestros problemas se deben a que fuimos *invadidos por extranjeros* desde 1492 en adelante, obviamente no pueden estos representantes de la Edad de Piedra competir como antepasados míticos, con los lncas y los Aztecas.

4. Bailey W. Diffie, "Estimates of lndian Population in 1492", en *History of Latín American Civilization,* edited by Lewis Hanke, London, Methuen and Co., 1969.

5. La capital azteca.

6. "De una manera que reconozco como arbitraria, y lo deploro, pero a falta de algo mejor, podemos admitir que Tenochtitlán-Tlatelolco tenía entre 80.000 y 100.000 hogares de siete personas, es decir una población de 560.000 a 700.000 almas." Jacques Soustelle,

La vie quotidienne des Azteques a la veille de la Conquête Espagnole, París, Hachette, 1955.

7. *Op. cit.*

8. James A. Robertson, "The transfer of plants and animals", en *History of Latin American Civilization,* edited by Lewis Hanke, London, Methuen and Co., 1969.

9. Federico Engels, *Orígenes de la familia, de la propiedad privada y del Estado. 1884*.

10. En *A Socialists Empire: the Incas of Peru,* Princeton, D. Van Nostrand Co. Inc., 1961.

11. Inspirada en la primera frase de la *Historia Romana,* de Mommsen: "La historia de toda nación es un vasto sistema de incorporación".

12. Granjero libre.

13. *Caciques* eran los jefes de las tribus indígenas americanas. En el moderno idioma de España y de la América Española, quiere también decir "persona que en un pueblo o comarca ejerce excesiva influencia en asuntos políticos o administrativos", y *caciquismo* se llama la dominación que ejercen estos jefes políticos rurales.

14. Angel Rosenblat, "El Hispanoamericano y el trabajo", en *La Primera Visión de América y otros ensayos,* Caracas, Ministerio de Educación, 1965, p. 60.

15. *Ibid.*

16. *Ibid.,* p. 61.

17. José Ortega y Gasset. citado por Rosenblat, *ibid.,* p. 57.

18. *Ibid.,* p. 70.

19. *Ibid.,* p. 71.

CAPÍTULO VIII
ALGUNAS VERDADES MAS

Las repúblicas aéreas

LA CONFUSION de ideas y emociones diversas, complementarias o contradictorias, verdaderas o falsas, asociadas hoy con la palabra *imperialismo,* hace perder de vista que España, en trescientos años de imperio en América, llegó a no diferenciar rígidamente *metr6poli* y *colonias,* sino que logró trasladar (o, si se quiere, adaptar) su cultura en forma orgánica e integral a las sociedades hispanoamericanas. El concepto de "descolonización", aplicable, digamos a Argelia, donde los franceses seguían siendo europeos y *colonos,* y árabes los nativos, cristianos los primeros, musulmanes los segundos, no se aplica a Hispanoamérica. Madrid enviaba Virreyes, Capitanes Generales o Intendentes en un espíritu de centralismo no muy diferente al que priva todavía hoy en el nombramiento de los gobernadores de las provincias de la península española y de las Islas Canarias. Las diferencias, sin duda nada despreciables, residían en la necesidad de evangelizar y luego mantener sometidos a los indios y a los negros esclavos; y en la actividad económica, predominantemente minera o plantacionista (y en ambos casos, esclavista) con la consiguiente agravación en Hispanoamérica del desfasamiento español con relación a las tendencias modernizadoras y liberalizadoras de la civilización occidental a partir del siglo XVI.

España no creó en sus dominios de América formas especiales de oscurantismo, represión política y antiliberalismo, contradictorias con sus propios ideales,

prácticas y aspiraciones (como le sucedió a Francia en sus esfuerzos por mantener su control sobre Argelia) sino que sencillamente extendió a las provincias españolas de América el oscurantismo, la represión política y el antiliberalismo característiccs de la sociedad española de la Contrarreforma.

En contraste, los colonos ingleses de América del Norte fueron, aun antes de la independencia de las trece colonias, posiblemente el grupo humano más libre que jamás haya existido; y libre, además, (en las zonas de Norteamérica destinadas a definir luego las aspiraciones y los valores de los EE.UU. independientes, y a imponerlos definitivamente en la guerra civil de 1860-65) del morbo de la esclavitud.

Puede inclusive afirmarse que los habitantes de Nueva Inglaterra, Nueva York, Nueva Jersey y Pennsylvania estaban desde el siglo XVIII más duchos en el arte de ejercer la libertad que los mismos ingleses.

Al emigrar a América, estos hombres se habían librado de los resabios del feudalismo, de la tutela nobiliaria y eclesiástica; de la escasez de tierra; de desigualdades excesivas; de restricciones mercantilistas a la actividad económica; de prefectos, sacerdotes, recolectores de impuestos, tiranuelos de villorrio; de la recluta en el ejército y la marina reales y del servicio forzado en la marina mercante. Encima de esto, habían logrado (por lo menos desde 1735) el derecho de decir y de imprimir lo que quisieran, de reunirse en asambleas y de *autogobernarse.* La guerra de independencia la van a hacer no para conquistar estas libertades, puesto que ya las tenían, sino para *mantenerlas.*

Por todo esto, para los norteamericanos la decisión de declararse políticamente independientes, aunque angustiosa, no significó un desgarramiento espiritual, ni una ruptura de las costumbres. Los EE.UU., se van a independizar del vínculo político con la Gran Bretaña, pero no contra la tradición política y cultural inglesa, la cual al contrario desean si acaso *perfeccionar.* En la nueva nación, todas las "cuerdas místicas de la memoria que hacen de una colectividad humana una unidad" (Lincoln) seguirán vibrando al sonido de palabras extraídas del pasado inglés: Magna Carta, la Reina Virgen, la Gloriosa Revolución (de 1688), el *Bill of Rights,* Drake, Wolfe, Marlborough, la Reforma, la Libertad de Conciencia, etc.

En cambio para los hispanoamericanos acceder a la vida independiente significó una profunda crisis moral, intelectual y espiritual, un rechazo de sí mismos, tal como los había forjado España, y un referirse, para definir una nueva identidad, por una parte a un pasado mítico, pre-colombino, "buensalvajista"; y por otra parte a ideas y prácticas políticas completamente exóticas y que no estaban ni remotamente preparados para manejar. Es, si no el comienzo o el fundamento más profundo, por lo menos la consagración de esa "mentira constitucional" de la sociedad lationamericana de que nos habla Octavio Paz.

Tras la pérdida de la Primera República venezolana, (1812) el joven Bolívar hace el siguiente análisis de las causas de la derrota: "Los códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas

aéreas, han procurado alcanzar la perfección política presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados... Pero lo que debilitó más al gobierno de Venezuela fue la forma federal que adoptó, siguiendo las máximas exageradas de los derechos del hombre, que autorizándolo para que se rija por sí mismo, rompe los pactos sociales, y constituye las naciones en anarquía... Cada provincia se gobernaba independientemente; y a ejemplo de éstas, cada ciudad pretendía iguales facultades... alegando... la teoría de que todos los hombres y todos los pueblos gozan de la prerrogativa de instituir a su antojo el gobierno que les acomode... Las elecciones populares hechas por los rústicos del campo y por los intrigantes moradores de las ciudades (añadieron) un obstáculo más a la práctica de la federación... porque los unos son tan ignorantes que hacen sus votaciones maquinalmente, y los otros, tan ambiciosos, que todo lo convierten en facción; por lo que jamás se vio en Venezuela una votación libre y acertada; lo que ponía el gobierno en manos de hombres ya desafectos a la causa (de la independencia), ya ineptos, ya inmorales"[1].

Seis años más tarde, templado por las pruebas de la guerra (y espantado ya de las consecuencias, en distintas regiones de Hispanoamérica, del colapso del orden político anterior) Bolívar va a aconsejar (sin exito) al Congreso venezolano que dé a la República una Constitución apropiada a su historia, a su inmadurez, a su sociología: "Nuestra suerte ha sido siempre puramente pasiva, nuestra existencia política ha sido siempre nula y nos hallamos en tanta más dificultad para alcanzar la

Libertad, cuanto que estábamos colocados (antes de 1810) en un grado inferior al de la servidumbre... América todo lo recibía de España que realmente la había privado del goce y ejercicio (del autogobierno)... Uncido el Pueblo Americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido adquirir ni saber, ni poder, ni virtud... Un Pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción: la ambición, la intriga, abusan de la credulidad y de la inexperiencia (y) hombres ajenos de todo conocimiento político, económico o civil, adoptan como realidades las que son puras ilusiones, toman la licencia por la Libertad, la traición por el patriotismo, la venganza por la justicia... Un pueblo pervertido si alcanza su libertad, muy pronto vuelve a perderla; porque en vano se esforzarán en mostrarle que la felicidad consiste en la práctica de la virtud, que el imperio de las Leyes es más poderoso que el de los tiranos, porque son más inflexibles, y todo debe someterse a su benéfico rigor; que las buenas costumbres, y no la fuerza, son las columnas de las leyes; que el ejercicio de la Justicia es el ejercicio de la Libertad... Muchas naciones antiguas y modernas han sacudido la opresión; pero son rarísimas las que han sabido gozar de algunos preciosos momentos de Libertad; muy luego han recaído en sus antiguos vicios políticos: porque son los Pueblos más bien que los Gobiernos los que arrastran tras sí la tiranía... Cuanto más admiro la excelencia de la Constitución Federal de Venezuela, tanto más me persuado de la imposibilidad de su aplicación a nuestro estado. Y según mi modo de ver es un prodigio que su modelo en el Norte de América subsista tan prósperamente y no se trastorne al aspecto del primer

embarazo o peligro. A pesar de que aquel Pueblo es un modelo singular de virtudes políticas y de ilustración moral; no obstante que la Libertad ha sido su cuna, se ha criado en la Libertad y se alimenta de pura Libertad, lo diré todo, aunque bajo de muchos respectos ese Pueblo es único en la historia del género del género humano, es un prodigio, repito, que un sistema tan débil y complicado como el Federal haya podido regido en circunstancias tan difíciles y delicadas como las pasadas. Pero sea lo que fuere, de este Gobierno con respecto a la Nación (Norte) Americana, debo decir que ni remotamente ha entrado en mi idea asimilar la situación y naturaleza de Estados tan distintos como el Inglés Americano y el Americano Español. ¿No sería muy difícil aplicar a España el Código de Libertad política, civil y religiosa de Inglaterra? Pues aún es más difícil adaptar en Venezuela las leyes del Norte de América. ¿No dice *El espíritu de las Leyes* que éstas deben ser propias para el Pueblo que se hacen? ¿que es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otra? ¿Qué las Leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los Pueblos? ¿referirse al grado de Libertad que la Constitución puede sufrir, a la Religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales? ¡¡He aquí el Código que debemos consultar, y no el de Washington!!"[2]

La capacidad de autoengaño de los latinoamericanos queda dramáticamente ilustrada por la manera como pretendemos no darnos cuenta de la desesperación clarividente de Bolívar, desde 1812, sobre las

posibilidades reales de ser gobernada Hispanoamérica salvo con puño de hierro. Y setenta años más tarde oiremos un acento semejante en otro de los héroes de la América Española, el cubano José Martí (1853-1895), quien dirá: "La incapacidad (de gobernarse a sí misma la América Española) no está... sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no le para la pechada al potro de un llanero. Con una frase de Sieyes no se desestanca la sangre cuajada de la raza india... El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma de gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país"[3].

Los caudillos, los tiranos latinoamericanos no han sido otra cosa que el desquite de la realidad histórica y sociológica sobre el intento de construir "repúblicas aéreas" sobre el fundamento heredado del Imperio Español, empresa tanto más insensata cuanto que entre el naufragio del Imperio y el nacimiento de las repúblicas independientes, medió el episodio espantoso de la guerra de emancipación.

El trauma de la guerra de emancipación

Hispanoamérica no llegó a tales extremos de colapso institucional, guerra social y exterminio de las antiguas clases dominantes *criollas* como Haití entre 1791 y 1804; pero grandes zonas no estuvieron muy lejos de ello. Y si no estaba lista Hispanoamérica para el ejercicio del autogobierno dentro de la libertad antes de 1810, mucho

menos lo estará después de 1824, tras la derrota en Ayacucho (Perú) del último ejército fiel al Rey de España.

La guerra fue total, conducida sin piedad por la vida del enemigo, ni consideración por los bienes públicos o privados. Venezuela perdió la mitad de su población. Uruguay más o menos igual. Sarmiento describe en *Facundo* la ruina en que quedó la República Argentina en comparación con la situación que había alcanzado el Virreinato de Buenos Aires en 1810. En 1828 escribe Bolívar que "Buenos Aires, Chile, Guatemala y México están perdidos"[4]; y en 1830 que "la situación de (Hispano) América es tan singular y tan horrible, que no es posible que ningún hombre se lisonjee conservar el orden largo tiempo ni en siquiera una ciudad... (Nunca) se vio... un cuadro tan espantoso como el que ofrece (Hispano) América (y) más para el futuro que para lo presente, porque ¿dónde se ha imaginado nadie que un mundo entero cayera en frenesí y devorase su propia raza como antropófagos?... Esto es único en los anales de los crímenes y lo que es peor, *irremediablé"*.

Los hombres de las clases populares fueron desarraigados por la recluta forzosa. Los sobrevivientes no volverían a acatar otra autoridad que la de los jefes de montanera. Los *criollos* fueron diezmados por la guerra, bien en los combates, bien en masacres. Casi toda la población de Caracas huyó en 1814, espantada por las atrocidades que venía cometiendo el bando *realista* tras desbaratar los ejércitos *patriotas.* Un tío de Bolívar, Esteban Palacios, no regresó del exilio sino diez años más tarde, y desde el Perú el Libertador, quien lo creía muerto o definitivamente desaparecido, le escribe en tono

elegíaco: "Ayer supe que vivía Ud. y que vivía en nuestra querida patria... Ud. habrá sentido el sueño de Epiménides: Ud. ha vuelto de entre los muertos a ver los estragos del tiempo inexorable, de la guerra cruel, de los hombres feroces. Ud. se encontrará en Caracas como un duende que viene de la otra vida, y observará que nada es de lo que fue. Ud. dejó una dilatada y hermosa familia: ella ha sido segada por una hoz sanguinaria: Ud. dejó una patria naciente que desenvolvía los primeros gérmenes de la creación y los primeros elementos de la sociedad; y Ud. lo encuentra todo en escombros... todo en memorias. Los vivientes han desaparecido: las obras de los hombres, las casas de Dios y hasta los campos han sentido el estrago formidable del estremecimiento de la naturaleza... Los campos regados por el sudor de trescientas años han sido agostados por una fatal combinación de los meteoros[6] y los crímenes. ¿Dónde está Caracas? se preguntará Ud. Caracas no existe"...[7]

En 1800 Humboldt se había maravillado de la celeridad y seguridad con que una carta podía llegar de Buenos Aires a México. Ahora las comunicaciones quedarán más de un siglo interrumpidas, o por lo menos azarosas, entre zonas cercanas de un mismo país. En México, bandoleros y asaltantes de caminos dominarán las zonas rurales a su antojo hasta el último tercio del siglo XIX, cuando un tirano particularmente eficaz e implacable[8] tenga la idea de poner los más feroces a su servicio, formando con ellos una policía rural terrorista que garantice a su gobierno el monopolio de las depredaciones. Dondequiera la estructura productiva y financiera, tal como había podido llegar a ser, quedó en ruinas. El

capital acumulado, destruido o disperso. Las minas inundadas. El ganado destruido por las bandas armadas.

Un observador inglés en el Perú (posiblemente la región menos afectada por la guerra, y durante menos tiempo) dice en 1826 que "los horrores de la lucha por la independencia" han dejado de tal manera arruinada esa nación "que el aspecto del país es tal como si acabara de sufrir un terremoto que hubiera dejado todo devastado y en ruinas. Las tierras sin cultivar, los edificios en necesidad de reconstrucción, la población disminuida, el gobierno inestable, un nuevo sistema legal todavía no establecido, el capital inexistente, lo mismo que la tranquilidad; (y) todavía no hay un plan básico para iniciar la recuperación"[9].

Esteban Palacios, el tío y padrino de Bolívar, fue sólo uno entre numerosísimos hispanoamericanos que emigraron a las Antillas, o más lejos, despavoridos por la guerra. El venezolano Andrés Bello, junto con Bolívar el más ilustre de los hispanoamericanos de la generación de la Independencia, no regresará de Londres (adonde la Primera República venezolana lo había enviado como agente diplomático en 1810) hasta 1829, y entonces no a su patria nativa, sino a Chile, país que comenzaba a esbozar una evolución política menos brutal y primitiva que la de las demás Repúblicas hispanoamericanas, y donde podría Bello por lo mismo adelantar una labor de universitario, filósofo, historiador, gramático, legislador, crítico y periodista acorde con su temperamento y cualidades. El médico José María Vargas, venezolano de la misma generación no se hace ilusiones con la restauración de la República en 1813, y de la prisión de donde lo habían rescatado los *patriotas* en uno de los

vaivenes de la guerra, va directamente a Gran Bretaña. Vive en Europa diez años, perfeccionando sus conocimientos médicos en Edimburgo, Londres y París; y en 1823 regresa a América, pero no a Venezuela, sino a Puerto Rico, isla donde reinaba en paz el orden imperial español. En 1825 (el mismo año cuando Bolívar se entera del regreso a Caracas de Esteban Palacios) se animará a volver a Venezuela, definitivamente libre de España y, supone Vargas, de la guerra. Su eminencia científica lo llevará inclusive en 1835 a la Presidencia de la República, por caprícho del caudillo sucesor, en Caracas, del poder de Bolívar, fragmentado tras la renuncia del Libertador a la Presidencia de la Gran Colombia en 1830.

Pero el civil, el científico Vargas será prontamente derrocado por el primero en la larga serie de golpes de estado militares que iba a sufrir Venezuela en su historia como República independiente y, simbólicamente, morirá en el extranjero, en Nueva York, en 1854.

La herencia del mercantilismo español

El monopolio, el privilegio, la restricción a la libre actividad, económica u otra, de los particulares son tradiciones profundamente ancladas en las sociedades de origen hispánico. España prohibió el ingreso a sus dominios de América no sólo a todos quienes no fueran súbditos del Rey-Emperador (lo cual no hubiera excluido a los flamencos, los borgoñones, los milaneses, los napolitanos, los sicilianos, los tunecinos) sino inclusive en un primer momento a los españoles peninsulares no provenientes de Castilla, Andalucía y Extremadura. Con éstas y otras medidas, España logró crear en América una

sociedad increíblemente cerrada. Humboldt encontró en Nueva España (México) criollos prominentes ignorantes de que existiesen europeos no hispanoparlantes.

Y lo que valía para las personas, valía con más razón (o sin razón) para las mercaderías. Buenos Aires no tuvo derecho a ningún comercio marítimo hasta 1776, cuando se le hizo Virreinato. Hasta ese año, las importaciones y exportaciones de esta comarca atlántica estaban bajo la -jurisdicción del Virreinato del Perú, lo cual significaba en la práctica que un cargamento procedente de Cádiz o Sevilla y destinado a Buenos Aires tenía que ir a Portobello, en la costa oriental de Panamá, cruzar el istmo a lomo de mula, ser transportado por el Océano Pacífico hasta Lima y de allí, de nuevo a lomo de mula traspasar la cordillera de Los Andes por La Paz, hasta la llanura y la costa del Océano Atlántico. Cuando tan inverosímil obligación fue derogada, el precio en Buenos Aires de los artículos importados bajó de un golpe a un tercio de lo que era anteriormente, y las producciones de cueros y lana de la provincia por primera vez se hicieron asequibles al comercio de exportación.

Para el ánimo mercantilista español, retrógrado (que miraba hacia la Edad Media como un modelo insuperable, y no intuía ni aspiraba al naciente capitalismo) la actividad económica de los particulares era algo casi pecaminoso, y en todo caso despreciable y propicio a ser esquilmado a cada vuelta del camino y a cada paso de río. La *alcabala* permanente que todavía se encuentra en las más modernas rutas hispanoamericanas demuestra la supervivencia de esa hostilidad hispánica contra el libre tránsito de personas y mercaderías, de una desconfianza principista contra todo cuanto no esté

iniciado o por lo menos expresamente autorizado y supervisado (lo cual en la práctica quiere decir *estorbado* o *impedido)* por el Estado. En contraste, el *roadblock* anglosajón, que se establece provisionalmente en cualquier punto de una ruta cuando excepcionalmente hay necesidad de filtrar el tránsito, es el símbolo de la actitud diametralmente opuesta, según la cual el ciudadano es naturalmente libre, y toda restricción al libre tránsito (como toda otra restricción a cualquier otra libertad) necesita una justificación especial y un procedimiento legal no arbitrario[10].

El mismo agente consular inglés citado anteriormente con relación a las consecuencias para el Perú de la guerra de independencia, encontraba que en 1826 el gobierno republicano de ese antiguo Virreinato español contradecía en la práctica sus declaraciones de fe en el libre comercio: "En su deseo de procurarse recursos (este gobierno) concibe que la manera más expedita de obtenerlos es agobiar con impuestos el comercio. Viejos prejuicios impiden concebir que los ingresos de un Estado aumentarán segura y progresivamente con el simple expediente de dejar que los comerciantes obtengan beneficios bajos, pero en transacciones numerosas; y habituados (los peruanos) a que las minas (trabajadas por siervos) rindieran una riqueza que se suponía inagotable, no se dan cuenta de que la única manera de promover un aumento en el comercio, la industria, el capital y la población (y por lo tanto en las fuentes de las finanzas públicas) es poner en práctica un sistema económico liberal... (En lugar de esto vemos que) el comercio en el Perú se encuentra en un estado deplorable, por culpa de un gobierno que no imagina otra

manera de aumentar sus ingresos que imponer altas tasas sobre todos los artículos de comercio, los cuales por lo tanto son de precio exorbitante. El sistema imperante pone toda clase de dificultades en el camino del comerciante honesto ("fair trader") a la vez que (estimula) el contrabando".

Todavía hoy perduran en Latinoamérica y lastran su desarrollo económico actitudes y situaciones que obstruyen la actividad económica privada conducida de buena fe, y a la vez estimulan y premian a los negociantes inescrupulosos, a los traficantes de influencias, a los sobornadores de funcionarios públicos y defraudadores del fisco. Y frente a esto, la reacción espontánea del gobernante heredero de la tradición mercantilista hispánica será aumentar los controles, las restricciones, las fiscalizaciones, sin advertir que no hay ninguna razón para que haya menor proporción de gente sobornable entre los contralores que entre los controlados, de manera que con cada nuevo trámite, con cada nueva restricción crecen las probabilidades de corrupción y disminuyen las posibilidades de desenvolverse los ciudadanos sin recurrir a expedientes extraordinarios, aun para las gestiones más corrientemente necesarias, y con mucha más razón para los asuntos que implican inversión de dinero y expectativa de beneficio. El funcionario venal tendrá interés positivo en la multiplicación de requisitos, licencias de exportación y de importación, permisos especiales para todo menos respirar y ver el paisaje. Estas obstrucciones van a ser cada una, la ocasión de una oferta o una solicitud de soborno. Y el funcionario honesto tendrá tendencia a la vacilación, cuando no a la parálisis,

por temor de que su buena disposición hacia tal o cual proyecto sea interpretada como producto de alguna oscura transacción.

Las ciudades parásitas

Sin estar ni inclinadas ni preparadas para ello, las repúblicas hispanoamericanas van sin embargo a verse desde 1824 forzadas a lanzarse a participar en el mercado mundial capitalista como exportado ras e importadoras.

Con el libre comercio, los malos gobiernos y la posibilidad de negociar empréstitos, las importaciones tienden invariablemente a exceder en valor a las exportaciones, y los gastos del Estado a los ingresos fiscales, con lo cual se establecen hábitos de crónica irresponsabilidad financiera, semilla de las inflaciones galopantes del siglo XX. Los presupuestos de gastos públicos son equilibrados liquidando haberes nacionales, admitiendo inversiones extranjeras en condiciones leoninas y renegociando empréstitos en condiciones cada vez más onerosas, no sólo por las tasas de interés, sino por las altísimas comisiones a los banqueros extranjeros, y por ser el saldo neto con frecuencia desviado parcialmente hacia los bolsillos de negociadores y gobernantes.

El nuevo orden económico favorece el predominio de los puertos y las capitales (con frecuencia la misma ciudad, como en los casos de Buenos Aires, Montevideo, Lima, La Habana y aun Caracas y Santiago de Chile, que no son puertos pero están a corta distancia del mar) sobre el *hinterland,* lo cual no hace más que afirmar una tendencia ya presente en el Imperio Español y abrir un

abismo cada vez más profundo entre dos sociedades: la urbana comercial, y la rural productora, con esta última despojada sistemáticamente en sus intercambios con la primera. Con esto no se hace, por cierto, más que agravar una característica de la sociedad y la economía coloniales, diseñadas en igual forma para la exportación por el intermedio de ciudades supervisoras y explotadoras del campo y de las minas trabajadas por esclavos subconsumidores. Sólo que ahora la tendencia se acelera y va a llegar, con ciudades como Buenos Aires (el ejemplo más impresionante) a una macrocefalia monstruosa. La sociedad urbana, parásita, se "moderniza", es decir, copia las actitudes europeas y norteamericanas, mientras que en las zonas rurales perduran los hábitos y las actitudes sembrados por los conquistadores, colonizadores y frailes españoles en el siglo XVI.

La urbe ajena y aberrante, excrecencia cancerosa en los bordes de una sociedad rural y atrasada que le es tributaria, va por lo mismo a ser uno de los temas de la literatura y del pensamiento latinoamericanos. Para el argentino Ezequiel Martínez Estrada (1895-1965), uno de los ensayistas hispanoamericanos más notables, Buenos Aires "absorbe brutal y ciegamente la riqueza del interior... come como todo gigante... Se alimenta de la miseria y del atraso, de la ignorancia y de la soledad"[11]. El mismo Sarmiento, quien no veía civilización posible en Hispanoamérica sino atraída de fuera, fijada y luego difundida por las ciudades, no deja de reconocer que Buenos Aires "ahoga en sus fuentes el tributo y la riqueza que los ríos y las provincias tienen que llevarle... Ella sola explota las ventajas del comercio extranjero;

ella sola tiene poder y rentas. En vano le han pedido las provincias que les deje pasar un poco de civilización, de industria y de población europea... Pero las provincias se vengaron mandándole en (el tirano) Rosas, mucho y demasiado de la barbarie que a ellas les sobraba[12].

Quienes conocieron La Habana antes de 1960 y la han vuelto a ver, han podido constatar que con Fidel Castro, la Cuba rural se ha vengado de su ciudad parásita; como, más drásticamente todavía, la Camboya rural de Pnom Penh, con el triunfo del Kmer Rojo. ¿Conocerán otras ciudades capitales latinoamericanas la suerte de La Habana, o la de Pnom Penh? Es posible. En todo caso, aun sin idealizar el *hinterland* hispanoamericano, donde no reside ninguna especial virtud, aun sin caer en el telurismo fascistoide; aun apartando toda tergiversación buensalvajista, es obvio que las grandes capitales macrocefálicas concentran y exhiben hasta un grado escandaloso los síntomas del desequilibrio profundo, psíquico y estructural, de la sociedad hispanoamericana.

Son los habitantes de estas ciudades, ya nacidos en ellas, ya inmigrantes de las zonas rurales, o de ciudades provinciales, o del extranjero quienes moldeados por ellas muestran crudamente (y a veces hasta jactanciosamente) un no tener "raíces, ni en la tierra ni en el cielo; no sentir amor, simpatía, ni afecto por nuestro vecino desconocido... No sentir que somos un pueblo, una misión, una tarea, un destino". (Ezequiel Martínez Estrada, *Exhortaciones,* 1957).

Los inmigrantes europeos no hispánicos, por ejemplo, quienes tanto han contribuido a lo más valioso hispanoamericano, rinden sin embargo menos en Hispanoamérica, ellos y sus hijos, de lo que debieran, por

no poder escapar a la intuición de lo que significa mudarse aquí, desenvolverse aquí. De haber desembarcado en los Estados Unidos hubieran sentido (como de hecho sintieron otros hombres en todo iguales a ellos, y de procedencia semejante: italianos, irlandeses, griegos, judíos de la europa central o rusos, etc.) que se íncorporaban a un sistema sólido y viable; pero al llegar a Hispanoamérica van a sentirse desincorporados de sus sociedades de origen, "carentes de toda disciplina interior, desarraigados de sus sociedades europeas nativas, dentro de las cuales había vivido, sin percatarse de ello, disciplinados moralmente por (su participación en) una... vida colectiva, estabilizada e integral" (Ortega y Gasset); y a la vez no insertos en un nuevo y distinto "sistema de incorporación".

Ese no sentirse cada cual parte de *un* todo y comprometido con un destino colectivo que, para Ortega y Gasset, marca la decadencia de las sociedades hispánicas, en Hispanoamérica va a contagiar hasta a los inmigrantes procedentes de las sociedades más solidarias y mejor estructuradas. Y tales alienación y desapego, con sus consecuencias en la forma de comportamientos no solidarios, egoistas, serán tanto más pronunciados cuanto más alto en la escala social y cultural se encuentre el habitante de Hispanoamérica.

En correspondencia con la observación, tan aguda, de Ortega, los precursores, los que dan el tono que luego va a contagiar a todos los inmigrantes posteriores, vengan de donde vinieren, habrán sido los conquistadores y los colonizadores españoles. En la base de la pirámide de castas que fue el Imperio Español de América, los indios, negros y *pardos* no es extraño que no se hayan sentido

parte de la sociedad, porque efectivamente no lo eran, salvo en la medida en que la Iglesia haya podido, como afirma, creo que excesivamente, Octavio Paz, hacerIes suponer que existía para ellos un lugar de alguna manera digno y de alguna manera significativo en el orden cósmico cristiano. Ese *proletariado interno*[13] no requería mayores estímulos para convertirse, en la primera oportunidad (que vendría con las guerras de Independencia) en un potente factor de muy merecida desintegración, tremendamente virulento por estar inserto en la parábola de decadencia que venia describiendo la sociedad española y con ella la sociedad hispanoamericana.

Pero lo que no podrán concebir, por razones obvias, las castas inferiores del Imperio Español de América, que van a ser el *pueblo* de las republicas independientes sucesoras de ese Imperio, es su desvinculación física del marco geográfico en el cual se encuentran insertas. No podrá haber entre ellos proyectos de "indiano." Ninguna aldea de Extremadura o de Andalucía los vio partir, ni espera su regreso. En cambio cada descubridor, cada conquistador, cada colono español habrá sido un "indiano" en potencia. Y en el tope de la pirámide, los Virreyes, Capitanes Generales, Intendentes, etc., durante los trescientos años del Imperio, y a pesar del alto grado de homogeneidad que llegó a existir entre la Metrópoli y las provincias americanas, serán siempre *peninsulares:* no habrán nacido, no habrán sido educados, no van a pasar a retiro ni a ser sepultados en tierra americana.

Los *criollos* serán, pues, los descendientes de quienes terminaron quedándose en América cuando hubieran preferido volver, ricos, a España. Y hasta hoy, en cuanto

un hispanoamericano deja de ser *pueblo* y, en caso de no ser ya habitante de la capital, se muda a ella o establece allí su residencia principal, no es que deje de sentirse solidario (que nunca lo habrá sido enteramente) del tejido social, sino que toma conciencia de no estar irremediablemente atado a ese tejido, de no estar *preso* (como sí lo está el *pueblo)* de su circunstancia social y geográfica. Habitará el paisaje y la sociedad como quien habita una vivienda alquilada, y él mismo se sentirá como un inquilino, vale decir como alguien que mañana puede abandonar ese sitio, o *ser desalojado.*

Ese desapego está hecho en parte de egoísmo e individualismo hispánicos, en parte de desprecio de "indiano" por "las Indias", pero en parte también por la experiencia ya casi atávica de que en la sociedad hispanoamericana se pasa fácilmente de la "buena situación" (inclusive la participación en el poder) al ostracismo y al exilio.

"Como si fuéramos únicos y estuviéramos solos"

Eternos exilados en potencia, y en cualquier caso exilados espirituales aunque nunca lleguen a perder pie, (y un poco más con cada generación de "buena situación") los miembros de los grupos hispanoamericanos dominantes normalmente retienen una porción importante de sí mismos al margen de la sociedad, de la cual forman parte sin integrarse totalmente a ella. Y esa retención puede ser de *haberes* (propiedades o cuentas bancarias en el extranjero) pero también de esfuerzo, compromiso, autenticidad, civismo.

Y este *egoismo,* este comportarse "como si cada lino de nosotros fuera único y estuviera solo" (H. A. Murena) no es únicamente característico (como se quisiera hacer creer) de los poseedores de grandes fortunas más o menos mal habidas (como los barones bolivianos del estaño, expatriados voluntarios y aliados por matrimonio de la "alta sociedad" europea); o de los dictadores que saquean el tesoro público y luego van a vivir de sus depredaciones en Miami, Madrid o París, sino que matiza el comportamiento de casi todos quienes logran alcanzar una situación de poder, a cualquier nivel, y desde luego la actuación de los grupos institucionales o accidentales que puedan definir y perseguir intereses de grupo, sectoriales, tales como la Iglesia, las Fuerzas Armadas, las Universidades, los clanes regionales o políticos (a estos últimos se les llama *partidos)* los sindicatos, las federaciones empresariales, los gremios profesionales, etc.

Como los hispanoamericanos no somos monstruos caídos de otro planeta, sino seres humanos movidos por los mismos estímulos que los demás, no desconocen otras sociedades, y sobre todo las que no han alcanzado todavía un grado satisfactorio de integración, o las que han comenzado a declinar en su fuerza centrípeta, iguales o parecidos fenómenos de egoismo individual, familiar o de clan; pero las latinoamericanas son las únicas sociedades *occidentales* que nacen en proceso de desintegración. Nos ha sido negada la nacionalidad en el sentido de ser y sabernos grupos humanos comprometidos existencialmente unos con otros y con el territorio que habitamos, parte de un proceso que se

proyecta en el tiempo, hacia atrás, antes de nuestro nacimiento, y hacia adelante, más allá de nuestra muerte.

La única sociedad europea moderna comparable (en este sentido) a las sociedades ibéricas (peninsulares o americanas) es la italiana; y por eso fue un italiano quien compuso *El Príncipe,* ese manual para tiranos, ese compendio de técnicas para recoger una sociedad en migajas y encerrada en un puño, que es lo que han hecho todos los caudillos latinoamericanos desde Rosas hasta Fidel Castro.

El tirano, si es eficaz, extrae una altísima remuneración (al menos en poder, pero eventualmente también en riqueza) para sí y para sus secuaces; y obliga a todos los demás a trabajar sin chistar por remuneraciones que él fija, y que son, aparte de toda controversia sobre la justicia del reparto, *arbitrarias,* lo mismo bajo Rosas que bajo Fidel. En circunstancias distintas a esa solidaridad forzosa impuesta por las tiranías, lo que intentamos normalmente los latinoamericanos es tratar de extraer de la suma de recursos de que dispone la sociedad, una proporción superior a la que en justicia correspondería a nuestro aporte. En Venezuela, por ejemplo, se dice que el Seguro Social existe en primer lugar para su personal (médicos, etc.) y sólo accesoriamente para los asegurados. Con huelgas y presiones políticas (toleradas o inclusive apoyadas por partidos deseosos de mantener o aumentar su influencia en los gremios médicos y paramédicos) el personal de una institución tan crucial para el buen desenvolvimiento de una sociedad moderna ha logrado desquiciar la proporción del gasto que se invierte en remuneraciones en relación con la que se invierte en servicios a los enfermos. Encima de esto, no

ha sido posible impedir que un número significativo de médicos sean remunerados por horas que no pueden materialmente cumplir, *mientras mantienen además su consulta privada y posiblemente una cátedra universitaria.*

Las Universidades y los clanes universitarios

El caso mismo de las Universidades latinoamericanas es igualmente deplorable, y poco conocido, puesto que mientras se ha hablado mucho de las exacciones que dentro de estas sociedades realizan en su provecho grupos de poder tales como las Fuerzas Armadas, las oligarquías económicas y políticas, etc., se ha pasado en silencio sobre idénticos mecanismos cuando juegan en favor de "buenas causas". Probablemente sin excepción, las Universidades latinoamericanas (lo cual quiere decir en la práctica la alianza, del clan de los profesores con el clan de los estudiantes universitarios y con los clanes políticos que viven en simbiosis parasitaria con la institución universitaria) extraen de las sociedades respectivas más recursos de los que devuelven a la colectividad. Iván Illich (en *Descolarizar la Sociedad)* ha desmontado con su habitual ferocidad lo que podríamos llamar el *racket* de la educación escolarizada, y ha dicho cómo en Latinoamérica las proporcionalmente inmensas y agobiantes sumas que se invierten por este concepto no hacen sino perpetuar y agudizar las desigualdades sociales.

Parte de la "mística" de la institución universitaria latinoamericana es su *gratuidad.* Otra parte es su *autonomía,* que consiste en la elección de las autoridades

universitarias por un *claustro* compuesto por profesores y estudiantes, en la inversión discrecional de recursos que le son transferidos del presupuesto del Estado, y en ser el recinto universitario un “no man's land” en cuanto a jurisdicción policial *normal* (distinta a eventuales *allanamientos,* cuando la universidad es invadida por la fuerza pública, más o menos justificadamente, y más o menos brutalmente).

La combinación de esos factores dentro del contexto latinoamericano ha dado por resultado que sea bajísima en la práctica la *productividad* de las universidades, aun medida esa productividad en su forma más primitiva: horas de clase dadas efectivamente por los profesores, horas de clase efectivamente atendidas por los alumnos, número de repitientes y de egresados con relación a los inscritos, y desde luego, egresados por especialidades en relación con las necesidades reales de la sociedad. Y si de esas mediciones primitivas se pasa a otras más refinadas, el cuadro se hace abismático.

Algunos de los defensores a ultranza de la institución universitaria latinoamericana, basan sus razonamientos apologéticos, o aun entusiastas (según el grado de audacia) en su supuesto carácter “revolucionario”; porque revolucionarios se proclaman los profesores, y revolucionarios se proclaman los estudiantes. Pero aun dejando de lado la circunstancia, harto reveladora, de tener tales defensores intereses creados en la Universidad, en forma de ventajas directas (cátedras, becas, viajes, años sabáticos, publicación inmediata de los libros más mediocres, apoyos financieros especiales para proyectos ni siquiera siempre académicos, refugio y base de operaciones inclusive para la acción armada

subversiva al abrigo de la extraterritorialidad implícita en la autonomía universitaria, etc.) tal afirmación no resiste análisis salvo dentro de la proposición de que las sociedades latinoamericanas deben sufrir un colapso completo antes de que pueda hacerse algo por mejorarlas.

De admitirse tal proposición, no habría duda de que las universidades laitnoamericanas están contribuyendo hasta más de lo que les corresponde al atascamiento de estas sociedades, al desviar hacia sí y esterilizar recursos escasos y que estarían mucho mejor utilizados por ejemplo en la educación pre-escolar, al emplear su prestigio de fetiches de la ciencia y de la cultura en propagar activamente versiones truncadas o francamente falsas sobre las causas y los posibles remedios de las insuficiencias de Latinoamérica, al establecer una vasta empresa de complicidad tácita entre alumnos y profesores para exigirse lo menos posible mutuamente, al no contribuir gran cosa a la ciencia y muchísimo a la propaganda y a la mitología, y al estimular a los jóvenes a consagrarse a especialidades que son prestigiosas dentro del marco y el clima de la institución universitaria, pero de escaso o nulo rendimiento para esos estudiantes y para la colectividad, una vez que se gradúan.[14]

Es decir que si ser “revolucionaria” una institución depende de su contribución al empeoramiento y eventual desintegración de una sociedad, la Universidad latinoamericana lo sería sin duda alguna. Pero según este criterio (si se lo sostuviese) de igual manera podría decirse que son revolucionarias la pornografía o la droga, y a nadie se le ocurre ensalzadas como admirables, o exigir que el Estado invierta fondos cada vez más

cuantiosos con el objeto de ponerlas gratis a la disposición de los jóvenes entre los 16 y los 24 años.

Más bien podría afirmarse que en su esencia la Universidad latinoamericana conforma uno de los más importantes bastiones para el mantenimiento de privilegios tradicionales, y un instrumento para la captación por parte de un sector bien determinado, de más recursos de los que ese sector rinde en cambio al cuerpo social en su conjunto. Por más gratuita que sea, quienes ingresan a ella (y sobre todo quienes egresan de ella *graduados)* son casi todos de clase media y alta. Las masas desposeídas, en cuyo nombre se defiende la institución universitaria, en la práctica casi no tienen acceso a ella. Si sus hijos llegan a la Universidad será, salvo excepciones, como miembros del personal de mantenimiento o de limpieza. La Universidad autónoma y gratuita no hace, normalmente, ningún esfuerzo por investigar la eventual capacidad de pago de quienes acuden a ella, de manera que los estudios superiores (como ya, en buena medida, los secundarios y hasta los primarios) se convierten -aunque costeados por toda la sociedad- en un subsidio a sectores de población cuyo nivel de vida, y por lo tanto sus posibilidades de aprovechar los servicios educativos gratuitos, está por encima del promedio;[15] y los diplomas y certificados que los hijos de esos sectores van adquiriendo en los distintos niveles del proceso educativo, van a ser otros tantos pretextos para la prolongación de antiguos privilegios o la extensión de otros nuevos a sus detentores; y a la vez, su carencia, razón suficiente para bloquear el avance económico y social de quienes, por pobres, no han podido incorporarse al sistema. La clave sobre el

verdadero espíritu según el cual ese sistema funciona, la da el desprecio con que todavía a estas alturas se mira toda inversión en la educación pre-escolar, el único nivel donde una gran inversión y un gran esfuerzo iniciarían una tendencia apreciable hacia la igualdad social y de oportunidades. Pero en la rebatiña por el reparto de la torta educativa, los verdaderamente pobres, los verdaderamente desposeídos, aunque reiteradamente invocados, no tienen nada que decir; y los "revolucionarios" no dicen nada por ellos, y sí por las Universidades, origen de todos los "licenciados" y "doctores" que ocupan posiciones de dirección en la sociedad, quienes no pueden menos que abrigar un prejuicio favorable al *Alma Mater* que les extendió (gratis) ese papel que, cursimente enmarcado y colgado en sus despachos de médicos, abogados, ingenieros, etc., certifica que el personaje allí mencionado pertenece a un gremio, a un clan, a un grupo de poder y de privilegio.

La Universidad autónoma latinoamericana no sólo hace una contribución insuficiente a las sociedades que la sostienen, sino que no ha sido capaz de idear y proponer (y mucho menos de poner en práctica) un nuevo modelo educativo global, o por lo menos un nuevo modelo de estudios superiores adaptado a la realidad latinoamericana, En esto es inclusive sub-latinoamericana, porque se da el caso entre nosotros de que por la desvinculación entre las diferentes partes del organismo social, algunas de ellas, salten adelante, sean audaces, experimentales. Pero no la Universidad, que sigue rutinariamente el modelo europeo tradicional, la división por facultades y escuelas, las promociones

anuales, la inflexibilidad en los programas de estudios, las graduaciones con disfraz medieval.

Y casi al día siguiente de graduarse, los estudiantes dejan de ser activamente contestatarios, si es que alguna vez lo fueron; porque ser "revolucionario" en una Universidad latinoamericana es más o menos tan heterodoxo y tan arriesgado como ser ferviente católico en un seminario irlandés. Por eso no es extraño que una vez fuera del ambiente universitario, los egresados más listos aspiren sobre todo a extraer de la sociedad beneficios excesivos, sobre la base de haber sido privilegiados con una educación superior gratuita, de estar armados con un diploma que en Latinoamérica equivale a los títulos de la pequeña nobleza del Antiguo Régimen.

Por todo esto, antes que revolucionarias, las Universidades latinoamericanas han sido una válvula de escape y una manera (excesivamente costosa) de integrar al sistema político-social, sin que lo parezca, fuerzas centrífugas que sin ello tendrían mayor virulencia. Muchos dirigentes actuales o potenciales de los grupos políticos más radicales, tradicionalmente han satisfecho su ambición y su voluntad de poder en rivalidades por decanatos, direcciones de escuelas y cátedras, publicando en las imprentas universitarias libros que nadie compra y casi nadie lee, y hasta en la distribución menuda de cargos no docentes.

A la vez, dentro del proceso de cooptación con el cual se han remozado las oligarquías latinoamericanas, obligadas a pactar por un lado con los caudillos y por otro con las clases medias urbanas en ascenso, la Universidad ha sido el sitio donde éstas últimas han

podido hallar expresión antes de poder integrarse más directamente a la estructura de poder tradicional, “ortodoxa”.

En esta forma, la Universidad latinoamericana ha sido el campo de formación de nuevo personal político, de "nuevos hombres", y de las correspondientes estructuras partidistas que les han servido de vehículo; a la vez que esa misma Universidad no ha cumplido a cabalidad su papel teórico de ser el campo de formación de nuevo personal administrativo, científico y técnico.

Esta última necesidad la suplen, en una medida excesiva, universidades extranjeras, sobre todo norteamericanas, donde la gente pudiente envía a sus hijos, en vista de la baja calidad académica de las universidades nacionales. De manera que la formación óptima para un joven designado por su nacimiento a continuar una tradición familiar de figuración en las primeras filas de la dirigencia latinoamericana, o de un aspirante *parvenu* a ingresar en esas filas, es hacer sus estudios superiores básicos, hasta la lícenciatura, o hasta el mal llamado "doctorado" (el cual es un grado obtenible en muchos casos sin largos estudios, y sin complicaciones ni investigaciones originales) de manera de vincularse *in situ* con su generación, con quienes va luego a encontrarse en cada esquina de la vida; y luego hacer un postgrado en los EE.UU., donde recibirá el adiestramiento de alto nivel necesario para descollar realmente, para tener ventaja sobre los simples hijos de la clase media; y donde llegará -cosa de primera importancia- a dominar el inglés, lengua sin la cual un hombre de nuestra época está desarmado, y no sólo en Latinoamérica.

Los intelectuales

Las universidades latinoamericanas sirven además de *modus vivendi* y de escenario de figuración para una proporción importante de los llamados *intelectuales,* una especie más numerosa entre nosotros que en sociedades mejor compartimentadas. Ya dije en otra parte que en Latinoamérica pasan por intelectuales todos los "letrados", tales como los abogados, los "secretarios" de los caudillos, los autores del más delgado panfleto, los poetas de un solo soneto, los autores de un solo artículo, los plagiarios de algún libro extranjero; y desde luego los escritores y periodistas de verdad, los profesores universitarios, los artistas plásticos, los diplomáticos, con todas las combinaciones posibles de esas categorías.

No por casualidad, sino por ser sus protagonistas "letrados", y por lo tanto capaces de verbalizar sus propias fobias y autojustificaciones y de relacionarlas o hacerlas corresponder sutilmente con las del resto de la clase dirigente, el tema de los llamados "intelectuales" latinoamericanos está más lleno de falsedades y trampas que casi cualquier otro, y toca además todos los demás aspectos de la deformación en la interpretación de la realidad pasada y actual de Latinoamérica. Intelectuales han sido y siguen siendo los encargados de formular las apologías para todos los poderosos; han sido y siguen siendo los *secretarios* de todos los caudil1os; y han sido ellos mismos parte, por alguna faceta, de la estructura de poder, de la clase dominante en el sentido exacto de esa expresión.

Observadores extranjeros superficiales de Latinoamérica suelen maravillarse de 1a “gran influencia” de los intelectuales en la vida de estos países; y encuentran en ello una razón de estimar a Latinoamérica como más “espiritual”, más apreciativa de “la cultura” (ecos de *Ariel)* que las sociedades occidentales exitosas y “materialistas”. Lo que deslumbra a estos observadores extranjeros es que sus pares en Latinoamérica (novelistas, ensayistas, poetas, artistas plásticos) estén representados en los altos cuadros gubernamentales y en el alto personal del Servicio Exterior en una proporción desusada en otras partes. Pero en primer lugar, la calidad de la obra de estos escritores, o su distinción académica, es las más de las veces objetivamente mediocre. Han alcanzado prominencia, muchos de ellos, porque les tocó actuar en sociedades poco exigentes. Por otra parte, son miembros *natos* de las clases dirigentes de países donde hay escasez de cuadros, y donde una aureola de “letrado” (y no una dedicación exclusiva y rigurosa a las letras) es extremadamente ventajosa para redondear la imagen de un hombre público. Muchos de estos hombres, que son a la vez o sucesivamente poetas, ensayistas, oradores, historiadores, filósofos, etc., al llegar a Ministros o a Embajadores, es entonces cuando han alcanzado la meta para la cual su actividad “intelectual” no había sido sino un escalón accesorio.

Es cierto que ha habido en Latinoamérica sorprendentes intelectuales-hombres-de-acción, entre los cuales los más notables fueron Bolívar y Sarmiento; y es cierto que ha habido y hay en Latinoamérica admirables intelectuales reflexivos, creadores o ensayistas, como los

argentinos Ezequiel Martínez Estrada, H. A. Murena, Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, los mexicanos Octavio Paz, Juan Rulfo y Carlos Fuentes, el guatemalteco Miguel Angel Asturias, el chileno Pablo Neruda, el uruguayo Juan Carlos Onetti, el venezolano Arturo Uslar Pietri, el cubano Alejo Carpentier, los peruanos César Vallejo, Luis Alberto Sánchez y Mario Vargas Llosa, el colombiano Gabriel García Márquez, etc. (para mencionar sólo algunos contemporáneos). Pero la influencia de los intelectuales-hombres de acción ha sido sobre todo la de sus actos; y es muy reducida la irradiación de la sensibilidad o de las ideas críticas e impopulares (porque también las hay conformistas y demagógicas) de los intelectuales reflexivos. Enseguida hay, obviamente, una capa de intelectuales genuinos, afanosos de producir obra seria, exigentes consigo mismos y con la sociedad circundante, no dispuestos a medirse y a medir a Latinoamérica con metros de setenta y cinco centímetros.

Pero no son demasiado numerosos, y se desenvuelven con dificultad y en medio de presiones (y tentaciones) con frecuencia irresistibles. Y más abajo pulula una fauna aprovechadora, oportunista, miedosa e impotente, la cual a través de la historia latinoamericana ha medrado sobre la base de hacerse eco tardío de las corrientes de moda en otras latitudes. Así tuvimos románticos con retraso, simbolistas con retraso, positivistas con retraso, freudianos con retraso y surrealistas con retraso; y tenemos ahora marxistas con retraso.

Salvo honrosas excepciones de hombres ya muy ancianos (y que por lo mismo abrazaron el marxismo no ahora, cuando está de moda, sino cuando era una secta

incomprendida, proscrita y ferozmente perseguida) o de miembros de las nuevas generaciones situables en la categoría de los *intelectuales genuinos* y que lo demuestran con su comportamiento y con su obra, la "nueva ola" de los llamados "intelectuales" latinoamericanos se ha arrimado al marxismo como los gatos a la chimepea: es el sitio donde, dentro de sus áreas de actividad, se está más cómodo consigo mismo y dentro de la sociedad.

Si el "intelectual" marxista no asume la filosofía que teóricamente profesa, no se compromete en un activismo político riesgoso y verdadero (como muchos, es cierto, hicieron en el período del "foquismo", cuando los hechos les forzaron la mano, y palabras pronunciadas a la ligera se convirtieron en obligaciones de alto riesgo; o como en Argentina o Chile a partir del último trimestre de 1973, donde anteriores vagas profesiones de "izquierdismo" designaron a quienes las habían proferido como víctimas del terrorismo "irregular" o estatal de extrema derecha) hasta los gobiernos reputadamente derechistas y represivos mostrarán tendencia a ser tolerantes y hasta indulgentes con estos promotores mansos y puramente teóricos de una cosmovisión que, por otra parte, complace íntimamente a todos quienes tienen responsabilidad y poder de decisión en Latinoamérica, puesto que nos descarga de nuestra culpabilidad, nuestra frustración y nuestros complejos de inferioridad, con referencia a la proposición infinitamente cómoda de que todas nuestras insuficiencias se deben a un demonio exterior llamado *Imperialismo,* y que nuestra redención ocurrirá sin esfuerzo particular nuestro, como un don providencial, en cuanto ocurra la *Revolución.*

“En mis altares no hay santos, sino el mapa de América Latina. El guerrillero no es solamente el hombre con el fusil, sino el ciudadano latinoamericano que está luchando por su tierra desde la invasión europea (de 1492) hasta ahora”, declara típicamente un intelectual latinoamericano (en este caso el pintor argentino Alfredo Portillos); y para nuestra neurosis colectiva latinoamericana, esas palabras parecerán importantes y significativas, y en todo caso admirables; mientras pasarán inadvertidas o despreciadas estas otras, de Luis Alberto Sánchez: “Por religión se entiende no solamente religarse con Dios, sino religarse con cualquier ente o idea que reemplace nuestra capacidad de explicar racionalmente lo que nos acontece, (de modo que) el marxismo es tan opio de los pueblos como el deísmo cristiano”.

Entretanto, “mientras llega la Revolución”, los intelectuales filo-marxistas latinoamericanos no se sentirán obligados a compartir la pobreza y las privaciones del pueblo en cuyo nombre hablan, o ni siquiera a llevar una vida frugal, rechazando la parte que, como miembros que son de las clases dominantes latinoamericanas, les fluye naturalmente (o arrebatan ellos) en el desigual e injusto reparto de los recursos escasos de cada una de estas naciones. Al contrario. No tendrán (una vez más, salvo excepciones) escrúpulo en incursionar fuera de su área de actividad normal en los medios artísticos, literarios, universitarios, y aceptar (o gestionar activamente) posiciones dentro del aparato administrativo y de poder de ese Estado “pre-revolucionario” cuya subversión por otra parte proponen como indispensable. Habiendo comprendido la historia,

se sienten incorruptibles. Los privilegios y hasta los lujos no pueden empañar el hecho de que en la batalla entre los ángeles y los demonios, ellos han escogido de una vez por todas el buen lado.

NOTAS

1. *Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño,* 15 de di6embre de 1812.

2. Discurso de Bolívar ante el Congreso de Venezuela, el 15 de febrero de 1819, día de su instalación en la ciudad de Angostura, hoy Ciudad Bolívar.

3. José Martí, *Nuestra América,* 1891.

4. Carta a José FernándezMadrid, del 7 de febrero de 1828.

5. Carta al General Rafael Urdaneta, del 16 de octubre de 1830.

6. Se refiere Bolívar al terremoto de 1812.

7. Carta a Esteban Palacios, del 10 de julio de 1825.

8. Porfirio Díaz.

9. *British Consular Reports on the Trade and Politics of Latin America,* London, Royal Historical Society, 1940.

10. El desprecio por los mercaderes y por el trabaj9 es algo tan arraigado en las culturas hispánicas que el mismo Francisco de Miranda, tan lúcido por otra parte sobre las ventajas de la libertad sobre el despotismo, no advierte la vinculación en el desarrollo de las instituciones políticas anglosajonas entre las garantías a la propiedad privada y la estima por la industria y el comercio por una parte, y los progresos de la libertad por otra parte. Durante su estada en Boston en 1784, tuvo ocasión de asistir varias veces a las sesiones de la Asamblea Legislativa del Estado de Massachussets, y el espectáculo de aquellos artesanos de origen humilde ocupados con alguna torpeza en una tarea tan exaltada, tan *noble,* choca si no con la razón, sí con la sensibilidad hispanoamericana de Miranda, escandalizado tanto por las materias, según él intrascendentes discutidas por la Asamblea como por su composición, lo cual no lo sorprende "si consideramos que toda la influencia estando dada por su Constitución a la propiedad, los diputados no deben ser por consecuencia los más sabios... ni otra cosa que gentes destituidas de

principios, ni educación: uno era *sastre* hace cuatro años, otro *posadero,...* otro *herrero,* etc., etc." (Francisco de Miranda, *Archivo, (Viajes, Diarios),* Caracas, Editorial Sur-América, 1929, Tomo I, P. 317). En el mismo Boston, Miranda había encontrado en Samuel Adams igual repugnancia (afortunadamente para los nacientes Estados Unidos, tan excéntrica como el jacobinismo de Adams) por la falta de *nobleza* de la Constitución norteamericana: "A dos objeciones que le propuse sobre la materia, manifestó convenir conmigo, la primera fue cómo en una democracia cuya base era la *virtud,* no se le señalaba puesto alguno a ésta, y por el contrario todas las dignidades y el poder se daban a la *propiedad".. (ibid.,* p. 314).

11. *La cabeza de Goliat.* Buenos Aires, 1940.

12. *Facundo,* capítulo I.

13. En el sentido en que usa Toynbee tal expresión: "An alien underworld, a morbid affection (of society), a group estranged from a dominant minority, a social element which in some ways is 'in' but not 'of' any given society at any given stage of such society's history".

14. En una entrevista que hicimos en la televisión a los dirigentes de las "fracciones universitarias" de los cuatro principales partidos políticos venezolanos en la Universidad de Caracas, cada uno de ellos censuró la hipertrofia de dudosas "ciencias sociales" en el diseño global de la educación superior, y estuvo de acuerdo en la necesidad de orientar la Universidad a los jóvenes hacia carreras tecnológicas acordes con las necesidades reales del país, tales corno la ingeniería petrolera, la petroquímica, la metalurgia, la agronomía, etc. En ese momento les preguntamos por sus especialidades. Resultaron ser aspirantes a licenciaturas en sociología, economía, psicología y diplomacia!

15. Cf. Illich, *ibid.*

CAPITULO IX

LAS FORMAS DEL PODER POLITICO EN AMERICA LATINA (1)

El caudillismo

EL PROBLEMA político de la América Española independiente, expresado en su forma más sencilla y general, ha sido que las diferentes repúblicas no han logrado restablecer un equilibrio institucional en reemplazo del que fue destruido con el Imperio Español entre 1810 y 1824. La segunda mitad del siglo XX, con sus desafíos peculiares, tales como la revolución en las expectativas desencadenada por el adelanto en las comunicaciones; la llamada explosión demográfica causada por descensos bruscos en las tasas de mortalidad, sobre todo infantil; y la virulencia ideológica (y luego, además, la potencia militar y económica) de la cosmovisión "marxista-leninista-tercermundista"; ha revelado la fragilidad de institucionalidades aparentemente consolidadas, como, las del llamado "Cono Sur" (Argentina, Chile, Uruguay) o la de Colombia.

En los últimos 50 años México ha sido el único país latinoamericano que no ha tenido cambios de gobierno violentos, distintos a los previstos por su Constitución y causados por guerras civiles o golpes de estado militares.

En contraste (y más "latinoamericanamente") en ese mismo país la jefatura del Estado cambió de manos irregularmente 46 veces en el primer cuarto de siglo de vida independiente. En Venezuela hubo cincuenta guerras civiles en menos de un siglo (entre 1830 y 1902)

una de ellas (la llamada Guerra Federal, o “guerra larga”) entre 1859 y 1863, tan atroz y destructiva como la Guerra de Independencia, medio siglo antes. En Bolivia ha habido desde 1835 hasta hoy más de ciento sesenta guerras civiles o golpes de estado, un promedio de más de una tal convulsión cada año. Etc.

Ahora bien, en condiciones parecidas, la sociedad reitera moldes semejantes. Frente a la arbitrariedad, la inseguridad, la ausencia de un marco jurídico e institucional estable y adecuado, los seres humanos responden buscando acomodo y amparo dentro de un sistema piramidal de relaciones personales, con un tirano en el tope de la pirámide[1].

En el vacío institucional que siguió a las guerras de independencia, y que de hecho se produjo desde el comienzo de esas guerras, las sociedades hispanoamericanas se fragmentan, se atomizan, y cada país, cada región e inclusive cada aldea no va a tener en adelante más paz que la que pueda proporcionar un *caudillo*[1]. Es decir que surge en Hispanoamérica un feudalismo primitivo, tanto más natural cuanto que la economía agrícola organizada en haciendas hacía de éstas, células sociales potencialmente autónomas aun antes del colapso del Império Esjañol.

En un primer momento habrá tantos caudillos, tantos jefes de bandas armadas con predominio particular como la geografía lo permita. En seguida, esa multiplicidad de caudillos locales va siendo enjugada por hombres fuertes en escala regional. Finalmente, grandes caudillos, *supercaudillos* se dedican a exterminar, sometiéndolos o aniquilándolos, a los caciques regionales, más o menos

en la misma forma como los reyes europeos medievales fueron sometiendo o aniquilando a los barones feudales.

De los supercaudillos, Arturo Uslar Pietri ha escrito: “Rosas, Páez, Porfírio Díaz, Juan Vicente Gómez fueron productos de la tierra, de la tradición y de la necesidad histórica. Representaban a cabalidad, y allí reside el secreto de su inmenso y efectivo poder, la realidad de un mundo rural que había roto los lazos del Imperio Español para tratar de implantar instituciones republicanas y liberales que no tenían ninguna base en su pasado. El caudillo histórico fue la fuerza autóctona que llenó el vacío de poder. (Hispanoamérica) produjo de hecho... una forma de organización (social) que estaba en pugna con los ideales republicanos a la europea, pero que correspondía profunda y estrechamente a (su) estructura económica y socia1... ¿por qué y cómo surgieron hombres como Don Porfirio, como Rosas, si no reflejaban el sentimiento, las inclinaciones y el ser interior de una mayoría de sus pueblos, si no eran en el más exacto concepto, intérpretes, representantes y personifícadores del más fuerte sentido colectivo existente para la hora?”[2].

No hay, por cierto, ninguna novedad especial en esta interpretación. Lo había dicho ya, a su manera, Bolívar. Lo había dicho Martí. Y lo han reiterado muchos otros hispanoamericanos, para señalado, para deplorado, *o para justificarlo interesadamente.* Esto último es lo que crea ambigüedad y suscita rechazo. Porque muchos de quienes se han referido a Bolívar[3] lo han hecho para autojustificarse, o para justificar a sus jefes, a sus caudillos. El dictador venezolano Marcos Pérez Jiménez (1952-58) tenía como divisa una frase de Bolívar: “El

mejor gobierno es el que produce la mayor suma de seguridad social, la mayor suma de felicidad posible", con la clara implicación de que el Libertador hubiera aprobado la suspensión de las libertades públicas en la Venezuela de 1952, la prisión, tortura, exilio o muerte de los opositores (y además el peculado, el cinismo) como preferibles al azaroso ejercicio de la libertad.

En 1908, en vísperas de su ocaso, el supercaudillo mexicano Porfirio Díaz declaraba: "Creo que la democracia es el único principio de gobierno justo y verdadero, pero en la práctica es posible disfrutarlo sólo a pueblos muy desarrollados... Aquí en México tenemos condiciones muy distintas (a las que permitirían el funcionamiento de la democracia). Recibí el gobierno de manos de un ejército victorioso, en un momento cuando el pueblo estaba dividido y sin preparación para el ejercicio de la democracia. Haber cargado al pueblo de una vez con la responsabilidad de autogobernarse, hubiera tenido como consecuencia desacreditar la democracia"[5].

El positivismo, cuando fue conocido en Latinoamérica, causó júbilo entre todos a quienes no les bastaban Montesquieu y el Discurso de Angostura[6] para dejar de sentirse incómodos por haber optado por la última de las siguientes tres alternativas:

1. Oponerse suicidamente a las fuerzas "telúricas" representadas por los caudillos.
2. Sumirse en la oscuridad del anonimato.
3. Escalar altos puestos en la sociedad como colaboradores de los caudillos.

En Comte, en Taine, en Renan, en Le Bon, en Marx mismo van a encontrar distinguidos intelectuales

hispanoamericanos argumentos no para hacer un diagnóstico científico, desapasionado, desinteresado del fenómeno caudillista, sino (típicamente, dentro del contexto cultural hispanoamericano) para merecer Ministerios y Embajadas Plenipotenciarias.

Estos hombres no van a objetar el gobierno arbitrario, personalista, brutal; sino a debatir los méritos de la tiranía con relación a situaciones peores, tales como la guerra civil y la anarquía. Quienes, perteneciendo al mismo grupo, accidentalmente no estaban engranados con el aparato del poder, los van a estimagtizar como lacayos de los caudillos; y no hay duda de que lo fueron, y de que lo siguen siendo allí donde la figura del caudillo reaparece, transfigurada de acuerdo con los tiempos, como ahora mismo en Cuba[7]. Otro admirador del *proyecto* de la Revolución Cubana, el uruguayo Angel Rama, hoy por hoy uno de los latinoamericanos más inteligentes y más cultos, escribe: "El caudillismo y la dictadura paternalista son formas que han marcado la historia de América Latina y que aun siguen floreciendo, muchas veces enmascaradas por una terminología aparencialmente moderna, pero que sólo otorga un airecillo universal y persuasivo a formas tan antiguas como nuestra historia independiente. Puedo evocar mi sorpresa al leer el folleto de Regis Debray *¿Revolución en la revolución?* y encontrar que con el léxico de un alumno de la *Ecole Normale* de París, se nos devolvía la fórmula del caudillismo, cosa tan nuestra que parecía imposible que se pudiera verter dentro de estructuras intelectuales signadas por el marxismo; pero que no hacían sino probar la continuidad del fenómeno y, lo que todavía puede aparecer más desconsolador a los

intelectuales aferrados a las tesis nacidas en Europa, la renovada demanda que de tal fenómeno volvían a presentar las sociedades del continente, aun las que se proclamaban modernas ideológicamente, con lo cual volvíamos a comprobar que la realidad viviente de los pueblos de América (Latina) seguía siendo fiel más que sus aparatosas capitales en la intrasociedad que llena su vasta área-, a las configuraciones personalistas donde todo el poder queda en manos de un hombre providencial"[8].

Otro intelectual latinoamericano, venezolano éste y de una generación anterior, quien entre otros méritos auténticos tuvo el de haber hecho de su biblioteca personal la mejor de Venezuela antes de 1940, cuenta en sus *Memorias* el infierno que era la vida de su región a fines del siglo XIX. Apenas se había rehecho la vida de los habitantes desde la precedente guerra civil, cuando una nueva, como un huracán, otra vez destruía todo, arrasaba los sembrados, mataba a los hombres y al ganado. ¿Cómo no iba a ser preferible (sugiere Pedro Manuel Arcaya, autor de esas *Memorias)* Juan Vicente Gómez (gobernó 1908-19355), un supercaudillo capaz de destruir, aterrorizar, exilar o seducir, según la mejor práctica maquiavélica, a todos los subcaudillos, y de mantenerse en el poder casi treinta años, hasta la muerte?

De hecho, no ha sido sólo en Latinoamérica que a situaciones de colapso en un orden institucional dado, seguidas de guerras civiles prolongadas y atroces, suceda una larga paciencia de los pueblos con el régimen, invariablemente caudillista, que logra finalmente estabilizarse y restablecer el orden público, sin que

importe mucho su filosofía política. Así, Rusia, soportó a Stalin y España a Franco.

En Latinoamérica los supercaudillos han sido además, los verdaderos integradores de nuestras precarias nacionalidades, al lograr la hazaña de establecer una red de obligaciones interpersonales recíprocas sobre todo el territorio, crea por primera vez ejércitos modernos, profesionales y centralizados, en lugar de las montoneras cantonales o regionales, tender telégrafos que hicieron posible recibir información y dar órdenes rápidamente, y construir ferrocarriles por donde enviar tropas leales y bien armadas en días (en lugar de meses) del centro a los extremos de los países.

De manera que desde cierto punto de vista, en la escala de los infortunios posibles, la peor suerte en Latinoamérica la ha tenido Bolivia, a quien le ha sido negado durante toda su historia, hasta ahora, producir un caudillo verdaderamente digno de ese nombre, un tirano duradero, en lugar de una sucesión caleidoscópica de asaltantes fugaces del poder, cada uno tan inescrupuloso y represivo, en su breve tránsito, como los verdaderos caudillos, pero sin las virtudes pacificadoras, estabilizadoras e integradoras de largas tiranías como las de Rosas, Juan Vicente Gómez o Porfirio Díaz.

Desde luego que el ejerdcio de ese *caudillismo eficaz* no ha sido lindo para verlo, y menos para sufrirlo. Relata Sarmiento en *Facundo,* que entre 1835 y 1840 casi toda la población masculina adulta de Buenos Aires conoció la prisión. Sistemáticamente, Rosas hacía encarcelar sin causa especial a grupos de dos o trescientos ciudadanos escogidos más o menos al azar; y al soltarlos, dos o tres meses más tarde, un número igual, o menor, o mayor los

reemplazaba en las mazmorras, por igual tiempo, o más corto, o más largo. ¿Qué habían hecho? Nada. Era sencillamente padagogía política caudillista. Gómez logró inspirar tal terror a los venezolanos que pudo agonizar tranquilamente, morirse en su cama y ser enterrado con grandes honores, sin que nadie se atreviera a manifestar ninguna emoción jubilosa, ni mucho menos a actuar, por temor a que todo fuera una trampa más del viejo zorro, quien tenía además fama de brujo y de vidente. Sólo dos o tres días después de las exequias hubo las primeras tímidas manifestaciones de alivio, casi dos meses pasaron antes de que se produjeran problemas propiamente políticos, y de todos modos el sistema de poder construido por este supercaudillo pudo mantenerse sin mayores problemas, sin duda por la actuación hábil y flexible de su sucesor designado (el Ministro de Guerra), pero sobre todo porque métodos de gobierno tales, somo colgar a los opositores por los testículos, o ejecutarlos (por lo menos una vez) suspendiéndolos por la mandíbula inferior traspasada por un gancho de carnicería, aunque abolidos radicalmente desde la muerte de Gómez dejaron para siempre aterrorizados frente al Estado y se policía casi todos los venezolanos que habían llegado a la edad de la razón en 1935.

Los caudillos consulares

Los caudillos hispanoamericanos inmediatamente posteriores a la Independencia, y hasta el último tercio del siglo XIX, aproximadamente, fundaron su poder básicamente en la clase de los grandes hacendados, equivalentes, en aquel contexto, a vasallos potentes, con

cuya fidelidad podía contar el tirano mientras supiera inspirarles temor y garantizarles sus privilegios, pero de cuyas filas podían salir, y de hecho salían periódicamente, rivales ambiciosos, protagonistas de las clásicas "revoluciones", cuya imagen, convertida de trágica que era la realidad en algo cómico y folklórico forma parte humillantemente prominente de la imagen exterior de la América Española.

Pero a partir de cierto momento, y sobre todo después de la definición clara de la vocación imperial norteamericana con la Guerra Hispanoamericana y el asunto de Panamá, no podrán ser caudillos en América Latina, durante más de medio siglo, quienes no comprendan (y a la vez se harán prácticamente inexpugnables quienes así lo comprendan) que en adelante el principal componente del poder será el apoyo de los EE.UU.

Gómez va a ser uno de estos *caudillos consulares*[9] delegados tácitamente por los EE.UU., más o menos como Herodes era rey en Judea bajo el protectorado de Roma.

Otro caudillo consular fue el mexicano Porfirio Díaz (gobernó 1876-1910) quien a plena conciencia dio privilegios exorbitantes a los extranjeros y a sus inversiones, porque con ello promovía, a la vez que la modernización y la unidad de la nación mexicana (lo cual logró razonablemente, y de lo cual se beneficia México hasta hoy) algo mucho más fundamental para él, como hombre de poder que era: el apoyo y eventualmente la protección de los países donde se originaban esas inversiones, y sobre todo de los EE.UU.

Por haber sido *cónsul* de EE.UU. en México durante largos años, Porfirio Díaz mereció hasta el final de su gobierno que una revista norteamericana le mandara a hacer una entrevista aduladora[10] donde se hallan sin embargo curiosa y cándidamente resumidos, junto con los aspectos positivos de la gestión de este caudillo, datos sobre su crueldad y detalles repulsivos sobre su entreguismo al poder imperial extranjero. Para el periodista norteamericano "no hay en el mundo figura más heroica o romántica que este Hombre-de-Estado-Soldado, cuya juventud aventurera sobrepasa la imaginación de Dumas, y cuyo imperio férreo ha convertido a las masas mexicanas, reducidas a la violencia, la ignorancia y la superstición... en una nación estable, pacífica, progresista, que paga sus deudas... Ha gobernado la República Mexicana con tal dominio, que las elecciones se han convertido en una mera formalidad".

Antes de Porfirio, "ni la vida ni las propiedades tenían seguridad". Bajo Porfirio "México se ha colocado entre las naciones pacíficas y útiles". Antes de Porfirio no había en México sino dos pequeñas vías férreas de pocos kilómetros. Ahora había más de 30.000 kms. De ferrocarriles "casi todos con gerentes, maquinistas y conductores norteamericanos" (y, demás está decirlo, de propiedad norteamericana). Antes de Porfirio el correo era lento, costoso, irregular, inseguro, transportado en diligencias tiradas por caballos, normalmente asaltadas dos o tres veces por bandidos en un viaje típico entre, digamos, México y Puebla. Ahora había un correo barato, seguro y rápido, sirviendo todo el territorio[11] con más de dos mil doscientas oficinas postales. Antes de Porfirio

había escasas líneas telegráficas, de funcionamiento incierto. Ahora había más de 75.000 kms. de hilos telegráficos: y en cuanto a su mantenimiento, "una de mis primeras medidas (dice Porfirio a Creelman) fue imponer la pena de muerte sumaria (por daño al telégrafo). En casos de interrupción del servicio por cortes de la línea, si el criminal no era capturado, el comandante militar del distrito sufría la pena en su lugar. Si el corte ocurría en terrenos de una hacienda, el propietario que no había impedido el delito (ocurrido en su propiedad, luego bajo su responsabilidad) era colgado del poste de telégrafo más cercano (al corte de la línea). Estas eran órdenes militares... Mejor derramar un poquito de sangre para evitar grandes derramamientos más tarde. (Además) la sangre derramada era mala sangre, la sangre que salvamos, sangre buena"...

Gracias a Porfirio Díaz, prosigue Creelman, más de 1.200.000.000 de dólares de capital extranjero habían sido invertidos en México; y para 1908 el ritmo de nuevas inversiones había alcanzado la suma realmente fantástica para la época de 200.000.000 dólares adicionales por año. "Las ciudades brillan con luz eléctrica y resuenan con modernos tranvías. El idioma inglés es obligatorio en las escuelas públicas (y) hay setenta mil extranjeros viviendos felices y prósperos en México".

Pero lo más notable y meritorio de Porfirio Díaz, según el punto de vista de los EE.UU., era su responsabilidad financiera, el puntual cumplimiento de las deudas externas de México, cosa a la cual daban los EE.UU. enorme importancia en el caso de los países latinoamericanos aledaños al Canal de Panamá, (ya en

construcción en 1908), por las razones que vimos en el Capítulo II, pp. 66 y ss. Cuenta Creelman que cuando bajó bruscamente el precio de la plata, principal producto de exportación mexicano en aquella época, los asesores financieros de Don Porfirio sostuvieron que el país debiera suspender el pago de la deuda externa; "pero Díaz rechazó la recomendación como una tontería y una deshonestidad, y es un hecho que por años, algunos de los principales funcionarios dejaron de cobrar sueldo para que México pudiera cumplir sus obligaciones financieras hasta el último dólar... Tal es Porfirio Díaz, el hombre más ilustre del Hemisferio Occidental".

Podría pensarse que tan audaz panegírico podía deber más a la remuneración que a una opinión sincera del periodísta; pero en ese caso podríamos igualmente suponer que Don Porfirio logró sobornar al Secretario de Estado norteamericano, Eliju Root, quien llegó a decir las siguientes extravagantes palabras sobre el dictador mexicano:

"De todos los seres humanos hoy en día, el más digno de admiración me parece el General Porfirio Díaz, Presidente de México (por), los incidentes atrevidos, románticos y caballerescos de su juventud; (por) la vasta empresa de gobierno realizada por su sabiduría, su valor y su carácter; (por) su personalidad, tan singularmente atractiva... Si yo fuera poeta, le dedicaría una oda. Si yo fuera músico, le compondría una marcha triunfal. Si yo fuera mexicano sentiría que la lealtad y la devoción de toda una vida no bastarían para agradecerle las bendiciones que ha causado a su país. Como no soy poeta, ni músico, ní mexicano, sino sólo un norteamericano amante de la justicia y de la libertad, y

que vive en la esperanza de ver su influjo fortalecerse hasta lograr hacerse invariable y perpetuo, contemplo en Porfirio Díaz uno de los grandes hombres merecedores de la adoración de la humanidad”[12]

El poder de los caudillos consulares, de los cuales fueron especímenes de menor rango hombres como Anastasio Somoza (Nicaragua) y Rafael Leonidas Trujillo (República Dominicana)[13], se alimentaba a sí mismo. La nueva riqueza procedente de las concesiones a empresas extranjeras y de la actividad económica directa o indirecta generada por éstas, les permitía remunerar mejor a los oficiales y armar mejor a los ejércitos, atender la deuda externa, enriquecer a los fieles. Porfirio, quien llevó el sístema a su perfección, daba tales ventajas a los extranjeros que eso por sí solo explicaría (y justificaría) en buena parte la subsiguiente xenófobia de los mexicanos. En toda Latinoamérica los EE.UU. tienen acumulado un inmenso caudal de mala voluntad, como consecuencia de su apoyo a estos caudillos consulares que tan cómodos fueron a los norteamericanos en su momento, pero al precio de insospechadas incomodidades futuras, algunas ya vistas, y otras todavía por verse.

El “sistema mexicano”

Los apologístas “positivistas” de los tiranos latinoamericanos aseguraban (o esperaban) que tras décadas de “paz, orden y trabajo”[14] los respectivos países estarían por fin listos para la convivencia pacífica y civilizada, para la democracia. Antes de Porfirio, por ejemplo, México había conocido sesenta años de

convulsiones sangrientas. Después de Porfirio (hubiera podido concluír Creelman, y decía esperar Root) habría "justicia y libertad".

De hecho lo que hubo a partir de 1910 fue una explosión de víolencia sin precedentes en Méxíco, y que ningún otro país de América Latina ha igualado en el siglo XX, cuando los ejércítos tienen tal poder de fuego que una guerra civíl larga y generalizada se ha hecho prácticamente ímpensable sin intervención extranjera.

México se las arregló sin embargo para vivir "en revolución" casi veinte años, puesto que sólo los gobiernos posteriores a 1929 recuperaron control de todo el territorio en una forma satisfactoria, al unirse distintas facciones *revolucionarias* en un partido único que se llamó primero Partido Nacional Revolucionario (1929), luego, Partido de la Revolución Mexicana (1938), y que desde 1946 tiene el nombre singular, pero apropiado, de *Partido Revolucionario Institucional* (PRI).

El llamado "sistema mexicano" ha sido objeto de críticas, porque se trata de una democracia oligárquica, "dirigida", donde campea la corrupción administrativa; y porque hay en él una fuerte dosis de "mentira constitucional", de hipocresía, de no correspondencia entre lo que se dice y lo que se hace. Sin embargo, no es tiránico el gobierno mexicano. Sólo *fuerte.* Y tal vez el torrente de palabras, encubridor de formas de gobierno esencialmente distintas a lo que dicen ser, constituye, junto con otras características asociadas y complementarias, uno de los aciertos fundamentales del PRI, chocante para algunos espíritus excéntricos, pero correspondiente a las exigencias anímicas de Latinoamérica en general y de México en particular.

Entre nosotros, la palabra se admite con facilidad como sustituto a la acción. Hemos producido millones de discursos, millones de remitidos a los periódicos, millares de programas partidistas, de manifiestos, de resoluciones parlamentarias o de concejos municipales, de pronunciamientos de asambleas estudiantiles y organismos gremiales; millares de leyes, de decretos; centenares de Constituciones. El más insignificante país latinoamericano ha seguramente publicado más tomos de leyes y códigos que Gran Bretaña.

Quienes no tienen el poder que desearían, encuentran en la retórica una compensación psicológica para la impotencia, tanto cuando hablan como cuando escuchan. Es significativo que Juan Vicente Gómez, el caudillo latinoamericano más genuinamente satisfecho con su poder, puesto que su ambición estaba colmada con ser amo de Venezuela y no le interesaba ni la figuración social, ni que se le reconocieran dotes de intelectual, ni la proyección internacional, haya sido un hombre muy parco en palabras, casi mudo. Lo normal en Latinoamérica es que aun los hombres más poderosos dentro de estas sociedades tengan una conciencia dolorosa de ser relativamente impotentes en el ámbito internacional, y que aun ellos busquen instintivamente colmar ese vacío con un río de palabras. Y con mucha más razón quienes se encuentran en grados inferiores de la estructura de poder.

Más abajo de cierto escalón en esa estructura, están las masas latinoamericanas, que no hablan, pero que esperan que sus dirigentes hablen por ellas, y que demostradamente están dispuestas a dar un crédito excesivo a quien sepa formular de manera fluida y fácil

hipótesis agradables a .nuestra psicología colectiva. Eso puede dar lugar a la emergencia de grandes demagogos, de los cuales el más notorio ha sido Juan Domingo Perón.

Lo notable del "sistema mexicano" es haber hecho de la retórica (revolucionaria) protagonista principal y permanente de un sistema de poder cuya cúspide no la ocupa un demagogo o caudillo, sino un *hombre cualquiera* en forma obligatoriamente *transitoria.*

El PRI es un partido prácticamente único, que no interroga la voluntad popular sino que la "interpreta", mediante elecciones rituales en las cuales monótonamente se atribuye a sí mismo más de 90 por ciento de los votos. Y el Presidente de México, jefe absoluto por seis años de ese partido, es un virtual monarca, casi un dictador. Los otros órganos del poder público, tales como el Congreso y los Tribunales, son casi ornamentales y en todo caso dóciles al Presidente. Lo mismo las Fuerzas Armadas, eterna amenaza a la estabilidad de los demás gobiernos latinoamericanos. Los medíos de comunicación, inclusive los impresos (y no sólo la radio y la televisión) o bien son directamente controlados por el gobierno o reconocen límites sutilmente convencionales al grado de crítica independiente admisible.[15] El sector privado de la economía vive en simbiosis con el gobierno y con el PRI. Lo mismo los sindicatos y las ligas campesinas.

De hecho el PRI ha logrado la hazaña de englobar formal o virtualmente todos los intereses sectoriales importantes de la sociedad mexicana, y a la vez casi todos los matices políticos salvo la más extrema derecha, los liberales manchesterianos y la izquierda guevarista o maoista.[16] Esto no quiere decir que cada sector esté

enteramente satisfecho, o que se hayan superado los problemas sociales (los campesinos siguen siendo paupérrimos y siguen emigrando a las barriadas miserables de las ciudades; millones de indios siguen viviendo al margen de la sociedad mexicana moderna) pero sí que las transacciones intersectoriales se hacen en orden y en paz, dentro del PRI, lo mismo que la distribución del poder político.

Una de las características del "sistema", y casi seguramente la clave fundamental de su viabilidad y estabilidad, insólitas en Latinoamérica, es la prohibición absoluta y hasta ahora escrupulosamente respetada de que el Presidente sea reelecto, aunque durante su mandato es todopoderoso, y finalmente designa a su sucesor[17] para luego, al dejar de ser Presidente, prácticamente desaparecer del firmamento político y ser sustituido *totalmente* por un nuevo astro que no admite (ni teme) rivales, ni eclipses, ni que nadie más brille con luz propia.

Como el Tercer Estado de Sieyès, este Presidente-sol no fue nada y va a ser todo. Su selección como candidato del PRI (y por lo tanto próximo Presidente, sin la más leve duda) fue mantenida en suspenso, y él mismo tuvo ritualmente una conducta discreta, casi borrosa. Fue "el tapado". En seguida, como candidato oficial hizo una campaña electoral formal, con todos los gestos de una verdadera solicitud de apoyo popular, lo cual en forma apreciable en efecto es, puesto que es en en esa campaña que este *hombre cualquiera,* hasta ayer casi oscuro, va a ser consagrado y a consagrarse como la nueva encarnación de la retórica revolucionaria, nacionalista, igualitaria, anti-imperialista, tercermundista, indigenista

(buensalvajista), agrarista, obrerista, etc., hasta la *apoteosis* que será su toma de posesión, en pulcra coincidencia con la muerte política de su antecesor.

En un nivel práctico, de diestro control social y de renovadas paciencia y tolerancia por las distintas (y en Latinoamérica, centrífugas) fuerzas sociales ante gobiernos invariablemente decepcionantes (como son, por lo demás, todos los gobiernos) la no reelección absoluta de los Presidentes mexicanos significa que cada seis años se suscitan, justificadamente o no, nuevas expectativas, nuevas oportunidades reales o imaginarias para casi todos quienes de otra manera podrían sentirse tentados, según la tradición latinoamericana, a buscar satisfacción para sus ambiciones a través de una "salida", así se la llama) "no institucional" (como se dice). Y la esclerosis del poder, la cual en el caso del "Porfifato" desembocó además en la gerontocracia, es evitada.

Más sencillamente se podría decir que un racimo de aprovechadores del poder (el que se había constituido en torno al Presidente saliente, hasta sus más remotas y capilares ramificaciones) se encuentra forzado sin violencia, con suavidad, a ceder el paso a otro grupo, que se va a constituir en torno al Presidente entrante. Pero tan severo juicio haría injusta abstracción de los –notables logros del sistema político mexicano en un lapso (1929-1975) cuando el resto de América Latina ha conocido un abanico de formas de gobierno mucho menos estimables, y además verdaderas tragedias como las sucedidas en Cuba y en Chile.

Hay quien sostenga que ese buen suceso del "modelo mexicano" no habría sido posible sin la yuxtaposición geográfica con los EE.UU., anímicamente incómoda

(pero eso halla alivio en la retórica revolucionaria) pero estimulante de desarrollo económico, por el masivo turismo norteamericano y por la exportación a los EE.UU. de productos de progresivo mayor valor agregado, buena parte de ellos manufacturas de empresas norteamericanas las cuales, seguras de que México dejará de entenderse con los EE.UU. más o menos tan probablemente como Finlandia con la URSS, encuentran provechoso operar en México, como mano de obra menos costosa y con acceso privilegiado al mercado norteamericano.[18] Esa vecindad con los EE.UU. produce además un drenaje de presión demográfica, por la emigración clandestina hacia los EE.UU., transitoria o permanente. Según tal punto de vista, habría sido este "privilegio geográfico", operativo ya bajo el "Porfirato", y restablecido plenamente a partir de 1940, lo que al calor de la formidable expansión norteamericana de la postguerra, se habría convertido, para México, en un elemento importante y tal vez decisivo de su crecimiento económico y de su estabilidad política.

El "partido" militar

Según queda dicho, uno de los logros más notables del sistema político mexicano ha sido la neutralización efectiva de los militares, y esto en un mundo donde con el poder de las armas, la injerencia de los soldados en los asuntos políticos crece día a día, por lo cual Latinoamérica ya no tiene la dudosa distinción de detentar el "récord" mundial de *pronunciamientos* y Juntas Militares.

La figuración de Generales como Jefes de Estado tiene en Latinoamérica dos etapas diferenciadas. En la primera, los caudillos, hombres sin formación militar profesional, se convierten por la fuerza de los hechos en "generales" y jefes de las FuerzasArmadas, tales como existían. En la segunda etapa, militares de escuela llegan a la jefatura del Estado accidentalmente, por la posición jerárquica que han alcanzado previamente dentro de las Fuerzas Armadas profesionales, y al intervenir éstas "institucionalmente". Será esta segunda etapa la que ahora nos ocupe, puesto que la primera queda englobada en el fenómeno del *caudillismo.*[19]

Las primeras Fuerzas Armadas latinoamericanas fueron las de las guerras de Independencia, forzosamente improvisadas. Simultáneamente sobrevino la desintegración, el colapso político con su secuela: el caudillismo. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, con desfasamientos y casos excéntricos, los distintos países latinoamericanos crean ejércitos regulares, los cuales inevitablemente van a gravitar desproporcionadamente sobre el proceso político. En una sociedad no integrada, indisciplinada, centrífuga; sin una clase dirigente digna de ese nombre; con clases medias primero inexistentes y luego (al ir surgiendo) desorientadas, atemorizadas y escépticas; y masas populares excluidas de todo sentimiento de participación en el poder (o ni siquiera en la *sociedad,* constituyendo un *proletariado interno)* las Fuerzas Armadas profesionales van a lograr un trasplante de sus modelos extranjeros menos defectuoso (aunque desde luego siempre imperfecto) que otras instituciones latinoamericanas. Tendrán la ventaja de dedicarse

profesionalmente a cultivar valores y actitudes y a lograr metas nada características de la sociedad latinoamericana, como la disciplina, la unidad, el "esprit de corps", la transmisión organizada y eficaz de instrucciones precisas y pragmáticas. En años recientes se van a descubrir o a suponer además mejor preparados que muchos civiles en áreas distintas a la profesión militar, que habrán sido incorporadas a los llamados Altos Estudios Militares. En todo caso los institutos militares de enseñanza superior han estado naturalmente libres de los vicios y el desorden imperantes en la Universidad Autónoma, y son los únicos que han mantenido y de hecho mejorado sus niveles de rendimiento académico en medio del naufragio de las universidades civiles "nanterrizadas" por el castro-guevarismo. Encima de esto, no es raro que los egresados de las Academias Militares agreguen estudios universitarios "civiles" a sus estudios propiamente castrenses, y que se conviertan además en sociólogos, médicos, abogados, psicólogos, antropólogos, etc.

Dentro de su profesión, está previsto como obligación que nunca dejen de estudiar, si es que quieren ascender; y aunque condicionados en sus perspectivas y enfoques por las tradiciones y prejuicios peculiares a su oficio, no es menos cierto que los "juegos de guerra" que deben imaginar y conducir, llevan a los más inteligentes entre ellos a un concepto estratégico de los problemas. De manera que sin ser ni diferentes ni mejores que los demás latinoamericanos, su entrenamiento y los problemas teóricos que se les plantean en sus estudios, a todos los niveles, pero sobre todo a nivel de Estado Mayor, los inducen a considerar la política en un contexto mundial.

Además, son una confraternidad internacional. Para sus cursos de mejoramiento, van a Institutos norteamericanos, europeos o de otros países latinoamericanos, o al centro de tácticas anti-subversivas que mantienen los norteamericanos en la Zona del Canal, en Panamá. En esos sitios o en las reuniones del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca intercambian opiniones, confrontan experiencias en forma sistemática y en confianza, sin la justificada prevención conque se consideran entre sí los miembros de distintas nacionalidades de otros clanes latinoamericanos menos seguramente solidarios.

Sería posible sostener que una vez profesionalizadas e institucionalizadas, las Fuerzas Armadas de cada país latinoamericano (salvo México) han sido en la práctica un partido político más, aunque obviamente de naturaleza diferenciada; y además un partido "de reserva", una última alternativa que ha entrado en funcionamiento cuando el estamento político civil no ha sido capaz de superar una crisis, o de proporcionar el liderazgo a las fuerzas realmente en presencia.[20] Dentro de esta hipótesis, los ejércitos habrían intervenido en forma que bien puede llamarse "institucional" (en lugar de "no institucional" como suele decirse) cada vez que ha sido necesario para restablecer por vías excepcionales un equilibrio perdido; o para, al contrario, despejar el campo y abrir paso a una nueva y diferente distribución del poder.

Venezuela en 1945 y 1949 ofrecería ejemplos de ambos casos. En 1945 el sistema de poder de este país estaba anquilosado, por el empeño continuista de la oligarquía heredera del control del Estado que por tanto tiempo

ejerció Juan Vicente Gómez. No advirtió esa oligarquía que con el fin de la Segunda Guerra Mundial no era posible seguir asfixiando las ideas y las aspiraciones de la nueva clase media y seguir manteniendo pasivos y dóciles a los obreros y campesinos, agitados ahora por dirigentes *apristas* salidos de esa clase media (y de la provincia) y formados en la Universidad.

Una intervención de las Fuerzas Armadas, ocurrida en esa coyuntura, dio al partido *aprista* venezolano *(Acción Democrática)* la oportunidad de llegar al poder y emprender un ambicioso programa de reformas sociales, económicas e institucionales. Pero tres años más tarde *Acción Democrática* había inexpertamente logrado aislarse políticamente, haciendo sentir a todos los demás sectores del país que la afirmación de su hegemonía los pondría en peligro, porque desembocaría en un sistema monopartidista con los defectos del "sistema mexicano" y sin sus virtudes. Una nueva intervención militar cortó esa amenaza imaginaria o verdadera; y once años más tarde *Acción Democrática* regresó al poder mucho más madura políticamente, y capaz ahora de crear un nuevo sistema de poder, no agobiantemente hegemónico, y por lo mismo estable, a pesar de haber coincidido esta segunda oportunidad con el fenómeno, profundamente perturbador para el *aprismo,* de la Revolución Cubana.

Una variante muy interesante, porque demuestra la capacidad de las Fuerzas Armadas profesionales de diferenciarse de sus delegados, ocurre cuando una nueva intervención militar desaloja a un dictador a quien un golpe anterior había entronizado, y quien ha olvidado su condición de "delegado de las Fuerzas Armadas" para imaginarse a sí mismo convertido en caudillo y *amo* de

las Fuerzas Armadas. Esta situación, cuando se da, suele ser la oportunidad para que los militares se retiren a sus cuarteles y dejen la figuración política directa a los *otros* partidos, a los partidos civiles, mediante restablecimiento de las libertades públicas y convocatoria a elecciones.

En la medida en que sean sostenibles estas hipótesis, expresadas aquí en forma necesariamente somera y esquemática, su validez plena habría que circunscribirla a un lapso de entre medio siglo y tres cuartos de siglo, desde la formación de los ejércitos profesionales hasta la gran división de las aguas que es la Revolución Cubana. Desde entonces los militares latinoamericanos han sin duda revisado la definición de lo que constituye una crisis capaz de poner en peligro la unidad y hasta la existencia de las Fuerzas Armadas, consideradas por ellos, por una combinación de instinto de clan (y de conservación) y de convicción doctrinaria aprendida, como el fundamento y el núcleo de la nación. Con la experiencia de Cuba, donde las Fuerzas Armadas fueron disueltas *y* sus oficiales juzgados en una atmósfera de circo romano y condenados a muerte o a prisión, los restantes ejércitos latinoamericanos comenzaron a advertir implicaciones de crisis institucional no sólo en los clásicos "vacíos de poder", sino además en actos (u omisiones) de gobierno que, a su juicio, podrían conducir a situaciones ulteriores dentro de las cuales sea demasiado tarde para evitar que la Institución Armada sea implicada *y* afectada por un colapso generalizado del sistema.

Podría esbozarse un paralelo entre estas "nuevas Fuerzas Armadas" y la "nueva Iglesia", según analizamos la evolución de esta última en el Capítulo VI.

Los ejércitos latinoamericanos, lo mismo que la Iglesia, aunque con mucho menor refinamiento *y* con relación a situaciones regionales y no a una visión ecuménica, han comenzado a contemplar con un espíritu de "juego de guerra" el problema de cómo sobrevivir, como institución, un nuevo contexto político mundial que en otros lugares (i.e. Cuba) ha demostrada mente producido situaciones incontrolables e irreversibles. La Iglesia puede tratar de ser sinuosa y flexible, cortar sus compromisos con causas que podrían perderse sin remedio, e inclusive establecer contactos de alto nivel con el "enemigo", negociar de potencia a potencia; puede también permitir y hasta sutilmente estimular aventuras y exploraciopes individuales en territorio ajeno, jugueteos, escarceos con "la revolución", en los cuales, curas "nueva ola" se identifican con sectores radicales sin por ello comprometer a la Iglesia, la cual puede desautorizarlos, sancionarlos *y* hasta excomulgarlos en cualquier momento. Pero las Fuerzas Armadas no tienen esas opciones, no pueden permitirse esas ambigüedades. Si actúan, tiene que ser institucionalmente, como un todo, asumiendo en forma clara *y* más plena que nunca antes, funciones de liderazgo nacional, con todos los riesgos, pero también con todas las opciones, que pueden distribuirse en un abanico que va desde el "modelo brasilero" hasta el "modelo peruano".

El modelo brasilero

En intercambio de ideas[21] con civiles de muy alta jerarquía intelectual y a la vez no protagonistas y ni siquiera participantes secundarios en el caótico proceso

político que siguió a la desaparición del caudillo civil Getulio Vargas (muerto suicida en 1954) y marcado por una total irresponsabilidad fiscal y una correspondiente loca tasa de inflación, los militares brasileros se habían hecho, mucho antes de 1964, su propia idea de cuáles deberían ser las vías para conducir el Brasil al futuro de grandeza que siempre se le había anunciado, pero siempre en vano, al punto de suscitar el chiste cruel según el cual Brasil había sido toda la vida el país del futuro, y seguiría siéndolo invariablemente. Entre las conclusiones de esa reflexión estaba la de que por lo menos en esta etapa de su historia, Brasil cometería una grave tontería enfrentándose; en provecho de terceros, con los EE.UU.; y que éstos verían más bien con buenos ojos y ayudarían la emergencia en Suramérica de un gran poder económico *y* militar amistoso, capaz de servir de polo estabilizador y de centroirradiador de influencia económica y política antisoviética, relevando así a los norteamericanos por lo menos parcialmente de sus preocupaciones estratégicas en esa zona del globo. Eficazmente gobernado y con una política exterior *ad hoc* Brasil podría, pues, sin oposición de los norteamericanos y más bien con su ayuda activa, aspirar al papel de gran potencia y baluarte de Occidente en el sur del Hemisferio Americano, e inclusive eventualmente extender esa influencia a la costa occidental de Africa y además a Mozambique, lusoparlante, sobre el Océano Indico.

Conviene recordar, en este contexto, lo afirmado en las primeras páginas de este libro sobre la imposibilidad de incluir al Brasil en generalizaciones sobre América Latina. Ningún otro país latinoamericano puede siquiera

concebir esa vocación de gran potencia mundial. A la vez, Brasil es claramente un país con muchas semejanzas con el resto de Latinoamérica, tanto por su origen ibérico como por ciertos paralelismos y coincidencias en su desarrollo histórico y su idiosincrasia colectiva. La política civil brasilera es uno de los aspectos donde existe menos grado de afinidad, menos comprensión, menos simpatía, menos información en otros países latinoamericanos. Lo que hicieron cada uno en su momento Getulio Vargas, Juscelino Kubitschek, fanio Quadros o Joao Goulart, podía parecer lejano y poco o nada relevante en Caracas, Lima o Buenos Aires. En cambio fue de inmediato comprendida en todo su inmenso alcance, y sobre todo por otros militares latinoamericanos, la circunstancia de que al derrocar los militares brasileros a Goulart en 1964, por primera vez en el siglo XX unas Fuerzas Armadas latinoamericanas rechazaran en forma explícita comprometerse a celebrar elecciones en una fecha futura, aún indeterminada, asumieran el poder con una intención distinta a la de resolver una crisis y restaurar luego dentro de un plazo razonable y hasta fijado de antemano, una vida política "normal", aunque esa normalización pasara, en una primera etapa, por la conversión mediante elecciones más o menos amañadas del General Presidente *de facto* en Presidente *Constitucional.*

El segundo elemento nuevo y singular fue la intención de los militares brasileros, rápida y firmemente demostrada, de "desactivar" irrevocablemente todo el alto personal civil anteriormente dirigente, creando así un hiato, una ruptura, una especie de cordón sanitario

político entre el pasado y el futuro, en esa área del liderazgo nacional.

En tercer lugar el gobierno militar "revolucionario" brasilero emprendió la extinción implacable del pro-sovietismo como actividad política explícita o clandestina, y hasta como influencia intelectual significativa (por ejemplo en las Universidades).[22]

En cuarto lugar, estos militares y sus asesores civiles (los "tecnócratas", como los economistas Roberto Campos y Delfín Neto) habían madurado un plan de recuperación económica no exclusivamente o ni siquiera preferentemente privatista, como se ha sostenido interesadamente y creído erróneamente, sino más bien al contrario muy estatista en el sentido de prever un fortalecimiento del ya poderoso y extenso sector público de la economía y un intervencionismo dirigista apuntado a controlar la inflación, a estimular y garantizar el ahorro y a atraer inversiones extranjeras capaces de generar exportaciones.

Once años más tarde, el plan político y económico de la llamada "Revolución" brasilera, diseñado por hombres que habían pensado los problemas a fondo y en su globalidad, puede calificarse de exitoso, sobre todo dentro de los parámetros latinoamericanos.[23]

En su gestión financiera y de fomento del crecimiento económico, el gobierno militar ha logrado, a grandes rasgos, los objetivos que se había trazado, por las vías y con los métodos que había previsto. Un vasto programa de carreteras ha hecho o está haciendo accesibles el interior y todas las fronteras. La expansión, hasta el revés sufrido en 1974 por el costo cuádruple del petróleo (que el Brasil importa en proporción apreciable) se colocó año

tras año cerca o por encima del 10 por ciento anual. La inflación fue efectivamente controlada y finalmente estabilizada a un nivel todavía muy alto (20-25 por ciento anual) pero previsible, "administrable" y de hecho administrado mediante un sistema de ajustes de precios, salarios, acreencias e intereses bancarios digno de estudio y de admiración en una época cuando 20 por ciento de inflación anual ha dejado de ser una anomalía suramericana. Las universidades han sido impulsadas, han mejorado su rendimiento y han modificado su orientación en favor de las carreras científicas y tecnológicas.

A la vez, la resistencia violenta y desesperada de la extrema izquierda marxista - leninista - tercermundista al decreto de su extinción política fue aplastada con métodos semejantes a los que han empleado los más brutales caudillos; y aunque a partir de 1971 el gobierno pudo relajar la represión, no ha encontrado posible (o no ha querido) desmantelar un aparato policial devenido sistemáticamente arbitrario y torturador. Por lo demás, en nuestra época, sólo un gobierno represivo, sea cual sea su signo ideológico, puede, como se hizo en Brasil, fundar un crecimiento económico explosivo y una acelerada acumulación de capital en una severa compresión del poder adquisitivo de la mayoría. Entre 1964 y 1969 los salarios reales de los trabajadores brasileros de menores ingresos descendieron más de 30 por ciento mientras aumentaban durante el mismo lapso en 50 por ciento los ingresos reales promedio de los graduados universitarios. Y sin duda también esto había sido previsto y planificado antes del golpe de estado militar de 1964, y forma parte

esencial del diseño global de lo que ha venido a ser conocido como el “modelo brasilero”.

El peronismo

La imposibilidad de hacer tragar semejante brutal medicina a la sociedad argentina, mucho menos dócil por haber alcanzado previamente niveles mucho más altos de cultura y de consumo, por haber Argentina como colectividad perdido la gran ilusión de tener en reserva un gran destino (no así el Brasil) y por haber sido Argentina sacudida y marcada profundamente por el populismo fascista de Juan Domingo Perón, hizo fracasar a los militares argentinos en su intento de emular sus colegas brasileros, lo cual intentaron bajo la jefatura militar del General Juan Carlos Ongania desde 1966 hasta 1970. En este último año el gobierno de Ongania, justamente por no haber podido adaptar a Argentina el “modelo brasilero” fue reemplazado por otro gobierno militar, pero éste, constitucionalista”, es decir del tipo de los que en América Latina actúan con la intención y la meta de devolver la responsabilidad directa de la conducción del Estado a los políticos profesionales, lo cual en este caso inició el proceso que debía desembocar, en setiembre de 1973, a la restauración de Perón como Presidente Constitucional de la República Argentina.

Por haber sido demostradamente desde todo punto de vista el más exitoso de los países hispanoamericanos, Argentina revela con su profunda crisis la dificultad de sobreponerse nuestra cultura a sus lastres y sus neurosis peculiares, y en particular a su complejo de inferioridad por habernos tocado compartir el “Nuevo Mundo” con

los EE.UU. y ser nosotros, hasta ahora, el tablero (relativamente) fracasado en el díptico de la gran aventura americana.

Entre todos los países latinoamericanos que admitieron como una evidencia la superioridad de la sociedad norteamericana y a la vez concluyeron en la conveniencia de intentar trasladar a Latinoamérica los resortes del éxito político, económico y social norteamericano, ninguno más que Argentina admitió lo primero más a fondo (explícita o tácitamente) o intentó lo segundo más seriamente, se consideró más apto para lograrlo y de hecho pudo creer haberse aproximado hasta casi tocarlo. Ya he dicho cómo la Constitución argentina "clásica", la de 1853, se asemeja tanto a la de los EE.UU. que los jueces argentinos para interpretarla han podido referirse a la jurisprudencia norteamericana. Hubo también el calco de la política de inmigración abierta, la amplia acogida a las inversiones europeas para financiar la infraestructura de una gran producción agropecuaria, el acondicionamiento de tierras, la construcción de ferrocarriles, frigoríficos y puertos. Hubo el impulso, sin paralelo en América Latina, de la educación popular. Y hubo, en premio de todo esto, un impresionante auge económico y cultural que en 1910, en el centenario de la Independencia, hacía aparecer a Argentina como un país más europeo que latinoamericano, despegado por completo del atraso y la desesperanza del resto de Latinoamérica, y hasta (en el concepto de los propios argentinos) *superior a los EE.UU.*

Sin embargo las mismas formas exteriores no alcanzaron a producir iguales esencias. En el medio siglo que va aproximadamente de 1860 a 1910, que es el de su

gran desarrollo y también el de sus grandes ilusiones, Argentina logró asemejarse a los EE.UU. más o menos como las plantas de invernadero son parecidas a las que crecen silvestres en otro suelo y otro clima.

El invernadero argentino, el ambiente artificial en el cual podían suponer los argentinos (y los demás latinoamericanos) que estaba creciendo el prodigio de un "Coloso del Sur" capaz de rivalizar con los EE.UU., fue una "democracia oligárquica", controlada estrechamente por minorías cultas en alianza con los grandes *estancieros,* devenidos multimillonarios por el auge de la ganadería y por la exportación de carne en barcos de nuevo diseño, llamados "frigoríficos".

Pero el crecimiento de la planta político-social-económica argentina desbordó o rompió los cristales de ese invernadero y, sometida al clima ambiente, la democracia oligárquica se convirtió (con el sufragio universal) en una democracia caótica, insincera, contradictoria, demagógica, ineficaz, incapaz de sobreponerse al faccionalismo y al desintegracionismo hispanoamericanos; y mucho menos de conducir la campaña de la etapa de acumulación del capital a la de una redistribución de la riqueza y del poder, a un "nuevo trato". Los EE.UU. respondieron a la gran crisis de 1929 justamente con el "New Deal" de Franklin Roosevelt, en 1933. Argentina, tras una serie de convulsiones que comenzaron con un golpe de estado militar en 1930, no encontró otra respuesta al mismo desafío que el "Justicialismo" de Juan Domingo Perón, en 1945.

También en los EE.UU. había tenido eco el fascismo, pero en las condiciones norteamericanas no pasó de ser una tentación minoritaria. Roosevelt, quien para el caso

no fue sino la encarnación de la capacidad de renovación política de la sociedad norteamericana, reglamentó el capitalismo desenfrenado y abrió vías y dio garantías a un sindicalismo por otra parte de larga trayectoria, arraigado, vital y solidario esencialmente (y no adversario o desapegado) de la sociedad norteamericana global.

En Argentina, el fascismo va a resultar tanto más tentador cuanto que para el 4 de junio de 1943 (fecha del golpe militar del *Grupo de Oficiales Unidos* del cual formaba parte el Coronel Perón, regresado apenas dos años antes de una pasantía extensa con las divisiones alpinas del ejército italiano) era un planteamiento político no sólo radicalmente divergente de la ilusión fallida de poder Argentina encontrar su destino emulando la democracia norteamericana, sino además *antinorteamericano, antidemocrático, anticomunista, populista y nacionalista*[24] lo cual venía a ser una combinación providencial y perfecta para un país frustrado en sus ilusiones de igualarse con los EE.UU. y simultáneamente requerido de una adaptación política a grandes cambios sociales y económicos que habían venido ocurriendo y que la guerra había acelerado.

A partir de 1939 la industria argentina había tenido un rápido desarrollo, forzado por la imposibilidad de importar manufacturas europeas y norteamericanas durante la guerra, y además estimulado activamente por el Estado, con apoyo crediticio y político. Para 1943 había más trabajadores empleados en la industria (con la abrumadora mayoría concentrados en Buenos Aires) que en la ganadería y en la agricultura. Era la circunstancia propicia para la emergencia de Juan Domingo Perón,

quien no fue el único militar latinoamericano seducido por el fascismo, pero sí el único que por actuar en Argentina, y por tener la dosis requerida de audacia y de talento político iba a poder demostrarse fascista, inclusive en un aspecto del fascismo (y del nazismo) que hoy se prefiere olvidar: el genuino arrastre popular, en ciertas condiciones, de la combinación virulenta de una demagogia populista vehemente (y dispuesta, una vez alcanzado el poder, a concretarse en medidas verdaderamente favorables a los trabajadores industriales, en cuanto a su bienestar material, a su nivel de ingresos reales y al *estilo* del gobierno) con un nacionalismo grosero y chovinista.

Desde la dirección del Departamento Nacional del Trabajo (un cargo de rango sub-ministerial, que otros desdeñaron) Perón se dedicó desde junio de 1943 a fomentar el fortalecimiento de los sindicatos existentes y la creación de otros nuevos. Instauró además un mecanismo de control que daba privilegios a los sindicatos favorecidos por el Departamento del Trabajo (es decir por Perón). En casos de disputas laborales, el Director del Trabajo (convertido luego en Ministro de Trabajo y Previsión Social y Vicepresidente de la República) demostró estar dispuesto a fallar invariablemente en favor de los trabajadores. “Por fin -comentó un dirigente obrero- hay un funcionario que no sólo no es aliado de los patrones, sino que nos atiende, resuelve nuestros problemas y hasta nos aconseja cómo defendernos”. En el seno del gobierno Perón se hizo vocero invariable del sector laboral industrial, recomendando reformas en su favor, planes de vivienda, salud, seguridad social, etc. En dos años se convirtió en

el hombre más poderoso del gobierno militar. Sus compañeros oficiales se inquietaron. Perón fue destituido y arrestado (octubre de 1945).

En ese momento Evita Duarte entró en la historia. Era una actriz de segundo o tercer rango, amante de Perón, y quien en esa circunstancia crítica demostró una auténtica capacidad de liderazgo, al lograr movilizar una inmensa manifestación de trabajadores (los *descamisados)* que ocuparon el centro de Buenos Aires hasta que Perón salió de la cárcel convertido en jefe indiscutible de una nueva situación política (17 de octubre de 1945). Uno de sus primeros actos fue casarse con Evita. En seguida lanzó su candidatura presidencial para las elecciones previstas para febrero de 1946, al frente de un nuevo partido que en el primer momento le llamó *Laborista,* y cuya plataforma política era una versión, referida a la patria Argentina, del fascismo musoliniano.

La Iglesia apoyo a Perón porque él le dio a entender que en la "nueva Argentina" habría una alianza estrecha entre la Religión Católica y el Estado, en contraste con el laicismo libre-pensador de la ralea radical-liberal-marxiscta bajo cuya influencia el país había estado equivocando su destino. El embajador norteamericano también ayudó, sin querer, al manifestar en forma pública, chocante e intervencionista el disgusto de su gobierno por el auge de un notorio simpatizante del Eje nazi-fascista. Celebradas las elecciones, el triunfo de Perón fue legítimo, abrumador, indiscutible. Ganó la Presidencia por amplísimo margen, y el partido peronista obtuvo dos tercios de la Cámara de Diputados y todos los escaños del Senado menos dos.

Juan Domingo Perón asumió control de la Argentina en un momento cuando ese país había acumulado un excedennte de recursos y de reservas monetarias, por exportaciones en brusco ascenso, sin contrapartida comparable en importaciones, durante cinco años de guerra mundial. En lo esencial, Perón se dedicó a liquidar ese excedente, y además creó en un tiempo asombrosamente corto un déficit, estimulando una explosión consumista y una expansión de actividades económicas agradables para el orgullo nacional argentino, pero improductivas; así como nacionalizando empresas de servicios (como los ferrocarriles) que bajo administración privada (y extranjera) había dado beneficios, pero que estatizadas y cargadas con nuevos y crecientes costos, pronto serían deficitarias. Los salarios y otros beneficios de los trabajadores industriales fueron aumentados por decreto, sin ninguna referencia a la productividad, a la vez que descendía el rendimiento real de la economía argentina en su conjunto. Los sectores recreadores de riqueza de esa economía, que seguían (y siguen) siendo básicamente las actividades, agropecuarias, fueron castigados con severos gravámenes (en la peor tradición mercantilista hispánica) para financiar el aumento en los salarios reales de los trabajadores industriales y a la vez un descabellado proyecto de autarquía industrial. En general toda la estructura costos-precios de la economía fue trastornada artificiamente para dar satisfacciones inmediatas, psicológicas y materiales, a los “descamisados”,[25] Eso explica la inmensa y duradera popularidad de Perón entre los trabajadores sindicalizados de Buenos Aires, donde

hasta hoy, un lindo día de primavera es “un día peronista”.

Pero desde entonces la Argentina ha sido prácticamente ingobernable. La gran crisis que afrontó la Presidenta Isabel Perón en junio-julio de 1975, y de la cual no se repuso jamás su gobierno, tuvo su origen esencial en el enésimo intento de un gobierno argentino “post-peronista” por sacar el país del irrealismo económico en que lo sumió Juan Domingo Perón con su gestión entre 1946 y 1950.

Evita Perón murió en 1952, y con su desaparición su viudo parece haber perdido una parte indispensable de lo que era, sin lugar a dudas, un carisma compartido. Aunque de origen genuinamente popular, el “Justicialismo” (como a partir de cierto momento decidió Perón llamar su “ideología”) tuvo desde siempre, como todo fascismo, ánimo represivo, cursi, oscurantista. Ahora se hizo brutalmente policíaco e intimidatorio. El principal diario de Argentina (y uno de los grandes, en todo sentido, de lengua española), *La Prensa,* de Buenos Aires, fue clausurado por su oposición al gobierno. La administración pública llegó a extremos inéditos de corrupción, ayudada en ello por el estatismo y el intervencionismo que hacían imposible desarrollar ninguna actividad económica importante sin contar con la “protección” del gobierno. La inflación galopante comenzó a revertir los anteriores espectaculares progresos en el ingreso real de los trabajadores industriales urbanos, y el mismo ultranacionalismo que Perón había estimulado, se volvió en su contra cuando quiso mejorar la economía, gravemente comprometida, mediante convenios de exploración y explotación

petrolera con compañías extranjeras. La Iglesia ya se le había puesto en contra. Las Fuerzas Armadas le dieron la espalda decisivamente cuando algunos amigos de Perón comenzaron a hablar, no se sabe si en serio o irresponsablemente, de la posibilidad de crear brigadas armadas peronistas, paramilitares, semejantes a los SS nazis.[26] Está fresca en la memoria de los militares argentinos la forma cómo Hitler había domado y descabezado la Reichswher. En setiembre de 1955, un golpe de estado militar apartó a Perón, con el pretexto de que su gobierno había llegado a extremos intolerables de corrupción administrativa. El pueblo peronista, los "descamisados" hicieron algunas débiles manifestaciones en favor del dictador derrocado. Su consigna era lamentable: "Ladrón o no ladrón, queremos a Perón". Pero quedó en existencia, poderoso, el aparato sindical irresponsable que Perón había edificado desde el poder; y Perón mismo se aplicó diligentemente desde el exilio a cultivar la ambigüedad y a estimular entre los grupos más disímiles la expectativa de que cada uno podría contar, llegado el momento, con su preferencia.

El mismo perro con el mismo collar

Entre quienes mordieron ese anzuelo en forma imperdonable estuvieron los marxistas, inclusive los comunistas ortodoxos, pero sobre todo, a partir de 1959, los castristas y guevaristas, quienes llegaron a ver en Perón, por el hecho de haber sido Perón antinorteamericano, y antiperonista los EE.UU., una especie de mesías, y en Hector Cámpora su profeta, lo cual requería ignorar u olvidar tanto los hechos de Perón

en el gobierno, entre 1946 y 1955, como su itinerario de exilado, del Paraguay de Stroesnner, a la Venezuela de Pérez Jiménez (con una escala en Panamá, donde conoció a María Estela –"Isabelita"- Martínez), a la República Dominicana de Rafael Leonidas TrujilIo, a la España de Franco, donde se radicó definitivamente después de 1960.

Cuando en 1973 las Fuerzas Armadas argentinas terminaron por convencerse (o por ser convencidas por Perón, quien seguramente les dio garantías) de que la única salida a la crisis política crónica en que se debatía el país sería permitir la participación en elecciones del peronismo, el oscuro Cámpora recibió en Madrid del General el encargo de llevar sus colores en una carrera que estaba resuelta antes de la partida. Y el día de su inauguración (25-5-73) el Presidente Cámpara salió al balcón de la Casa Rosada[27] flanqueado por los Presidentes Allende, de Chile, y Dorticós, de Cuba. Abajo en la plaza, carteles decían: "Chile, Cuba, el pueblo los saluda". Centenares de marxistas latinoamericanos menos conocidos que Allende y Dorticós habían acudido a Buenos Aires, como a una nueva Meca; y esa misma noche estuvieron entre la multitud que rodeó la cárcel de Villa Devoto hasta que la primera medida del nuevo gobierno fue decretar la libertad incondicional de centenares de protagonistas de la lucha armada clandestina, guerrilleros, *montoneros* (peronistas "de izquierda"), miembros del Ejército Revolucionario del Pueblo (guevaristas) que allí estaban recluidos.

Habiendo Cámpora cumplido su misión específica, que era asegurar la transición entre el gobierno militar y el

regreso de Perón, se retiró de la escena, cargando de paso con toda la responsabilidad por cualquier "debilidad" frente a los guerrilleros marxistas quienes durante tantos años habían desafiado el poder militar. Nuevas elecciones, en octubre, dieron la Presidencia directamente a Perón, con 62 por ciento de los votos (Cámpora había recibido 52 por ciento. Tres meses más tarde, durante una conferencia de prensa en la Casa Rosada, una periodista "peronista de izquierda", de 29 años, llamada Ana Guzzeti, sorpresivamente hizo la siguiente pregunta al Presidente Perón: "¿En qué forma enfrentará el gobierno la acción de los grupos parapoliciales que están asesinando a miembros de organizaciones revolucionarias?". Sin disimular su ira, Perón replicó: "¿Puede usted comprobar lo que acaba de afirmar?". "Lo demuestran los recientes asesinatos de militantes populares y obreros, señor Presidente", insistió la Guzetti.

Allí mismo, delante de los periodistas, Perón dio instrucciones para "iniciar causa judicial contra la señorita". "Señor Presidente, soy militante peronista", dijo en ese punto Ana Guzetti. "La felicito. Lo disimula muy bien", concluyó Juan Domingo Perón. Poco después el diario *El Mundo,* para el cual trabajaba Ana Guzetti, fue clausurado por el gobierno, bajo acusación de "alentar las actividades guerrilleras", y la periodista quedó definitivamente cesante al ser todavía más tarde (y aún vivo Perón) clausurado *La Calle,* otro diario, por razones de "seguridad del Estado". La clarificación definitiva de la actitud de Perón hacia quienes se habían hecho ilusiones de que en Madrid había hecho el regreso que vendría del fascismo al marxismo, tuvo lugar en un

acto de masas en el cual Perón rechazó expresamente las consignas escritas en los carteles enarbolalos por “montoneros” y ERPistas, quienes abandonaron la manifestación en señal de protesta.

Estas precisiones son convenientes para tener claro que la *Alianza Anticomunista Argentina* (AAA), una organización terrorista de derecha teóricamente clandestina, pero a la cual se suponen, con indicios de certeza, vínculos con la policía, no es una creación “post-peronista” de José López Rega (hombre de confianza y astrólogo del anciano Perón, y luego eminencia gris -hasta su defenestración en julio de 1975- de la Presidenta Isabel Perón), según se quiere ahora hacer creer en un intento de salvar -para uso futuro- la figura y la memoria de Perón (y de Evita), sino que cabe y está enteramente dentro de las coordenadas del demagogo brutal e inescrupuloso que fue Juan Domingo Perón, uno de los más perniciosos falsos héroes de nuestra historia latinoamericana.[28]

NOTAS

1. Es por eso que los países comunistas han inventado el caudillismo, llamado allí “culto a la personalidad”.

2. Según el diccionario: “jefe de banda armada”.

3. Arturo Uslar Pietri, “El caudillo ante el novelista”, en *El Nacional,* Caracas, 11-5-75.

4. O inclusive a Miranda, quien por no ser un caudillo, sino un militar europeo profesional y un *philosophe* de la Ilustración, condujo al fracaso la Primera República venezolana en 1812. “Bochinche. Estas gentes no saben hacer más que bochinche”, dijo el Precursor derrotado, decepcionado por la distancia que iba desde sus ilusiones empolladas en EE.UU., Inglaterra y Francia, a estas pobres mesnadas de peones y a estos *criollos* excitados que no lograban

ponerse de acuerdo. Las críticas de Bólívar a la Primera República (v. pp. 120-21) se refieren, con un ropaje retórico adecuado a sus destinarios, a lo que Miranda calificó en forma simple y directa como *bochinche.*

5. Porfirio Díaz en entrevista con el periodista norteamericano James Creelman, *Pearson's Magazine,* marzo de 1908.

6. De Bolívar, citado en páginas 121-122.

7. Un amigo, escritor quien fue y hasta cierto punto sigue siendo admirador de la Revolución cubana, me confesó privadamente en 1974 que cada vez que ha vuelto a Cuba desde 1960, se ha quedado más aterrado con la reemergencia, en la práctica, de mecanismos de ejercicio del poder personalistas, arbitrarios, piramidales, perfectamente reminiscentes de lo más oscuro y mediocre de la vida política (y social) de la España del siglo XIX. Los cubanos mismos susurran que son gobernados por el "sociolismo".

8. Angel Rama, "Una remozada galería de dictadores", *El Nacional,* Caracas, 1-6-75.

9. *Cónsul:* "Persona autorizada por un Estado extranjero para proteger las personas e intereses de los individuos de la nación que lo nombra", Diccionario de la Real Academia Española, tercera acepción.

10. La entrevista de James Creelman, ya citada.

11. Sin duda una exageración.

12. Eliju Root, citado por Creelman, *ibid.*

13. De Trujillo, Franklin Roosevelt, más escrupuloso (o prudente) que Root, a alguien quien con vehemencia lo exhortaba a retirarle el apoyo norteamericano, por ser Trujillo un *son of a bitch,* se limitó a responder: "Tiene usted razón; pero es *nuestro son of a bitch."*

14. Consigna de Juan Vicente Gómez.

15. Sobre los medios de propiedad privada, el gobierno mexicano se reserva variadas formas de persuación indirecta. Tiene por ejemplo el monopolio de la importación y fabricación de papel de periódico.

16. En años recientes, los estudiantes universitarios han dado dolores de cabeza al "sistema", pero tal como en otros países latinoamericanos, esa disidencia estudiantil suele diluirse al egresar los jóvenes de la universidad, dispersarse y dedicarse cada uno a perseguir su ambición individual.

17. Hay cierta resistencia por parte de los politólogos mexicanos a admitir que eso sea así. Hacen la observación, por otra parte obvia, de que hay límites al arbitrio del Presidente, quien por ejemplo no podría intentar, como el Gobernador Wallace en Alabama, hacerse suceder por su esposa. Pero por más vueltas que se le dé al asunto, casi invariablemente quien ha sido Ministro de Gobierno (del Interior) es designado candidato por el PRI; y si el Presidente alimenta las esperanzas de otros Ministros, es seguramente para no cerrar por completo sus propias opciones y no iniciar una transferencia prematura de poder. Además, no se ha dado el caso de que el candidato no sea un miembro del gabinete del Presidente saliente quien, de ese modo, al nombrar a sus Ministros ya con sólo eso ha realizado una primera selección de precandidatos.

18. México no ha ingresado a la Organización de Países Exportadores de Petróleo para no quedar automáticamente excluido de las ventajas que una nueva Ley de Comercio Exterior, aprobada por el Congreso de los EE.UU., extiende a los llamados "países en desarrollo", salvo los miembros de la OPEP.

19. El *Comandante* Fidel Castro reproduce el primero de estos dos mecanismos, lo cual es uno de los indicios entre otros, de que su figura se hace más comprensible si se la sitúa dentro la perspectiva del caudillismo latinoamericano.

20. "El militarismo (latinoamericano) no es culpa de los militares... Es culpa de nuestros movimientos políticos (civiles)... que no hemos sabido interpretar nuestras patrias y hemos creado vacíos, y esos vacíos los llena entonces la única institución organizada que hay en los países de América Latina". Carlos Andrés Pérez, Presidente de Venezuela, conferencia de prensa en Ciudad México, el 22 de marzo de 1975.

21. En la "Escuela Superior de Guerra",

22. Es esto lo que ha sido calificado de "fascismo" brasilero, puesto que en el vocabulario marxista-leninista-tercemundista son fascistas todos los regímenes que repriman el pro-sovietismo, sean cuales sean sus otras características, mientras que jamás será fascista, por más represivo, militarista y chovinista que sea, un gobierno que de alguna manera se preste a contribuir al progreso de la estrategia soviética global.

23. Por lo menos tanto como puede considerarse exitoso el "sistema mexicano". Por cierto no carece de interés la adopción por

la “Revolución” brasilera de una alternabilidad forzosa en la Presidencia de la República obviamente inspirada en el buen resultado que tal práctica ha tenido en México.

24. También *anti-intelectualista* en una nación donde los intelectuales sostenían una posición internacionalista (“cosmopolita”, como se dice ahora) y aliadófila, por ser casi todos o bien admiradores de las democracias liberales occidentales o de la URSS.

25. Entre otras consecuencias adversas irrevocables, la política económica peronista estimuló la tendencia, siempre excesiva en las sociedades hispánicas y sobre todo hispanoamericanas, al abandono de la faena agropecuaria, productiva, por las actividades industriales, comerciales y de servicios de la ciudad. Buenos Aires se hizo más gigante, más “cabeza de Goliat”.

26. Millares de cuyos oficiales encontraron acogida amistosa en la Argentina peronista, entre ellos Adolf Eichmann. Conviene no olvidar que ni siquiera el componente antisemita está ausente del fascismo peronista, para el cual la Argentina está contaminada por diversos factores “cosmopolitas”, y muy especialmente por la importante población judía. Tan recientemente como mayo de 1975, la revista peronista *El Caudillo* publicó la siguiente incitación “poética” al progrom: “Hoy toca romper todo. / Las nueve de la noche es buena hora para eso. / Se los convoca a destrozar los reductos enemigos. / Ya verán cuando arda si es en serio. / Que el fuego se confunda con los gritos, los gritos con la noche, / la noche con el humo, el humo con el barrio, / las llamas con las llamas. / Seamos el fuego. / El mundo sólo recuerda lo brutal y lo grande. / Seamos esa brutalidad y esa grandeza. / por cada usurero corriendo despavorido, / existe un premio prometido. / Llevar / Teas, / Manoplas, / Cadenas, / Estopa, / Caños, / botellas, / Armas, por supuesto, / Las obras en construcción cercanas proveerán / los habituales, los clásicos ladrillos. / Suban las piedras. vuelen. Veloces, vivaces. / Que mil ladrillos planeen hacia el cielo. / Que busque cada uno sus respectivas trizas. / Que todos cumplan su trecho aéreo, / pasando a través de las vidrieras, / derrotando los cristales. / Que los ladrillos tomen la palabra... / Los (judíos) que se mueran de miedo -sin que nadie los toque- / valen doble. / Se recomienda apilar en las esquinas / las barbaridades contemporáneas que pretenden ocupar / el lugar del arte. / No confundir las piras. No mezclar. / Que haya estilo en eso. / Que cada cosa arda por su lado...

/ Despleguemos generosamente nuestro odio múltiple y multicolor. / Demos paso a nuestro odio blanco y negro. / Fuego y fuego / Subamos nuestro odio todo rojo. / Ese odio magistral para sacar mercaderes de los templos, / para que no vuelvan a entrar más en ningún lado... / Ellos nos han chupado la sangre / y esquilmado. / Es justo que paguen con sangre. / Acordonar el barrio (judío). Nadie se va sin previo aviso, / Se agiten mil bastones, sangren mil cabezas. / Los libros bastardos se queman aparte. / Dejar leyendas aclaratorias con las inmediaciones / para que la gente sepa. / Que todo quede devastado. / Después emparejaremos... / Cuando amanezca, reunirse en las esquinas, / vivar la Patria, / corear canciones de esperanza. / Arreglarse un poco. / Encolumnarse. / Respirar hondo. / Volver."

27. El Palacio Presidencial argentino, en Buenos Aires.

28. El 29 de abril de 1975, ya muerto Perón, Ana Guzetti fue secuestrada, presumiblemente por la AAA. Se pensó no verla nunca más, por lo menos viva, y con razón: desde fines de 1973 ha habido en Argentina más de 500 asesinatos o desapariciones de militantes de extrema izquierda (y ha habido en contrapartida un número, también elevado. de asesinatos, secuestros y otros actos terroristas protagonizados por la extrema izquierda, otra vez clandestina; -así como la emergencia de un "foco" guerrillero en la provincia de Tucumán, a unos 500 kilómetros al norte de Buenos Aires). Contra toda expectativa razonable. Ana Guzetti apareció viva. Sus captores se habían contentado con maltratarla.

CAPITULO X
LAS FORMAS DEL PODER POLITICO EN AMERICA LATINA (2)

Los demócratas a contracorriente

LATINOAMÉRICA no ha carecido de dirigentes políticos, e inclusive de gobernantes que hayan estimado en su justo valor las ideas y las conquistas de la revolución liberal. Su mucha menor fama que la de los caudillos, los demagogos y los tiranos es indicio de la poca estima que el mundo tiene por los dirigentes moderados. Comentando la transgresión, por Trajano, de la recomendación dejada en testamento por Octavio a sus sucesores de defender las fronteras del Imperio sin intentar extenderlas, observa Gibbon (en su *Decadencia y caída del Imperio Romano)* que mientras la humanidad se empeñe en aplaudir más generosamente y recordar más a sus destructores que a sus benefactores, la sed de gloria militar tentará siempre a los gobernantes. De igual manera podría decirse que mientras encontremos digno de atención, de admiración –y hasta romántico- al señor de horca y cuchillo, y más todavía (en nuestra época) cuando al echar por la borda todo escrúpulo y toda práctica política civilizada lo hace en nombre de "La Revolución"; y en comparación poco "excitantes" a los demócratas llamados despectivamente "reformistas"; serán más numerosos en el mundo los candidatos a emular a Stalin que quienes encuentran modelos en Leon Blum, Clement Atlee o Walther Rathenau; estarán más "en la onda" Fidel Castro o Perón que Rómulo

Betancourt, Eduardo Freí, Rafael Caldera o Carlos Andrés Pérez.

Tanto así que un lector europeo comenzará por preguntarse quiénes son estos hombres, de quienes probablemente no ha oído nunca hablar, y que son de hecho los más recientes y estimables entre los demócratas "reformistas" que han ejercido poder político en América Latina. Freí (Presidente de Chile, 1964-70) y Caldera (Presidente de Venezuela, 1969-74) son los dos más destacados dirigentes demócrata-cristianos del Hemisferio Occidental. Betancourt (Presidente de Venezuela, 1945-47 y 1959-63) y Pérez (Presidente de Venezuela desde 1974) son social-demócratas o, más precisamente, *apristas.*

Rómulo Betancourt (hoy en su séptima década de vida) se dedicó tras la muerte de Juan Vicente Gómez en 1935 a crear el partido *aprista* venezolano, *Acción Democrática,* el cual durante los últimos treinta años, en el poder, en la oposición o en la clandestinidad ha dominado la política y ha definido las metas de la nación venezolana, y en una medida razonable ha impulsado el país hacia su cumplimiento. Aunque atraído en su juventud por el marxismo-leninismo, Betancourt pronto encontró mucho más apropiadas para Latinoamérica las tesis de Víctor Raúl Haya de la Torre.[1] Lo mismo que Haya, Betancourt rechazó por humillante y además impráctica la obediencia servil exigida a los comunistas ordotoxos por el Komintern, sin consideración alguna por la diversidad de las culturas y de las situaciones regionales y locales, y sin más brújula que la definición imperial por los comunistas rusos de la "línea" a adoptar en cada situación. En un país como la Venezuela de

1935, sin proletariado industrial y gobernado por una oligarquía feudal aliada con el poder norteamericano, un PC ortodoxo y obediente a Moscú sería tan exótico como un oso polar en el trópico, y se encontraría más o menos igualmente impotente e incómodo. Tal vez llegaría el día cuando los análisis y las previsiones del marxismo-leninismo podrían aplicarse tal cual en Venezuela. Entretanto, y para todo el futuro previsible, la única manera (inclusive *marxista)* de intentar impulsar *reformas* deseables y avances elementales, sería la formación de una alianza amplia de campesinos, obreros, intelectuales, profesionales, universitarios, estudiantes, empresarios de espíritu moderno, etc.; es decir de todos quienes podrían tener deseo o interés en contribuir a la modernización de una sociedad que permanecía esencialmente rural y feudal, pero que estaba a la vez comenzando a sacudirse por el trauma (y el estímulo) de la presencia en su seno de un sector industrial (el petrolero) exótico, dinámico, moderno, manejado por y para extranjeros.

El petróleo y la manera como se le estaba explotando constituía el escándalo supremo de la Venezuela de Juan Vicente Gómez e inmediatamente post-gomecista; y el petróleo sería también la llave destinada a abrir el futuro del país. Por lo mismo, la plataforma política de *Acción Democrática* proponía un rechazo al régimen de *concesiones* mediante el cual las compañías extranjeras (norteamericanas y anglo-holandesas) tenían todas las ventajas y un virtual control sobre la economía y la vida venezolanas. Betancourt y *Acción Democrática* no proponían una nacionalización inmediata, que sabían utópica; pero en la oportunidad de la aprobación por el

Congreso de una nueva (y menos mala) ley petrolera en 1943, sostuvieron que aun con las mejoras introducidas, seguirían siendo excesivas las ganancias y las prerrogativas de las compañías concesionarias.

El orden político post-gomecista se derrumbó repentinamente en octubre de 1945. Se había mantenido por la invalidez política del país tras 27 años de tiranía terrorista, y por la situación peculiar creada por la Guerra Mundial contra el Eje nazi-fascista. Los aspectos más represivos y primitivos del *gomecismo* habían sido descartados, pero el ala "liberal" de la misma oligarquía rural-militar mantenía estrecho control del sistema de poder político y económico. Sin embargo, bajo esa aparente placidez, los oficiales jóvenes de las Fuerzas Armadas profesionales creadas por Gómez hervían de impaciencia (y de ambición). En 1945 hicieron contacto con *Acción Democrática,* viendo en el joven partido *aprista* (fundado oficialmente en 1941, tras varios años de existencia clandestina o embrionaria) la única fuerza política a la vez importante y no comprometida con la estructura de poder existente y que se proponían barrer.

En un primer momento Betancourt rehusó comprometerse en un golpe de estado militar. Junto con otros altos dirigentes de Acción Democrática trató de obtener del gobierno un compromiso firme de reforma constitucional, que desembocara en un plazo razonablemente corto en unas elecciones presidenciales y parlamentarias por el sufragio universal. Cuando el gobierno résp ondió desdeñosamente, quedó listo el escenario para su caída, la cual se produjo poco tiempo más tarde.

Rómulo Betancourt se convirtió en Presidente Provisional, y el futuro promotor de la *Organización de Países Exportadores de Petróleo* (OPEP) Juan Pablo Pérez Alfonzo, en Ministro de Comercio y de Industrias, un cargo bajo cuya responsabilidad, entre ocuparse el Ministro del precio y el abastecimiento de los frijoles y del espesor óptimo de los clavos, estaba *además* la supervisión de la industria petrolera. Porque, reveladoramente, un país que en 1945 había llegado a ser el tercer productor (tras los EE.UU. y la URSS) y el primer exportador de petróleo, ni siquiera tenía un Ministerio especializado en petróleo, y seguía dependiendo de las empresas extranjeras concesionarias para sus estadísticas petroleras y otras informaciones básicas sobre la industria.

En noviembre de 1973, a raíz del alza de 400 por ciento en el precio del petróleo, el *New York Times* publicó un *perfil* de Pérez Alfonzo, donde se decía cómo había sido este venezolano *aprista,* y no ningún jeque árabe o emperador persa quien, más que nadie, había originado ese cartel de exportadores que tan mala prensa ha tenido en los países compradores de petróleo, pero que en realidad no ha hecho más que demostrar de manera irrefutable que la principal riqueza de un grupo de países pobres y atrasados había sido durante más de medio siglo comprada a precio vil por los países más adelantados y ricos del mundo, en una transacción que además ha servido en forma muy importante para estimular las economías avanzadas, sin una contrapartida justa para los territorios nominalmente dueños de una materia prima preciosa, relativamente escasa y además agotable[2]

El *New York Times* personalizaba el asunto muy periodísticamente, pero por lo mismo muy insuficiente. Pérez Alfonzo no hubiera significado nada si no hubiera estado inserto en el proyecto político concebido en México en 1924 por el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, y ejecutado en Venezuela a partir de 1945 por el partido *Acción Democrática.* En los mismos años (1959-73) en que Venezuela logró primero persuadir a los otros expqrtadores de petróleo de actuar en concierto, y luego de ir construyendo juntos vías de acción conjunta eficaz que les permitieran, llegado el momento, enfrentar por primera vez en la historia un grupo de países separadamente atrasados, débiles, pequeños a las grandes potencias de Occidente y al Japón, los comunistas latinoamericanos, inflamados por la Revolución Cubana, denunciaban con más violencia que nunca el proyecto aprista y a sus protagonistas (Haya de la Torre, Betancourt, Carlos Andrés Pérez, etc.) como "traidores y lacayos del imperialismo", y se lanzaban a la lucha armada, al terrorismo urbano y al "foquismo" guerrillero. Para Venezuela (o para cualquier otro de los países que integran la OPEP) la única política virtuosa habría sido, desde ese punto de vista, no la defensa de los precios del petróleo, sino iniciar y comprometerse en procesos capaces de conducir a la interrupción del suministro petrolero a las economías occidentales. Y si eso, al suceder, provocaba previsiblemente reacciones retaliatorias, económicas, pero también eventualmente militares, pues tanto mejor. ¿No se trataba de crear uno, dos, tres, muchos Vietnam en América Latina y en el mundo? Mecanismos de negociación, de transacción y, por lo mismo, de continuada cooperación e

interdependencia entre países "tercermundistas" y capitalistas avanzados, como la OPEP, no podían ser sino despreciables inventos de "traidores a la Historia", más o menos como los esfuerzos de organización sindical destinados a lograr mejoras en las condiciones de vida de los trabajadores, y no apresurar el *Gran Día* de la *Huelga General.*

Durante algunos años las empresas petroleras multinacionales y los países grandes importadores se rieron de la OPEP. Pero de golpe, en 1973, todo cuajó a la vez en favor del cartel de exportadores. Lo que había sido un (falso) mercado de compradores, con todas las ventajas del lado de los países grandes importadores (quienes podían, por el artificialmente bajo precio del crudo, hasta obtener del petróleo mayores ingresos fiscales que los países exportadores, imponiendo altos gravámenes internos al consumo de gasolina y otros derivados, sin deprimir la demanda) se reveló de la noche a la mañana ser en realidad esencialmente un mercado de vendedores. De golpe quedó claro que el petróleo había venido siendo sistemáticamente subvaluado en la fuente, sin tomar en cuenta su condición de recurso natural no renovable, ni la curva en desenfrenado ascenso de la demanda (justamente por el artificial bajo precio), ni la relación insostenible de los bajos precios del petróleo con los mayores costos (y disponibilidad muy limitada) de otras formas de energía.

Para Venezuela la nueva situación ha significado la demostración de haber estado mejor servida por Rómulo Betancourt y *Acción Democrática,* que Cuba por Fidel Castro y el Partido Comunista. La nacionalización de la industria petrolera venezolana, mucho más trascendente

estratégicamente y en materia de rescate de soberanía económica que la expropiación por Fidel de los ingenios azucareros de propiedad norteamericana, ha sido ahora posible sin "vietnamización". Por lo mismo, ha dejado naturalmente insatisfechos a los comunistas, quienes nunca vieron en la eventual nacionalización un objetivo económico y de soberanía, sino un objetivo político de fricción y ruptura entre Venezuela y los EE.UU., y de demostración de la imposibilidad de mejorar su situación ningún país latinoamericano salvo sirviendo, en una etapa previa y terrible, de cirineo de la Revolución Mundial.

Rómulo Betancourt, el "anti-Fidel"

Cuando Fidel Castro entró a La Habana el 1º de enero de 1959, Rómulo Betancourt acababa de ser electo Presidente de Venezuela, tras diez años de exilio. El primer gobierno de Acción Democrática había sido derrocado en 1948 por los mismos oficiales jóvenes que le habían abierto la vía del poder en 1945. Esos mayores y capitanes (ahora coroneles) habían estado revisando su ingenuidad política. Sentían que el astuto Betaucourt los había manipulado; que ellos habían corrido los riesgos y *Acción Democrática* había logrado ocupar todo el poder. Las medidas reformistas *apristas* los habían alarmado. Los sindicatos habían surgido como hongos, y se comportaban agresivamente. Lo mismo, desde luego, los militantes del partido AD y, por extensión, el pueblo civil, el "populacho", la "chusma", los "negros". Se estaba perdiendo el respeto y el temor que un uniforme militar había inspirado automáticamente desde el límite

más lejano de memoria de hombre hasta 1945. ¿No habría sido, no sería este Rómulo Betancourt después de todo un comunista agazapado? O, por lo menos, ¿no sería su verdadero proyecto consolidar en Venezue1a una hegemonía monopartidista indefinida, como la del PRI mexicano?

A la vez, la manera democrática de dirimir conflictos abiertamente y en libertad, en la calle, en el Congreso (cuyos debates eran transmitidos por radio) o en los medios de comunicación, nunca bien aclimatada en Latinoamérica (donde degenera fácilmente en denuncias truculentas, más destinadas a provocar la intervención militar contra el gobierno que a corregir vicios o a ilustrar la opinión pública) terminó por angustiar más allá de lo imaginable a una sociedad que durante cincuenta años había conocido sólo la mordaza impuesta por el caudillismo.

Betancourt había sido apenas el cuarto Presidente civil[4] en toda la historia de Venezuela. De los tres anteriores (todos antes de 1892) dos habían sido derrocados por golpes de estado militares. El quinto presidente civil, inmediatamente sucesor del Presidente Provisional Betancourt, recibió en 1947 las tres cuartas partes de los votos en la primera elección por sufragio universal, directo y secreto que se hubieran hecho jamás en el país. Se trataba de un intelectual, el novelista Rómulo Gallegos, designado candidato por AD justamente para simbolizar el rechazo al pasado y la apertura hacia un futuro distinto. Pero Gallegos no era un político. Suponía que, siendo el Presidente de la República *ex officio* Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, un golpe

militar significaría una felonía de la cual su Ministro de Guerra no sería capaz.

Cuando el golpe ocurrió, una de sus prioridades era la muerte de Rómulo Betancourt, quien no obstante logró evadir a sus asesinos, asilarse en una sede diplomática extranjera y salir al exilio. Su prestigio y el de Acción Dmocrática se mantuvieron a pesar de una tenaz represión de diez años; y al ser restablecidas las libertades públicas en 1958 por las mismas Fuerzas Armadas, irritadas por la incompetencia política y las pretensiones de caudillo de un dictador militar que había perdido de vista su papel de delegado de la institución castrense, Betancourt y AD acudieron a la convocatoria a elecciones y fácilmente las ganaron (diciembre de 1958).

Entre esa victoria electoral y la toma de posesión del ahora Presidente Constitucional Rómulo Betancourt (febrero de 1959), Fidel Castro ocupó el centro de la escena no sólo hemisférica, sino, por primera vez en el caso de un dirigente latinoamericano, mundial. En Fidel, Latinoamérica y el mundo unánimes (inclusive los Estados Unidos) saludaron, en el primer momento, a un héroe auténtico, un social-demócrata revolucionario, un David guerrillero que había derrotado al Goliat-Fuerzas-Armadas, un reformista radical católico, un joven Hércules capaz de limpiar los establos de Augias de la corrompida política cubana.

Betancourt permaneció escéptico. Había conocido a Fidel durante su exilio, en La Habana, cuando el cubano era un terrorista universitario, un idealista y un valiente, pero también un aventurero y un ególatra. Ahora habría de estar atentos a los virajes, imprevisibles, que sin duda daría Fidel en el poder.

De hecho no pasaron muchos meses sin que la recién restablecida democracia venezolana se hallara atrapada entre dos fuegos provenientes de direcciones opuestas. De un lado estaban los viejos enemigos de la democracia y de la libertad en el Caribe, de los cuales el más astuto y más despiadado era el dictador dominicano, Rafael Leonidas Trujillo; y el otro los castristas venezolanos, muchos de ellos dentro del propio *Acción Democrática,* seducidos por el romántico Fidel, conquistados por su insólito desafío al poder imperial norteamericano, listos a renunciar a la vía social- demócrata, reformista, *aprista* y a lanzarse por los atajos revolucionarios y expeditivos aparentemente abierros y señalados por Fidel y el Che Guevara.

Típicamente, Trujillo no se anduvo por las ramas. Proporcionó a enemigos venezolanos de Betancourt y AD los medios para realizar un atentado contra el Presidente venezolano (junio de 1960). La detonación de una poderosa carga explosiva puesta en el camino del automóvil presidencial mató en el acto al General Jefe de la Casa Militar, quien iba en el asiento delantero, del lado derecho. El Presidente mismo (que iba en el asiento trasero, del mismo lado) sufrió la concusión que es de suponer, y además graves quemaduras en las manos, al luchar por abrir las puertas, trabadas, del automóvil en llamas. Betancourt rechazó calmantes que lo hubieran dormido o disminuido, se negó a ser hospitalizado y exigió, al contrario, ser llevado directamente del hospital donde había sido curado al Palacio Presidencial. Dentro de las dos horas siguientes al atentado estaba en el Palacio y dirigiéndose al país por radio y televisión, con las manos envueltas en vendas, hablando con dificultad a

través de labios hinchados por las quemaduras, pero en obvio control de sí mismo y de la situación.

Quienes se han tragado la propaganda comunista sobre la supuesta ferocidad del gobierno venezolano de esa época, deben saber que los autores del atentado, capturados, no sufrieron ningún maltrato, fueron debidamente juzgados y condenados a penas relativamente leves. El régimen de su detención fue tan indulgente, que uno pudo escaparse saltando por una ventana. *Diez años más tarde ya ninguno de ellos estaba preso,* por haber cumplido sus penas, con reducciones debidas a buen comportamiento o por medidas de indulto o de amnistía[5].

Aunque en el extremo opuesto de todo lo que representaba Rafael Leonidas Trujillo en la política del Caribe y de Latinoamérica, los comunistas venezolanos eran para 1960 todavía mucho más antibetancouristas y anto-acciondemocratistas (i.e. *anti-apristas)* de lo mucho que siempre habían sido. Su motivación era un quemante remordimiento. Paralizados por una obediencia servil de 30 años a la zigzagueante ortodoxia soviética, no habían visto en Fidel antes del 1 de enero de 1959 más que un aventurero pequeñoburgués, puesto que las "locuras" de Fidel estaban en contradicción con la línea *frentista,* desenterrada por Moscú desde 1955[6]. En contraste, ellos habían sido un modelo de moderación en el interregno entre enero de 1958 y la elección de Betancourt, ardientes defensores de la democracia y propulsores de un candidato "progresista" (un Almirante, Presidente provisional tras la dictadura militar) a quien suponían manipulable para metas limitadas y aprobadas por la URSS.

Ahora (1959-60) se daban cuenta de que tal vez habían dejado pasar una oportunidad única de capturar el Estado venezolano en los meses inmediatamente siguientes a enero de 1958, cuando, si hubieran actuado con audacia, podrían haber dirigido una coalición "progresista" amorfa, adversa a todo proceso electoral democrático, más o menos como Fidel en los meses inmediatamente siguientes a enero de 1959. Nunca se podrá saber si a partir de esa situación, los comunistas venezolanos hubieran podido establecer una "dictadura del proletariado", como hizo apenas un año más tarde Fidel en Cuba; pero pensaban con amargura, que han debido intentado. Ahora tratarían de compensar aquella extemporánea cautela lanzándose a la aventura "foquista", en servil imitación de Fidel quien, ansioso de desencadenar un proceso revolucionario general en Latinoamérica, y consciente el valor estratégico insuperable de la petrolera Venezuela, los ayudó con todo cuanto, pudo: armas, dinero, y hasta el envío de una expedición de guerrilleros venezolanos entrenados en Cuba y encuadrados por veteranos de la Sierra Maestra.

Esta aventura, deplorada ahora por todo el mundo, inclusive por sus protagonistas, costó a Venezuela una virtual guerra civil, con innumerables encuentros sangrientos y atentados terroristas, tanto en las ciudades como en algunas zonas rurales escogidas como "focos" guerrilleros, más dos insurrecciones de primera magnitud, en el lapso de cinco semanas, en dos bases navales, liderizadas por oficiales quienes, o bien habían tenido desde siempre una militancia comunista secreta, o bien habían sido seducidos a su vez por la Revolución Cubana.

En consecuencia, Betancourt tuvo que emplear lo mejor de su tiempo y su esfuerzo de cinco años de gobierno esencialmente en mantener en vida la democracia venezolana, para lo cual tuvo que hacer frente no sólo a la violencia interna, sino además a una vasta y calumniosa empresa internacional de descrédito, que trató de presentarlo ante la opinión pública mundial como el "anti-Fidel" (lo cual ciertamente era) y como un monstruo represivo y un lacayo de los norteamericanos (lo cual ciertamente *no era),* justamente por representar Betancourt y Venezuela (en concordancia con las tesis *apristas)* una apertura latinoamericana progresista potencialmente viable y a la vez no sometida al diseño estratégico soviético elaborado por el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, en 1920[7],

Esa campaña fue especialmente virulenta en Francia, sensible por sus propias razones al encanto de una revolución -la cubana- que por una vez venía a subrayar los límites del poder mundial de los EE.UU. y a la vez la ambigüedad de la buena conciencia "anticolonialista" norteamericana; y ésto en un momento cuando estaba reciente la humillación francesa en Indochina y en vías de liquidación el sueño de la *Argelia Francesa.* De *L'Aurore* y *Paris-Match* hasta *L'Express, Le Monde* y *Les Temps Modernes;* y desde luego *L'Humanité,* Fidel y el Che Guevara fueron sentidos como vengadores de esas humillaciones (por la derecha, absurdamente, pero la derecha es por definición visceral y no racional), vistos con simpatía (por los "hombres de buena voluntad", víctimas de su propia pereza mental y de la mala o interesada información), o saludados entusiastamente (con lógica, por todos quienes suponen que el mundo se

acerca un poco más a la felicidad con cada revés norteamericano y con cada éxito de la política exterior soviética) como los apóstoles de la crucia1 revolución antinorteamericana en Latinoamérica. Al rechazar el Premio Nobel en 1964, Jean-Pau1 Sartre creyó justo y necesario incluir en su renuncia, dirigida a la Academia Sueca, una referencia a los heroicos guerrilleros (comunistas) y al horrendo gobierno (social-demócrata) de Venezuela, el cual había cometido el pecado de primero resistir a la tentación de declararse solidario en palabras y en actos con la Revolución Cubana (tal como hizo el también social-demócrata Allende, por vanidad y debilidad de carácter, mucho más tarde, con mucho menos excusa y con las consecuencias que están a la vista), y luego defenderse de un asalto insurreccional tanto más injusto cuanto que Venezuela acababa de inaugurar una etapa de libertades, de reformas populares y de medidas de soberanía económica, tales como la promoción de la OPEP, la terminación definitiva de la práctica de dar concesiones petroleras a compañías extranjeras y el establecimiento de una empresa petrolera nacional destinada, quince años más tarde, a ser uno de los factores que han permitido la nacionalización total de la industria, hoy cien por ciento propiedad del Estado venezolano.

Para fines del período de Betancourt, esa insurrección había fracasado. Las elecciones de 1963 dieron una vez más el triunfo a un candidato de *Acción Democrática* (Raúl Leoni); y las siguientes (1968) al candidato del principal partido de oposición, el demócrata- cristiano Rafael Caldera.

Cinco años más tarde (1973) los *apristas* venezolanos fueron devueltos al poder por un alud de votos ganados en una campaña electoral ejemplar por el hoy Presidente, Carlos Andrés Pérez, quien había sido Ministro del Interior de Rómulo Betancourt en los momentos más duros y más amargos de la insurrección castro-comunista, doce años antes; y había sido entonces abrumado, junto con Betancourt, con calificativos más apropiados a un Pinochet (o a un Fidel, pero que éste no recibirá, por haber sido realizados sus atropellos a los derechos humanos, mayores y de mucha más larga duración que los del dictador chileno, en nombre de la Revolución).

En manos de Pérez el proyecto *aprista* venezolano está llegando a su madurez, en perfecto respeto de las libertades públicas, en plenitud de rendimiento financiero (cuadrup1icado gracias a la OPEP) de la industria petrolera pasada a control nacional, y en medio de elogios de la prensa soviétiva y de... Fidel Castro! El realismo (o si se quiere, el cinismo) de los comunistas los hace juzgar que los mártires muertos, tal Allende, tienen sus usos; pero que más interesantes son los gobernantes vivos, y mucho más cuando han demostrado, como los social-demócratas venezolanos, que no es fácil llevados al sacrificio inútil o contraproducente, al suicidio.

El "experimento" chileno

"Chile... logró en 150 años de vida independiente crear ciertos valores homogéneos que casi eran compartidos por la gran mayoría del país. Valores que se inculcaban al chileno desde niño en el seno de la familia, en la escuela

básica y media, en el servicio militar, en la burocracia... en la vida social. Estos valores configuraban un trasfondo de pensamiento propio del pueblo chileno que cruzaba clases sociales y regiones económicas a un nivel no conocido en otros países (latinoamericanos).

"(En Chile) fue creándose una conciencia histórica compartida por el *alma nacional.* Desde luego todos los chilenos estaban convencidos de pertenecer a un gran país. Con una raza homogénea, una educación rigurosa y amplia, con una convivencia de tolerancia por las ideas que duraba ya unos 150 años y que, salvo muy pocas excepciones, no había visto interrumpida la secuencia democrática de sus gobiernos. El parlamento funcionaba desde comienzos de la independencia y era uno de los más antiguos del mundo; se llegaba a posiciones de poder por la vía electoral y esto daba legitimidad a las decisiones. La educación chilena tenía prestigio; se nutrió a comienzos de la República con sabios venidos de otros países, como Andrés Bello, Sarmiento, Humboldt, Courcelle Seneuil y muchos otros... La educación normal y secundaria se benefició de educadores alemanes, franceses, ingleses y españoles. Las fuerzas armadas se estructuraron bajo orientación germana y más tarde norteamericana y la marina recibió instrucción británica. El país, en suma, fue inteligente para abrirse al exterior y recibir el avance cultural de Occidente.

"El chileno era patriota, inteligente, culto, valiente, hábil negociador, tenía sentido del humor, poseía gran habilidad para asimilar lo nuevo y sobre todo era respetuoso de la Constitución y las leyes. Respetaba las ideas religiosas ajenas. Por su conciencia cívica, los

chilenos se sentían orgullosos de ser llamados los *ingleses* de América Latina"[8].

Esta cita es notable por múltiples razones, de las cuales vale la pena subrayar por lo menos dos: en primer lugar, es una nota necrológica. Chile *fue* así durante 150 años (hasta 1970). Pero ese Chile ha muerto sin remedio, y son especie extinta, como bien lo indica el tiempo pasado de los verbos que el autor usa, aquellos chilenos capaces de convivencia, tolerantes de las ideas (inclusive religiosas, como el marxismo) de los demás, respetuosos de las leyes, con sentido del humor y todas las otras virtudes excepcionales en Latinoamérica, y que antes eran tan generales como hoy su ausencia.

En seguida es más que notable, asombroso, que quien hace esta evocación elegíaca del Chile que fue y ya no es más, sea uno de los principales protagonistas del proceso político que en tres años (1970- 73) acabó con todo eso. Porque Gonzalo Martner fue nada menos que Ministro de Planificación durante todo el gobierno de Salvador Allende, quien recibió como Presidente el país descrito por Martner, y dejó al desaparecer, al país que hoy gobierna Pinochet.

Desde luego que más generalmente el testimonio de Martner intenta demostrar que esta tragedia no fue en absoluto culpa de Allende y de sus colaboradores, entre ellos en muy destacado lugar el mismo Martner, sino que fue causada por las resistencias "injustas" y "perversas" de *otros,* los opositores internos y externos al intento de convertir Chile en un país comunista a partir de un triunfo electoral precario, y dentro de limitaciones en el poder Presidencial que no fueron concesiones graciosas de Allende, como se pretende, sino que derivaban

justamente de esa tradición chilena de institucionalidad democrática pluralista y de respeto a la ley que Martner tan honesta y sincera (tan *chilenamente)* por otra parte reconoce.

Pero, tal como ha observado Jean-Francois Revel, justamente con relación a la tragedia chilena, "un hombre de Estado digno de ese nombre no puede sorprenderse de que sus enemigos se le opongan", no puede decir: "aquellos a quienes me propuse destruir, no me apoyaron"[9]. Los mismos "progresistas" europeos y norteamericanos que estigmatizaron a Rómulo Betancourt y a Carlos Andrés Pérez de 1959 en adelante porque estos social-demócratas *apristas* latinoamericanos no se dejaron ni arrastrar ni vencer política o militarmente por quienes querían "fidelizar" (y "vietnamizar") a Venezuela, aplaudieron al social demócrata *aprista* Allende por "jugar al castrismo" mucho más tarde, cuando había mucho menos justificación, *menos en Chile que en ninguna otra parte de América Latina,* para semejante sumisión a las presiones, las consignas y la intervención activa de una aventura política comparativamente primitiva, geográficamente remota y para entonces (1970) infinitamente menos virulenta y prestigiosa, porque desdorada por más de diez años de implacable dictadura personalista y de entrega a la estrategia soviética mundial.

Salvador Allende no fue electo Presidente de Chile por una mayoría absoluta del voto popular. Recibió sólo 36,2 por ciento del voto, contra un porcentaje apenas menor (34,9 por ciento) para el candidato conservador, Jorge Alessandri, y 27,8 por ciento para el candidato

demócrata-cristiano, Radomiro Tomic[10]. En Chile, cuando ningún candidato obtenía la mayoría absoluta, la Constitución pautaba no una segunda vuelta de votación popular entre los dos candidatos favorecidos con las dos primeras minorías (como en Francia), sino que era el Congreso quien debía perfeccionar la elección. En 1970 los demócrata-cristianos hubieran podido, sin violar ni la letra ni el espíritu de la constitución chilena, aliarse con los congresantes para elegir Presidente a Alessandri, tal como los partidos de Chaban-Delmas prefirieron hacer Presidente a Giscard D'Estaing antes que abrir el paso a Francois Mitterand, candidato favorecido con la primera minoría en las elecciones presidenciales francesas de 1973. Después de todo, tanto el sistema constitucional francés como el que imperaba en Chile en 1970 tienen en común la intención de conducir dentro del mejor espíritu democrático, a soluciones de consenso, de compromiso, de transacción. Y en Chile, en 1970, un desarrollo perfeccionado de esta previsión constitucional fue propuesto por Alessandri a los demócrata-cristianos. Frei era por largo trecho el dirigente demócrata-cristiano más prestigioso, representativo y aceptable no sólo para la mayoría de su propio partido, sino para la mayoría de los chilenos. No había podido presentarse de nuevo en 1970 como candidato porque la Constitución chilena impedía la reelección inmediata del Presidente saliente. Y Tomic había sido juzgado demasiado a la izquierda por los conservadores, quienes además habían visto en el izquierdismo de Tomic, no suficientemente distinto a las proposiciones *teóricas* de Allende, la oportunidad de lograr, con Alessandri, la primera minoría para un candidato propio, lo cual estuvo a punto de suceder.

Frustrada por muy poco esa posibiliad, y en riesgo Chile, si el Congreso prefería Allende a Alessandri, de darse un Presidente junto con quien entrarían a gobernar hombres implacables dispuestos a enterrar la democracia chilena, a pesar de haber votado por ellos apenas algo más de uno de cada tres electores. Alessandri propuso a los demócrata-cristianos una transacción política perfectamente acorde con la letra de la Constitución, y de paso con el espíritu *inteligente, hábil negociador, británico* que Gonzalo Martner reconoce tuvieron hasta entonces sus compatriotas no alienados por el marxismo. La proposición de Alessandri era simplemente la siguiente: si los demócratacristianos unían sus votos en el Congreso a los votos conservadores y lo elegían a él, Alessandri, Presidente, en el acto renunciaría, creando una situación en la cual Frei (ahora sí posible candidato en unas nuevas elecciones populares) con toda seguridad aplastaría a Allende con más del 50 por ciento de los votos.

El rechazo por los demócrata-cristianos chilenos (tras angustiosas deliberaciones) de esta fórmula, es una gravísima responsabilidad histórica, puesto que fue la última oportunidad *para ellos* (Allende tendría otras, las cuales a su vez desaprovechó) de evitar la tragedia que en seguida habría de desenvolverse.

Eduardo Frei había hecho un buen y estimable gobierno, plenamente dentro de la tradición progresista y civilizada de la democracia chilena. Sabía deber su elección de 1964 en buena parte al apoyo de los conservadores, quienes se habían abstenido entonces de lanzar candidato propio por temor de abrir paso al frentismo marxista de Allende. Pero Frei no se había

dejado frenar por eso en la ejecución de un programa que no hay más remedio que calificar de *aprista*[11], chilenizando la industria de la extracción y refinación del cobre (es decir, nacionalizándola en un 51 por ciento), iniciando una vigorosa y bien concebida reforma agraria, y adelantando una política de fomento y diversificación industrial y de mejor reparto del ingreso. Su gobierno había sido demasiado radical para el gusto de la derecha chilena, pero demasiado moderado para la izquierda de su propio partido demócrata-cristiano, liderizada por Tomic y marginalmente influida por la Revolución Cubana (en sectores que, disidentes, formaron un grupo político propio y apoyaron a Allende en las elecciones de 1970). Estas objeciones contradictorias son un indicio adicional sobre la correcta orientación política dada por Frei a Chile en la coyuntura política chilena, latinoamerican y mundial entre 1964 y 1970.

Justamente por las diferencias de Tomic con Frei, y por el deseo, siempre presente en las colectividades políticas, de sacudirse la dominación de quien ha sido jefe demasiado tiempo, la Democracia Cristiana chilena terminó rechazando la oferta de Alessandri. Al nada más conocerse el resultado de la votación popular, Tomic mismo había tomado la iniciativa de forzar el proceso que terminaría por llevar a Allende a la Presidencia, precipitándose a la casa del candidato marxista a felicitarlo delante de los fotógrafos y los reporteros de la prensa, como si Allende fuera ya el triunfador indiscutible. Frei no podía actuar con firmeza, contrarrestando a Tomic, porque se hubiera interpretado que pretendía servirse a sí mismo, y dentro de la decencia, usual hasta entonces, de la política chilena, tal

cosa hubiera equivalido a su anulación como dirigente respetado. Lo más que se logró, finalmente, al perfeccionar el Congreso la elección de Allende, fue condicionar la Democracia Cristiana sus votos a la adopción de una reforma constitucional protectora de las libertades de expresión, educativa y religiosa, y garante de la no interferencia del Ejecutivo en los asuntos militares. Nadie había jamás pensado en Chile que tales garantías fueran expresamente necesarias. Su innovación demuestra hasta qué punto había conciencia de que Salvador Allende estaba comprometido, si no consigo mismo, sí con los elementos *castristas* y *guevaristas* de la Unidad Popular, a intentar convertir la sociedad democrática, de transicción, de valores compartidos, homogénea, toleranté, respetuosa de las ideas ajenas que efectivamente existía en Chile hasta 1970 (según reconocen hasta algunos allendistas, tales Martner) en una sociedad marxista-leninista, inspirada a grandes rasgos en el modelo cubano.

Todavía entonces Allende hubiera podido salvar a Chile y salvarse a sí mismo si, aprovechando la victoria de Tomic sobre Frei en la cuestión del perfeccionamiento de la elección presidencial en el Congreso, con todo cuanto eso significaba de apoyo tácito de la Democracia Cristiana al proyecto de mover la sociedad chilena en forma importante hacia un socialismo democrático entre 1970 y 1976, el nuevo Presidente hubiera pactado con los demócrata-cristianos sobre la base de las coincidencias teóricas (importantes) entre su propia plataforma electoral y la de Tomic. Esto hubiera causado deserciones en la extrema izquierda de la Unidad Popular (pero también en la derecha de la Democracia Cristiana). Por

otra parte, seguramente no hubiera sido saludado internacionalmente como "revolucionario". Más bien Allende en ese caso hubiera tenido que soportar injurias y alegaciones de "traición a la causa del proletariado", y "entreguismo al imperialismo", semejantes a las que debieron escuchar los venezolanos Rómulo Betancourt y Carlos Andrés Pérez en 1960-63. Posiblemente Allende hubiera tenido que sufrir y reprimir igualmente brotes de violencia, como los que tuvo que enfrentar el gobierno social-demócrata venezolano en los años señalados. Pero Salvador Allende estaría vivo, y con él la democracia chilena; y el mundo nunca hubiera oído hablar del General Pinochet.

El cultivo de la discordia

El rechazo arrogante, terminante, irreflexivo a la clara posibilidad de un entendimiento con la Democracia Cristiana demuestra que Allende, por su propia voluntad o por vanidad y debilidad de carácter que hicieron de él instrumento de fuerzas chilenas e internacionales implacables ("uno, dos, tres, muchos Viet Nam"...) asumió la Presidencia de Chile no para continuar la tradición democrática y reformista de ese país, acentuándola, sino para intentar realizar una ruptura social e institucional, una *revolución.* Había sido usual en Chile que al asumir el mando un nuevo Presidente, tendiera la mano a quienes no habían votado por él, enfatizando su condición de allí en adelante, de "Presidente de todos los chilenos". Allende comenzó por romper esa tradición, anunciando que él, por su parte, no sería Presidente de todos los chilenos, sino que inspiraría

sus actuaciones en la premisa de existir en el seno de la sociedad chilena conflictos de clase *irreconciliables.*

Y en efecto, desde el primer momento Allende optó por emplear directamente, o tolerar, tácticas de confrontación clasista y una multiplicidad de otros medios dirigidos a "concienciar" al pueblo en el sentido de agravar deliberadamente la lucha de clases[12], y que efectivamente lo lograron, pero a *todo el pueblo chileno,* de un extremo a otro del abanico social. En tres años de gobierno allendista 40 por ciento de los chilenos llegaron a creer y a decir apasionadamente que el 60 por ciento restante eran un abstáculo perverso y despreciable al progreso y la felicidad de la nación, y esto sin duda creó una situación de gran "concientización clasista" en aquel 40 por ciento. Pero también el 60 por ciento en cuestión llegó muy justificadamente a un grado agudo de comprensión anticipada de su destino de "insectos" (Lenin) o "gusanos" (Fidel) si en efecto la sociedad chilena llegaba a ser "revolucionada" irremisiblemente por la Unidad Popular.

En esa forma se explica que el Chile descrito por Martner se haya convertido en el Chile, irreconocible, que mayoritariamente apoyó con júbilo y alivio el golpe de estado de setiembre de 1973; y que todavía en gran medida (no mayor por la sombría torpeza política del gobierno militar) prefiere Pinochet a las alternativas que estaban implícitas en la continuación del gobierno de Allende. Porque la Unidad Popular tuvo un solo (y perverso) éxito, que fue convencer a *todos* los chilenos de la fatalidad de la tesis marxista sobre la imposibilidad de conciliar los conflictos de clase y la consecuente necesidad de intentar una parte de la sociedad destruir de

raíz los valores, las creencias, el estilo de vida de las otras partes. Sólo que ese guión puede jugarse en sentido inverso al previsto, por los marxistas, y actuar "preventivamente" las víctimas designadas (y en primer lugar los oficiales de las Fuerzas Armadas), en "legítima defensa", convirtiéndose en victimarios.

Nadie sino el propio Allende y sus colaboradores pueden ser culpados por semejante trágico desenlace. Toda la retórica pro-alIendista, chilena e internacional, de los años 1970-73, y mucho más los análisis *postmorten,* avanzan la tesis de que la Unidad Popular actuó en forma tolerante, democrática, casi ingenua; y fue víctima de su propia ejemplar paciencia, indulgencia y respeto a la legalidad, frente a enemigos inescrupulosos y malvados. Pero ni hubo en la parte de verdad que hay en esto ninguna concesión, sino únicamente la necesidad, impuesta por las instituciones y las tradiciones chilenas, de proceder la Unidad Popular tortuosamente en su desafortunado intento por convertir el poder limitado de la Presidencia gradualmente, por etapas, en una dictadura marxista-leninista; ni fue tan inocente el comportamiento del gobierno allendista *desde el primer día.*

Los esfuerzos de Allende por mantenerse lo más posible dentro de la letra (pero de actuar lo más posible fuera del espíritu) de la legalidad, no fueron principistas, sino que estuvieron claramente destinados a mantener el apoyo o por lo menos la neutralidad de las Fuerzas Armadas mientras las bases de la democracia chilena eran erosionadas por vías virtualmente extralegales. Por cierto ese tacticismo legalista de Allende era comprendido (o inspirado) y apoyado por el Partido Comunista; pero en cambio fue *siempre* abiertamente

contradicho por otros socios de la Unidad Popular, inclusive algunos dirigentes del propio *Partido Socialista* del cual era Allende líder nominal, entre ellos el Secretario General y verdadero jefe del partido (Carlos Altamirano), quienes, junto con los ultraizquierdistas *Movimiento de Izquierda Revolucionaria* (MIR), *Vanguardia Organizada del Pueblo* (VOP) y *Movimiento de Acción Popular Unido* (MAPU), preconizaban abiertamente la preparación desde el gobierno para la inevitable guerra civil, única capaz de sentar las bases de un poder verdaderamente revolucionario. El mismo Allende admitía en la intimidad (según reveló imprudentemente Régis Deproy en 1971)[13] que sus diferencias con Fidel Castro y Che Guevara eran sólo tácticas, por requerir la peculiar situación chilena un respeto transitorio a la "legalidad burguesa".

De todas las explicaciones que se han dado sobre la degradación sistemática de esa legalidad en contradicción con la propaganda según la cual el gobierno de la Unidad Popular habría sido un modelo de corrección democrática, ninguna tiene más autoridad que la ofrecida por el ex-Presidente Eduardo Frei a la Unión Mundial de la Democracia Cristiana[14]. Frei señala en ese informe que la Unidad Popular, fue y permaneció en todo momento minoría en el parlamento, en los municipios, en las organizaciones vecinales, profesionales y campesinas; y había, para 1973, perdido su anterior mayoría en los principales sindicatos industriales y mineros, inclusive entre los mineros del cobre (que es la principal riqueza chilena). En el voto popular, lo más que alcanzó la coalición allendista fue el 43 por ciento en el primer semestre de 1973, "a pesar de haber ejercido (el

gobierno) una intervención no conocida en la historia de Chile y haber utilizado toda la maquinaria del Estado, enormes recursos financieros y presión... que llegó hasta (la) violencia, (más) un fraude comprobado con posterioridad de por lo menos un 4 a 5 por ciento de los votos, pues los servicios públicos, entre otras (prácticas fraudulentas) falsificaron miles de carnets de identidad"[15].

Para intentar, a pesar de ser minoría, llevar Chile a la dictadura, los allendistas "aplicaron torcidamente las leyes o las atropellaron abiertamente, desconociendo (hasta) a los Tribunales de Justicia. Cada vez que perdían una elección en las organizaciones sindicales, campesinas o estudiantiles, desconocían el hecho y creaban una organización paralela afecta al gobierno, la cual recibía la protección oficial, mientras eran perseguidos los organismos que respondían a la elección legítima... En esta tentativa de dominación llegaron a plantear la sustitución del Congreso por una "Asamblea Popular" y la creación de "Tribunales Populares", algunos de los cuales llegaron a funcionar... Pretendieron asimismo transformar el sistema educativo (y convertirlo) en un proceso de concientización marxista"[16].

Prosigue Frei señalando la resistencia que estas cosas muy pronto encontraron por parte de una mayoría de los chilenos, y que fue expresada por los partidos políticos de oposición, los sindicatos y otras organizaciones de base, la prensa, los gremios profesionales, etc., La Iglesia, tras hacer un esfuerzo de neutralidad y hasta de cooperación institucional con el gobierno, comparable (y paralelo) al de las Fuerzas Armadas, encontró finalmente

inadmisible el proyecto de poner la educación formalmente al servicio de la ideología marxista.

La Corte Suprema de Justicia, *por la unanimidad de sus miembros,* censuró al Poder Ejecutivo por irrespetar sistemáticamente las decisiones de los Tribunales. La Contraloría rechazó por ilegales innumerables actuaciones y resoluciones del Ejecutivo. Una mayoría del Congreso acumuló durante tres años quejas del Poder Legislativo contra el Ejecutivo, las cuales culminaron cuando, aprobadas reformas constitucionales, el Presidente Allende se negó a promulgadas y persistió en esa actitud a pesar de haber el Poder Judicial dado la razón al Legislativo en el conflicto[17].

Para el segundo semestre de 1973 no podía haber duda, dice Frei, de que el gobierno minoritario de la Unidad Popular estaba resuelto a instaurar en Chile una dictadura totalitaria y estaba dando todos los pasos para llegar a esa situación: "Los partidos de gobierno ya no ocultaban sus intenciones. El Secretario General del Partido Socialista llamaba abiertamente a los soldados y marineros a desobedecer a sus oficiales y los incitaba a la rebelión (y lo mismo) otros partidos de gobierno[18] en forma de tal manera insensata, que hasta el propio Partido Comunista... manifestó su desacuerdo con ellos (aunque)... la posición del PC... no difería en cuanto a los objetivos sino sólo ante la táctica a seguir"[19].

"A este cuadro se agregan dos hechos... determinantes:

1. Instaurado el gobierno, convergieron hacia Chile varios miles de representantes de la extrema izquierda (violenta) de América... Tupamaros del Uruguay, guerrilleros del Brasil, de Bolivia, de Venezuela y de todos (los demás) países... La Embajada de Cuba se

transformó en un verdadero ministerio, con un personal tan numeroso que era superior... a todo el personal que tenía Chile en el Ministerio de Relaciones Exteriores en 1970... Hombres conocidos en el continente por sus actividades guerrilleras, eran de inmediato ocupados en Chile con cargos en la Administración (Pública), pero dedicaban su tiempo, muchos de ellos, al adiestramiento paramilitar e instalaban escuelas de guerrillas (en) partes del territorio nacional en que no podían penetrar ni siquiera... las Fuerzas Armadas.

2. La acelerada importación (clandestina) de armas de todo tipo, no sólo automáticas sino que pesadas, ametralladoras, bombas de alto poder explosivo, morteros, cañones antitanque de avanzados modelos, y todo un aparato logístico de comunicaciones, de telefonía, clínicas médicas, etc., todos equipos de procedencia checa o rusa, que jamás ha tenido el ejército paralelo... ¿qué democracia puede resistir esta situación?"[20].

Obviamente ninguna, y la respuesta a la pregunta retórica de Frei es que la democracia chilena estaba condenada a perecer, de una manera o de otra, desde el momento mismo cuando el partido de Frei y de Tomic rechazó la proposición de Alessandri y votó en el Congreso para hacer Presidente a Salvador Allende en 1970.

De la destrucción de la economía
a la destrucción de la democracia

Sólo grandes aciertos de política económica hubieran podido concebiblemente hacer tolerables para Chide los

abusos políticos que no cesó de cometer el gobierno de la Unidad Popular. Pero justamente lo más conspicuo de ese gobierno fue su ineptitud administrativa.

Frei había dejado Chile al día de sus compromisos internacionales, había acumulado 500 millones de dólares en reservas (nivel *sin precedentes en Chile)* y había podido prescindir en sus últimos dos años de gobierno de todo endeudamiento externo salvo para inversiones de capital. Esta situación se deterioró de golpe con el solo anuncio de que la Democracia Chilena votaría en el Congreso para perfeccionar la elección de Allende como Presidente. Y es perfectamente razonable imputar inclusive ese deterioro económico, *previo* a la toma de posesión de Allende, a la Unidad Popular puesto que no puede ser calificada como imprevisible, sino computada como uno de los tantos y tan elevados costos de la mutación de la sociedad hacia el proyecto marxista, cualquier retracción de la actividad económica *capitalista* causada por la proclamación de que un gobierno va, a partir de una fecha próxima, a perseguir esa actividad hasta extinguirla.

Las primeras medidas económicas de Allende fueron un aumento general de salarios, una congelación de los precios, el mantenimiento artificial del valor de la moneda y una elevación considerable del gasto público, destinada esta última en buena parte a la adquisición de empresas privadas por el Estado. Este proceso de estatización de las empresas fue conducido aceleradamente y por varias vías. La bolsa de valores estaba en un pánico, de manera que el gobierno pudo lograr comprar control de muchas empresas por un precio nominal. Otras, cuyas acciones no estaban en venta en el

mercado abierto de valores, fueron acosadas con huelgas destinadas a justificar la intervención del Estado bajo pretexto de reponerlas en funcionamiento. La agricultura conoció un proceso paralelo de asfixia de la actividad económica privada. Y desde luego la minería de cobre, principal industria chilena y fuente de prácticamente todas las divisas extranjeras, fue expropiada (en el 49 por ciento que todavía era de propiedad extranjera) y puesta bajo administración estatal.

El saldo de estas medidas fue un aumento súbito del consumo, tanto de productos nacionales como de artículos importados, a precios artificialmente bajos (de hecho, *subsidiados* por el Estado) por la alta paridad arbitraria del Escudo chileno, sostenida al costo de una hemorragia de reservas internacionales. El efecto inicial fue naturalmente de euforia. El empleo subió y, un momento, también la producción (aunque nunca la *productividad).* Los salarios reales aumentaron cerca de 30 por ciento.

Pero ese *mini-boom* de la economía chilena en los primeros meses de 1971 no estaba fundado en otra cosa que la liquidación de haberes, la disipación de riqueza acumulada anteriormente. En la segunda mitad de ese primer año, la desproporción entre los costos y los precios, unida al estancamiento o el descenso de la producción industrial y agropecuaria en términos absolutos, desembocó inevitablemente en la escasez, el desabastecimiento y la aparición del mercado negro. La balanza de pagos pasó de un *superavit* de 91 millones de dólares en 1970 (último año de gobierno de Frei) a un *déficit* de 315 millones de dólares en 1971. En noviembre, tras un año de gobierno allendista, Chile tuvo

que declararse insolvente y pedir una moratoria para su deuda externa[21]. Un mes más tarde el valor artificial del Escudo comenzó a desmoronarse, por no poder el Banco Central de Chile, ya sin reservas, sostenerlo, y menos contra la inundación de papel moneda circulante (100 por ciento de aumento en el primer año) con que el gobierno había estado financiando sus programas[22]. La inversión de capitales privados, nacionales o extranjeros, había descendido a cero. La del Estado, dirigida sobre todo a estatizar factores de producción ya existentes, no había agregado prácticamente nada a la capacidad real de la economía. Los chilenos más calificados estaban para entonces en su mayoría o bien francamente contra el gobierno, o por lo menos desconcertados y desmoralizados; muchos optaron por abandonar el país (26 por ciento de todos los ingenieros, por ejemplo).

La gravedad de la crisis económica fabricada por Allende se revelaría poco después, al estallar la inflación, en un comienzo artificialmente contenida mientras de hecho se atizaban las presiones contra la ya precaria moneda chilena. Entre junio y diciembre de 1972, el índice de precios de los artículos de consumo[23] se multiplicó por cuatro; y doblaría otra vez (guardando por otra parte cada vez menos relación con la realidad del mercado) antes del derrocamiento de Allende. En setiembre de ese mismo año (1972) la producción industrial comenzó a descender en términos absolutos y siguió bajando cada mes hasta el fin. La producción agropecuaria llegó a ser en el tercer trimestre de 1973, 25 por ciento inferior a lo que había sido antes de tomar el poder Allende.

De las minas de cobre, el gobierno de la Unidad Popular había esperado que al tomarlas de su cuenta el Estado, aparecerían mágicamente “superbeneficios” que las empresas multinacionales habrían estado ocultando. De hecho, la administración estatizada no sólo fue gravemente ineficiente, sino que tuvo que responder a las expectativas de los mineros de participar con la ventaja que suponían merecer tras décadas de propaganda marxista en ese sentido, en el mayor nivel del consumo sin mayor productividad, que fue el rasgo originalísimo de la “vía chilena hacia el socialismo”[24]. El gobierno hizo un tardío esfuerzo (mayo de 1973) por limitar los aumentos de sueldos de los mineros al aumento del índice del costo de la vida, pero el resultado fue una desastrosa huelga de dos meses y medio, y una marcha de los mineros sobre Santiago. .

En octubre del año anterior (1972) la primera huelga de camioneros (calificada de “lockout empresarial” por el gobierno, pero de hecho consecuencia de la desesperación real de millares de dueños de uno o dos camiones por el proyecto gubernamental de crear una empresa estatal de transporte, destinada a aniquilarlos) había significado la primera crisis grave del experimento marxista chileno. Esa huelga actuó como detonante para la nueva “conciencia de clase” de los chilenos que estaban en desacuerdo con el rumbo del país bajo la Unidad Popular. Rápidamente se convirtió en un vasto paro nacional de taxistas, choferes de autobús, tenderos, médicos, enfermeras, dentistas, pilotos de aviación, ingenieros y hasta campesinos. La Democracia Cristiana, repuesta de sus ilusiones “tomicistas”, apoyó a fondo la protesta, sobre la cual se asegura que en ella intervino la

CIA, con ayuda financiera a los camioneros; lo cual es perfectamente verosímil, lo mismo que el presunto apoyo financiero de la misma fuente a los diarios opositores de Allende, y que el gobierno contaba asfixiar económicamente por la disminución y eventual desaparición de la publicidad. Tales intervenciones, inexcusables, no habrían sido sin embargo sino la contrapartida de las otras intervenciones extranjeras, de signo opuesto, señaladas por Frei en su carta a Mariano Rumor. Justamente lo más reprobable del experimento marxista chileno fue crear un clima de guerra civil propicio a todas las bajezas, y esto en un país que había sido un modelo de la mayor corrección posible en la actividad, nunca muy santa, que es la política.

En todo caso, el gobierno fue derrotado y tuvo que admitir, como condición para el cese del paro, la participación de los militares en cargos claves en el gabinete. Con esta concesión Allende ganó una tregua de unos meses, que todavía entonces pudo haber usado para rectificar el rumbo, pero que desaprovechó, en la esperanza de ver ganar a los partidos de la Unidad Popular una mayoría absoluta en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973. Pero con todo el ventajismo (y hasta el posible fraude) que denuncia Frei, la UP pudo reunir sólo el 44 por ciento de los votos, y con eso se desvaneció la esperanza de lograr jamás Allende una mayoría en el país o en el Congreso.

En esta coyuntura el Partido Comunista era partidario de consolidar lo adquirido, de dar el consabido paso atrás para salvar uno de los dos dados "hacia delante". Pero una vez más Allende fue arrastrado por los elementos arrogantes, ilusos, irresponsables del Partido Socialista y

del MIR, MAPU y VOP. Apenas dos días después de las elecciones perdidas, el gobierno anunció ya la mencionada reforma educativa, destinada a extirpar de Chile toda escuela no controlada directamente por el Estado y a convertir la educación primaria en un instrumento de adoctrinamiento marxista. Nada sorpresivamente, semejante plan desató una tormenta política. La Iglesia Católica por primera vez manifestó oposición pública a una medida propuesta por el gobierno de Allende. Millares de estudiantes manifestaron en las calles de las ciudades. Los altos jefes militares, que habían salido del gabinete tras las elecciones, hicieron saber su desacuerdo. Allende tuvo que posponer la medida. Pero su suerte y la de la democracia chilena ya estaban echadas. El 29 de junio hubo un primer intento, torpe y aislado, de alzamiento militar, rápidamente sofocado por las mismas Fuerzas Armadas, sin disparar un tiro. Pero Allende, insensatamente, ya se había precipitado a la radio y la televisión con una exhortación a los trabajadores a responder ocupando todas las empresas. En un solo día el número de empresas industriales importantes bajo control del Estado pasó de 282 a 526, y la producción y la productividad sufrieron un brusco descenso adicional.

En julio estalló otra huelga de camioneros que iba a mantenerse hasta el colapso final del gobierno, en setiembre. Aun antes de estos nuevos traumas, la economía chilena había negado a una tasa anual de inflación de 323 por ciento. Una vez más Allende nombró a Generales en ministerios claves, pero sin otra esperanza que la de neutralizar el Alto Mando de las Fuerzas Armadas en espera de no se sabe qué. O tal vez

sí se sabe: el 7 de agosto el Servicio de Inteligencia Naval anunció haber frustrado un complot para sublevar los marinos de la Flota en Valparaíso y Concepción (las principales bases navales del país), acusó formalmente de instigadores de la frustrada insurrección al Secretario General del Partido Socialista, Carlos Altamirano, y a los líderes Oscar Garretón, del MAPU, y Miguel Henriques, del MIR, y exigió la suspensión de la inmunidad parlamentaria de los dos primeros, que eran Senador y Diputado, respectivamente. El 9 de septiembre, dos días antes del derrocamiento de Allende, Altamirano admitió públicamente la veracidad de la acusación en su contra, pero se justificó alegando la legitimidad de "concienciar" a los marinos contra las opiniones reaccionarias de sus oficiales. En el otro extremo de la jerarquía militar, el gobierno no había cesado (con ascensos de oficiales presuntamente simpatizantes, y retiros o marginamientos de otros oficiales presuntamente adversos) de intentar dividir y politizar unas Fuerzas Armadas que hasta 1970 habían sido incomparablemente las más escrupulosas en América Latina en su respeto y subordinación al poder civil[25].

Democracia y Marxismo-Leninismo

Los sucesos de Chile que culminaron con el derrocamiento y muerte de Salvador Allende tuvieron una resonancia mundial porque se ha querido ver en ellos la prueba de que la libertad es un obstáculo para la reforma de las estructuras económicas y sociales en favor de la mayoría, y una demostración de que el sistema democrático es insincero, porque admitiría la

participación de la *opinión* marxista en el debate político democrático, pero negaría la posibilidad del ejercicio de un *poder* marxista ganado por los votos, dentro de los mecanismos de la democracia. Pero tal interpretación es falsa, y logra su efecto por un audaz cambio de papeles entre el culpable y la víctima. Lo que quedó probado *una vez más* en Chile es algo por demás sabido: la incompatibilidad del marxismo-leninismo con la democracia.

La democracia es, por su misma naturaleza, un sistema en el cual el poder está repartido, fragmentado, disperso. Se asienta la democracia en el postulado, explícito en todas las Constituciones democráticas, de que el poder no debe estar jamás concentrado; y en la premisa de que son respetables las opiniones, los intereses y hasta los prejuicios de las minorías. El ánimo democrático es dubitativo. Admite por principio que tanto los Poderes Públicos como la mayoría que ha delegado en ellos la soberanía, no por ello tendrán razón en todo, y ningún derecho el resto de la sociedad. De manera que el arte de conducir democráticamente a los pueblos consiste en no comprometer el gobierno a la colectividad por ninguna vía irrevocable mientras no exista un consenso prácticamente unánime sobre la conveniencia de cerrarse la sociedad para siempre todas las demás opciones.

Por lo mismo, y de manera esencial, la democracia supone la posibilidad de una armonización suficiente de los intereses antagónicos de los individuos y de las clases sociales. No cae la democracia en la bobaliconería de sostener que no hay antagonismos sociales e inclusive tensiones que merezcan llamarse *lucha de clases,* pero los supone conciliables en una medida que sea, en todo

caso, infinitamente preferible a la guerra civil o a la tiranía. En consecuencia, los demócratas sinceros se esfuerzan por conciliar los conflictos sociales, por arbitrar transacciones que sin ser perfectas o sin satisfacer por completo a las partes antagónicas, excluyan el odio y la intolerancia como motores de los actos de los individuos y de los grupos, preserven a la soviedad de ese "juicio de Dios" que es la violencia, con su consecuencia de segura victoria del más fuerte, y de opresión o exterminio igualmente seguros de los débiles.

En contraste el marxismo-leninismo aconseja exacerbar los conflictos sociales, la lucha de clases por todos los medios posibles (que fue lo que se hizo en Chile, desde el gobierno, entre 1970 y 1973) hasta el día cuando abolida la propiedad privada, fuente supuestamente exclusiva de todos los conflictos, desaparezcan las clases sociales, y con ellas la necesidad de toda coacción, puesto que teóricamente ya no habrá (ya no serán *posibles)* antagonismos de ningún género.

Hasta ese día mítico, cuando las fieras y los corderos andarán juntos, como en el Paraíso antes de la Caída, toda conciliación será una traición, todo arreglo pacífico que no sea una astucia táctica, una demora en la marcha majestuosa e inexorable de la historia hacia su resolución.

Muchos hombres, muchos de ellos respetables, han creído y siguen creyendo firmemente en esta fábula; y entre ellos quienes determinaron el comportamiento de Salvador Allende en la Presidencia de Chile. La democracia, que es antidogmática, comprende que ciertos ánimos sean proclives a tal visión apocalíptica y mesiánica de la historia; y considera además que esas

ideas, propagadas pacíficamente, pueden ser estimulantes para el mejoramiento de la sociedad. Admite además la democracia, como obligación principista, que los sostenedores de esas ideas puedan llegar al poder por elecciones, si convencen a suficientes electores para que los favorezcan con sus sufragios. Y esto último sucedió en Chile, con la reserva de que Allende tuvo apenas una mayoría relativa, y que para lograr el perfeccionamiento de su elección por el Congreso fingió aceptar límites a su poder aun más estrictos que los muy claros que ya preveía la Constitución democrática de su país.

Pero la paradoja irresolub1e es que los marxistas-leninistas sinceros (o los socialistas democráticos entregados a los marxistas-leninistas, que fue lo que resultó ser Allende) no podrán ver en esa situación más que una ventaja táctica que es preciso explotar para conquistar *todo* el poder, y en ningún caso un mandato para administrar y mejorar el sistema que les ha delegado *una parte del poder.* Si se conforman con ejercer el poder que legítimamente les incumbe, se estarán contradiciendo, se estarán traicionando, puesto que ese poder democrático es por su propia naturaleza limitado y pacífico, y ellos requieren un poder totalitario y belicoso. El triunfo electoral democrático, el poder político democrático, tendrá según ellos que ser *superado* para alcanzar una suma de poder y una inexpugnabilidad en el poder que resultan absolutamente irreconciliables con la democracia. Pero si han calculado mal la correlación de fuerzas reales, como ocurrió en Chile, terminarán, en efecto, liquidando la democracia (que es lo que se proponían) pero no en provecho de sus ideas, sino para abrir el paso a una dictadura de otro signo.

En seguida vendrán las quejas amargas y las protestas de fe democrática, pero estas últimas son insinceras, y la amargura es la de quienes han perdido una guerra, no la de quienes buscaron la paz. Porque la visión marxista-leninista la dio de una vez por todas Lenin cuando en su ejemplar de Clausewitz, el lado de la frase famosa según la cual la guerra no es sino la continuación de la política[26], por otros medios, escribió de su puño y letra que es más bien la política que es continuación, por otros medios, de la guerra, único estado que, según él, conocerá la sociedad hasta el advenimiento del milenio marxista.

NOTAS

1. V. pp, 186-194.

2. La única crítica remotamente racional al actual precio del petróleo, es que podría ser demasiado alto en función del interés a largo plazo de los países exportadores, por haber éstos llamado la atención de los países grandes importadores sobre la dependencia excesiva de sus economías en una energía antes sub-valuada y de origen extranjero. Pero es obvio que sin la OPEP no hubieran surgido estas tardías preocupaciones por el bienestar a largo plazo de los países exportadores de petróleo, referidas al día hipotético cuando habrá menos demanda (o no habrá uso, según la tesis más extrema) para su riqueza natural, que habrá sido substituida por la energía nuclear, etc. Los países de la OPEP bien podrían responder con las palabras de Lord Keynes: "A largo plazo, todos estaremos muertos". Por otra parte luce altamente improbable que el petróleo, el cual tiene usos mucho más interesantes en la industria petroquímica que como energía, pierda valor, y el problema *a largo plazo* es más bien de conservación y uso óptimo de este recurso natural no renovable, para lo cual no hay en la mejor ortodoxia económica mejor prescripción que los precios altos.

3. Quedó consagrada en agosto de 1975, al aprobar el Congreso venezolano el Proyecto de Ley de Nacionalización que le había propuesto el Presidente Carlos Andrés Pérez dos meses antes.

4. Aparte de provisionalidades insignificantes de hombres sin poder, delegados ocasionales de los caudillos.

5. También estaban en libertad para 1970 (y hoy son diputados o senadores, directores de diarios, dirigentes de partidos legales y de gremios y sindicatos, profesores universitarios, artistas y escritores laureados, etc. bajo el gobierno *aprista* de Carlos Andrés Pérez) los dirigentes de la insurrección castrocomunista contra el gobierno *aprista* de Rómulo Betancourt. En cambio fueron fusilados miles, exilados centenares de miles y siguen presos *decenas de millares* de cubanos anticastristas, y entre ellos hombres como Huber Matas, héroe de la Sierra Maestra, condenado a 30 años de presidio por estar en desacuerdo con el prosovietismo de Fidel.

6. V. pp. 196-198.

7. V. pp. 178 y siguientes.

8. Gonzalo Martner, *Chile, mil días de una economía sitiada,* Caracas, Facultad de Economía de la Universidad Central, 1975, pp. 178.179.

9. “Faut-il se taire?”, *L'Express,* Nº 1215, 21-27 de octubre de 1974, p. 54.

10. Seis años antes. el demócrata-cristiano Eduardo Frei había recibido el 57 por ciento del voto popular contra el 38,5 por ciento para Allende, candidato ya en 1964 de una coalición socialista-comunista.

11. Está por hacer, y deberían intentarla los demócratas-cristianos chilenos o venezolanos, una demostración convincente de que los dos gobiernos demócrata-cristianos que ha conocido Latinoamérica, el de Frei en Chile y el de Caldera en Venezuela, tuvieron diferencias *esenciales* (y no sólo superficiales, de estilo; y accidentales, por la personalidad de los líderes) con el *aprismo.* Los dirigentes demócrata-cristianos de América Latina tienen un origen social diferente a los dirigentes *apristas:* son casi invariablemente de clase media alta; educados en colegios católicos, tienen mejor formación académica (correspondiente a su más alto origen social); descubrieron su vocación política no bajo la influencia de Marx y de la Revolución Mexicana, sino orientados por sacerdotes inteligentes, leyendo las encíclicas sociales de los Papas y a escritores católicos

como Maritain y Mounier; y proponen como meta de su acción política el acceso milenarista a una sociedad de solidaridad cristiana y a un colectivismo no compulsivo y mal definido que llaman "propiedad comunitaria". Pero en el gobierno no han hecho otra cosa que adelantar medidas reformistas y de afirmación latinoamericanista prácticamente idénticas con las propuestas por Haya de la Torre desde 1924. Recientemente inclusive comparten con los social-demócratas *apristas* actitudes de franca simpatía con aspectos (por lo menos retóricos) del marxismo-leninismo-tercermundismo, puesto que habiendo comenzado en su juventud por ver en Marx poco menos que una encarnación del demonio. la desaparición de Pío XII y la subsiguiente flexibilidad del Vaticano frente a la ideología marxista y al Imperio Comunista les ha permitido (con alivio y provecho político) entrar en sintonía con el auge del marxismo-leninismo-tercermundismo en Latinoamérica y en el mundo.

12. Inclusive una inverosímil "visita de Estado" de Fidel Castro en 1971, durante casi un mes, cuando Fidel recorrió el país de punta a punta arengando multitudes como si él, y no Allende, fuera Presidente de Chile.

13. *Entretiens avec Allende,* París, Maspero, 1971.

14. Fechada el 8 de noviembre de 1973, y dirigida a Mariano Rumor, Presidente del Partido Demócrata Cristiano de Italia, y por su intermedio a la Directiva de la Unión Mundial Demócrata Cristiana.

15. *Ibid.*

16. *Ibid.*

17. *Ibid.*

18. El MIR, el VOP y el MAPU.

19. *Ibid.*

20. *Ibid.*

21. Es cierto que ciertas fuentes de crédito, notablemente el Banco Mundial y *el Export-Import-Bank* se le habían cerrado a Chile a raiz de la expropiación sin compensación de los haberes de las compañías cupríferas norteamericanas Anaconda y Kennecott, pero es falsa la versión según la cual las dificultades económicas de Allende se debieron esencialmente a eso. No sólo la bancarrota era inevitable tras las medidas económicas iniciales, dirigidas todas, absurdamente, a aumentar bruscamente el consumo a la vez que se interfería la

producción, sino que el gobierno de la Unidad Popular pudo obtener suficiente crédito externo de otras fuentes (otros países latinoamericanos y Europa Occidental) como para *aumentar en tres años la deuda externa chilena en ochocientos millones de dólares.* Donde tuvo dificultad el Chile de la Unidad Popular para tomar dinero prestado fue en el mundo socialista (URSS, China, Europa Oriental), cuyas acreencias con Chile pasaron de apenas 9 millones de dólares en 1970 a apenas 40 millones de dólares en 1973. (Fuente: Comité Interamericano de la Alianza Para el Progreso (CIAP), *El Esfuerzo Interno y las Necesidades de Financiamiento Externo para el Desarrollo de Chile,* Washington, D.C., 1974.)

22. En setiembre de 1970, al término del mandato de Frei, 20 escudos compraban un dólar en un banco; en setiembre de 1973, al término del mandato de Allende, hacían falta 2,500 escudos para comprar un dólar en el mercado negro de divisas.

23. Indice, dicho sea de paso, puramente teórico, por el desabastecimiento de muchos artículos, obtenibles sólo en el mercado negro. donde los precios tenían una relación verdadera con el colapso en el valor de la moneda.

24. Allende tuvo la mala suerte inicial de que el valor promedio del cobre pasó de 64 centavos de dólar la libra en 1970, a 49 en 1971-1972; pero en cambio en 1973 ese valor promedio saltó a 80 centavos de dólar la libra, sin que ni siquiera esa casi duplicación en el precio del cobre pudiera detener el naufragio de la economía chilena.

25. La información veraz sobre lo ocurrido en Chile entre 1970 y 1973 se encuentra dispersa, pero no tanto como para excusar la ignorancia generalizada que se tiene (o se finge) sobre datos absolutamente verificables y que se encuentran aun en versiones de simpatizantes o participantes *serios* en el experimento de la Unidad Popular Chilena. Paul E. Sigmund ha hecho un balance objetivo y breve de todo el proceso en "Allende in Retrospect", *Problems of Communism,* Washington, D.C., Mayo-Junio de 1974, pp. 45-62.

26. De la *diplomacia,* dice Clausewitz, es decir de la política internacional, que era la gran política, para él lo mismo que para Lenin.

CAPITULO XI
LAS FORMAS DEL PODER POLITICO EN AMERICA LATINA (3)

El "modelo peruano"

AL LADO DE Chile, en el Perú, otro ejército latinoamericano, mucho menos liberal en sus actitudes y tradiciones que el chileno, adelanta desde 1968 un proceso político con apariencias de originalidad, y en el cual algunos han querido ver una "vía peruana hacia el socialismo".

En realidad el gobierno militar peruano parece más bien responder a preocupaciones y motivaciones que se encuentran en otros ejércitos, latinoamericanos o no, singularizadas en este caso en su manifestación particular por el contexto peruano, latinoamericano e internacional dentro del cual se gestó y se produjo el golpe de estado de 1968.

El Perú había sido, de todos los países latinoamericanos de cierta importancia, el más atrasado socialmente. Una oligarquía *criolla* racista, soberbia, inflexible lo había dominado sin interrupción desde antes de la Independencia; y la independencia misma había sido aceptada por la clase dominante peruana a regañadientes, y tuvo que ser impuesta al Perú por los rioplatense s y los venezolanos, no dispuestos a permitir la permanencia en Suramérica de un centro de poder imperial español.

Las Fuerzas Armadas peruanas habían sido desde siempre primero una extensión, y más modernamente un instrumento de esa oligarquía. Sus golpes de estado, frecuentes, servían el propósito de mantener intacto el *status quo* social y económico cada vez que los políticos

civiles representantes de la oligarquía lo habían puesto en peligro con su ineptitud. La mayor y de hecho prácticamente la única amenaza para ese *status quo* en toda la historia peruana, había sido el partido *Alianza Popular Revolucionaria Americana* (APRA), a partir de 1924, con su programa de reformas anti-oligárquicas y anti-imperialistas de inspiración marxista, pero adaptadas a la realidad económica, social y política latinoamericana[1]. Por lo mismo la principal función del ejército peruano desde 1924 en adelante había sido bloquear al APRA el camino hacia el poder, tarea en la cual los militares peruanos pusieron tanto más empeño cuanto que uno de los primeros episodios de ese enfrentamiento produjo una masacre por *apristas* de todos los oficiales de la guarnición de la ciudad de Trujillo (1932).

Víctor Raúl Haya de la Torre, fundador e ideólogo del APRA, había regresado del exilio en 1931 y ese mismo año se había presentado como candidato presidencial en elecciones que ganó, y que fueron en el acto anuladas por el primer golpe de estado de los varios que estaba destinado a sufrir Haya. Treinta y un años más tarde (1962) se le permitió presentarse de nuevo (tras vicisitudes que habían incluido prisión, cinco años de asilo político en la Embajada de Colombia en Lima, y nuevos exilios) y de nuevo ganó, sólo para ver su triunfo de nuevo anulado por las Fuerzas Armadas, las cuales tras un gobierno militar de un año, confiaron la Presidencia (mediante elecciones *ad hoc)* a un civil "tecnócrata", Fernando Belaúnde Terry, quien en la práctica resultó un inepto como administrador y como político, y se vió además envuelto a mediados de 1968 en

un turbio asunto de concesiones indebidas a una empresa petrolera norteamericana.

El año siguiente habría elecciones, que el APRA ganaría sin duda otra vez. Tolerarlo resultaba insufrible para los militares, pero intervenir *a posteriori,* como en 1931 y 1962, hubiera sido, en el contexto, inadmisible. Con Belaúnde los militares peruanos habían visto naufragar la última oportunidad para que un civil no *aprista* dejara sin razón de ser al *aprismo,* emprendiendo con éxito un programa de impostergables reformas económicas y sociales. Para entonces los altos militares peruanos sinceramente deseaban eso. Su formación profesional, siempre buena, se había enriquecido con estudios superiores en el llamado Centro de Altos Estudios Militares (CAEM), donde habían adquirido por primera vez conocimientos y perspectivas alternas sobre problemas políticos, sociales y económicos. La Revolución Cubana y la Alianza Para el Progreso los había sacudido profundamente, haciéndose ver hasta qué punto habían sido en el pasado actores automáticos de un papel conservador y represivo, así como los riesgos para las Fuerzas Armadas implícitos en semejante guión. Como sus colegas brasileros en 1964 y argentinos en 1966 (y con indudables influencias y contactos con unos y otros) los Generales peruanos llegaron a la conclusión de que no había en el Perú fuerzas políticas civiles (salvo la odiada APRA) que pudieran tomar el relevo y evitar una crisis de tal profundidad que pusiera en peligro la unidad y hasta la supervivencia de las Fuerzas Armadas.

Decidieron, pues, intervenir, pero no para asegurar un imposible intermedio entre dos gobiernos civiles no *apristas* (como en 1962) puesto que esa carta ya estaba

jugada sin éxito; sino para, como en Brasil o Argentina, gobernar indefinidamente, sin complejos, sin anuncio ni intención de nunca más (en un lapso previsible) devolver el poder a los políticos civiles.

En el pasado los golpes de estado militares en el Perú habían sido simples, brutales, directos, destinados a mantener una situación social y económica no cuestionada por los militares. Pero ahora la intervención tendría que significar asumir las Fuerzas Armadas la conducción política del país, con plena responsabilidad y con el propósito ineludible de intentar las reformas que los militares no estaban dispuestos a permitir al APRA intentar, y que sucesivos gobiernos civiles no *apristas* se habían demostrado incapaces o no dispuestos a realizar. Por lo mismo, esta nueva intervención *militar* tendría que ser francamente *política;* tendría que tener una estrategia y tácticas *políticas;* responder y referirse al contexto *político* del Perú, de América Latina y del mundo.

El primer dato a considerar, dentro de esta nueva perspectiva, eran las fuerzas distintas al ejército y el personal civil de jerarquía dirigente en presencia en el Perú. La oligarquía tradicional era el grupo cuyo poder y prestigio, invariables a través de toda la historia peruana anterior, se trataba de reducir, y cuya imagen era preciso desvincular de la imagen de las Fuerzas Armadas. Los partidos que habían sostenido a Belaúnde eran inconsistentes, y además quedaban por fuerza excluidos, así como los "tecnócratas" que habían participado en ese gobierno, por estar el golpe militar ostensiblemente dirigido contra ellos. El APRA estaba vetado por principio. No quedaban, pues, utilizables como *fiadores políticos civiles* de una empresa que tendría en su contra

muy justificados prejuicios desfavorables asociados a todo golpe de estado militar, y más en América Latina, y más en el Perú, los protagonistas de una llamada “Unidad de las Izquierdas”, organizada por el Partido Comunista peruano para participar en las elecciones municipales de Lima en 1967, y que había obtenido aproximadamente el 15 por ciento del voto (en el país en su conjunto, el PC nunca había alcanzado el 5 por ciento).

No se sabe que haya gritado *eureka,* y ciertamente no corrió desnudo por las calles de Líma el General peruano (más probablemente varios de ellos, en reflexiones derivadas de sus estudios en el CAEM) que tuvo la idea de una alianza táctica entre unas Fuerzas Armadas ahora calificadas de “revolucionarias” (como las brasileras en 1964) y “la clase obrera organizada” (i.e. el PC). La inspiración de los militares peruanos al tender un puente hacia los insignificantes comunistas fue una jugada táctica brillante, destinada a producir dividendos políticos más allá de lo imaginable. Débiles en número y en organización, los comunistas peruanos tenían sin embargo la usual amplia influencia sobre sectores intelectuales, literarios y artísticos prestigiosos que normalmente hubieran execrado un golpe militar, y que ahora lo aplaudirían. Pero mucho más importante sería la indulgencia internacional que con esto iban a ganar los golpistas militares. En lugar de “gorilas” serían (y permanecen hasta hoy) admirables nacionalistas, revolucionarios, anti-imperialistas y tercermundistas.

Como es lógico, el gobierno militar tendría que poner alguna substancia a su parte de la transacción, y así lo hizo. De todas maneras los militares tenían el deseo sincero de realizar un programa reformista audaz, en lo

interior. Para cumplir con esa parte de su proyecto de gobierno, los militares peruanos no tendrían por cierto que hacer nada muy distinto a lo que el APRA había venido proponiendo (y la oligarquía y los militares impidiendo) desde hacía 40 años; pero usarían como alto personal civil de segunda fila, bajo invariable control y jefatura de militares, no a los *apristas* (cuya exclusión sería un mérito adicional del gobierno militar a los ojos de la comunidad filo-soviética internacional, por razones que remontan a 1926-27[2]), sino a los comunistas y sus "compañeros de ruta", muy pobres en el favor popular pero, como dondequiera, ricos en "hombres del aparato" con vocación de burócratas.

Como parte, mutuamente provechosa, de este trato, satisfactorio, psicológicamente para los comunistas y ventajoso políticamente para los militares, éstos permitirían a aquéllos imprimir su estilo, el vocabulario y los gestos rituales de los PC a una variedad de actos gubernamentales; lo cual tendría, como es lógico, una correspondencia en política exterior: el gobierno militar peruano restablecería relaciones con Cuba, en contravención de una resolución entonces vigente de la Organización de Estados Americanos que sólo México había dejado de acatar. El gobierno militar peruano intercambiaría delegaciones comerciales y técnicas con los países del "bloque socialista". El gobierno militar peruano saludaría el triunfo electoral de la Unidad Popular chilena en 1970. Fidel Castro y Salvador Allende harían visitas de Estado al Perú (1971). El gobierno militar peruano nacionalizaría algunas empresas norteamericanas, de importancia real en algunos casos, y simbólica en otros; y entraría en agria disputa con los

EE.UU. sobre el monto de la compensación y aun sobre si compensación alguna era debida. Por esa causa, y por declarar unilateralmente una extensión de 200 millas para su mar territorial, el gobierno militar peruano sufriría amenazas norteamericanas de represalias económicas. El gobierno militar peruano cuestionaría los tratados interamericanos vigentes, y en particular el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR)[3]. El gobierno militar peruano compraría armas a la Unión Soviética y a Checoslovaquia. El gobierno militar peruano usaría los servicios de técnicos yugoslavos. El gobierno militar peruano adoptaría para sus declaraciones de política exterior la retórica marxista-leninista-tercermundista sobre la necesidad de romper la dependencia económica y cultural del Tercer Mundo con relación al imperialismo, etc., etc., etc. Y el gobierno militar peruano recibiría por todo esto (no muy diferente, salvo en el estilo y el vocabulario, automáticamente producidos uno y otro, en la forma más natural, por los secretarios comunistas de los Ministros militares, de lo que hubiera hecho el APRA si los militares hubieran permitido el funcionamiento de la democracia en el Perú y *hubieran tolerado las mismas políticas que ahora aparecían iniciando)* indulgencia plenaria por parte del vasto aparato propagandístico mundial pro-soviético; y encendidos elogios por su contribución al activo de la revolución mundial. .

Viene irresistiblemente a la memoria aquella confesión cínica de Stalin, según la cual era *objetivamente revolucionario en 1924* el monarca absoluto de Afganistán[4]. Pero no hay dos situaciones históricas idénticas y los militares peruanos en 1968-75 no son

comparables al Emir de Afganistán en 1924. Al decidirse a usurpar el poder en 1968, habían adquirido conciencia de su triste papel, hasta entonces, como perros guardianas de un *status quo* abominable; y en el gobierno muchos de sus actos han sido justos y necesarios. A la vez constataron para América Latina (y para Portugal) algo que los militares iberoamericanos no habían experimentado (aunque sí los militares árabes, desde Nasser): que en nuestro tiempo el poder arbitrario de las armas tiene buena prensa internacional con tal de declararse "anti-imperialista" y dar desde luego alguna prenda en prueba, aunque sólo sea (o sea sobre todo) retórica.

Cómo asesinar la libertad de Prensa y recibir aplausos por ello

Prácticamente todo lo estimable que han hecho estos Generales peruanos lo hubiera podido hacer, y mucho antes, el APRA (como lo ha hecho en Venezuela el partido *aprista* venezolano, *Acción Democrática)* si las Fuerzas Armadas peruanas no hubieran empleado 40 años frustrando la clara voluntad popular de que Víctor Raúl Haya de la Torre y su partido gobernaran el país. En cambio los generales peruanos han hecho cosas abominables como regimentar (desde 1970) y más recientemente liquidar radicalmente la prensa independiente (confiscada dizque para dotar de medios de expresión a míticos "sectores sociales", pero en realidad para suprimirla y de paso usurpar los nombres y los logotipos de las diarios) lo cual ningún gobierno militar latinoamericano anterior había intentado con la

única excepción del asalto peronista a *La Prensa* de Buenos Aires en 1951; y esto sin que tal atropello sea imputado a ningún “gorilismo militar”, sino más bien interpretado por la opinión “progresista” peruana, latinoamericana y mundial como oitro “golpe al imperialismo”, a cuyo servicio se asegura que estaban los diarios independientes peruanos.

Con relación a semejante infundio conviene relatar lo siguiente: pocas semanas después del golpe de estado contra Belaúnde, en 1968, el nuevo gobierno publicó un libro titulado *¿Por qué?* y consiste por completo y únicamente de recortes de los diarios de Lima, en los cuales durante meses se habían estado exponiendo las insuficiencias del gobierno, la crisis económica e institucional, la corrupción administrativa, etc. Lo único excluido del libro, pero no porque los diarios hubieran dejado de publicado, sino por otras, obvias, razones, eran los detalles de uno de los elementos más importantes del descrédito del gobierno derrocado: la tolerancia por Belaúnde de un vasto sistema de contrabando organizado, cuya denuncia por la prensa había llevado a un Ministro militar a la cárcel, y que antes de que el golpe pusiera fin a toda posterior ventilación del asunto, había amenazado comprometer a otras prominentes figuras castrenses con alta figuración en el nuevo gobierno militar el cual, por lo mismo, excluyó este escándalo particular de entre los elementos de una situación general de deterioro descrita y denunciada en todas sus facetas por la misma prensa que luego sería amordazada y finalmente aniquilada por “mentirosa”, “oligarca” y “pro-imperialista”.

Es adicionalmente revelador que el primer diario limeño que no pudo sobrevivir la “nueva situación” fue *La Tribuna,* propiedad del APRA. En 1970, tocó el turno a *Expreso,* para cuya confiscación se dio como excusa ser ese diario propiedad de quien había sido Ministro de Hacienda en el gobierno derrocado dos años antes.[5] *Expreso* fue entregado directamente al Partido Comunista, en uno de los gestos amistosos más importantes (y mejor remunerados en propaganda) del gobierno militar hacia el PC.

Quedaban cinco diarios importantes fuera del control del gobierno militar o de sus dóciles aliados comunistas: *La Prensa, Ultima Hora, El Comercio, Correo* y *Ojo.* Contra éstos el gobierno emprendió una política de intimidación y acorralamiento, asumiendo control del suministro de papel, prohibiendo el aumento de precios de venta a pesar del aumento de los costos de producción, negándoles la usual publicidad del Estado y estimulando conflictos laborales. Cuando nada de esto fue suficiente para reducir los diarios a una completa sumisión, se procedió a la confiscación pura y simple (27 de julio de 1974).

En un primer momento el control teórico de los diarios fue entregado a los comunistas en una medida desproporcionada; pero hubo en ello, como en tantos otros aspectos de la llamada “Revolución Peruana”, más una astucia de los militares que una ganancia permanente de los comunistas, porque el hecho es que desde entonces los diarios han sido totalmente sumisos al gobierno; y que al cumplirse un año de la confiscación (julio de 1975) y cuando su control hubiera debido ser transferido a abstracciones denominadas “Organizaciones Laborales,

Campesinas, Profesionales, Culturales y Educativas", el gobierno anunció tranquilamente una prórroga de un año en el *status* vigente, y de paso una purga de todos aquellos periodistas (comenzando por los directores) "no plenamente identificados con la Revolución Peruana". Tal parece que el gobierno militar peruano ha resuelto comenzar a reducir la figuración que hasta ahora había permitido a los comunistas, devenida superflua e inclusive embarazosa tras haber servido para consolidar el poder de las Fuerzas Armadas, ahorrarle oposiciones guerrilleras y habedo aureolado internacionalmente de nacionalismo anti-imperialista.

Lo único seguro, a estas alturas del proceso político inaugurado en el Perú en 1968, es que las Fuerzas Armadas hasta entonces más demostradamente reaccionarias de Latinoamérica han logrado con su comportamiento de estos años no sólo gobernar sin inquietudes, a su antojo y con el aplauso de quienes normalmente hubieran sido sus más encarnizados opositores, sino además exonerarse, como institución, de su complicidad histórica con una oligarquía tradicional cuya miopía, insensibildad social, racismo y capacidad de explotación y violencia contra los débiles de la sociedad peruana les había merecido el calificativo de "afrikaaners de Latinoamérica". Lograron también las Fuerzas Armadas peruanas desentenderse del fracaso de su "delegado" tácito, Fernando Belaúnde Terry, y quedar absueltas no sólo de su participación en el origen de ese gobierno, sino de sus responsabilidades en su desenvolvimiento, algunas de ellas muy poco claras (como el asunto del contrabando en gran escala, mencionado antes) y otras demasiado, como la

implacable represión antiguerrillera del año 1965. Y todo esto en parte gratis, por coincidir perfectamente los militares y los comunistas peruanos en el rencor contra el APRA; y en parte a muy bajo costo, sin ceder los militares ningún poder real o de proyección futura a los comunistas, sino satisfaciéndolos (y a sus mucho más interesantes e importantes amigos en el escenario internacional) con una amalgama de retórica tercermundista y anti-imperialista, de actos genuinamente inamistosos hacia los EE.UU. (pero medidos cuidadosamente para ser tolerables por parte de los norteamericanos) y de reformas justas, útiles, importantes que realizadas mucho antes por otros gobiernos latinoamericanos mucho más estimables, han sido violentamente denunciadas como "reformistas", insuficientes y hasta "entreguistas" por los mismos sectores que encuentran virtudes insospechadas en la dictadura militar peruana.

Entre los izquierdistas captados y convertidos en "compañeros de ruta" del poder militar, están los llamados "intelectuales", especie a la cual otras dictaduras latinoamericanas han creído necesario perseguir, pero que el gobierno peruano ha demostrado que es mucho más práctico comprar, con actos políticos (como el procubanismo y el anti-imperialismo dosificados) o "culturales" buensalvajistas (como la declaratoria del quechua como idioma oficial del Perú, en igualdad con el español); pero también, complementariamente, con cargos públicos que implican o bien la neutralización del antiguo disidente, o, más tristemente, su dedicación concienzuda y eficaz a la

colaboración con el afianzamiento y la prolongación de la dictadura de los Generales.

Entretanto éstos están tranquilos. La tormenta de alcance continental desatada por la Revolución Cubana los incluía entre sus víctimas designadas. El Che Guevara emprendió su aventura boliviana en 1967 por estar Bolivia centralmente situada en el continente suramericano y ser el vecino Perú supuestamente uno de los eslabones más débiles del imperialismo, uno de los países más fácilmente convertibles en uno de "muchos Viet Nam". Hoy el Che está enterrado, y Fidel, desde julio de 1969 (apenas 21 meses después de la muerte del Che) enterró también las ideas guevaristas sobre la "irrecuperabilidad" de los militares, con su declaración (en el discurso sobre "la zafra de 10 millones de toneladas") según la cual el gobierno militar peruano había demostrado en corto tiempo ser "objetivamente revolucionario".

En cambio el Che Guevara fue hasta su muerte irreductiblemente enemigo de los oficiales latinoamericanos. Guerrilleros venezolanos que lo visitaban en Cuba en 1963, le expusieron (ya entonces) la tesis que hoy ha prevalecido sobre la necesidad para los marxistas-leninistas latinoamericanos de explorar sistemáticamente la posibilidad de alianzas tácticas con oficiales *progresistas, nacionalistas, patriotas.* Pero "el Che interrumpe cortante: En el ejército cubano había también unos cuantos (así), pero en su conjunto todos eran unos hijos de puta... Todos los ejércitos latinoamericanos están mediatizados. Su cultura, su técnica, su formación están en manos de los yanquis. Es una equivocación asignar un papel revolucionario a (los)

militares... Los mecanismos de clase impiden que se puedan producir (conflictos políticos significativos) en el ejército”... y al insistir los venezolanos, señalando la participación de algunos oficiales “fidelistas” en los alzamientos en dos bases navales venezolanas en mayo y junio de 1962: “Oye venezolano: Después de esos alzamientos ¿qué hicieron los oficiales? ¿Se fueron (a la guerrilla)? ¿Dónde están las armas que capturaron? ¿Tenían planes para aprovechar la sublevación?... Te repito: lo que les gusta a los militares es la cosa fácil: cuartelazos, acuerdos en palacio. Aquí también, cuando avanzábamos desde Oriente (hacia La Habana) algunos oficiales, para conservar sus posiciones y salvar el sistema, se alzaron contra Batista. (Pero) Fidel... no se dejó engañar”…[6]

Fidel podría tener razón, y no el Che. Pero podría también estar una vez más tan equivocado en su análisis de la realidad global latinoamericana como ha sido implacablemente acertado en su manera, instintiva, de ganar y mantener control caudillista de su propio país. Porque podría resultar más bien que (de acuerdo con las previsiones, de alcance general, del Che Guevara) el régimen militar peruano se demuestre, en perspectiva histórica, haber sido la manera apropiada y eficaz de neutralizar, en el Perú, la “larga marcha” que para el castrismo anunciaba Regis Débray en América Latina. Podría ser que en las condiciones peculiares peruanas, con la descalificación arbitraria (pero efectiva) del APRA como factor de las reformas indispensables en la sociedad más arcaica e injusta de Latinoamérica, sólo el “partido militar” podía, contra toda expectativa, realizar esas reformas; y que cuando concluya (como tiene que

concluir) su dominio, la revolución -considerable- que ese gobierno militar habrá realizado, sea haber dejado el terreno despejado, y un Perú de donde hayan desaparecido, hasta por relevo generacional, los individuos (y sus vivencias) que en la oligarquía, en el APRA y en las mismas Fuerzas Armadas no lograron desbloquear la sociedad peruana entre 1924 y 1968. Tal vez entonces el Perú se encuentre en posibilidad de iniciar un nuevo ensayo, menos desafortunado que los anteriores, de gobierno democrático, civil, institucional, una de cuyas características tendrá que ser el renacimiento de una prensa independiente.[7]

El último caudillo consular

Porfirío Díaz se mantuvo en el poder y ejerció más poder personal efectivo que otros caudillos latinoamericanos por haber sabido aliarse, en condiciones no humillantes ni erosionantes para sí mismo (aunque sí para su país) con el poder imperial de los EE.UU. No es dudoso que James Creelman,[8] sintió realmente ante Don Porfirio que estaba en presencia de un hombre fuera de serie, espléndidamente correspondiente al contexto político deplorable que lo había producido, representante cabal de un tipo humano eternamente sobrecogedor: el monarca primitivo, comparable, entre los hombres, al lobo jefe entre los lobos; y por lo mismo tremendamente impresionante para *litterati* acostumbrados a desenvolverse en sociedades donde el poder, tras una larguísima decantación, se ejerce usualmente en forma civilizada.

La gran paradoja latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX es que nuestro gobernante actualmente más célebre y más adulado internacionalmente responde en lo esencial al mismo ancestral esquema, y que es justamente eso lo que, unido a su afiliación al sovietismo (con cuanto ello implica de exaltación automática por el aparato propagandístico correspondiente) lo hace fascinante para cierto sector intelectual norteamericano y europeo occidental, en el cual, no por accidente, aparecen menos cuidadosos en su entusiasmo quienes por su relativa juventud no sufrieron personalmente la regresión hacia la irracionalidad y el primitivismo político que conoció Europa entre las dos guerras y hasta 1945. Porque, lo mismo que Porfirío Díaz, Fidel Castro es un auténtico caudillo latinoamericano, y además, lo mismo que Porfirio Díaz, un *caudillo consular,* agente de una potencia extranjera, en este caso la URSS, con cuyo poder imperial tuvo Fidel la audacia de aliarse en lo que resultó ser el buen momento, y a cuyo apoyo, no humillante ni erosionante para él personalmente (pero sí para Cuba) debe su estabilidad en el ejercicio de un poder personal y despótico.

Originalmente la única ideología de Fidel parece haber sido una forma de *aprismo* correspondiente, en su componente *antí-ímperialista,* al sentimiento antinorteamericano generalizado en toda Latinoamérica. Pero antes que Fidel habían llegado al poder en distintas naciones latinoamericanas muchísimos políticos *anti-imperialistas* quienes, al ocupar el Palacio Presidencial (o, más probablemente, antes) habían establecido discreto contacto con el Embajador norteamericano, en la convicción perfectamente fundada de que sólo recibiendo

el *placet* de los EE.UU. podrían mantenerse en el poder. Fidel mismo lo hizo, no en conversaciones con el Embajador norteamericano, quien no podía ir a la Sierra Maestra a entrevistarse con Fidel, ni Fidel venir a La Habana, pero sí en encuentros con periodistas (y otros enviados) norteamericanos, cuyo significado era muy claramente que el proceso de "desestabilización" del desgastado Batista podría muy bien (y aun debería) culminar con la entronización del social-demócrata Fidel Castro como nuevo gobernante de Cuba.

En el primer año de su poder (1959) Fidel visitó los EE.UU., fue amplia y amistosamente entrevistado por la prensa y la televisión, conversó en Washington con el Vice-presidente Nixon. Su revolución había tenido la simpatía activa de amplios e importantes sectores norteamericanos, y por ejemplo, sin excepción, de todos los norteamericanos de buena fe que conocían a Cuba y veían en el sistema político cubano prevaleciente en 1958 la antítesis de todo cuanto ellos, por su parte, estimaban como justo o por lo menos admisible.

¿Por qué se produjo el distanciamiento y finalmente la ruptura entre Fidel y los EE.UU. (o entre los EE.UU y Fidel)? Una hipótesis sencilla sería que Fidel habría sido desde siempre un comunista convencido, un agente soviético cuya meta no habría sido nunca otra que crear en Cuba una situación conflictiva para los EE.UU. y provechosa para la URSS, y esto a cualquier costo, inclusive la intervención militar directa norteamericana y la consiguiente hecatombe de Fidel y sus amigos, etc. Según esta visión estratégica del asunto, la escalada en el desafío fidelista al poder norteamericano habría sido preconcebida y deliberada, y la supervivencia de Fidel en

el poder, imprevista y aleatoria. Tal explicación puede valer para las motivaciones y los actos del Che Guevara; y uno de los factores que es preciso considerar en este asunto es la indudable influencia del Che sobre Fidel en momentos cuando fueron tomadas decisiones cruciales que determinaron irrevocablemente desarrollos posteriores, como las confiscaciones súbitas y en gran escala de propiedades norteamericanas. Pero no creo que sirva la misma explicación para Fidel, quien me parece ser la quintaesencia del hombre de poder, del caudillo, es decir el tipo de hombre cuya razón vital es alcanzar y ejercer el poder *absolutamente,* y quien por lo mismo tiene un instinto casi infalible, con visos de magia a los ojos de otros hombres, para adivinar vías de acceso al poder que a otros aparecen cerradas, y para mantenerse en el poder no sólo usando la mayor violencia, cada vez que sea necesario, sino además urdiendo tramas *políticas,* o dando grandes golpes *políticos* que pueden en su extremo consistir en hacer lo contrario de lo que un hombre meramente sensato, únicamente racional (y por lo tanto infinitamente menos dotado para la política) haría para enfrentar una situación dada.

Lo menos riesgoso y lo más sencillo para Fidel hubiera sido entenderse con los norteamericanos y pactar con la clase media cubana, fuerte, numerosa y en el primer momento "fidelista" hasta el delirio. Pero esa manera de actuar hubiera puesto limitaciones al poder de Fidel, y Fidel aspiraba al poder vitalicio y autocrático. Es posible seguir en sus actos a partir del mismo 1º de enero de 1959 un proceso metódico, imprevisible en sus meandros, pero invariable y certero en su objetivo estratégico, para apartar todo obstáculo al ejercicio

irrestricto de un poder personal. Hubo en ello accidentes (tal vez sórdidos) como la desaparición prematura de Camilo Cienfuegos; hubo la prisión de Huber Matos; hubo la orden de Fidel de invalidar la absolución, intachable, de los aviadores militares acusados de “crímenes de guerra”; y condenados la segunda vez en un “juicio” que fue más bien un “auto de fe”, conducido en el Palacio de los Deportes ante millares de espectadores vociferantes, y transmitido por la televisión; hubo los fusilamientos, en una época cotidianamente numerosos y que totalizaron millares. Hubo la prisión de decenas de miles (quienes continúan en su mayoría presos, después de 15 años) y habría el exilio de centenares de miles.[9]

Todo esto conformaba una trayectoria de inevitable colisión con los EE.UU. Y entonces Fidel hizo lo impensable, lo asombroso, lo genial. Midió su fuerza política interna y externa, que estaba en su zenit; calibró que en los EE.UU. no podría encontrar apoyo o ni siquiera tolerancia para sus métodos y sus metas, y a la vez que los EE.UU., en campaña electoral y débilmente gobernados por el nunca muy resuelto Eisenhower (Dulles había muerto; Chistian Herter era Secretario de Estado), serían vacilantes en su reacción ante lo inesperado; y decidió la jugada más audaz y más riesgosa en el arsenal de la diplomacia: la inversión de alianzas. Lo cual, realizado con el éxito que está a la vista, comprometió en su defensa a la otra gran potencia mundial.

Han pasado tres lustros desde entonces, y con ello se ha disipado la ilusión lírica de una isla socialista habitada por “buenos revolucionarios”, reencarnación del *Buen Salvaje,* incontaminados por el estalinismo y capaces de

no reeditarlo. En la práctica lo que ha sucedido es si acaso más deprimente que el funcionamiento del marxismo-leninismo en los países de Europa Oriental. Y como en ellos, lo más revelador de lo que de veras sucede, es la ansiedad de los supuestos beneficiarios de la "nueva sociedad" por abandonarla y refugiarse en cualquier país donde todavía subsista la vieja sociedad más o menos liberal, "imperfecta" y por lo mismo vivible; (así como la poca o nula disposición que de mudarse a Cuba tienen los latinoamericanos "fidelistas" que por una u otra razón han abandonado sus países de origen, bien voluntariamente, bien exilados, como los náufragos de la Unidad Popular chilena o los "peronistas de izquierda" amenazados por la AAA).

Con todas las privaciones y humillaciones que el gobierno comunista cubano inflige a quienes aspiran a la emigración legal, peores que las sufridas en la URSS por los judíos que desean emigrar a Israel, y con todos los gravísimos riesgos y dificultades que es preciso afrontar para huir ilegalmente de una isla, centenares de miles de cubanos (cerca del 10 por ciento de toda la población de 1959) se han considerado dichosos si han podido pisar *cualquier* suelo extranjero. Si la emigración fuera libre, no es descabellado suponer que el número de exilados voluntarios hubiera sido cinco o seis veces mayor, es decir hubiera alcanzado o sobrepasado *la mitad* de toda la población.

Si hubiera racionalidad en el análisis de los hechos políticos, este sería un elemento de juicio suficiente sobre todos los regímenes marxista-leninistas que el mundo ha conocido (y desde luego sobre la Cuba de Fidel Castro) y que son los únicos sistemas políticos en la historia de los

cuales ha sido preciso impedir por la fuerza que la gente huya, dispuestos a dejar todo atrás, no sólo bienes, sino la familia más inmediata, viniendo a resultar el exilio voluntario no un gesto excepcional, doloroso de una ínfima minoría principista o muy activa políticamente,[10] sino como una esperanza loca de casi todo el mundo, aunque casi imposible de alcanzar, salvo para algunos pocos bienaventurados.

Pero Fidel mismo se ha salido con la suya. Ha ganado. Sigue en el poder, monarca absoluto de la isla de Cuba por delegación y bajo la protección de la URSS, como Herodes era Rey de Judea por delegación y bajo la protección de Roma. En el ámbito latinoamericano y mundial su prestigio ha disminuido, aunque menos de lo que sería justo, porque sigue siendo el héroe que desafió a los EE.UU., con lo cual conserva un sitio en el corazón de todos cuantos envidian, odian o temen a los norteamericanos, que son muchos en el mundo, aunque no todos tengan buenas o claras razones. En Latinoamérica misma esa circunstancia juega en favor de Fidel de una manera todavía más sensible. Es el único dirigente latinoamericano cuyo anti-yanquismo no puede ser puesto en duda. Una palabra suya en favor del Presidente militar del Perú, o del Presidente social-demócrata de Venezuela es de segura utilidad política para uno u otro. Y algo más: posiblemente uno y otro, el dictador militar y el civil demócrata sientan, al reconocerles Fidel algún mérito una secreta emoción por estar recibiendo en esa forma, de quien tiene probadas calificaciones para darlo, un certificado de buena conducta anti-norteamericana.

Caracas, octubre de 1974-agosto de 1975.

NOTAS

1. V. pp. 124-129.
2. V. p. 124 y pp. 190-191.
3. V. p. 62.
4. V. p. 120.
5. Se trata de Manuel Olloa, hay todavía exilado. A raíz de la clausura por el gobierno militar peruano de la revista izquierdista *Marka,* en agosto de 1975, publiqué en el Suplemento Cultural de *Ultimas Noticias* (Caracas) justamente el trozo de este libro que trata de "el modelo peruano" (salió en dos entregas, el 17 y el 24 de agosto de 1975). De paso casualmente por Caracas, Ulloa leyó ese texto. Nos conocimos. Le pedí que me hiciera sus observaciones por escrito, y algún tiempo más tarde me dirigió una carta cuyos párrafos pertinentes son los siguientes:

1) Aquello de que los militares "confiaran la Presidencia a un civil tecnócrata, mediante elecciones ad-hoc" no me parece exacto. Belaúnde era una realidad política desde 1956 -año en que forma Acción Popular- y aportaba a las elecciones un creciente caudal electoral que disputaba la tradicional primacía aprista. Así como creo que en 1962 ganó Haya, pienso que en 1963 Belaúnde venció en buena lid, aunque no ignoro la real posibilidad de otro golpe militar si hubiera vencido nuevamente el APRA.

Creo que tu análisis tiende a minimizar la importancia de Belaúnde y de Acción Popular en la política peruana reciente. Sin negar la importancia capital del APRA en la historia contemporánea del Perú -después de todo es la urbe que ha alimentado a todas las formaciones políticas que sobreviven en mi país- creo que ha perdido espíritu de lucha, no se ha renovado y en cierta forma, por razones que todos entendemos, pero no justifico, ha desarrollado un temor por las formas militares que le está haciendo un flaco servicio al Perú.

2) La calificación de Belaúnde como inepto administrador y político es discutible según el color del cristal con que se mira. ¿Cómo compara su gestión con la de otros gobernantes peruanos?

Benavides, Prado, Odría, etc. No olvides que Belaúnde tiene que gobernar con un Congreso dominado por el APRA, aliada con el odriísmo, que no entendía que el buen éxito de Belaúnde significaba mejorar sus posibilidades de acceder al gobierno y que lo contrario acercaba a los militares, como desgraciadamente ocurrió. Por censura parlamentaria Belaúnde tuvo que cambiar ministros más de ochenta veces en cinco años!

Además la oligarquía nos combatió ferozmente y conspiró directamente con los militares, creyendo que estos la protegerían una vez más. Los dos principales diarios, baluarte de la ultra-derecha, *La Prensa* y *El Comercio* fueron nuestros más encarnizados opositores y mantenían al país en permanente zozobra.

No olvides, además que cuando tuvimos facultades extraordinarias -léase legislativas- dimos más de cien leyes trascendentes que estos militares velasquistas, enemigos jurados, han tenido que respetar y utilizar como estructura de su poder.

Belaúnde es un hombre probo, honesto y amante apasionado de su patria. Ya esto es respetable en el calendario presidencial de nuestra querida América Latina.

Por estas razones, discrepo fundamentalmente, con la afirmación de que se vio envuelto "en un tuprbio asunto de conceciones indebidas a una empresa petrolera norteamericana". Esto no es cierto. Belaúnde y su gobierno resolvió honorablemente la irregular situación que disfrutaba la Internacional Petroleum Company desde 1922 y que *nueve* gobiernos habían tolerado respetando un laudo que Inglaterra había obtenido, por razones obvias, contra el Perú.

La acusación concreta que se nos hizo fue dejar de cobrar 690 millones de dólares, cifra absurda y arbitraria en la que se estimó el daño económico causado por la empresa al Perú. Absurdo y arbitrario porque era incobrable.

Tan era así que Velasco y su Junta, teniendo todo el poder y a Norteamérica asustada, no pudo cobrar un solo centavo de esa deuda y terminó pagándole a la empresa, a través del Departamento de Estado norteamericano, 23 millones de dólares como compensación por lo expropiado, para evitar que le cerraran el crédito exterior al Perú.

Todo esto a pesar de que el arreglo con la IPC fue el pretexto oficial para la revolución del 3 de octubre de 1968.

Jamás en época de Belaúnde, se dio concesión a nadie que no fuera por licitación pública. En cambio nuestros militares revolucionarios han entregado millones de hectáreas en la selva peruana. sin licitación a compañías norteamericanas, europeas y japonesas. Nunca fue siquiera acusado de haberlo hecho.
Ansío ver la aparición de tu libro, y me preparo a comentado. Perdona estas líneas un poco deshilvanadas y malas con la reserva natural que puede producir mi condición de protagonista de muchos de los sucesos que describes.
Creeme sí, que sólo me mueve el deseo de que tu trabajo y tu análisis tengan el éxito que bien mereces.
Para tí y Sofía un fuerte abrazo.

MANUEL ULLOA

6. Rafael Elino Martínez, *Aquí todo está alzao,* Caracas, Ediciones El Ojo del Camello, 1973, pp. 273-274.

7. En mi opinión son superficiales las semejanzas y muy profundas las diferencias entre Perú y Portugal, aunque obviamente el éxito de los militares peruanos en lograr buena imagen internacional declarándose "izquierdistas" y "anti-imperialistas" es uno de los antecedentes de la situación portuguesa tal como se desarrolló a partir de abril de 1974. No parece que en el Perú haya habido *doble militancia,* allí donde se da en forma importante, lo que puede hacer de un golpe militar el puente hacia una "dictadura del proletariado", por ser esa duplicidad forzosamente desfavorable a la institución militar, la cual es obviamente la que sufre de una presencia extraña y enemiga en su seno, representada por hombres que se han disfrazado de militares para perseguir un objetivo que implica, de cumplirse, la división y la eventual destrucción de *esas* Fuerzas Armadas. esencialmente irrecuperables desde el punto de vista marxista-leninista (en lo cual tenía perfecta razón el Che Guevara) y su sustitución por otras, con otros oficiales, y sometidas, como ha sido el caso invariable en los regímenes comunistas, al estricto y terrorista control político que sin duda saben ejercer sobre los militares los Partidos Comunistas en el poder, y que es uno de sus logros más irrefutables.

8. V. pp. 234-236.

9. Y hubo, ¿por qué no decido?, el marginamiento gradual del Che, y el estímulo a las grandes aventuras guevaristas

internacionales, primero en el Congo y luego en Bolivia, con las consecuencias que sabemos.

10. Ni siquiera los judíos alemanes, salvo los muy clarividentes, querían irse de Alemania, *su patria,* después de 1933, hasta que fue demasiado tarde.

EL AUTOR

Carlos Rangel nació en Caracas, en 1929. Cursó estudios superiores de literatura comparada en Estados Unidos y Francia, y ha sido profesor de Lengua y Literatura Española e Hispanoamericana en la New York University y de Periodismo informativo y de opinión en la Universidad Central de Venezuela.

Después de haber servido como Primer Secretario de la Embajada de Venezuela en Bélgica, asumió, en 1959, la Sub-dirección del semanario caraqueño *Momento,* dando inicio a una importante labor como analista político en la prensa nacional. Paralelamente, ha sido, desde 1960, uno de los principales promotores de los programas de opinión en la televisión venezolana. En la actualidad produce y anima, junto con su esposa Sofía Imber, Directora del Museo de Arte Contemporáneo de Caracas, uno de los programas periodísticos más vistos por la teleaudiencia del país. Es, asimismo, columnista habitual del semanario *Resumen* y colaborador de otros órganos de prensa locales.

Del buen salvaje al buen revolucionario, Publicado originalmente por las Editions Robert Laffont de París, es su primer libro, y ha sido objeto de extensos comentarios en la prensa extranjera.

INDICE

Pág.

ESTE LIBRO SE TERMINO
DE IMPRIMIR EL
23 DE AGOSTO DE 1982
EN LITOGRAFIA MELVIN
CARACAS

APENDICE
Epílogo a la edición de 2006

Un libro que es también una bandera

Carlos Alberto Montaner

Hace casi treinta años, en 1976, apareció la primera edición de *Del buen salvaje al buen revolucionario*, escrito por Carlos Rangel, entonces un autor poco conocido fuera de las fronteras venezolanas. Recuerdo que recibí uno de los primeros ejemplares en mi despacho de Madrid, enviado por su esposa Sofía Imber, una extraordinaria mujer de quien tenía muy buenas referencias transmitidas por ciertos amigos comunes radicados en Caracas, quienes la admiraban y calificaban, justamente, como "una auténtica fuerza de la naturaleza".

Confieso que abrí el libro temiendo recibir una de las típicas monsergas ideológicas de la izquierda antidemocrática. De alguna manera, el equívoco título prometía otro ataque al brutal imperialismo yanqui, al colonialismo implacable, a las voraces multinacionales y a la engañosa democracia formal. Esos eran el lenguaje, los adjetivos y el enfoque al uso en esos tiempos post Vietnam, en los que la URSS parecía ser el destino glorioso e inevitable del planeta, y en los que Fidel Castro y la revolución cubana se habían convertido en la referencia venerada de la izquierda continental latinoamericana. Sencillamente, en aquella época los comunistas y sus aliados estaban venciendo en la Guerra fría declarada en el mundo tras la derrota de nazis y fascistas en 1945.

Maravillosa confusión. En la medida en que iba leyendo se me iluminaba la mirada por la alegre sorpresa. Desde el brillante prólogo de Jean-Francois Revel resultaba evidente que estaba frente a un texto muy bien escrito, dirigido contra la perniciosa tradición victimista latinoamericana. Rangel denunciaba la falsedad esencial de la teoría de la dependencia -algo que años más tarde humildemente aceptaría Fernando Henrique Cardoso, uno de sus más fervientes apóstoles, cuando dejó de ser un sociólogo marxista para convertirse en el presidente serio y moderado de Brasil-, colocaba la responsabilidad de nuestros fracasos relativos sobre nosotros mismos, revelaba las contradicciones doctrinales de los seguidores de Marx, renunciaba a la versión infantil de una historia de buenos y malos, y se atrevía a defender apasionadamente los modos de vida occidentales, incluidas la democracia y la economía de mercado que habían transformado a ciertas naciones en los rincones más ricos del planeta, criticando sin ambages la barbarie totalitaria de izquierda, sin ignorar, por supuesto, al autoritarismo de derecha, que también le repugnaba al ensayista venezolano.

Tras la apresurada lectura del libro -apresurada por el entusiasmo- le escribí a Rangel una carta llena de elogios y le pedí permiso para incluir como pórtico a un libro mío a propósito de los dos siglos de la fundación de Estados Unidos, que estaba a punto de salir en Madrid, *200 años de gringos,* una frase que me pareció especialmente provocadora y audaz: "¿Y quién puede dudar -decía Rangel- que de no haber existido esta potencia democrática, guardián del Hemisferio (en su propio interés, pero ése es otro problema) Latinoamérica

hubiera sido víctima en el siglo XIX del colonialismo europeo que conocieron Asia y África; y más tarde, en nuestro propio tiempo, de los imperialismos todavía peores que ha conocido el siglo XX? Pero nada de esto se toma en consideración a la hora de formular las hipótesis de moda sobre las causas del atraso latinoamericano (y del avance norteamericano), sino que se afirma sin matices y sin contradicción que la influencia política, económica y cultural norteamericana ha causado nuestro subdesarrollo."

Naturalmente, Rangel me respondió con un alegre telegrama que selló para siempre nuestra amistad, me autorizó a citar su texto, y poco tiempo más tarde me pidió que presentara -"bautizara", dicen los venezolanos- la obra en Madrid, tarea que llevé a cabo con un inmenso placer, entre otras razones, porque en España, tras la entonces reciente muerte de Franco, estábamos en medio de la transición a la democracia, y la confusión en torno a la realidad latinoamericana era casi absoluta. Aunque una buena parte de los españoles había abandonado la mentalidad tercermundista, seguían vigentes los peores estereotipos y prejuicios políticos sobre esa región del mundo, y la obra de Rangel en alguna medida contribuiría a aclarar el panorama.

A tres décadas de esa fecha, la pregunta inevitable es por qué Venezuela, el país en el que toda la clase dirigente leyó o tuvo noticia de la obra de Rangel, cayó voluntariamente (por lo menos en sus inicios) en las redes del chavismo, quintaesencia del tercermundismo denunciado en este libro. Y la respuesta apunta a varias razones: lamentablemente, el ensayo fue percibido como una argumentación ideológica sin conexión con la

realidad nacional. Muy poca gente lo vio como algo que también era: una severa advertencia contra el aventurerismo político de la izquierda colectivista antioccidental. En aquella Venezuela saudita de mediados de los setenta, cuando el país crecía exponencialmente, convirtiéndose en la meta y el sueño no sólo de media América Latina, sino también de bastantes españoles, italianos y portugueses, casi nadie se daba cuenta de que una sociedad que mayoritariamente abriga ideas equivocadas o juicios absurdos, acaba por cometer serios errores. Como suelen decir los gringos: "si uno no sabe adónde va, acaba por llegar al lugar equivocado".

Los venezolanos, como el resto de América Latina, sin excluir a casi toda la clase dirigente incardinada en las dos grandes formaciones políticas del país, tenían una visión populista del poder y de la sociedad. Suponían que la función del gobierno era planificar y mandar, no obedecer las leyes y las instituciones. Pensaban que el objetivo de gobernar era distribuir la riqueza existente, sin potenciar las condiciones para que la sociedad creara riquezas. Fomentaban la dependencia y no la responsabilidad individual. Cultivaban el clientelismo político de una ciudadanía que esperaba dádivas y privilegios del partido de gobierno, ratificándole a la muchedumbre, desde todas las tribunas, cátedras, y en no pocos medios de comunicación, un mensaje en el que se le aseguraba que era víctima del maligno despojo de unos bienes que supuestamente le pertenecían por derecho propio, y de los que era inicuamente privada, sensación que se resumía en un curioso vocablo: a los pobres se les comenzó a llamar "desposeídos". Alguien -la burguesía,

el capitalismo, las clases medias, "los americanos"- aparentemente le había quitado lo que era suyo a la gran mayoría de los venezolanos sin recursos.

En esa enrarecida atmósfera ideológica, cuando por un periodo prolongado cayó el precio del petróleo, a lo que se sumó la pésima gestión de un sector público legendariamente ineficiente, una parte sustancial de la población se sintió frustrada y estafada por la etapa democrática surgida tras la caída de Marcos Pérez Jiménez en 1958. Muy poca gente se detuvo a pensar que, con todos sus defectos y lacras, aquella criticada Venezuela, víctima de la corrupción, la improvisación y la mala gestión pública, sin embargo exhibía la historia más larga de paz, prosperidad y desarrollo que había conocido el país desde el establecimiento de la república. No hay duda de que era una nación que padecía ciertos problemas, pero no había uno solo que no se hubiera podido subsanar dentro de las normas democráticas y la racionalidad política.

Fue entonces cuando de una forma borrosa comenzó a desintegrarse el consenso llamado *puntofijismo*. Fue en esa época cuando la ciudadanía, de manera creciente (e incosciente), empezó a soñar con la solución revolucionaria. ¿Qué era eso? Era confiar en la inveterada superstición de que un caudillo lleno de buenas intenciones, rodeado de arcangélicos y dedicados compañeros de lucha, ajenos a las corrompidas cúpulas políticas convencionales, llegarían al poder para corregir los yerros, castigar a los culpables y traer la riqueza y la felicidad colectivas. De ahí que en 1992, cuando el teniente coronel Hugo Chávez y otros militares golpistas intentan derrocar por la fuerza al presidente Carlos

Andrés Pérez y dejan tendidos en las calles a varios centenares de muertos, la reacción popular, en lugar de ser de indignación, es de complaciente aquiescencia: según las encuestas de la época, el 65 por ciento de los venezolanos dijo simpatizar con el cuartelazo. El mensaje era transparente: en ese punto de la historia, un número importante de los venezolanos ignoraba que la esencia de la democracia y del Estado de Derecho no es el periódico rito electoral, sino el humilde acatamiento a la ley, incluso cuando nos sentimos profundamente insatisfechos con la labor del gobierno.

El suicidio de Carlos Rangel en 1988 fue un duro golpe no sólo para Sofía, su familia y sus amigos, sino para el pensamiento latinoamericano y para todos los venezolanos. Recuerdo, cuando fue derribado el Muro de Berlín, sólo un año más tarde, que no pude evitar pensar cuánto habría disfrutado Carlos la desaparición del comunismo en Europa y el total descrédito del marxismo: la historia había confirmado sus mejores razonamientos e intuiciones. Sin embargo, estoy seguro de que habría sufrido terriblemente a partir de la década de los noventa, cuando Venezuela se colocó en un peligroso plano inclinado y comenzó una deriva irresponsable hacia el abismo.

En todo caso, la actual reedición de *Del buen salvaje al buen revolucionario* es hoy un buen punto de partida para iniciar un examen profundo de las razones que condujeron a Venezuela al lamentable estado en que se encuentra, y para buscar fórmulas que contribuyan a rescatar al país de la creciente opresión que sufre, precisamente por la imposición de las ideas que fueron minuciosamente demolidas por Rangel. Cuando casi

nadie se atrevía a defender la responsabilidad individual y los valores occidentales, Carlos Rangel tuvo la valentía de escribir esta obra señera. Ayer éste fue un libro muy importante. Hoy debe servirles de bandera a los venezolanos que no se resignan a perder las libertades.

Enero 8, 2006

(http://firmaspress.com/598.htm)

DEL BUEN SALVAJE AL BUEN REVOLUCIONARIO

CARLOS RANGEL

El presente libro es el primer ensayo contemporáneo sobre la civilización latinoamericana que aporta una interpretación verdaderamente nueva y probablemente exacta. Es decir (primera condición de una interpretación exacta) que el autor comienza por disipar las interpretaciones falsas, las descripciones mentirosas y las excusas complacientes. Por lo mismo, *Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario* es un libro indispensable no sólo para la comprensión de Latinoamérica, sino de una buena parte del mundo contemporáneo, donde se reproducen los mismos fracasos, las mismas impotencias, las mismas ilusiones. Más allá de su objeto inmediato y de su caso específico, la obra de Carlos Rangel constituye una reflexión general sobre la discrepancia entre lo que una sociedad es y la imagen que esa sociedad tiene de sí misma. ¿A partir de qué punto esa separación se hace demasiado grande para que sea compatible con el control de la realidad? Esta es la cuestión a cuya determinación nos aproximamos a través de la historia de la América española y por la confrontación de sus "mitos" con sus "realidades".

Jean-Francois Revel



MONTE AVILA EDITORES

VOLUMEN EXTRA P.V.P. Bs. 30,00